

01081
2eje



UNIVERSIDAD NACIONAL AUTONOMA
DE MEXICO

FACULTAD DE FILOSOFIA Y LETRAS

DESOCUPACION Y FAMILIA. LA EXPERIENCIA DE LOS
OBREROS MANUFACTUREROS Y PETROLEROS DE LA
CIUDAD DE MEXICO.



T E S I S

Que para optar por el grado de:
DOCTORA EN ANTROPOLOGIA

P r e s e n t a:

MARIA MARGARITA ESTRADA IGUINIZ



UNAM – Dirección General de Bibliotecas Tesis Digitales Restricciones de uso

DERECHOS RESERVADOS © PROHIBIDA SU REPRODUCCIÓN TOTAL O PARCIAL

Todo el material contenido en esta tesis está protegido por la Ley Federal del Derecho de Autor (LFDA) de los Estados Unidos Mexicanos (México).

El uso de imágenes, fragmentos de videos, y demás material que sea objeto de protección de los derechos de autor, será exclusivamente para fines educativos e informativos y deberá citar la fuente donde la obtuvo mencionando el autor o autores. Cualquier uso distinto como el lucro, reproducción, edición o modificación, será perseguido y sancionado por el respectivo titular de los Derechos de Autor.

INDICE

Introducción	I
--------------------	---

PRIMERA PARTE

Capítulo I. Trabajo industrial y familia obrera	2
A. ¿Desempleados o desocupados?	3
B. El trabajo asalariado	8
C. La familia obrera	11
a. La influencia del trabajo industrial en la familia	13
b. El rol de los hombres y el de las mujeres en el hogar	14
Capítulo II. Desarrollo industrial y condiciones de reproducción de la fuerza de trabajo en México (1935-1992)	16
A. El desarrollo industrial	16
B. La evolución del empleo	35
C. Las condiciones de reproducción de la fuerza de trabajo	45
a. Cambios en las condiciones de vida de los obreros	50
b. La situación de los trabajadores petroleros	54
D. Un balance	62

SEGUNDA PARTE

Capítulo III. El contexto de la investigación y los obreros desocupados	65
A. El área metropolitana de la ciudad de México	65
B. Las zonas de trabajo y los grupos entrevistados	68
C. El trabajo de campo y los casos entrevistados	69
D. El contenido de las entrevistas	72
E. Características de las familias entrevistadas	74

F. Los rasgos sociodemográficos de los obreros entrevistados	77
Capítulo IV. La pérdida del empleo	84
A. Los motivos de los patrones	84
a. Las contrataciones temporales	85
-Los transitorios	87
b. Los reajustes	90
c. El cierre de la fuente de trabajo	92
-La Refinería "18 de marzo"	93
d. Los motivos sindicales	99
e. Las arbitrariedades	101
B. Los motivos personales	101
a. Las condiciones cotidianas de trabajo	102
b. Las cuestiones de género	104
Capítulo V. Consecuencias de la desocupación y los recursos para hacerle frente	106
A. Las características del consumo obrero	106
B. El deterioro en los niveles de vida	109
C. Los recursos	112
a. El salario indirecto	113
b. La indemnización	114
c. La calificación	116
d. Canales informales de crédito	117
e. Relaciones con otras personas	118
Capítulo VI. Las formas de allegarse recursos	122
A. La búsqueda de empleo	122
B. Las actividades por cuenta propia	127
a. La fabricación de bienes	131
b. La venta ambulante de comida	132
c. La venta de mercancías y servicios	134
d. Los microempresarios	136

e. La migración internacional	137
f. Una iniciativa obrera	137
C. Las condiciones para el desarrollo de actividades por cuenta propia y sus consecuencias	138
Capítulo VII. La dinámica familiar	142
A. La rutina diaria	142
B. Los efectos de la desocupación sobre los miembros de la familia	145
a. Los obreros desocupados	145
b. Las mujeres	148
c. Los hijos	152
C. Los cambios en la dinámica familiar	153
a. La dinámica en las familias en la etapa de formación	155
b. La situación en las familias en la fase de equilibrio	161
c. Las familias en la etapa de reemplazo	165
d. Las familias petroleras	167
Capítulo VIII. Cuatro experiencias de desocupación	170
A. Una familia en la etapa de formación	170
B. Una familia en la etapa de equilibrio	173
C. Una familia en la etapa de reemplazo	176
D. Una familia petrolera	178
Conclusiones	183
A. Los mecanismos que permiten la reproducción de la fuerza de trabajo	185
B. Los cambios en la organización familiar	188
Anexos	195
Bibliografía	206

ABREVIATURAS

AMCM	Area Metropolitana de la Ciudad de México
Canacintra	Cámara Nacional de la Industria de Transformación
CCT	Contrato Colectivo de Trabajo
CCE	Comunidad Económica Europea
CTM	Confederación de Trabajadores de México
E.H.M.	Estadísticas Históricas de México
Fonacot	Fondo Nacional para el Apoyo del Consumo de los Trabajadores
GATT	Acuerdo General sobre Aranceles y Comercio
IMSS	Instituto Mexicano del Seguro Social
INEGI	Instituto Nacional de Estadística, Geografía e Informática
Infonavit	Instituto de Fomento Nacional para la Vivienda de los Trabajadores
LICONSA	Leche Industrializada Conasupo, S.A. de C.V.
mb	Miles de barriles
mbd	Miles de barriles diarios
mmbd	Millones de barriles diarios
OIT	Organización Internacional del Trabajo
OPEP	Organización de Países Exportadores de Petróleo
PEA	Población económicamente activa
PEMEX	Petróleos Mexicanos
PIB	Producto interno bruto
SPP	Secretaría de Programación y Presupuesto
STPRM	Sindicato de Trabajadores Petroleros de la República Mexicana
TLC	Tratado de Libre Comercio

INTRODUCCION

Las investigaciones sobre los obreros y el mundo del trabajo en las fábricas no son nuevas. Desde hace más de dos décadas, en México y en otros países, los investigadores sociales entraron a las fábricas, fueron a los sindicatos y hablaron con los cónyuges, los hijos, los hermanos y los padres de los obreros. El contacto directo con los trabajadores, sus organizaciones y sus familias permitieron entender el papel que jugaba el trabajo en sus vidas. De la comprensión de la importancia que tiene el trabajo para los obreros, es que se desprende la necesidad de conocer el impacto que tiene el desempleo para este sector social.

El desempleo ha acompañado a las sociedades capitalistas durante su desarrollo, y la existencia de personas que carecen de un trabajo remunerado y desean emplearse ha estado presente lo mismo durante los períodos de expansión, que durante las crisis que las aquejan periódicamente.

Durante los últimos años el desempleo ha tomado tales dimensiones que se ha convertido en uno de los problemas más graves que aquejan a las naciones desarrolladas y subdesarrolladas. El aumento del número de personas que carecen de una ocupación remunerada suscita conflictos y amenaza la estabilidad social, y uno de los grandes retos que enfrentan actualmente todos los gobiernos es encontrar la fórmula que permita el desarrollo de las economías de sus países y el empleo pleno de su población.⁽¹⁾

⁽¹⁾ En 1992, en la Comunidad Económica Europea (CEE) hubo 14 millones de desempleados. Los países con los índices más elevados fueron Francia, Alemania, el Reino Unido y España (El Financiero, 31 de mayo de 1993). Las perspectivas no eran muy alentadoras para el futuro, pues se estimaba que en 1994 el número de desempleados en Europa podrían alcanzar la cifra de 35.7 millones de personas (El Financiero, 21 de julio de 1993). En Canadá, la cesantía alcanzó al 11 % de la fuerza laboral disponible (El Financiero, 8 de diciembre de 1993). El panorama en otros países no es muy distinto, pues por lo menos 120 millones de personas en todo el mundo están registradas como desempleadas, y la Organización Internacional del Trabajo (OIT) estima que la cifra real es probablemente más elevada (La Jornada, 7 de marzo de 1994). La severidad del problema ha llevado a las potencias económicas que conforman el Grupo de los Siete, a plantear la necesidad de instrumentar un plan general para tratar de hacer frente a la crisis general de desempleo (El Financiero, 15 de marzo de 1994).

En México, el número de personas sin empleo también ha venido aumentando incesantemente, a pesar de las declaraciones oficiales que afirman que su existencia es un "mito genial".⁽²⁾ El Instituto Nacional de Estadística, Geografía e Informática (INEGI) señala que la tasa de desempleo al finalizar 1992, comprendía al 3% de la población económicamente activa (PEA) (Summa, 26 de enero de 1993). Sin embargo, la consultoría Ciemex-WEFA estima, para el mismo período, una tasa de desempleo de 9.4% (El Financiero, 16 de febrero de 1993). Por su parte, el Programa Nacional de Solidaridad considera que 12.1% de la PEA sufre de la falta de empleo (Pronasol). La disparidad de la información que ofrecen estas fuentes y los reiterados esfuerzos oficiales que tratan de minimizar el problema, no han logrado ocultar su magnitud.

El desempleo no se ha localizado en un sector de la actividad económica, sino que está afectando a todas las actividades de la economía. Los recortes de personal tienen lugar lo mismo en las empresas dedicadas al comercio que en las instituciones de crédito, en las empresas paraestatales que en las de la iniciativa privada.⁽³⁾ Sin embargo, el problema ha afectado de manera particular a la industria de transformación. La Confederación de Trabajadores de México (CTM) estimaba que tan sólo durante los primeros ocho meses de 1993 habían sido despedidos 153,737 trabajadores de la industria manufacturera (La Jornada, 4 de septiembre de 1993). Para ese mismo período el INEGI señalaba que las nueve divisiones que integran ese sector había mostrado una pérdida de empleos (El Financiero, 21 de septiembre de 1993): de hecho las ciudades que presentaban las mayores tasas de desocupación hasta julio de 1993 eran las ciudades que contaban con actividad industrial importante: en Monclova fue de 9.2%; en Coahuila de 6.8%; en Querétaro y Saltillo 5.6%; en Monterrey 5.2%; en Tampico 5.3% y en la Ciudad de México de 3.9%. Por el contrario en ciudades como Mérida o Acapulco cuya

⁽²⁾ En enero de 1993, Pedro Aspe, secretario de Hacienda y Crédito Público declaró en el foro "Perspectivas económicas para 1993", organizado por el Instituto Tecnológico Autónomo de México, que las cifras negativas sobre inversión, salario y empleo eran "mitos geniales" (La Jornada, 7 de enero de 1993).

⁽³⁾ Unos cuantos ejemplos para ilustrar la magnitud del número de personas que han perdido su empleo en los últimos años. Desde que concluyó el proceso de privatización de la banca, la mayor parte de las instituciones bancarias realizaron ajustes, que han ocasionado la pérdida de más de 15 mil empleos (El Financiero, 19 de julio de 1993). Ferronales despidió 19 mil trabajadores durante 1992 (El Financiero, 25 de enero de 1993). Los empleados en el comercio no han corrido mejor suerte, pues sólo en el Distrito Federal el comercio redujo 8.6% su personal durante el primer semestre de 1993 (La Jornada, 31 de agosto de 1993). La Asociación Nacional de Publicidad informó que, durante los primeros siete meses de 1993, se habían perdido 2 mil 500 empleos en el sector de la publicidad, que representaban el 45% del total (La Jornada, 1o. de septiembre de 1993).

actividad industrial es incipiente y tiene mayor importancia el turismo como generador de empleos, la tasa de desocupación fue menor al 1% (El Financiero, 23 de octubre de 1994).

Estas cifras describen una realidad que tiene otras dimensiones. Las ciudades han dejado de ser generadoras de empleo, y la desocupación que padecen sus habitantes remite a una problemática que si bien no es reciente, sí se ha agudizado como resultado de la disminución del empleo remunerado. Los miles de desocupados que habitan en las ciudades de México, que es un país en el que la seguridad social llega de forma muy desigual a la población, no son víctimas pasivas sino que individualmente discurren formas que les permitan obtener los medios de vida que requieren. Las iniciativas que cada uno de los desocupados han tomado para dar una respuesta a la insuficiencia de empleos, han conformado un complejo panorama social que se caracteriza por un gran aumento de la producción clandestina de mercancías, el comercio ambulante y la delincuencia. La problemática urbana que enfrentan en la actualidad los gobiernos de las ciudades y sus habitantes no es ajena al aumento del desempleo.

Sin duda estas son perspectivas importantes del problema, pero para los que carecen de un empleo, para los obreros que están buscando un trabajo, la desocupación es mucho más que un asunto de porcentajes o de cambios en la actividad urbana. Para ellos el desempleo tiene otra dimensión que involucra la esfera personal e incluso la afectiva. De manera que un problema como la desocupación, en cuya conformación interviene un entramado de elementos macroeconómicos, microsociales e individuales, encierra numerosos interrogantes para la antropología y demás ciencias sociales.

Estas consideraciones ciertamente contribuyeron al interés por desarrollar una investigación sobre algunos aspectos del desempleo, e influyeron en el proceso de definición de la problemática de este trabajo. Pero también fueron importantes las experiencias anteriores de investigación, en particular una realizada entre obreros de la industria de transformación residentes en la delegación Azcapotzalco, que se centró en el análisis de los procesos de calificación y las carreras laborales obreras (Estrada 1990). Uno de los hallazgos más sorprendentes de esta investigación fue la virtual ausencia de períodos de desocupación entre los obreros entrevistados. La antigüedad de estas personas en la empresa en donde laboraban en el

momento de realizar el trabajo de campo (1984), mostraba evidencias de largos periodos de estabilidad laboral. Al analizar los cambios ocupacionales que estos obreros habían tenido, tampoco aparecían períodos prolongados durante los cuales hubieran carecido de un trabajo remunerado. Esta situación despertó inquietudes que la información de que disponíamos nos impedía responder. ¿Nos encontrábamos ante un grupo privilegiado de obreros, y por ello el desempleo era un problema poco común? o, aunque habían enfrentado esa situación, no aparecía en la información recabada porque nunca se preguntó explícitamente acerca de ella.

Poco a poco las inquietudes que surgían sobre el desempleo entre los obreros se fueron plasmando en el interés por desarrollar una nueva investigación que abordara este problema. Como consecuencia, las preguntas en torno a las cuales se desarrolló esta investigación, fueron las siguientes:

1. La existencia de personas que carecen de empleo es un problema inherente a las sociedades capitalistas, es resultado de la estructura social que las caracteriza. Aunque el problema no es exclusivo de un sector de la economía en particular, porque los despidos tienen lugar lo mismo en las empresas de servicios, en la burocracia y el comercio, que en las industrias, la forma en que los individuos se insertan en la dinámica social está influida por la actividad que desempeñan. En este sentido, las características del trabajo que desempeñan los obreros, y su papel en el proceso de producción capitalista de mercancías, son elementos que conforman experiencias laborales diferentes a las de otros sectores sociales. Cuando estas personas pierden su empleo ¿cómo se modifica su inserción en la sociedad? ¿Cuáles son las consecuencias de un problema estructural en la vida de las personas?

2. El salario obrero es el que permite la reproducción del grupo familiar. Su pérdida, que viene aparejada a la falta de empleo, trae consigo una modificación de las condiciones a partir de las cuales se organiza la vida de la familia. La transformación de estas condiciones necesariamente conlleva cambios en el consumo familiar, en las actividades que desarrolla cada uno de sus miembros y en las relaciones que establecen entre ellos. Sin embargo, ¿cuál es la naturaleza de estos cambios y cuáles son sus implicaciones para los distintos integrantes de la familia?

Estas fueron las preguntas en torno a las cuales se planteó la investigación. En un primer momento, se entrevistaron obreros de la industria de transformación. Sin embargo, el cierre de la Refinería "18 de marzo", que tuvo lugar 18 meses después de iniciado el trabajo, llevó a incorporar la experiencia de los trabajadores petroleros. Los motivos de esta decisión y la forma en que se llevó a cabo el trabajo de campo se verán en detalle más adelante.

El trabajo

El contexto económico y social imperante modifica las condiciones en que viven y trabajan los obreros e incide en el impacto que tiene una experiencia de desempleo. Esto nos obliga a ubicar el contexto histórico en que han tenido lugar las experiencias de los obreros y sus familias. Con este fin, en la primera parte del trabajo se exponen los planteamientos teóricos y metodológicos que guiaron la investigación; también se analizan las condiciones sociales y económicas que han sido el telón de fondo, el escenario en el que los obreros entrevistados han vivido los períodos de desocupación. El análisis se apoya en una revisión de los principales rasgos del desarrollo industrial, de la evolución del empleo y de las condiciones de reproducción de los obreros, destacando el papel que ha jugado el salario, a partir de la instrumentación de la política de sustitución de importaciones hasta 1992. En este contexto se destaca el desarrollo de la industria petrolera, en particular la evolución que ha experimentado durante los últimos veinte años.

La segunda parte está dedicada al análisis del impacto que tiene la desocupación entre las familias obreras que se entrevistaron. Para ello se abordan distintos aspectos del problema. El primero de ellos es el que se refiere a la pérdida del empleo, en particular, se destacan las distintas circunstancias en que los obreros fueron excluidos de la relación laboral. Otro aspecto que se explora son las consecuencias de la desocupación en la vida de las familias. Para ello se analiza el impacto que tiene en los niveles de consumo, y los recursos de que disponen para enfrentar esos períodos. En otro capítulo se abordan las formas como los obreros buscan empleo, y las distintas actividades que desarrollan las familias para allegarse ingresos. Finalmente, se analizan las consecuencias que tienen, por un lado, la desocupación y, por otro, el desempeño de nuevas actividades en los distintos miembros de la familia de acuerdo a su edad, sexo y lugar

en la familia. Estos cambios implican una nueva situación que afecta las relaciones que establecen entre ellos.

Este trabajo como cualquier otro fue posible gracias al apoyo de diferentes personas e instituciones. La investigación se llevó a cabo en el CIESAS, institución que me brindó apoyo económico y me proporcionó un espacio y un ambiente de trabajo.

La Dra. Ana Paula de Teresa fue mi tutora en el Programa de Doctorado, quiero agradecerle su disposición para dirigir esta tesis y su paciencia para leer, criticar y sugerir alternativas al trabajo. Fue mucho lo que aprendí trabajando con ella.

La Dra. Elena Azaola y la Dra. Leticia Méndez leyeron las diferentes versiones del trabajo, e hicieron valiosas sugerencias para mejorar y precisar diversos aspectos de este estudio.

Lucía Bazán y Luis Aboites apoyaron mi trabajo, pero también a mí en lo personal. Ambos leyeron y discutieron conmigo las distintas versiones del manuscrito. Sin su ayuda desinteresada la tarea hubiera resultado más difícil.

Ismael Hernández y Gustavo Aguilar, ambos expetroleros, me abrieron las puertas de sus casas, me hicieron comprensible el mundo de Pemex, y me pusieron en contacto con sus antiguos compañeros de trabajo.

Muy poco de lo que aquí se dice podría decirse sin el apoyo de las familias de los obreros de la Piloto y de Tizapán, y de los antiguos petroleros. Sin su disponibilidad a hablar conmigo, a compartir sus experiencias de desocupación no habría posible culminar este estudio. Ciertamente fue más lo que me enseñaron, pero desgraciadamente no todo se puede expresar aquí.

Ahora bien, como suele decirse, la responsabilidad de las ideas vertidas en este manuscrito es mía. Finalmente, el trabajo está dedicado a Luis Estrada R., a Jorge, Lucía y Alejandro.

PRIMERA PARTE

CAPITULO I. TRABAJO INDUSTRIAL Y FAMILIA OBRERA

En este capítulo se desarrollan algunos aspectos teóricos que permiten analizar el problema de la desocupación obrera. Se parte del planteamiento de que la desocupación es un elemento de la dinámica y estructura del empleo y los salarios en la sociedad capitalista. Como no es un fenómeno aislado ni independiente de los cambios que experimenta el desarrollo económico de la sociedad, el análisis la desocupación exige tomar en consideración la situación contraria: la experiencia de trabajo. Desde esta perspectiva el problema teórico de la desocupación obrera es precisar la relación que se establece con la dinámica del empleo y el salario. Este análisis implica retomar la forma histórica bajo la cual se establece la relación salarial, entendida ésta como las condiciones que rigen el uso y la reproducción de la fuerza de trabajo, es decir la condiciones en que producen y se reproducen los obreros.

Este estudio requiere abordar por un lado, lo que sucede en el espacio laboral: la forma de organización predominante del proceso de producción y la manera como se utiliza a la fuerza de trabajo en ella, las condiciones bajo las que se desarrolla la jornada diaria de trabajo, el monto de los salarios y su papel en el proceso de acumulación capitalista. Por otro, establecer la relación que existe entre dichas condiciones y aquellas en que se reproducen los obreros.

Como están supeditadas a las características de la relación salarial, las formas y condiciones en las que los obreros viven durante las etapas en que carecen de empleo remunerado, están estrechamente vinculadas por un lado, a la dinámica de desarrollo económico de la sociedad, al proceso de acumulación, y por otro, a la experiencia de trabajo previa que poseen estas personas y que, en gran medida, está marcada por la etapa por la que atraviesa la primera. Veamos en primer lugar quiénes son los desocupados.

A. ¿Desempleados o desocupados?

Aunque la definición de desempleo no entraña mayores dificultades, pues suele haber acuerdo en que es la fuerza de trabajo ociosa por falta de demanda en el mercado de trabajo (Singer 1979), cuando se trata de establecer empíricamente qué parte de la población cabe dentro de esta categoría surgen diversos problemas⁽¹⁾; y las características de los desempleados no facilitan la tarea.

El desempleo suele definirse en relación a otras dos categorías ocupacionales, como son empleo y subempleo. De acuerdo con el XI Censo General de Población y Vivienda, 1990 los ocupados son el "total de personas de 12 años y más que realizaron cualquier actividad económica en la semana de referencia, a cambio de un sueldo, salario, jornal u otro tipo de pago en dinero o especie".

"Incluye además, a las personas que tenían trabajo pero no trabajaron en la semana de referencia por alguna causa temporal, (vacaciones, licencia, enfermedad, mal tiempo, huelga) o estaban en espera de iniciar o continuar con las labores agrícolas".

"Incluye también a las personas que ayudaron en el predio, fábrica, tienda o taller de algún familiar sin recibir sueldo o salario de ninguna especie, y a los aprendices o ayudantes que trabajaron sin remuneración" (INEGI 1992: 756).

Por su parte, los desocupados son "el total de personas de 12 años y más que en la semana de referencia no tenían trabajo, pero lo buscaron activamente" (Ibidem).

⁽¹⁾ Las cifras, que se presentan en la introducción de este trabajo, referentes al volumen del desempleo en nuestro país para un mismo período, son una prueba elocuente de cómo la utilización de diferentes criterios puede minimizar o magnificar el problema.

Esta definición desde la estadística, de quiénes son los ocupados y los desocupados presenta varios problemas. Por un lado, es estática, es decir, no contempla que las concepciones que socialmente prevalecen sobre lo que es una persona desempleada, o sobre la edad de ingreso y de retiro de la actividad remunerada por ejemplo, se han modificado en las diferentes etapas y momentos de la historia (Balán et al. 1973, Stearns 1975, Piore y Sabel 1990). Por otra parte, en el caso de los ocupados, se consideran de la misma manera a los empleados por cuenta ajena y a los patrones, y se olvida que en la relación que se establece entre ambos, los empleados por cuenta ajena intercambian fuerza de trabajo contra dinero con sus patrones (Offe y Hinrichs 1992). Un tercer problema de ambas definiciones es que están inspiradas en las que establece la Oficina Internacional del Trabajo (OIT), y en ellas se retoman las características que tienen la ocupación y la desocupación en los países desarrollados, es decir, en un contexto económico y social muy diferente al nuestro.⁽²⁾ Este último procedimiento genera muchos problemas cuando los conceptos se aplican mecánicamente a una sociedad diferente, porque se corre el

⁽²⁾ La OIT establece que "las personas comprendidas en el empleo son todas aquellas que tengan más de cierta edad especificada y que estén dentro de las categorías siguientes:

a) que estén trabajando; es decir, las personas que realizan algún trabajo remunerado durante un breve período especificado, ya sea durante una semana o un día; b) que tengan un empleo, pero que no estén trabajando, o sea, las personas que hayan trabajado ya en su empleo actual, pero que se hallen temporalmente ausentes del trabajo en el curso del período especificado debido a enfermedad o accidente, conflicto de trabajo, vacaciones u otra clase de permiso, interrupción del trabajo a causa de determinados motivos como, por ejemplo, el mal tiempo o averías producidas en las máquinas.

2) Los empleadores y los trabajadores por cuenta propia deberían ser incluidos en la categoría de las personas con empleo y se podrían clasificar como "trabajando" o "sin trabajar" sobre la misma base que las demás personas empleadas.

3) Se considerará que los trabajadores familiares no remunerados que ordinariamente explotan o ayuden a explotar un negocio cualquiera o una explotación agrícola tienen un empleo si han trabajado por lo menos un tercio del tiempo normal de trabajo durante el período especificado" (Białostozky s. f.: 2).

Respecto a los desempleados, la OIT establece que: "1) Las personas comprendidas en el desempleo serán todas aquellas que tengan más de cierta edad especificada y que, en un día especificado o en una semana especificada, se hallen en las siguientes categorías: a) los trabajadores disponibles para el empleo cuyo contrato de trabajo haya expirado o esté suspendido temporalmente, que estén sin empleo y busquen trabajo remunerado durante un breve período especificado, con preferencia una semana; b) las personas que no hayan estado empleadas nunca y aquellas cuya categoría de ocupación más recientes sea distinta de la de asalariado (es decir, antiguos empleadores, etc.) en unión de las que estén jubiladas, cuyas personas se hallen disponibles para trabajar (salvo los casos de enfermedad benigna) en el curso del período especificado y estén buscando trabajo remunerado; c) las personas sin empleo que en el momento de que se trate se hallen disponibles para trabajar y hayan logrado un nuevo empleo que deba empezar en una fecha subsiguiente al período especificado; d) las personas que hayan sido suspendidas temporal o indefinidamente, sin goce de remuneración" (Ibidem).

riesgo de dejar de lado las especificidades que son resultado del contexto particular en que tiene lugar la experiencia, y se distorsiona o empobrece el análisis de la realidad.⁽³⁾

Así, una cuestión que da connotaciones particulares a la desocupación es que en México no existe ningún tipo de seguro contra el desempleo. Esta carencia está estrechamente relacionada con la problemática del subempleo y, con lo que más recientemente, se ha llamado el sector informal urbano.⁽⁴⁾

Aunque este concepto ha sido cuestionado por diferentes autores (Muñoz y de Oliveira 1979, Pries 1992), es importante señalar que se ha utilizado para explicar y analizar la existencia, en países semindustrializados como México, de un segmento de la PEÁ que no tiene una relación laboral estable con un patrón, que está subempleado o autoempleado. El análisis y la discusión de las distintas definiciones de este concepto rebasa los objetivos de este trabajo, por lo aquí sólo se señalará que una de las vertientes destaca el criterio de que son actividades que se realizan al margen de las leyes vigentes, que no son reguladas por el Estado; y la otra enfatiza la precariedad de las condiciones en que se realizan las diversas actividades que la

⁽³⁾ Al aplicar esta definición, en un país con las características del nuestro, quedan excluidas muchas personas que efectivamente están desempleadas. Son numerosos los hombres y mujeres que después de haber buscado empleo durante semanas sin resultado, dejan de buscarlo. Esto no significa que no deseen trabajar, simplemente es muy posible que estén utilizando mecanismos no formales para buscar trabajo, por ejemplo, esperar que algún vecino o pariente que conoce su situación les avise cuando sepa de alguna colocación.

⁽⁴⁾ Para la OIT el subempleo es "la inadecuada utilización de la fuerza de trabajo <que> no se expresa en tantas personas 'desocupadas'; sino en la carencia de empleo satisfactorio y continuo para las personas ligadas a algún trabajo. Esta es una situación en la que la desviación de una cierta cantidad de trabajo hacia otros usos, no disminuirá en forma apreciable la producción total de los sectores de los cuales es desviado" (Bialostozky s.f.: 8). Se considera que las dos principales categorías del subempleo son el "visible" y el "invisible", aunque ellas no abarcan necesariamente todos los aspectos del problema. El "subempleo visible" se refiere a las personas que involuntariamente trabajan a tiempo parcial o durante períodos inferiores a la jornada normal de trabajo. El subempleo invisible existe cuando el tiempo que trabaja una persona no es anormalmente reducido, pero cuyo empleo es inadecuado en otros aspectos tales como: 1) cuando su trabajo no permite la plena utilización de sus mejores calificaciones o de su principal capacidad; 2) cuando las ganancias que obtiene del empleo son anormalmente reducidas; 3) cuando está empleado en un establecimiento o unidad económica cuya productividad es anormalmente baja (Ibidem).

Por su parte, los indicadores de subocupación del INEGI son los siguientes: trabajar menos de 35 horas a la semana o trabajar más de 48 horas, y ganar entre uno y dos salarios mínimos, es decir, trabajar mucho y tener una remuneración baja (La Jornada, 2 de abril de 1993).

conforman respecto a las que ofrece el empleo formal o contractual (de Soto 1987, Portes y Benton 1987, Escobar 1990, Giner de los Ríos 1990).

La existencia de un sector de la PEA que trabaja, pero no lo hace bajo las órdenes de un patrón está estrechamente relacionada con la problemática del empleo y el desempleo. Sin embargo, las actividades tienen una característica que es opuesta al rasgo más importante del trabajo obrero, que es la relación social que se establece entre el patrón y el asalariado. Dado que nuestro interés radica en el estudio de la desocupación entre los obreros resolvimos utilizar el término de **actividades por cuenta propia** para referirnos a las tareas que se realizan de manera independiente. De esta manera, lo que se resalta son dos formas distintas de trabajar: como asalariado bajo las órdenes de un patrón, y de manera autónoma.

No obstante todas las diferencias que existen entre las diferentes formas de trabajo -por cuenta propia, como empleado o como empleador- que se efectúan en nuestra sociedad, el censo las agrupa como personas ocupadas.⁽⁵⁾

Por lo que respecta a la categoría censal de desocupados, ahí se agrupan todas las personas que carecían de empleo, sin otorgarle ninguna importancia al sector en el que laboraban antes de perder su trabajo. Por este motivo quedan reunidos bajo la misma categoría antiguos empleados del comercio y de los servicios, peones asalariados y obreros. La diversidad de experiencias laborales se traduce en formas muy diferentes de enfrentar el problema, sin embargo, nuestro interés radica en rescatar las particularidades que la experiencia de la desocupación puede tener para un grupo social específico como son los obreros.

En el análisis de la situación de los obreros que perdieron su empleo en la industria de transformación, nos interesa resaltar las especificidades de su experiencia laboral pasada y las

⁽⁵⁾ La única fuente de ingresos que tienen los obreros mexicanos es el trabajo, y por esta razón no puede transcurrir mucho tiempo sin que deban desempeñar cierta actividad que les permita obtener algún dinero para hacer frente a los gastos que exige la reproducción del grupo familiar, por este motivo, se consideran bajo la misma categoría que los obreros que conservan su empleo.

condiciones en que quedaron desocupados, pues como se señaló antes, la desocupación forma parte de la dinámica del empleo y los salarios.⁽⁶⁾ La pérdida del empleo industrial entre los asalariados comprende un panorama complejo, en el que se entrelazan distintos aspectos de la realidad. Una aplicación rigurosa de las definiciones que se han planteado obligaría a considerar como ocupadas a todas aquellas personas que, cuando son despedidas y no pueden volver a emplearse, empiezan a realizar distintas actividades. En este sentido, entre los ocupados se ocultan muchos casos de cesantes que tras haber intentado infructuosamente reincorporarse a un empleo remunerado se vieron obligados a llevar a cabo alguna actividad por cuenta propia. Todas las personas que se encontraban en cualquiera de estas situaciones no pueden ser consideradas como desempleadas, de acuerdo con la definición que hemos venido discutiendo. En este sentido, tanto el término de desempleo como el de subempleo dejan fuera elementos muy importantes de la realidad en que viven los obreros despedidos, y no hay un solo término que incluya todas las situaciones que intervienen en la conformación de la experiencia de desocupación para los obreros.

Por este motivo, en la medida en que en este trabajo la atención está puesta en aquellos períodos de la vida de los obreros en que están excluidos de la relación salarial con un empleador, y no prestan sus servicios a un patrón, utilizaremos los términos **desocupación o cesantía** para referirnos a la situación en la que los obreros perdieron su empleo en la industria, sin importar si lo único que hacen es buscar formalmente otro trabajo, o si desarrollan de manera paralela diversas actividades orientadas a generar ingresos.

Ahora bien, la investigación se llevó a cabo entre **obreros desocupados**, es decir, entre personas que "normalmente" eran contratadas por un patrón para desempeñar diferentes actividades en la industria; que se consideraban y eran consideradas por quienes los conocían como obreros; que se veían a sí mismas y eran vistas por las personas que los rodeaban como

⁽⁶⁾ Otro aspecto que es importante destacar es que no hay un solo patrón de respuesta a la desocupación. Algunos obreros despedidos no llevan a cabo actividades por cuenta propia y tratan de volver a trabajar en la industria. Otros desarrollan algunas actividades para generar ingresos, y deben reorganizar su vida diaria y su consumo como se verá más adelante.

alguien que suele trabajar en la fábrica (Kelvin & Jarret 1985). A continuación se plantearán algunas de las características más importantes del trabajo asalariado.

B. El trabajo asalariado

En este punto es necesario partir del análisis de las condiciones en las que labora la fuerza de trabajo. En la conformación de la experiencia de trabajo industrial intervienen distintos procesos sociales tendientes a garantizar la obtención de plusvalía que es el objetivo que buscan los capitalistas, y que comprenden tanto las condiciones sociales que llevan a los obreros a incorporarse al trabajo industrial como la única manera que poseen de obtener sus medios de subsistencia, y los cambios que ha experimentado la organización del trabajo y el proceso de formación del salario, como las diversas formas de respuesta que éstos instrumentan para hacer frente al dominio de los capitalistas.

Sin menospreciar la importancia de cada uno de los factores, aquí se destacará el que se refiere a la subordinación de la fuerza de trabajo a las necesidades del proceso productivo, y el papel que juega el salario en el proceso de producción, y en el de reproducción de la fuerza de trabajo.

Para entender por qué es indispensable la subordinación de la fuerza de trabajo es necesario recordar que el proceso de producción es la arena donde se dirime el conflicto que existe entre los intereses de los capitalistas y los de los obreros. El origen de este conflicto se encuentra en el objetivo que tiene la producción de mercancías para los primeros, que es la obtención de plusvalía. Una condición ineludible para alcanzar esta meta es que las mercancías se elaboren en el tiempo y con los costos socialmente establecidos. La intervención de los obreros en la fabricación es crucial para lograr los fines de los capitalistas, pues ellos como elemento imprescindible para cualquier proceso de producción, como actores directos en el proceso de trabajo, con su capacidad para transformar las materias primas en mercancías, tienen la posibilidad de entorpecer o agilizar la producción y en esta habilidad radica su poder. Sin embargo, los obreros no tienen ningún interés en crear las condiciones óptimas para la producción, pues al finalizar la jornada de trabajo ellos sólo recibirán su salario. Este conflicto

entre los intereses de los obreros y los de los patrones vuelve peligroso para estos últimos el poder que los trabajadores tienen sobre el proceso productivo.

Para contrarrestar el poder de la fuerza de trabajo y subordinarla a las necesidades del proceso de producción los capitalistas han instrumentado distintas formas de control sobre los trabajadores. La sujeción de la mano de obra se ha dado bajo la forma de ciertos requerimientos que deben cumplir los trabajadores que se incorporan a la actividad industrial. Estas demandas se han conformando a lo largo del tiempo, y tienen distintas modalidades. Una de ellas, tal vez la que apareció primero y que continúa vigente, es la necesidad de obligar a los hombres a renunciar a las costumbres de trabajo desordenadas, la necesidad de someterlos a la regularidad y a la intensidad de trabajo que establecen los patrones (Coriat 1992).

Sin embargo, la lucha de los capitalistas por el control sobre el proceso de producción no ha sido tarea fácil, y ha exigido la instrumentación de diversas medidas a lo largo del tiempo. Estas se han presentado bajo formas que comprenden a las transformaciones técnicas y la reorganización y racionalización del proceso productivo. Entre estos últimos esfuerzos cabe destacar la importancia que han tenido a lo largo de este siglo primero el taylorismo y después el fordismo, que significaron una forma de organización muy novedosa del proceso de producción capitalista.

Los cambios tecnológicos y las nuevas normas de producción han coadyuvado de maneras muy diferentes a someter a los obreros a las prioridades de los capitalistas, y sus efectos se manifiestan en la experiencia cotidiana de trabajo de los obreros, en las condiciones en que laboran. El trabajo industrial desde sus orígenes ha significado la sujeción de los asalariados a los horarios establecidos, su confinamiento a un espacio físico muy reducido. Sin embargo, la constante introducción de tecnología y los cambios que han experimentado las normas de trabajo han permitido atar a los trabajadores al puesto que tienen asignado en el flujo de la producción, y los han obligado a adecuar su ritmo de trabajo al que establecen quienes tienen el control sobre la producción. ·

Sin embargo, a los patrones también les ha interesado mantener otro tipo de controles sobre la fuerza de trabajo. De la participación de los obreros en la producción se deriva un gran conocimiento de las condiciones en que se realiza la producción, y el desarrollo de destrezas y habilidades que les permiten participar en ella. La calificación obrera posee tal importancia en este proceso, que se ha convertido en el blanco de numerosas medidas que buscan disminuir o eliminar el control que el obrero tiene sobre el trabajo. Con la introducción de maquinaria se ha permitido que las habilidades que desarrollan en el desempeño de su trabajo sean cada vez menos reconocidas como una calificación, y por lo tanto tampoco se remuneren como tal. En la fábrica, gracias a la interrelación de diversos mecanismos, los capitalistas han logrado imponer a los obreros su dominio. Para los trabajadores la participación en la producción industrial implica someterse a este dominio.

El motivo por el que los obreros aceptan sujetarse a este contexto laboral es el salario que reciben como pago al finalizar la jornada de trabajo. Ellos carecen de cualquier otro medio que les permita obtener los bienes que requieren para su reproducción, de manera que se ven obligados a vender su fuerza de trabajo a los capitalistas a cambio de este pago.

El salario es la base sobre la que se sustentan las modalidades de reconstitución de la fuerza de trabajo, y su monto se establece social e históricamente, y está íntimamente asociado a las normas de trabajo predominantes. El desarrollo de la producción en masa, que viene asociado al taylorismo y al fordismo, necesita de mano de obra que posea características específicas en cuanto a la destreza manual, las aptitudes físicas y la disposición hacia el trabajo. Para estas formas de organización los salarios elevados juegan un papel primordial en el proceso de selección de la fuerza de trabajo, pues son un elemento que les permite retener a aquellos trabajadores que no pueden ser reemplazados con facilidad.

En este contexto la importancia del salario se debe a diversos factores. Por un lado, como expresión material de la relación salarial es el medio que permite la reproducción de los vendedores de fuerza de trabajo. Por otro, garantiza a los capitalistas de que dispondrán de mano de obra con las características que precisan para el desarrollo óptimo del proceso productivo:

obreros disciplinados, que trabajen con la intensidad y la dedicación que exige el ritmo de la cadena de producción.

El salario afecta al modo de existencia obrera. Las características del salario en la etapa fordista están orientadas a crear un nuevo modo de consumo obrero, que se basa en la extensión de las condiciones mercantiles. Al estar disponibles los bienes de consumo necesarios para la reproducción en forma de mercancías, son adquiridos por medio de dinero, es decir del salario. La existencia de estas mercancías desplaza la importancia de la producción doméstica en la reconstitución de la fuerza de trabajo. Los efectos de las condiciones de trabajo obreras son evidentes al interior de la fábrica, pero también se extienden fuera de ella y afectan otros ámbitos de la vida del obrero, en particular la organización familiar.

C. La familia obrera

Al hablar de familia, la entendemos como la institución en la que se crean las condiciones materiales para la reproducción física de los individuos, pero también como la esfera de la intimidad, en la que las personas encuentran afecto y apoyo, en la que los individuos reciben la primera socialización, en la que se hace hincapié en las conductas o actitudes que son necesarias para que puedan desenvolverse en otros contextos sociales, y que más tarde les permitirán participar en el trabajo.

Para que la familia obrera pueda cumplir su función esencial en el proceso de reproducción de la existencia, es necesaria la articulación de relaciones de diferente naturaleza. El trabajo asalariado es el que permite en gran medida su reproducción, y en este sentido la reproducción descansa en la existencia de una relación de clase; pero el salario por sí mismo no crea todas las condiciones de subsistencia, por lo que las familias deben desarrollar muchas otras labores, y el elemento que permite que se efectúen es la relación de parentesco que existe entre sus miembros.

Cada grupo familiar desarrolla estilos de vida y formas de organización doméstica propias, que son resultado de las experiencias previas tanto de la familia como grupo, como de sus miembros como individuos. De manera que el origen social, la experiencia de migración o las carreras laborales se conjugan y desembocan en diferencias importantes en los arreglos domésticos de las distintas familias (Godard 1987, Zonabend 1988). No obstante estas diversidades, las relaciones de clase son el medio por el cual cada familia se integra a la estructura social total. En este sentido, la relación de clase implica una experiencia que es compartida por todos los grupos familiares de los obreros, y es la que nos permite definirlos como familias obreras.

De manera que el elemento más importante en la definición de una familia obrera es el salario. Este desempeña un doble papel en la familia, pues por un lado, permite la reproducción del grupo doméstico, y por otro, es el nexa entre el espacio de la producción -la fábrica- y el de la reproducción -la familia-.

El otro rasgo que comparten estas familias, es que el trabajo, es decir la producción de mercancías, se realiza fuera del hogar. Esta circunstancia marca una diferencia radical con otros grupos familiares, en cuya experiencia el trabajo orientado a generar recursos para garantizar la reproducción se desarrolla en el mismo ámbito en el que viven.

El trabajo es el eje alrededor del cual se organiza la vida obrera. La actividad cotidiana, la organización del tiempo, las condiciones de vida, están determinadas por la participación en el proceso productivo. Pero las labores fabriles implican una relación social particular, además se realizan en condiciones que tienen diferencias sustanciales respecto a las de otros empleos, y al cabo de una jornada de trabajo los asalariados han producido objetos tangibles. Estas circunstancias conforman la manera como los obreros ven el mundo y sus aspiraciones.

La relación que los obreros establecen con su trabajo es multidimensional. Atrás se hizo hincapié en que la actividad que realizan en la fábrica está fuera de su control, suele ser monótona, les brinda pocas satisfacciones y limita su capacidad de desarrollar iniciativas. No

obstante es el sustento de la autoestima y la certeza de que se realiza un trabajo honrado y digno. También permite el desarrollo de un sentimiento de pertenencia a un grupo social claramente diferenciado, bien sea porque forman parte de una empresa, de un sindicato, de un grupo de personas que posee determinadas destrezas, o porque laboran en procesos de producción semejantes, es decir fomenta el sentimiento de pertenencia a un sector obrero.

a. La influencia del trabajo industrial en la familia

Pero los efectos de la participación en la producción industrial no terminan en el obrero, pues el trabajo asalariado entraña una paradoja. No obstante que la actividad fabril se desarrolla en un ámbito ajeno a la vivienda familiar, que con frecuencia sólo conoce el obrero, también estructura las actividades de la familia del asalariado e incide en su forma de organización.

Las familias como grupos sociales desarrollan una división del trabajo, que es la que permite el desarrollo de todas las actividades necesarias para la reproducción. Esta división se instrumenta mediante la asignación de tareas y roles a sus distintos integrantes de acuerdo a la edad, sexo, posición que se ocupa al interior del grupo. No obstante que la división del trabajo incluye a todos los miembros, la asignación de responsabilidades no se da en términos de igualdad. Una organización basada en el sexo y el parentesco conlleva una carga jerárquica que implica la desigualdad, tanto en las obligaciones de las personas como en lo que pueden recibir.

En las familias obreras, la división doméstica del trabajo está influida por las características del trabajo industrial. La separación espacial del ámbito donde se ejecuta la actividad remunerada fomenta y agudiza la división ya existente entre el trabajo doméstico y el trabajo asalariado, y establece diferencias muy claras entre los roles de quienes permanecen en el hogar, y quienes salen de él.⁽⁷⁾ Los asalariados están sujetos a leyes externas, pero quienes

⁽⁷⁾ Un rol es un modelo normativo de la conducta, que se debe actuar de acuerdo a la posición que se ocupa en un sistema dado de relaciones, que garantiza el cumplimiento de un conjunto de expectativas sociales -que en el caso de la familia, son formuladas por la pareja o los padres-, y que se transforman en sanciones si no son cumplidas (Schwartz 1990).

permanecen en el hogar, tienen como objetivo de sus actividades garantizar la reproducción del grupo familiar, fomentar su bienestar, y tratar de concretar sus aspiraciones, tanto las referentes a la adquisición de bienes como las relativas a logros sociales, como el aumento de la escolaridad de los miembros o la movilidad social.

Para que las familias consigan las mejores condiciones para reproducirse no es suficiente que establezcan una clara división del trabajo, es necesaria también la sujeción de los deseos individuales a las necesidades colectivas. La tensión que existe entre ambos y la forma como se resuelve, marca diferencias significativas en la dinámica de cada familia.

b. El rol de los hombres y el de las mujeres en el hogar

Una característica destacada que comparten las familias obreras en distintos países es la importancia de la autoridad paterna, que incluso es una de las diferencias que algunos autores señalan respecto a las familias de clase media (Assessorato.. 1978; Hoggart 1990; Nieto 1992; Schwartz 1990; Sennett & Cobb 1973).

Este predominio de la autoridad paterna puede atribuirse a la interrelación de diferentes factores. Por una parte, su papel de sostén económico de la familia confiere al obrero una posición de poder (Horkheimer 1976a). Por otra, su falta de status en el mundo exterior y la necesidad de sujetarse a las órdenes de otros en el ámbito laboral, los lleva a trasladar el sistema de dominio de la fábrica al hogar, con la diferencia de que aquí desempeña el papel del supervisor o del patrón (Carbonaro y Nesti 1975, Sennett & Cobb 1973).

Pero el autoritarismo paterno y la dependencia de la mujer y los hijos se desarrolla en la totalidad de relaciones en que viven. Las formas de participación de las mujeres en las actividades familiares, a las que se atribuye en gran medida su sujeción y dependencia, se han conformado en un entramado de circunstancias sociales, y el autoritarismo paterno es sólo uno de sus elementos.

La estabilidad laboral que gozaron los sectores obreros ligados a las empresas más dinámicas, los salarios y prestaciones que recibían por su fuerza de trabajo permitieron que muchas mujeres permanecieran en el hogar y se encargaran del cuidado de los hijos y la administración de los recursos. Gracias a su papel de administradoras no pocas familias lograron aumentar su consumo y alcanzar mayor bienestar.

Al mismo tiempo, la mejoría económica que experimentó este sector obrero contribuyó a fomentar la conciencia de que la tarea más importante para la mujer era la maternidad y el cuidado del hogar. Este papel se ha reforzado desde las actitudes masculinas, que dificultan o impiden la incorporación de las mujeres al trabajo remunerado. Pero muchas mujeres también consideran que la maternidad es la tarea más importante que deben realizar. Esta jerarquización, junto con las resistencias masculinas y la certeza de que la permanencia femenina en el hogar garantiza mejoras materiales, dificulta que las mujeres hagan los arreglos necesarios para combinar el trabajo remunerado y el trabajo doméstico.

La familia constituye el ámbito de las relaciones estables de los individuos, lo que favorece que se convierta en el espacio de la intimidad, en el que encuentran apoyo en las épocas de crisis, como es la desocupación. Por otra parte, el trabajo industrial organiza la vida de los obreros a distintos niveles: el individual, el familiar, y también determina los vínculos que establecen con quienes comparten la misma relación laboral. Cuando la experiencia cotidiana está permeada por estos elementos y el obrero pierde su empleo, ¿qué sucede en el interior de la familia? ¿cómo se modifica su organización y las relaciones entre sus miembros? ¿qué elementos sustentan la nueva organización?

CAPITULO II. DESARROLLO INDUSTRIAL Y CONDICIONES DE DESOCUPACION OBRERA EN MEXICO, 1935-1992.

En este capítulo se analizarán las condiciones en que se han desarrollado las relaciones capitalistas durante las últimas décadas en México, destacando las características de la relación salarial a lo largo del período que nos ocupa. Para ello se retomarán tres de los aspectos que conforman el problema. El primero es el contexto imperante, a nivel nacional e internacional, en el que se desarrolló la industria mexicana, y las políticas que apoyaron su desarrollo. Otro es la evolución del empleo, tanto en la industria como en otros sectores económicos. Y finalmente, los cambios que han experimentado las condiciones de reproducción de la fuerza de trabajo.

A. El desarrollo industrial

Durante los años veinte, la industria productora de bienes de consumo duradero, en los países centrales, experimentó un importante crecimiento, principalmente en las ramas de automóviles y electrodomésticos. Empero, hacia los últimos años de la década, su desarrollo enfrentó los límites del mercado, y la sobreproducción provocó el quiebre masivo de empresas, el derrumbe del comercio internacional y la declinación de los flujos de capital (Aglietta 1979). Este período se conoce como crisis del 29 o la Gran Depresión.

Esta crisis también tuvo consecuencias en los países periféricos. En México, durante esa década, la actividad industrial había vivido cierta reanimación y se había recibido un fuerte flujo de capital extranjero. No obstante, el país era básicamente un exportador de productos agrícolas y mineros. El sector exportador, que estaba vinculado a la economía mundial, fue el primero que resultó afectado. La reacción en cadena no se hizo esperar y la crisis repercutió en el resto de economía. Se detuvieron las inversiones en la industria y el volumen de producción llegó a su nivel más bajo en 1933. La agricultura orientada a la exportación resintió rápidamente, pero

la que se dedicaba al mercado local se vio menos perjudicada (Cárdenas 1987, Tavares 1963, Velasco 1981).

Sin embargo, los efectos de la crisis fueron breves y la reactivación de la actividad económica en México se inició en 1933. En esta recuperación intervinieron diferentes factores. Por un lado, la crisis internacional permitió que la expansión de la economía dejara de apoyarse en el sector exportador, y determinó que las actividades orientadas al mercado interno, en particular la industria, adquirieran mayor importancia y dinamismo. Otro factor que coadyuvó, y que también fue resultado del cierre del comercio internacional, fue el incremento en el precio de las importaciones de productos manufacturados, lo que junto a la devaluación de la moneda permitió que las mercancías elaboradas en el país compitieran con las importadas. Además, la caída de las exportaciones del sector primario, así como la inseguridad que provocó la política de reparto agrario que se instrumentó durante esos años, favorecieron una transferencia de recursos de la agricultura hacia el sector industrial, con lo que se fortaleció el incipiente proceso de industrialización (Cárdenas 1987, Velasco 1981).

Este modelo de desarrollo industrial buscaba sustituir los bienes de consumo, que se habían importado hasta entonces, por productos fabricados en el país. Este modelo de industrialización que se desarrolló en distintas naciones latinoamericanas se denominó "sustitución de importaciones".

La Segunda Guerra Mundial trajo consigo un impulso a la expansión del sector industrial. Por un lado, la guerra puso en movimiento todos los recursos industriales de los países involucrados en el conflicto, y estimuló el crecimiento de las ramas de medios de producción relacionados con la industria bélica. Por otro, produjo una demanda militar extraordinaria de productos de las industrias textiles y de productos alimenticios. Por último, la incorporación de la mano de obra al ejército provocaba una escasez de la misma para la industria. Estas nuevas condiciones en el mercado mundial permitieron que naciones como México, pudieran utilizar al máximo su capacidad industrial instalada. Así, sin grandes inversiones, durante los años de la guerra la producción manufacturera aumentó en un 75% entre 1939 y 1946. El incremento se

logró utilizando las máquinas durante dos y tres turnos diarios, y mediante la intensificación del trabajo (Arroio 1981, Cabral 1981, Reynolds 1973). Por su parte, el Estado apoyó este crecimiento por la vía de créditos y subsidios que se canalizaron a la industria (Solís, 1985).

El fin de la guerra generó incertidumbre sobre la posibilidad de expandir la demanda de los productos manufacturados en el país. Una de las grandes preocupaciones estribaba en mantener, por lo menos, los niveles de demanda previos. A fin de lograr este objetivo, el gobierno introdujo un sistema de licencias de importación que, junto con un aumento en la protección arancelaria para la industria local, redujeron el riesgo que suponía realizar nuevas inversiones.⁽¹⁾ La devaluación del peso en 1948 también tuvo un efecto proteccionista, pues al encarecer las importaciones estimuló la demanda interna de las manufacturas mexicanas. El efecto de estas medidas fue que los industriales mexicanos aumentaron sus inversiones, de modo que durante la década de los cuarenta se duplicó el acervo de capital en la manufactura. En especial durante los años de 1945 a 1948 las inversiones privadas nacionales crecieron al ritmo más acelerado de toda la década (Cabral 1981).

Estas disposiciones no fueron la única forma como el Estado apoyó el desarrollo industrial. Entre 1940 y 1944, el 60% de la inversión pública se destinó a las comunicaciones y los transportes. A partir de 1945 la industria eléctrica alcanzó niveles de participación pública del 30%, cuando durante los años de la guerra había sido del 9%. El resultado fue la construcción de la infraestructura necesaria para que la industria consolidara su desarrollo. Al mismo tiempo, creció de manera acelerada el sector paraestatal con la creación de empresas y organismos que buscaban impulsar la inversión privada. En particular, el Estado invirtió en la producción de materias primas como acero, fibras de artisa y papel (Ibidem).

⁽¹⁾ La Ley de industria nuevas y necesarias que se estableció en 1945 garantizaba exenciones fiscales por períodos que iban entre 5 y 10 años, con posibilidad de prórrogas hasta por otros cinco años. La llamada Regla XIV estipulaba la eliminación de impuestos de importación para todo tipo de maquinaria y equipo que fomentara el desarrollo industrial del país (Reyna 1981).

En las políticas de explotación y producción de petróleo instrumentadas durante estos años también se hizo evidente el apoyo estatal al desarrollo industrial. Como el objetivo era satisfacer la demanda interna de hidrocarburos y apoyar el proceso de industrialización del país, el crecimiento de la industria petrolera se subordinó a las necesidades de las otras ramas de la industria, los hidrocarburos se ofrecían a precios subsidiados como un incentivo a la inversión privada. En tanto que el objetivo primordial de la empresa era satisfacer la demanda interna, los recursos de Pemex se destinaron a la perforación de desarrollo, refinación, petroquímica y transporte. Además, las fuertes cargas fiscales a las que estaba sujeta la empresa impedían que se realizaran nuevas inversiones. Ambos factores, subsidios y carga fiscal, impidieron un crecimiento equilibrado de las actividades de la industria petrolera, y como consecuencia se postergaron tareas necesarias para su desarrollo, tales como la exploración o la perforación de nuevos pozos petroleros. Esta política ocasionó que desde 1966, Pemex suspendiera sus exportaciones de crudo, y destinara toda su producción al mercado nacional (Morales et al. 1988).

Pero no sólo las políticas del Estado fomentaron las inversiones en la industria, no menos importantes fueron los cambios que vivía la estructura productiva a nivel internacional. Durante la Segunda Guerra los procesos de producción sufrieron importantes transformaciones, y después del conflicto el sector de bienes de consumo vivía un momento de expansión acelerada en los países centrales, motivo por el cual requería de la ampliación de sus mercados. Como parte de este proceso llegaron al país grandes capitales, provenientes principalmente de Estados Unidos, que se sumaron a la inversión que realizaban los capitalistas mexicanos. La legislación vigente en materia de inversión extranjera no impidió que México fuera el país de América Latina que recibió el mayor monto de capitales norteamericanos destinados a la industria manufacturera, a diferencia de otros países donde invirtieron fundamentalmente en la minería (Reynolds 1973). Las altas y sostenidas tasas de inversión, tanto nacionales como extranjeras, se reflejaron en el rápido crecimiento que experimentó la manufactura mexicana en ese período (véase cuadro A.1, en el anexo).

Desde los años cuarenta se llevó a cabo, de manera más integral, la política de sustitución de importaciones que se había iniciado durante la década anterior. En estos años aumentó de manera notable el número de establecimientos de las ramas que producían mercancías destinadas al consumo de los sectores de altos y medianos ingresos.⁽²⁾ Sin embargo, el valor de la producción registró los incrementos más importantes en la industria química, que pasó del 7.7% en 1940 al 9% en 1950, en la rama de fundición y manufactura de artículos metálicos que del 7% aumentó al 10% para el mismo período, y la de madera y muebles cuya producción representaba el 2% en 1940 y en 1950 ya alcanzaba el 3.7% (Arroio 1981). Hacia mediados de los años cincuenta la mayoría de las importaciones de productos terminados ya había sido sustituida por productos fabricados en el país, y adquirieron gran dinamismo las industrias elaboradoras de algunos bienes intermedios, como la de sustancias químicas, maquinaria, fibras sintéticas y productos metálicos (Reynolds 1973, Reyna 1981). En los años sesenta fueron las ramas intermedias de bienes de consumo duradero las que registraron un avance, en particular, la automotriz y la de aparatos electrodomésticos, e incluso algunas de bienes de capital. En estas últimas fue muy importante la inversión extranjera.

En tanto que la producción estaba orientada principalmente a la fabricación de bienes de consumo no duradero, se requería importar la maquinaria necesaria para la fabricación de dichos productos. Estas importaciones, que precisaba el desarrollo industrial del país, fueron financiadas durante su primera etapa con las divisas que se habían acumulado durante la guerra. Con ellas se adquirieron bienes de capital tanto para la reposición de la maquinaria de las plantas que se encontraban en funcionamiento, como para la ampliación de la infraestructura industrial. Posteriormente, durante los años cincuenta y hasta casi fines de los sesenta la industrialización del país se financió básicamente con las divisas provenientes de las exportaciones agrícolas (Solís 1984, Aboites 1989). En este sentido, la industrialización que se estaba impulsando no reducía el valor de las importaciones, sino que cambiaba el tipo de mercancías que se importaban, es decir, bienes de capital e insumos en lugar de bienes de consumo. El resultado fue una economía

⁽²⁾ Por ejemplo, la rama de indumentaria y tocador pasó de 828 establecimientos en 1940 a 10,945 en 1950, la de aparatos y materiales eléctricos estaba formada, en 1940, por 36 empresas y para 1950 contaba con 1,502. Joyas y objetos de arte pasó de 14 también en 1940 a 1,509 una década después (Arroio 1981: 104).

industrial orientada al mercado interno, la cual estableció una relación de dependencia tecnológica con respecto a los países centrales.

Las tasas de crecimiento de la industria, en los años que siguieron a la Segunda Guerra Mundial, fueron muy elevadas (8% en promedio). La importancia que adquirió la industria manufacturera en el desarrollo económico del país toma su verdadera dimensión cuando se analiza su participación en el producto interno bruto (PIB). Este sector experimentó un crecimiento sostenido en el lapso que va de 1930 a 1970, y además junto con la industria de la construcción en ningún momento disminuyó o se estancó su peso (véase cuadro A.II). Así, hasta los últimos años de la década de los sesenta se podía considerar que los resultados obtenidos en la industria eran sumamente alentadores.

Sin embargo, el resultado fue una planta industrial muy heterógena, conformada, por un lado, por unidades de producción con una baja relación capital-trabajo, que utilizaban maquinaria obsoleta y empleaban en forma intensiva mano de obra, y por otro, un sector muy dinámico, integrado por grupos industriales-financieros, que se caracterizaban por una alta participación de capital y tecnología extranjera, y que eran el eje sobre el que giraba el proceso de desarrollo económico. Aunque en 1965 las primeras representaban el 92% de los establecimientos industriales, sólo contaban con el 3% del capital invertido y generaban el 5% de la producción industrial. Producían bienes de consumo no duradero, tales como ropa y zapatos. En estas unidades productivas se empleaba el 25% del personal ocupado en la industria, pero los salarios y prestaciones sociales que recibían estos trabajadores sólo ascendían al 6%. De esta manera, muy pocos establecimientos concentraban prácticamente toda la inversión y la producción industrial (Vitelli 1981). Además, las políticas proteccionistas garantizaban un mercado cautivo, lo que estimuló el crecimiento de una planta industrial ineficiente que fabricaba mercancías caras y de mala calidad.

A fines de los años sesenta la industria empezó a enfrentar graves dificultades, que fueron provocadas por factores de distinta índole. La aguda concentración del ingreso se manifestaba en un lento crecimiento del mercado interno, y la inversión privada sufrió una

desaceleración (Blanco 1981). Las exportaciones de manufacturas, que eran el objetivo más deseado del crecimiento económico, empezaron a perder dinamismo. A partir de 1970 y hasta 1973, Pemex no pudo satisfacer las necesidades de hidrocarburos del país. Incluso se tuvo que importar crudo para satisfacer la demanda interna.⁽³⁾ Además, el deterioro en el comercio internacional de los productos agrícolas y mineros, trajo consigo una escasez de divisas que ponía en peligro el proyecto de industrialización, pues se requería de ellas para hacer frente a la balanza de pagos y para continuar con las inversiones. Para enfrentar esta situación, el Estado puso en marcha una política que buscaba el crecimiento económico basado en el endeudamiento externo, lo cual sería una de las características más sobresalientes de la década de los setentas (de la Peña 1984).⁽⁴⁾

En este contexto, un acontecimiento que tuvo lugar en el ámbito internacional modificó la importancia del petróleo en el proyecto de desarrollo industrial mexicano. En octubre de 1973, los países productores de petróleo del Golfo Pérsico aumentaron unilateralmente los precios de los hidrocarburos y decretaron un boicot, dirigido especialmente contra Estados Unidos y Holanda.⁽⁵⁾ Ese fue el inicio de una época que se caracterizó por el alza de los precios del petróleo.

De esta manera, factores de naturaleza tan distinta como la necesidad de divisas y el aumento de los precios internacionales de los hidrocarburos, se conjugaron para ofrecer nuevas perspectivas de desarrollo a la industria petrolera mexicana. En este contexto, se intensificaron las actividades de exploración en la búsqueda de nuevos yacimientos. La búsqueda resultó

⁽³⁾ En 1971 se importaron 672 miles de barriles (mb), en 1972 fueron 10,776 mb y en 1973 las importaciones ascendieron a 23,613 mb (Morales et al. 1988).

⁽⁴⁾ En 1970 la deuda externa del sector público era de 4,262 millones de dólares, en 1978 ya alcanzaba 26,264 (Fuente: SPP, *Información económica y social básica*, citado en Blanco 1981).

⁽⁵⁾ Con estas medidas quedó en evidencia que las compañías petroleras habían perdido el control que ejercían sobre el precio y la regulación de la oferta de los hidrocarburos, y que el mercado petrolero estaba en manos de los países productores.

exitosa y el número de las reservas probadas aumentó de 5,432 mb en 1973 a 6,338 mb en 1975; y en 1976, tan sólo un año después, alcanzaron los 11,160 mb (Morales et al. 1988).

La recién descubierta riqueza petrolera de México respaldó los cambios en la política petrolera del país. El 23 de diciembre de 1976 se anunció, que sobre la base de las nuevas estimaciones de reservas probadas de hidrocarburos, México se convertiría en una nación exportadora de petróleo relativamente importante (Székely 1982: 58). El gobierno planteaba que, a través de la exportación y gracias a las reservas probadas, se contaría con las divisas necesarias para desarrollar la industria petrolera y para apoyar su estrategia de crecimiento económico. Con el petróleo como "palanca del desarrollo" se dispondría de los recursos necesarios para revertir la crisis interna, y que más adelante México se convertiría en una potencia económica de nivel intermedio (Székely 1982 y Morales et al. 1988).

El cambio en la política petrolera se reflejó en la producción y en las exportaciones de crudo que aumentaron constantemente desde 1974, fecha en que se reiniciaron las ventas al exterior. Así, en ese año se produjeron 209,855 mb y se exportaron 5,804 mb que representaban el 3%. Dos años después, en 1976, la producción alcanzó 293,117 mb y se colocaron en el mercado internacional 34,470 mb, el 21%. En 1980 se extrajeron 708,593 mb y se exportaron 302,956 mb, el 43% de la producción (Morales et al. 1988). El aumento sostenido en la producción permitió a México convertirse en uno de los principales países exportadores de petróleo.⁽⁶⁾

Al mismo tiempo que aumentaba la producción y las exportaciones de crudo mexicano, continuaba en ascenso su precio en el mercado internacional y se incrementaban las reservas

⁽⁶⁾ En 1980 México ocupó el 7º lugar en la producción de petróleo. Lo precedían Arabia Saudita, Estados Unidos, Irak, Nigeria, China, la U.R.S.S., y Venezuela. En 1982, ocupaba el 4º lugar, después de Arabia Saudita, Estados Unidos y la U.R.S.S (Pemex 1984).

probadas de petróleo. Ante este panorama Pemex también elevaba el monto de las inversiones que realizaba, y que le permitirían desarrollar su ambicioso programa petrolero.⁽⁷⁾

Sin embargo, las grandes inversiones que se requerían para el desarrollo de este proyecto, y el deterioro que sufrían las finanzas públicas obligaron a la empresa a recurrir a los préstamos extranjeros. El endeudamiento de la paraestatal aumentó rápidamente, de modo que entre 1977 y 1982 la deuda externa de la empresa se elevó más del 600%, pasando de 3,038 a 19,200 millones de dólares (Barbosa 1992). En 1980 la deuda de Pemex representaba el 25% del total de la deuda externa del sector público (Székely 1982).

A partir de 1973 la producción de la industria petrolera se dirigió al mercado internacional, y una parte muy importante de los ingresos que se obtenían de las ventas de petróleo se destinaron a apoyar a la industria manufacturera. Este sector continuaba ocupando un lugar privilegiado en las prioridades nacionales y fue objeto de múltiples apoyos. A mediados de la década el país contaba con las divisas provenientes de la venta de petróleo, pero también con las que llegaban por la vía del endeudamiento externo, de la inversión extranjera y del turismo. Estos recursos aumentaron la capacidad del país para importar, lo cual permitió la expansión de la planta industrial y un incremento en la producción. Cabe destacar la importancia de los apoyos que recibieron las ramas de bienes de producción (Solís 1985 y de la Peña 1984).

Parte integral del proyecto de desarrollo que se instrumentó durante estos años fue la inversión del sector público. Entre 1960 y 1970 la industria paraestatal pasó de 259 entidades a 491, doce años más tarde, en 1982 alcanzaban la cifra de 1,155 (Romero y Méndez 1990). Al igual que años atrás, la importancia de estas empresas radicaba no sólo en su número sino también en los productos que fabricaban, ya que en su mayoría elaboraban muchos de los insumos que requería la planta industrial del país, como el acero o los petroquímicos.

⁽⁷⁾ Entre 1970 y 1976 el 19% de la inversión pública se destinó al desarrollo de la industria petrolera, en 1977 representaba el 21.5% y en 1981 alcanzó el 35%. El presupuesto de Pemex en el período 1977-1982 fue de 40 mil millones de dólares (Székely 1982).

A pesar de los apoyos orientados al desarrollo de la industria manufacturera, la inversión privada no aumentó, lo que se tradujo en un envejecimiento de la planta instalada y en un incremento muy lento de la productividad del trabajo. Además, su producción continuó dirigida a los consumidores mexicanos, de modo que al terminar la década, el aparato productivo aún no era capaz de generar un monto de exportaciones que le permitiera financiar las importaciones que requería. La evolución de las exportaciones durante ese lapso ilustra esta situación. En 1970 las exportaciones agrícolas representaban el 45%, pero en 1976 habían descendido al 35%; las de manufacturas también habían disminuído del 33% al 27%, mientras que las de la industria extractiva, incluido el petróleo, aumentaron del 7% al 21% (Székely 1986).

La incapacidad de la planta industrial de exportar sus productos, y el creciente endeudamiento externo para importar bienes de capital, provocaron fuertes desequilibrios en la balanza de pagos, de manera que en 1976 fue necesario devaluar el peso. Sin embargo, la devaluación no logró modificar las tendencias que la habían ocasionado, y la capacidad para financiar las importaciones de la industria con las divisas provenientes de las ventas de manufacturas al exterior era decreciente. Esta tendencia de las exportaciones se acentuó durante los últimos años de la década y, en 1981, los ingresos provenientes de la venta de petróleo en el mercado internacional representaron el 75% del total de ingresos por exportaciones, y los de las no petroleras disminuyeron en 11% en relación al año anterior. En particular las exportaciones agrícolas cayeron en un 5.1% y las de manufacturas sufrieron un detrimento del 6.3% en términos nominales (Morales et al. 1988).

A este panorama, se sumó un cambio que tuvo lugar en 1981, en el mercado petrolero internacional, que modificó radicalmente la situación imperante hasta ese momento. Los precios internacionales del petróleo sufrieron una drástica caída.⁽⁸⁾ En esta disminución influyeron la recesión internacional que afectaba de manera muy especial a los países desarrollados, y los

⁽⁸⁾ El precio del petróleo mexicano de exportación en enero de 1981 era de 35.10 dólares el barril. En junio de ese año era de 31.25 dólares. En enero de 1982, había disminuído en 4.35 dólares respecto al de un año antes (*Proceso*, 11 de enero de 1982). En febrero de 1983 el barril de crudo Istmo se cotizó en 29 dólares y el maya en 25 dólares, en promedio el precio era de 27 dólares (Pemex 1984).

logros que estas naciones habían alcanzado en materia de ahorro y conservación de energía. Ambos acontecimientos tuvieron como resultado un decrecimiento en la demanda de crudo.

El descenso en los precios y en la demanda del petróleo incidieron sobre la política petrolera mexicana. Pemex trató de conservar a sus clientes mediante la baja en el precio del crudo, pero la medida no tuvo el éxito deseado, y disminuyó el volumen de sus exportaciones. Sin embargo, al disminuir el volumen de las exportaciones petroleras y los precios de los hidrocarburos, se redujeron también los ingresos del gobierno mexicano. Esto puso en peligro los planes y programas que se habían instrumentado con base en los ingresos generados por el petróleo. La baja afectó en primera instancia al gasto público, que en ese momento decreció en un 4%. Para Pemex dicha disminución significó una declinación del 15% en su presupuesto para 1982 (Ibidem).

A la caída de los precios del petróleo se sumó, en febrero de 1982, una nueva devaluación, y la deuda externa mexicana, que había crecido de manera desorbitante durante la década anterior, se convirtió en una carga y un problema al que era urgente hacer frente. Este acontecimiento marcó el inicio de la crisis más profunda que ha vivido el país durante este siglo, a partir de la cual se replanteó el modelo de desarrollo instrumentado hasta esa fecha.

Las circunstancias que enfrentaba el país estaban condicionadas, por una parte, por la situación económica interna que se caracterizaba por la carga del pago de la deuda externa, por la dependencia de las divisas provenientes de la venta del petróleo para financiar las inversiones y hacer frente a sus compromisos, y por una planta industrial cuya producción estaba orientada al mercado nacional. Por otro lado, a nivel internacional los países centrales vivían una severa recesión, además de la ya mencionada baja en los precios del petróleo. Tanto la situación nacional como la mundial impactaron el desarrollo de la industria petrolera y manufacturera.

La industria petrolera se vio afectada en mayor medida por la situación que imperaba en el mercado internacional, en tanto que su desarrollo estaba estrechamente ligado a su evolución. Cuando descendieron los precios internacionales del petróleo, dejó de ser considerado la

"palanca" para el desarrollo interno, pero mantuvo un papel preponderante en tanto que se convirtió en un instrumento de carácter financiero, que permitió al país hacer frente, de manera parcial, a los compromisos creados por la deuda externa. Así, a partir de 1982, la política de comercialización externa de Pemex estuvo condicionada, por un lado, por la inestabilidad del mercado petrolero internacional, y por otro, por los compromisos financieros del país ante los acreedores internacionales (Guillén Romo 1990, Morales et al. 1988).

La disminución de precios que se inició en 1981 pudo ser regulada por los países miembros de la Organización de Países Exportadores de Petróleo (OPEP) durante los años de 1983, 1984 y 1985. En esos años la política de exportación de México se mantuvo muy cercana a los acuerdos de esta organización, cuyo objetivo era evitar una nueva y más drástica caída de los precios. En ese momento, las decisiones que se tomaron sobre los precios y los volúmenes de petróleo que se exportaban, estuvieron en estrecha relación con las medidas que acordaba la OPEP.⁽⁹⁾ Con esta política prevaleció el principio de buscar el beneficio a mediano plazo, aunque en el corto el aumento de la producción y las exportaciones podía ser visto como una solución a los problemas más urgentes.⁽¹⁰⁾

Sin embargo, en el verano de 1985 la mayoría de los países miembros de la OPEP dejó de respetar las cuotas que tenía asignadas, y comercializaban sus productos mediante una serie de descuentos. Además, las compañías del Mar del Norte continuaban aumentando su producción. En los primeros meses de 1986, el precio se desplomó y se desencadenó una guerra comercial entre los países productores.

⁽⁹⁾ En la conferencia de la OPEP, que tuvo lugar en Londres en marzo de 1983, se acordó reducir un 15% los precios de referencia del crudo y limitar la producción a 17.5 mmbd. Poco después México anunció un recorte de 3.50 dólares en el precio de exportación, y mantuvo la cuota de 1.5 mmbd. Durante 1984 la situación no se modificó de manera sustancial. En octubre seis productores de petróleo miembros de la OPEP: Argelia, Arabia Saudita, Kuwait, Libia, los Emiratos Arabes Unidos y Venezuela, junto con México y Egipto, anunciaron su decisión de realizar recortes en su producción antes de bajar el precio (Morales et al. 1988).

⁽¹⁰⁾ La situación se planteaba de la siguiente manera: por cada dólar que bajara el petróleo, el país perdería 600 millones de dólares anuales, pero por cada punto de reducción en las tasas de interés, México ahorraría 850 millones (Morales et al. 1988).

En esos meses, las exportaciones mexicanas apenas alcanzaban un promedio de 1.1 mmbd, y no fue sino hasta junio de 1986 que las exportaciones se pudieron elevar a los 1.5 mmbd. La manera como Pemex consiguió aumentar sus ventas fue vendiendo a un precio promedio de 8.30 dólares el barril. El crudo Maya se cotizó en ese momento a cinco dólares, pero los costos de producción se ubicaban ligeramente por abajo de los siete dólares el barril. De esta manera, México tuvo que perder para conservar su lugar en el mercado. A pesar de ello, ese año el país exportó un promedio de 1,289 mmbd, una caída del 10.1% con respecto al año anterior (Morales et al. 1988).

La evolución de los ingresos por la venta de petróleo en el extranjero, durante esos años, son muy reveladores. En 1982 ingresaron al país 15,623 millones de dólares (md) por concepto de exportación petrolera, en 1983 fueron 14,821 md, en 1985 todavía rebasaron los 14,000 md, pero en 1986 apenas alcanzaron los 6,133.3 md (Morales et al. 1988, Novelo 1991). Esta situación incidía de manera negativa en las posibilidades de crecimiento del país, que dependía de estos ingresos para cubrir el servicio y el capital de su deuda externa.

Otro elemento que dificultó aún más la situación de México como exportador de petróleo, fue la monoexportación. Mientras otros países diversificaban sus exportaciones con la venta de productos petrolíferos y petroquímicos, en México, en 1988, el crudo constituyó el 81% de las exportaciones petroleras, los productos petrolíferos representaron el 8.4% y los petroquímicos el 8.6% (Novelo 1990).

Mientras la industria petrolera era afectada por la situación del mercado internacional, las plantas manufactureras no corrían mejor suerte. En 1982, la crisis se anunció como un desequilibrio fundamentalmente financiero y se afirmó que la planta productiva no se vería afectada, no obstante, ese mismo año ya había signos inequívocos de que la realidad era otra. El periodo 1981 y 1983 fue el más negativo para las manufacturas. Algunas de las ramas más afectadas fueron las que habían mostrado mayor dinamismo durante la década de 1970, como la petroquímica básica y secundaria, la química, la industria de bienes de capital, la siderúrgica

y la automotriz (Vidal 1986). No obstante, hubo situaciones contrastantes, como la de la industria maquiladora que no perdió su dinamismo.

La crisis provocó una seria reducción de la producción y el cierre de numerosas empresas, empero otros factores también contribuyeron a crear esta situación, principalmente, las políticas económicas del Estado. Estas fueron instrumentadas en el marco de la renegociación de la deuda externa del país, para hacer frente a la crisis, pero estaban estrechamente vinculadas a los cambios que tenían lugar en los países centrales y que buscaban hacer frente a la recesión que vivían esas naciones. El modelo de acumulación que se desarrolló después de la Segunda Guerra Mundial se basó en políticas de altos ingresos de masas y en el control sindical del tiempo de trabajo y las condiciones laborales. La producción industrial descansaba en la fabricación de bienes de consumo duradero (automóviles, aparatos domésticos, televisiones) y estaba orientada a los asalariados. Sin embargo, a mediados de los años setenta el mercado estaba saturado (Berger y Offe 1992). En este contexto, la división internacional del trabajo sufrió un cambio, a partir del cual se relocalizaron en la periferia algunos segmentos de los procesos productivos (Guillén 1990). Con esta relocalización, las multinacionales podían combinar los salarios más bajos con el tipo más elevado de eficiencia tecnológica en la esfera de la producción (Berger y Offe 1992).

Ante el nuevo panorama internacional, el gobierno mexicano instrumentó un modelo de desarrollo que se adecuara al nuevo entorno económico internacional. Se buscaba que la producción industrial fuera eficiente y competitiva a nivel internacional. Además, se planteaba la necesidad de disminuir la participación del Estado en la economía.⁽¹¹⁾ Así, los productos fabricados por el aparato industrial del país debían competir directamente en los mercados extranjeros, pero para lograrlo era necesario racionalizar la organización de los procesos productivos e introducir métodos más eficientes. Esta estrategia podía apoyarse también en el

⁽¹¹⁾ Como parte de las negociaciones para la reestructuración de la deuda externa, en 1986, el secretario del Tesoro de Estados Unidos presentó un plan de apoyo financiero para México ante el Banco Mundial y el Fondo Monetario Internacional (FMI). A cambio de recursos financieros, México se comprometía a favorecer el ingreso de la inversión extranjera, a abrir sus sectores tradicionalmente vedados, y a privatizar un buen número de empresas paraestatales (Morales et al. 1988).

bajo costo de la mano de obra. En realidad, se trataba de instrumentar un modelo secundario-exportador, es decir, se trataba de reorientar la producción de la planta industrial manufacturera al mercado internacional.

La tarea no era fácil para las empresas mexicanas. En su contra actuaban más de tres décadas de proteccionismo que les habían garantizado un mercado cautivo, y el envejecimiento de sus instalaciones provocado por la falta de inversiones importantes en los años anteriores. Pero las pocas empresas que lograron aumentar sus exportaciones, se fortalecieron. Su competitividad internacional se ha basado en un proceso de reconversión, que se ha dado bajo formas e intensidades muy diversas, y en él se conjugan elementos como: la introducción de nuevas tecnologías o formas de organizar el trabajo; cambios en las estructuras organizacionales, las compras y las ventas; flexibilización del producto y del proceso; flexibilidad de la fuerza de trabajo y cambios en la contratación colectiva, elementos todos que han permitido modificar los escalafones por antigüedad y han sido sustituidos por la valoración de las habilidades; búsqueda de una fuerza de trabajo diferente en calificaciones y actitudes (De la Garza 1990).⁽¹²⁾

En la búsqueda de integración con la economía mundial se ha favorecido la inversión extranjera. Esta ha llegado tanto por la vía de las plantas maquiladoras que fabrican productos con un elevado contenido de trabajo vivo, como por la de los establecimientos capital-intensivos.⁽¹³⁾

La integración a la economía mundial se ha apoyado también mediante disposiciones que buscan mejorar la competitividad de los precios de los productos manufacturados mexicanos en

⁽¹²⁾ En los convenios de productividad que han firmado algunos sindicatos y empresas han sido muy importantes los cambios en el escalafón. El convenio de productividad de la Comisión Federal de Electricidad (CFE) desconoce el escalafón como una forma de ascenso, y señala que éstos responderán al criterio de capacidad y productividad (*La Jornada*, 31 de agosto de 1993). En el contrato colectivo que rige a 25 mil trabajadores de la industria química y petroquímica, no existen puestos definidos sino niveles de capacitación, y el escalafón se eliminó para dar paso a los méritos por capacitación (*La Jornada*, 2 de junio de 1993).

⁽¹³⁾ Las plantas automotrices que durante los ochenta se instalaron en distintos estados del norte del país, y cuya producción está dirigida al mercado estadounidense son un ejemplo de este segundo tipo de inversión extranjera.

el mercado internacional, y de esta manera facilitar su exportación. Entre ellas se encuentra la paridad del peso frente al dólar, que ha sufrido desde bruscas devaluaciones hasta medidas como el deslizamiento diario de la moneda.

Asimismo, México se adhirió al GATT como parte de las políticas orientadas a mejorar la calidad y las posibilidades de exportación de las manufacturas mexicanas, con la consiguiente apertura del mercado nacional a productos procedentes de otros países. La firma del Tratado de Libre Comercio con Estados Unidos y Canadá también forma parte de esta política de apertura que busca la integración al mercado internacional.

La industria paraestatal no quedó fuera de este proceso, y también sufrió profundas reestructuraciones. A pesar de las inversiones que recibió durante los años setenta, fue puesto en venta un número muy importante de empresas que pertenecían a este sector.⁽¹⁴⁾

Aunque Pemex también sufrió ajustes, éstos tuvieron ciertas particularidades. La escasez de divisas y la caída de los precios de los hidrocarburos, además, de afectar a la economía mexicana en su conjunto, tuvieron consecuencias directas sobre la industria petrolera mexicana. Entre 1981 y 1989, la inversión física de la empresa cayó en casi 80%, de manera que las grandes inversiones en proyectos gigantes, los programas de expansión y la movilización de recursos humanos y materiales que se llevaron a cabo durante los últimos años de la década de 1970 fueron frenados. En 1985, según el director de Pemex, el 70% de las petrodivasas se transfirieron al gobierno, y el 30% restante fue utilizado por la empresa. El 18% se destinó al servicio de la deuda de la paraestatal y el 12% a los gastos de operación (Morales et al. 1988). Esta situación limitó la capacidad de expansión de la empresa y trajo el deterioro y el desequilibrio financiero. Además, las reservas petroleras sufrieron una baja sistemática desde 1983, año en que alcanzaron su mayor volumen (Sánchez y Bardacke 1992).

⁽¹⁴⁾ La Unidad de Desincorporación de Entidades Paraestatales de la Secretaría de Hacienda y Crédito Público señaló que en febrero de 1992 se habían desincorporado 911: 227 mediante el proceso de liquidación, 154 por extinción, 82 por fusión, 33 por transferencia, 293 por venta al sector social o privado y 72 de participación estatal minoritaria, otras 86 se encontraban en proceso de desincorporación (Excelsior, 25 de febrero de 1992).

La situación de la empresa exigía un reordenamiento a todos los niveles. Este se inició durante los últimos años de la administración de Miguel de la Madrid, y se ha continuado y profundizado en la de Carlos Salinas de Gortari. En el aspecto financiero la reestructuración se inició durante la segunda mitad de la década de 1980, y se puso un énfasis muy especial en el pago de la deuda externa de la paraestatal, de manera que de los 19,200 millones de dólares que se debían en 1982, en 1991 se adeudaban sólo 5,600 millones de dólares (Excelsior, 24 de mayo de 1991).

Junto al reordenamiento financiero, se emprendió una modificación de las estructuras organizativas que buscaba reforzar el aparato de comercialización internacional. Para ello, se abrió la industria al capital privado, mediante la formación de empresas creadas para comercializar los productos petroleros en el mercado internacional. Estas empresas están encabezadas por Petróleos Mexicanos Internacional (PMI) que fue constituida para participar en los mercados internacionales en proyectos de exploración, perforación o transformación del petróleo en el extranjero, la compra de bienes y tecnologías, así como en proyectos de construcción de ductos, plantas o complejos petroquímicos; otra es Mexpetrol S.A. de C.V. que fue autorizada para establecer, adquirir y operar plantas en el exterior (Barbosa 1992). Con ellas se buscaba adecuar y fortalecer la estructura y los medios con que se realizaban las actividades de comercio exterior del crudo y sus derivados. Muchas de las actividades que desarrollaban estas empresas suponían una duplicidad de funciones cuando ya existía la Gerencia de Comercio Exterior y la Gerencia de Análisis y Evaluación del Mercado que eran las que realizaban estas actividades desde que Pemex se convirtió en exportador de petróleo (Sánchez y Bardacke 1992).

Las actividades internas también se reorganizaron con el fin de que Pemex operara con un sentido más empresarial. El 18 de marzo de 1991, al mismo tiempo que se anunciaba el cierre de la Refinería "18 de marzo", se informó que la paraestatal había convertido a sus subdirecciones en cinco empresas filiales (Sánchez y Bardacke 1992). Un año después se presentó un anteproyecto de reestructuración que contemplaba la creación de cuatro organismos descentralizados subsidiarios de la principal empresa del país: Pemex Exploración y Producción; Pemex Refinación; Pemex Gas y Petroquímica Básica; y Pemex Petroquímica Secundaria. En

los tres primeros organismos se descartaba la participación de particulares nacionales o extranjeros. Pemex Petroquímica Secundaria por el contrario competiría en mercados internos y foráneos (Excélsior, 16 de junio de 1992).

El objetivo de esta reestructuración era agrupar las actividades en empresas de tamaño manejable, con políticas explícitas, con ámbitos de acción, alcances y responsabilidades definidos, y con autonomía para desarrollar sus programas operativos y de inversión. Con esta reestructuración también se buscaba establecer sistemas de administración, evaluación y estímulo de personal que promovieran la honestidad, responsabilidad y excelencia en el desempeño para asegurar la permanencia y el ascenso de los más capacitados (La Jornada, 5 de junio de 1992). Entre otras medidas, se realizaron diagnósticos en cada centro de trabajo, a fin de crear compromisos en el mejoramiento de los niveles de productividad (El Financiero, 18 de febrero de 1993). A pesar de que se esperaba que la reestructuración tendría consecuencias en los aspectos laborales, se señalaba que en su adecuación a las nuevas condiciones no se modificarían los derechos adquiridos de los trabajadores petroleros (La Jornada, 5 de junio de 1992).

La petroquímica secundaria se vio inmersa en un proceso de reprivatización acelerada. Esto se ha facilitado mediante una reclasificación de petroquímicos básicos a secundarios (Molina 1989). En total se esperaba, a principios de 1992, que el número de petroquímicos básicos, cuya producción se reservaba el Estado, se redujera de 19 a 10 (La Jornada, 3 de enero de 1992). Un año después se anunció la venta de los dos primeros grupos de plantas petroquímicas que poseía Pemex. Del total de 60 plantas, unas estarían sujetas a la privatización, otras a coinversión, y otras más continuarían siendo propiedad de Pemex-Petroquímica. Se aclaró que la industria mexicana no tendría la primera opción de compra y que tendría que competir en igualdad de circunstancias con las grandes cadenas petroquímicas transnacionales como Exxon y Shell. También se informó del cierre y suspensión de operaciones de las plantas obsoletas (El Financiero, 12 de febrero de 1993).

Así pues los distintos acontecimientos que tuvieron lugar en el contexto nacional e internacional durante los años ochenta modificaron las características de la planta industrial del

país y el destino de su producción. En 1988 la estructura de las exportaciones ya había sufrido un cambio considerable. Mientras en 1982 el 75% eran petroleras y el 14.2% provenían de la industria manufacturera, en 1988 sólo el 32% de las exportaciones eran petroleras y el 56% provenían de la industria manufacturera (Guillén Romo 1990). En 1993, de acuerdo a informes del Banco de México y el INEGI, las ventas al exterior de la industria maquiladora alcanzaban el 39% del monto total de las ventas externas, lo que la convertía en la principal fuente de divisas del país; le seguían en importancia las manufacturas con el 36%; las petroleras habían disminuído al 16%; las agropecuarias el 8.3% y las extractivas 0.5% (La Jornada, 26 de mayo de 1993).

De acuerdo con los resultados obtenidos en la estructura de las exportaciones podría considerarse un éxito la reestructuración industrial. Sin embargo, la instrumentación de estas políticas ha incidido de manera negativa sobre la planta industrial del país. Su importancia en el PIB se ha mantenido en el mismo nivel desde 1970, y el sector que mayor crecimiento ha tenido desde esa fecha son los servicios (véase cuadro A.II). En 1993, una encuesta realizada por el Grupo Expansión señalaba algunas de las causas que estaban ocasionando los problemas que afectaban a la planta industrial. Todos estaban relacionados de una manera u otra con el nuevo modelo de desarrollo industrial. Así, para ramas como la textil y la de confección, las principales razones de sus problemas era la competencia desleal del exterior y el rezago tecnológico. En la industria del papel y cartón, las ventas descendieron debido a problemas que existían en el mercado, que se estaba abasteciendo con productos importados de mejor calidad y con precios más competitivos. Para la industria química las dificultades también provenían de la apertura comercial, que había desestabilizado el mercado. Los problemas de la industria petroquímica se derivaban de la baja de los precios de sus productos (El Financiero, 23 de agosto de 1993). Todas estas medidas como se verá, también han tenido efectos negativos en el empleo industrial.

B. La evolución del empleo industrial

Hemos visto cómo el avance del proceso de industrialización en México ha atravesado por diferentes etapas que se manifiestan en el apoyo que en distintos momentos han recibido ciertas ramas, y en los cambios que ha experimentado el destino de su producción. Aunque no existe una relación directamente proporcional entre el desarrollo o estancamiento de la industria manufacturera y el crecimiento o la disminución del empleo, las modificaciones que ha sufrido la planta industrial han contribuido a modificar la estructura ocupacional del país y el volumen del empleo en ese sector.

En los años treinta, cuando se inició el proceso reciente de industrialización, la población mexicana se ocupaba principalmente en labores agropecuarias. Las actividades consideradas propiamente urbanas, como la industria manufacturera y los servicios, empleaban a menos del 30% de la PEA (veáanse cuadros A.III y A.IV). Además, las consecuencias de la Gran Depresión sobre el volumen de empleo aún se sentían al finalizar los años treinta, pues en 1940 la tasa de la PEA había disminuído respecto a la que presentaba diez años atrás (veáse cuadro A.V). Sin embargo, el proceso de urbanización del país y el impulso que recibió la industria sentaron las bases que, en un primer momento, transformarían y, más tarde, consolidarían una estructura ocupacional distinta, que sería la predominante durante las siguientes décadas.

El impulso que recibió la industria contribuyó a dinamizar otros sectores de la economía, en especial el comercio y los servicios. Las grandes inversiones para instalar nuevas empresas, para modernizarlas, para ampliar la producción, para introducir nueva tecnología se tradujeron en la creación de nuevas fuentes de empleo. Ejemplos destacados de esta situación fueron las ramas automotriz y de electrodomésticos, cuyo crecimiento durante la década de 1960 se tradujo en la incorporación de grandes cantidades de obreros a sus procesos productivos. De manera que durante las décadas de 1940, 1950 y 1960 las inversiones y la introducción de nueva tecnología no significaban despidos sino nuevas contrataciones.

En la medida en que el dinamismo de las distintas actividades económicas requería incorporar cada vez más fuerza de trabajo, los requerimientos de mano de obra fueron satisfechos gracias a la suma de distintos procesos sociales. Uno de ellos estuvo dado por el crecimiento natural de la población, pero no fue el único. A medida que avanzaba la industrialización, y se modificaban las condiciones económicas y sociales imperantes en el país, otros procesos contribuyeron a dotar a la industria de la mano de obra que necesitaba.

Durante los años cuarenta los requerimientos de mano de obra de la industria, los servicios y el comercio hicieron necesaria la incorporación al mercado de trabajo de sectores que antes no desarrollaban ningún tipo de actividad remunerada. El resultado de este proceso fue que en 1950 la PEA ya había recuperado el nivel que tenía en 1930 respecto a la población total (véase cuadro A.V).

Hasta 1940 la población rural no contribuyó a engrosar las filas de trabajadores que se incorporaban a la industria. Las políticas de reparto agrario que se instrumentaron durante el período cardenista frenaron la migración de los campesinos a las ciudades, pues numerosos trabajadores agrícolas vieron satisfechas sus necesidades de subsistencia y las de sus familias (Reynolds 1973). Sin embargo, en 1950 los procesos de migración campo-ciudad se intensificaron, y los migrantes constituían una oferta de mano de obra susceptible de ser incorporada a la industria y a los servicios (véase cuadro A.VIII).

A partir de 1970, en la industria petrolera el aumento de la inversión en la producción de hidrocarburos, trajo consigo un crecimiento del número de personas que trabajaban en Pemex. Tan sólo en el lapso comprendido entre 1970 y 1982 se duplicó la planta laboral de la empresa (véase cuadro núm. 2.1)

Cuadro núm. 2.1
 Personal de Pemex 1970-1982

Año	Total de trabajadores
1970	71,878
1972	75,932
1974	81,042
1976	99,005
1978	117,447
1980	134,181
1982	157,747

Fuente: Alonso, Angelina y Roberto López 1986.

En 1980, el censo mostró cambios importantes en la estructura ocupacional. Por un lado, la PEA registró un crecimiento de más del 6% respecto a la década anterior (véase cuadro A.V). Por otro, el empleo en la agricultura sufrió un descenso considerable en esa década, que se vino a sumar al que ya había acumulado durante las décadas anteriores. Pero no sólo la ocupación en la agricultura mostró un retroceso, también disminuyó en las manufacturas por primera vez en treinta años. Los sectores que experimentaron el incremento más importante fueron la construcción y los servicios. El resultado de estos cambios que se gestaron durante las últimas décadas fue que en 1980 la mitad de la PEA laboraba en los servicios, el comercio y el transporte. La estructura ocupacional presentaba un perfil nuevo, pues el empleo se había terciarizado (véanse cuadros A.VI y A.VII).

La pérdida de la importancia del empleo en el sector industrial, se agravó en 1982. La crisis afectó la ocupación remunerada en la industria, y tanto los pequeños como los grandes establecimientos resultaron afectados. Tan sólo las 500 empresas más grandes del país tuvieron una caída del 9.1% en el empleo. En total ocuparon en 1982 a 731,009, mientras que un año antes habían empleado 804,114 (Vidal 1985).

Por otra parte, la reestructuración económica que siguió a la crisis no sólo ha significado cambios en las formas de organización de la producción y en el destino de las mercancías, sino que también ha tenido un grave impacto en la ocupación remunerada. Algunas fuentes señalan que para 1986, a pesar de que había habido ligeros repuntes en el nivel de empleo industrial, la mejoría no había podido mantenerse, y el número total de obreros se encontraba casi al mismo nivel que diez años antes, en 1977. En 1990 aún no había el mismo número de personas ocupadas que en 1981, año en que se alcanzó el mayor nivel de ocupación (en números absolutos). Más aún, en octubre de 1991 el empleo se encontraba al mismo nivel que en el año de 1955 (Excelsior, 10 de abril de 1992).

Otros autores señalan que desde 1982 hasta 1987 la tasa de crecimiento del empleo en la industria manufacturera registró un crecimiento negativo (véase cuadro núm. 2.2).

Cuadro núm. 2.2
Tasa anual de crecimiento del empleo
(1982-1987)

Año	1982	1983	1984	1985	1986	1987
Personal* ocupado	-2.4	-11.8	-12.7	-10.7	-14.3	-17.1

*Crecimiento porcentual en la industria manufacturera con respecto a 1981.

Fuente: De la Garza 1990.

Otras fuentes, menos pesimistas, señalan que en 1982, 1983 y 1986 disminuyó el número de personas ocupadas en la industria, pero que en 1990 se registró un pequeño aumento respecto a 1980 (véanse cuadros A.VI y A.VII). Sin embargo, de acuerdo al INEGI, desde 1989 hasta diciembre de 1993, el empleo en ese sector continuó mostrando variaciones negativas:

Cuadro núm. 2.3
Cambio porcentual del crecimiento en el empleo

Año	1991	1992	1993
Personal ocupado*	-2.3	-5.2	-8.0

*Crecimiento respecto al año anterior

Fuente: Encuesta Industrial Mensual, Diciembre, INEGI, años respectivos.

El INEGI señalaba que entre 1980 y abril de 1993, habfan sido despedidos casi 983,000 trabajadores sólo en el sector manufacturero, esto es, el 20.5% de la planta laboral existente al inicio de los años ochenta. De ellos, 287,000 personas, el 22% del total de cesantes, perdieron su empleo entre 1992 y los primeros cuatro meses de 1993. La pérdida de plazas laborales en la industria ha afectado con mayor fuerza a los obreros que a los empleados (La Jornada, 9 de agosto de 1993; El Financiero, 10 agosto de 1993).

Aunque los datos de las distintas fuentes citadas no coinciden en la evolución del problema y su magnitud durante los años ochenta, todas muestran la pérdida de puestos de trabajo, e incluso las más optimistas reconocen que durante los años ochenta no hubo crecimiento del empleo industrial.

Así pues, primero la crisis, y más tarde los procesos de flexibilización de la producción y de la fuerza de trabajo que han formado parte de la reestructuración industrial, han tenido como consecuencia una disminución del volumen del empleo en este sector. La manera como afectaron al empleo tiene relación por un lado, con las características de la planta industrial existente al inicio de la década de 1980, y por otro, con la orientación y los requerimientos de los nuevos modelos de producción.

La reestructuración no ha tenido el mismo impacto en todas las empresas cuya producción estaba orientada al mercado interno. Se señaló atrás que la planta industrial era muy heterogénea y que estaba formada tanto por grandes empresas muy dinámicas que concentraban gran parte de la inversión nacional, como por pequeños establecimientos cuya producción se basaba en la utilización intensiva de mano de obra. Un aspecto que confería gran importancia a estos últimos era la cantidad de mano de obra que empleaban. Sin embargo, el ajuste estructural ha tenido un impacto mucho más grave en ellos, y muchos han desaparecido con la consiguiente pérdida de las fuentes de trabajo. Su vulnerabilidad radicaba en que carecían de recursos suficientes para invertir en tecnología, y además, en su dependencia del mercado interno. Al contraerse el poder adquisitivo de la población y abrirse las fronteras a la importación masiva de mercancías

provenientes de prácticamente todo el mundo, las condiciones de producción de estos establecimientos les impidieron competir con los productos importados.

Los cambios que ha implicado la instrumentación del proceso de reestructuración al interior de la empresas también están estrechamente vinculados a la disminución del empleo en el sector secundario. Un aspecto muy importante de la flexibilización es la que se refiere a la fuerza de trabajo. Las nuevas técnicas y formas de organizar el trabajo han llevado a muchos establecimientos a fomentar cambios en las calificaciones de los obreros, y no pocas veces han traído consigo una intensificación del trabajo. Dicho brevemente, las empresas han sido capaces de producir la misma cantidad de mercancías utilizando menos mano de obra. Aunque la producción capitalista se basa en este principio, durante estos años la tendencia se ha acentuado, y ha traído una presión creciente sobre los trabajadores, no sólo con respecto a la seguridad en el empleo, sino también en lo que se refiere a las condiciones de trabajo. Además, a pesar que el objetivo no es reducir el personal sino bajar los costos, los reajustes se han considerado indispensables para optimizar los recursos de las empresas (El Financiero, 2 de agosto de 1993).

Otro fenómeno que ha cobrado importancia desde mediados de los años setenta, que además ha incidido de manera importante sobre el empleo industrial, ya que ha estado asociado al ajuste estructural, ha sido el aumento de las mujeres en la PEA (véase cuadro A.IX). Su incremento puede ser explicado por la interrelación de diferentes factores; sin embargo, aquí nos interesa destacar sus nexos con el cambio tecnológico. Las innovaciones tecnológicas tienen vínculos muy estrechos con la fuerza de trabajo que se incorpora al proceso productivo. Mano de obra y cambio tecnológico establecen entre sí una relación que constituye un espacio "socio-técnico", que se manifiesta entre otras cosas en transformaciones en las características de la fuerza de trabajo. Es decir, cada tipo de maquinaria requiere, para ser operada, de mano de obra con destrezas o calificaciones específicas. Por otra parte, el capital busca depender cada vez menos de la mano de obra, y esto lo ha logrado mediante la introducción de innovaciones tecnológicas que imponen a los obreros la forma y el ritmo de trabajo. El resultado es que los procesos industriales requieren cada vez más de grandes cantidades de fuerza de trabajo descalificada, la cual, al carecer de destrezas específicas, recibe remuneraciones más bajas. En

este contexto, las mujeres y los jóvenes al carecer de experiencias laborales previas y de una calificación industrial, responden a estos requerimientos de la industria y, en consecuencia, ha aumentado significativamente su participación en el empleo industrial.⁽¹⁵⁾ La industria maquiladora, que emplea mayoritariamente mujeres, es un claro ejemplo de esta situación.

En México, las políticas de apoyo a la industria maquiladora trajeron consigo un aumento considerable del empleo en esa rama. Mientras entre 1970-1976 tuvo una tasa anual de empleo de 7.9%, entre 1977 y 1981 fue de 13.6%, y a partir de 1982 alcanzó una tasa de 16.3% (Aboites 1989). En octubre de 1990 se calculaba que las maquiladoras empleaban a más de 450,000 trabajadores, casi el 20% de la fuerza de trabajo empleada en las manufacturas (Rendón y Salas 1991). En 1993, según datos del INEGI (1993), ocupaban 540,200 personas, de las cuales el 49% eran obreras mujeres, el 33% obreros hombres y el 19% eran técnicos de producción y empleados administrativos. Sin embargo, el aumento del empleo en estas empresas no ha logrado contrarrestar la caída que ha sufrido en conjunto el número de personas ocupadas en la industria de transformación.

La reestructuración en las empresas paraestatales ha seguido la misma lógica que en las de la iniciativa privada, pero en aquellas el móvil ha sido la creación de condiciones que hicieran posible su venta. En este sentido, los recortes de personal fueron muy severos en las empresas que fueron puestas en venta. Entre 1987 y 1992 se despidió y liquidó a 55,358 trabajadores (La Jornada, 18 de marzo de 1992).⁽¹⁶⁾

⁽¹⁵⁾ Los cambios que están teniendo lugar entre la población femenina como el aumento en la escolaridad y la disminución en la fertilidad, han convertido a las mujeres jóvenes en fuerza de trabajo muy apreciada (Safa 1993). Por lo que respecta a las bajas remuneraciones, socialmente el salario femenino es considerado "complementario", aunque objetivamente no lo sea (Aglieita 1979). Por su parte, los obreros jóvenes consideran que no pueden aspirar a recibir salarios más altos porque están iniciando su carrera laboral y rara vez poseen alguna calificación. Las tareas que desarrollan las mujeres en la industria requieren de habilidad manual y minuciosidad entre las más notables, destrezas que no son consideradas una calificación.

⁽¹⁶⁾ Un informe elaborado por la Secretaría de Energía, Minas e Industria Paraestatal (SEMIP) señala que en 1984, la industria siderúrgica paraestatal tuvo el mayor número de trabajadores -53,775-. En 1992 se habían despedido a 33,645 obreros, es decir al 62.5% (La Jornada, 18 de marzo de 1992).

En la industria petrolera el efecto del reajuste sobre el empleo tuvo sus especificidades. La caída de los precios del petróleo y de la inversión, que tuvieron lugar a partir de 1981, no se tradujeron en una inmediata reducción de la planta de trabajadores, por el contrario continuó creciendo. En 1987 laboraban en la empresa 180,839 trabajadores sindicalizados y de confianza (Novelo 1991). Ciertas fuentes señalan que en 1988 estaban afiliados al Sindicato de Trabajadores Petroleros de la República Mexicana (STPRM) 110,000 trabajadores de base y 100,000 transitorios (La Jornada, 30 de diciembre de 1991). La plantilla de trabajadores estaba conformada por 240,000 personas entre trabajadores sindicalizados y de confianza (El Financiero, 29 de septiembre de 1993).

Este comportamiento fue posible gracias a la estructura que prevalecía, durante la época en que Joaquín Hernández Galicia mejor conocido como "La Quina", estuvo al frente del STPRM. Sin embargo, el poder de los líderes sindicales y las condiciones de trabajo y los salarios que los petroleros habían obtenido a lo largo de muchos años eran un serio obstáculo para alcanzar instrumentar las medidas de reajuste en la empresa. Para instrumentar un proyecto de modernización como el que el Estado estaba desarrollando en otras empresas paraestatales precisaba de una estructura sindical más dócil, más dispuesta a ceder en la normatividad del trabajo vigente, y a reducir la planta de trabajadores.

Para hacer frente a este complejo problema el estado mexicano ha tomado medidas de distinta naturaleza: algunas de ellas han estado orientadas a mantener un mayor control sobre los líderes del STPRM. Mientras que otras han afectado directamente a los trabajadores. Las primeras se evidenciaron recién iniciada la administración de Carlos Salinas de Gortari. Este tomó posesión como presidente de la República el primero de diciembre de 1988. El 10 de enero de 1989 fueron apresados Joaquín Hernández Galicia "La Quina", Salvador Barragán Camacho, y un grupo de aproximadamente 20 líderes del STPRM. Se les acusaba de acopio de armas (Proceso, núm. 637, 16 de enero de 1989). El 2 de febrero se nombró al nuevo secretario general, un líder de la sección 10 de Minatitlán que estaba jubilado: Sebastián Guzmán Cabrera. Los hechos provocaron protestas de trabajadores quinistas y antiquinistas.

Este cambio en la dirección del sindicato marcó el inicio de una nueva etapa en las relaciones entre la empresa y el STPRM, que se reflejaría en la modificación sustantiva de las condiciones de trabajo de los petroleros. Después de la revisiones contractuales de 1989 y 1991, grandes grupos de trabajadores sindicalizados fueron transformados en personal de confianza. En 1989 había 9,896 plazas de confianza, y a fines de 1991 ya eran cerca de 15,000 (Barbosa 1992). Pemex quedó en absoluta libertad para modernizar las instalaciones y para contratar personal con terceras empresas. Por otra parte, en 1991 en el Contrato Colectivo de Trabajo (CCT) se anexó un capítulo relativo a la productividad, pero en un principio los trabajadores desconocían en qué términos estaba planteado (*La Jornada*, 8 de agosto de 1991). Al respecto, en las instalaciones petroleras se rumoraba que la dirigencia del STPRM había acordado el reajuste de la tercera parte del personal.

Después de la firma del CCT que regiría las relaciones laborales de los trabajadores con la empresa entre 1991 y 1993, Sebastián Cabrera reconoció que los cambios al CCT tenían por objeto adecuarlo a las negociaciones del Tratado de Libre Comercio y buscaban no ahuyentar la inversión extranjera. Sobre los reajustes señaló: "en lo que todo mundo tiene que estar de acuerdo es que determinadas instalaciones deben manejarse con un determinado número de personal", aunque "por mucha reducción que se quiera hacer para aumentar eficiencia y productividad definitivamente no se puede correr a todos" (*La Jornada*, 10 de agosto de 1991).

Conforme ha transcurrido el tiempo ha quedado de manifiesto el alcance de los temores de los petroleros respecto a los reajustes. Los reportes de la institución sobre el comportamiento de la plantilla laboral son confidenciales, con lo que se ha impedido conocer con exactitud la evolución del empleo en la paraestatal. Sin embargo, la información que ha publicado la prensa permite constatar la magnitud de los reajustes. "En 1988, la plantilla global de trabajadores la conformaban 240,000 entre sindicalizados y de confianza; un año después descendió a 195,600; en 1991 pasó a 183,000; y para 1992 la plantilla sumó 170,000, y al cierre del año anterior, y hasta la fecha llega a 120,000" (*El Financiero*, 29 de septiembre de 1993), la mitad de la planta

contratada en 1988.⁽¹⁷⁾ Los recortes de personal, como parte de las medidas en torno a la reestructuración y modernización de la empresa, se anunciaban uno tras otro en las distintas partes del país donde Pemex tenía instalaciones.⁽¹⁸⁾ En febrero de 1993, la empresa seguía haciendo uso de las fórmulas de que disponía para deshacerse de personal: jubilaciones "anticipadas" y cancelación de las plazas de los jubilados, cierre de plazas por término de la materia de trabajo e incumplimiento. En septiembre de 1993 el personal estaba compuesto por 33,000 empleados de confianza, 67,000 trabajadores de planta y 20,000 transitorios (El Financiero, 29 de septiembre de 1993). La paraestatal pretende tener sólo 80,000 trabajadores cuando concluya la actual administración (El Financiero, 18 de febrero de 1993).

Actualmente una de las condiciones para el éxito de las empresas industriales es la reducción de la fuerza de trabajo que utilizan, lo que se logra mediante la introducción de tecnología y con la intensificación de los ritmos de trabajo. La disminución en la cantidad de fuerza de trabajo empleada en la industria, la intermitencia en el empleo y la descalificación de las tareas que se ejecutan en la producción, han afectado la importancia que el trabajo remunerado tenía en la organización de la vida de las personas. El trabajo asalariado y la calificación han perdido su importancia como fuentes de reconocimiento social y como medios de subsistencia, pues han sido despojados de aquello sobre lo que se sustentaba la importancia de ser obrero: la posibilidad de hacer una carrera laboral ascendente en la industria, de adquirir una calificación industrial y de reproducirse gracias a la venta de su fuerza de trabajo.

⁽¹⁷⁾ Aunque la información que ha publicado la prensa no siempre coincide, sí señala tendencias semejantes. Por ejemplo, La Jornada, en una nota publicada el 30 de diciembre de 1991, señalaba que el número de afiliados que había perdido el STPRM desde 1988 era de 130,000, quedaban 80,000 trabajadores de base y 22,000 transitorios, y el personal de confianza había ascendido a 33,000 personas (La Jornada, 30 de diciembre de 1991).

⁽¹⁸⁾ El 23 de abril de 1992 se anunció el tercer recorte en cinco meses entre los obreros que laboraban en los campos petroleros de Agua Dulce, Las Choapas, Minatitlán, Nanchital, Cosoleacaque y Coatzacoalcos. Estos recortes habían afectado a más de tres mil obreros (La Jornada, 23 de abril de 1992). En junio se informó que en Salamanca se había liquidado inicialmente a 200 trabajadores transitorios (Excelsior, 12 de junio de 1992); tres semanas después el STPRM y la empresa convinieron la liquidación de otros 1,500 trabajadores transitorios que laboraban en la refinera "Ing. Antonio M. Amor" de Salamanca (La Jornada, 2 de julio de 1992). El Movimiento para la Defensa de los Trabajadores (Modetra) señaló que en octubre se dio de baja a unos 200 empleados de la planta del municipio de Reforma, en Chiapas. En Tampico, se esperaban nuevos recortes de personal en la refinera "Francisco I. Madero" para fin de año (El Financiero, 9 de noviembre de 1992). Aunque en menores proporciones, los ceses continuaron en 1993. En mayo, 200 trabajadores fueron despedidos del complejo petrolquímico "Cosoleacaque"; previamente se había dejado sin trabajo a 180 transitorios de la petrolquímica "Morelos" (La Jornada, 28 de mayo de 1993).

C. Las condiciones de reproducción de la fuerza de trabajo

El salario es el medio que permite la reproducción de la fuerza de trabajo; la reproducción se concretiza en las condiciones de vida de los obreros, es decir, en las formas como satisfacen sus necesidades de alimentación, vestido, vivienda, salud, educación y recreación. Sin embargo, estas condiciones de vida, las necesidades que deben satisfacerse, se establecen socialmente, y por ello han experimentado cambios con el paso del tiempo. De la misma manera, el papel del salario ha cambiado en las distintas fases del proceso de acumulación, lo que ha ocasionado que su poder adquisitivo no siempre haya sido acorde con el crecimiento experimentado por la industria.

El impulso que recibió la industria manufacturera a partir de 1935, no trajo consigo el mejoramiento de las condiciones de vida de los obreros, ya que el salario sufrió una declinación de su valor real (veáanse cuadro A IX y gráfica núm. 1).

Más tarde, la Segunda Guerra Mundial propició una nueva expansión de la industria, pero las condiciones en que tuvo lugar este auge tampoco beneficiaron a los trabajadores. Como consecuencia del conflicto el país vivió, durante esos años, una grave inflación y la escasez de muchos productos de primera necesidad, pues se especulaba con ellos o se exportaban.⁽¹⁹⁾ Además, el gobierno impidió la elevación de los salarios. Esta medida se tomó con objeto de crear condiciones óptimas a la producción industrial, y aprovechar la coyuntura que ofrecía la guerra para colocar las mercancías que demandaban los países involucrados en el conflicto.⁽²⁰⁾

⁽¹⁹⁾ En ese período "el crecimiento de los precios fue más acelerado para los productos agropecuarios que para las manufacturas elevando el costo de la vida para los trabajadores en casi cuatro veces en diez años, mientras los precios del conjunto de la economía sólo aumentaron al triple" (Cabral 1981: 73).

⁽²⁰⁾ Esta última medida fue posible gracias al control que ejercía el Estado sobre el movimiento obrero, control que se evidenció con la firma, en 1942, del Pacto de Unidad Obrera. En él, todas las organizaciones firmantes se comprometían a suspender los movimientos de huelga durante el conflicto bélico (Arrojo 1981, Basurto 1984).

En estas circunstancias, la participación de los sueldos y salarios en el valor de la producción durante esos años pasó del 18.8% en 1940, al 14.7% en 1945 (Arroio 1981). El salario perdió un 36% de su poder adquisitivo, entre 1940 y 1945, una pérdida que no ha vuelto a sufrir en un lapso tan corto. Así, inflación, escasez de mercancías y tope salarial se conjuntaron y redundaron en un grave deterioro de las condiciones de vida de los trabajadores (veáse cuadro A XI y gráfica núm. 1).

La pauperización de los obreros mexicanos no afectó a la planta productiva, ya que la producción industrial estaba orientada al mercado externo, y este sector social no representaba un mercado para los productos manufacturados. Por el contrario, la baja salarial fue un mecanismo que favoreció la obtención de altas tasas de ganancias y un acelerado ritmo de acumulación de capital.

Para contener el descontento de los trabajadores, el Estado creó el Instituto Mexicano del Seguro Social (IMSS), y tomó medidas para controlar los precios de los bienes salario. En 1942, se creó el Comité de Control y Vigilancia de Precios, cuyo objetivo era vigilar los precios oficiales de productos como el arroz, frijol y maíz, y denunciar su exportación, que había sido prohibida ese mismo año. Sin embargo, el desempeño de este comité fue poco eficaz (Arroio 1981).

Cuando finalizó la Segunda Guerra, la industria nacional se reorientó al mercado interno. Sin embargo, su producción estaba destinada al consumo de los sectores que concentraban los mayores ingresos, por lo que su desarrollo no requería del aumento de la capacidad de consumo de los obreros, y para las empresas resultaba benéfico que continuara el deterioro de los ingresos de los trabajadores.⁽²¹⁾

⁽²¹⁾ Los años de 1945 a 1947, que fueron los de mayor descenso en los salarios reales y en la participación del ingreso del trabajo en el ingreso nacional, fueron también los años de mayor crecimiento del consumo y la inversión privados (Cabral 1981).

A pesar de que durante los años cuarenta el destino de la producción de la industria mexicana sufrió virajes importantes, la baja del salario real fue un mecanismo que permitió el aumento de las ganancias capitalistas. Al combinarse la existencia de un mercado interno para los bienes de consumo con políticas proteccionistas y grandes utilidades, se crearon las condiciones que dieron un gran impulso a las inversiones privadas en la industria.

El reparto agrario que tuvo lugar durante los años cardenistas, fue de gran importancia en el proyecto industrializador, no sólo porque retuvo a la mano de obra en el campo, y facilitó la transferencia de divisas de la agricultura a la industria, como se señaló atrás. También garantizó la oferta de productos agrícolas sin que intervinieran en su producción los criterios de rentabilidad que impone el capitalismo (De Teresa 1992). La disponibilidad de productos agrícolas a bajo precio hizo posible, en gran medida, la disminución de los salarios industriales durante este período.

El deterioro que habían sufrido las condiciones de vida de los trabajadores dieron lugar a movilizaciones obreras importantes. Destaca el Pacto de Solidaridad que establecieron, a fines de 1947, tres de los sindicatos más poderosos que se encontraban fuera de la Confederación de Trabajadores de México (CTM): ferrocarrileros, petroleros y mineros. La unificación se dio en torno a la lucha contra el imperialismo, contra el deterioro de los salarios reales y contra la política alemanista (Cabral 1981, De la Peña 1984).

Durante los años cincuenta, las necesidades de expansión del mercado de una industria ligada al consumo interno y las demandas obreras comenzaron a remodelar el modo de consumo de la sociedad mexicana. Al ampliarse la producción, se amplió también la oferta de bienes manufacturados destinados al consumo popular, con precios de venta relativamente bajos, que cubrían las necesidades básicas de los sectores de ingresos reducidos (Vitelli 1981).⁽²²⁾

⁽²²⁾ Aunque existían fuertes disparidades en el crecimiento de la producción de los distintos bienes, en conjunto el aumento de la oferta permitió a los trabajadores acceder a diversos bienes de consumo no duradero. Tomando el año 1950 como base (100), el índice del volumen de la producción para 1967 fue en alimentos de 312.2; en carnes enlatadas de 700.6; en leche de vaca de 437; en azúcar de 357.1 y en bebidas alcohólicas de 6,742.0. (Vitelli 1981).

La oferta y el bajo precio de estos bienes posibilitaba que el costo de la vida del proletariado urbano industrial fuera reducido y, aunque los salarios industriales se recuperaban muy lentamente, se logró reducir al mínimo las presiones por alzas en los salarios mediante la introducción de una nueva modalidad: la ampliación de las prestaciones sociales en los contratos colectivos (Reyna 1981). Por esta vía el gobierno mostraba preocupación por elevar el bienestar de la población, en especial, de la clase trabajadora; al mismo tiempo permitía a las direcciones sindicales garantizar el control y la disciplina de los obreros.

Durante este período se estableció la relación que imperaría entre el Estado y el movimiento obrero en las siguientes décadas. La combinación de incrementos salariales y avances en las condiciones de vida; la mediación y la represión sindical; y la participación controlada en el poder, lograron la preservación del consenso y el control de las demandas obreras (De la Peña 1984). Tal combinación tuvo como resultado una polarización, que aún persiste, entre una pequeña proporción obrera organizada en sindicatos, y la gran mayoría de trabajadores que ha permanecido al margen de cualquier forma de asociación.⁽²³⁾ El sector más numeroso de los trabajadores carecía de mecanismos para plantear sus demandas respecto a condiciones de trabajo y de vida, presionar por ellas y conseguir mejoras, y por lo mismo quedaba al margen de los beneficios que se otorgaban a los trabajadores organizados.

La recuperación que experimentó el salario desde 1952 tuvo gran importancia en el desarrollo que vivía la industria del país en esos años (véase gráfica núm.1). La producción estaba dirigida al mercado interno; además, las nuevas formas de producción habían logrado la masificación de la producción industrial, hecho que modificó las prácticas de consumo y con la elaboración de productos estándares se permitió el acceso de los obreros a muchas de las mercancías que ellos mismos producían (Aglietta 1979, Piore y Sabel 1990). El resultado fue la ampliación del mercado, que constituyó la base para la expansión que vivió la industria

⁽²³⁾ En 1960 el 12.6% de la PEA se encontraba sindicalizada (Trejo Delarbre 1981). La OIT señala que en 1993, 7.2 millones de trabajadores mexicanos estaban sindicalizados, es decir, menos de la tercera parte de la PEA.

nacional durante las décadas de los cincuenta y los sesenta.⁽²⁴⁾ El incremento de los salarios y del consumo representaron una extensión de la producción capitalista y de las relaciones de mercado, pero sobre todo fueron la expresión de los cambios que estaba experimentando la relación salarial.

El año de 1970 marca el inicio de una política salarial que buscaba la "redistribución de la riqueza". En este contexto, el salario siguió experimentando aumentos constantes, a pesar de la crisis que enfrentaba el país: en 1976 alcanzó el máximo nivel que ha tenido durante todo el siglo (Garavito 1990). El mejoramiento de las condiciones de vida se debió a que las remuneraciones en el sector productivo tuvieron un crecimiento mayor que el de su ingreso total, es decir, la redistribución del ingreso afectó la rentabilidad que el capital había experimentado durante las décadas anteriores.⁽²⁵⁾

Además, el Estado realizó grandes inversiones en servicios como agua, drenaje, electricidad, medicina social; la construcción de escuelas y viviendas destinadas a los trabajadores; se otorgaron subsidios a ciertos alimentos y los trabajadores tuvieron acceso a créditos subvencionados que les permitieron adquirir los bienes de consumo duradero que producía la industria nacional y que no podían comprar con el salario semanal. Este conjunto de medidas significaron más bienestar para los obreros y un aumento en su consumo.

Sin embargo, los beneficios de todas las medidas orientadas a "redistribuir la riqueza" no alcanzaron por igual al conjunto de la población. Los más favorecidos fueron de nuevo los trabajadores organizados sindicalmente y las llamadas clases medias urbanas, pero quedó

⁽²⁴⁾ Durante el "periodo 1950-1970, en promedio, el poder adquisitivo de las familias prácticamente se duplicó. En efecto, el ingreso mensual promedio pasó de 957 a 1 834 pesos constantes" (Aboites 1989). Y a pesar de esta recuperación, sólo hasta 1962, después de 30 años de fuerte desarrollo industrial basado en la sustitución de importaciones, la clase obrera industrial alcanzaba el nivel de salario de una generación anterior (Bortz 1977).

⁽²⁵⁾ En el período 1970-1976 las remuneraciones pagadas al personal ocupado en la industria aumentaron más rápidamente que los precios al consumidor y el PIB manufacturero. Tomando como base 1974, en 1976 el índice de salarios es 183.5, el de precios al consumidor 164.8 y el PIB manufacturero real de 107.2 (Blanco 1981).

relegada la población más empobrecida.⁽²⁶⁾

En 1977, los trabajadores comenzaron a sufrir los efectos de la crisis que se venía anunciando desde los primeros años de la década, y a pesar del auge petrolero los salarios empezaron a deteriorarse. No obstante, esta pérdida fue compensada parcialmente por el aumento en el gasto social (Arroyo 1993).

a. Cambios en las condiciones de vida de los trabajadores

El deterioro de las condiciones de vida de los trabajadores mexicanos fue paulatino, pero en 1982 la situación se agudizó, y quedó de manifiesto que el papel del salario, de nueva cuenta, había sufrido un cambio drástico en el desarrollo de la industria.

La caída salarial fue profunda y afectó a todos los sectores de la economía. En 1981, el salario había sufrido una pérdida de su poder adquisitivo del 11 % respecto a 1976, en 1988 ya era del 55 %, y para 1992 había perdido un 64 % (veáse gráfica núm. 1). El salario de los obreros mexicanos, durante la década de los ochenta, ha competido a la baja con el de Hong Kong, Taiwán y algunos países del sudeste asiático, elemento que ha sido de gran importancia desde que la producción se ha orientado al mercado externo.⁽²⁷⁾

El descenso en los niveles de vida de los trabajadores no se ha dado sólo por la pérdida del poder adquisitivo del salario. Otros factores también han intervenido. Por un lado, la

⁽²⁶⁾ "Entre 1963 y 1977 el grupo formado por el 10 % más pobre de la población vio deteriorada sistemáticamente su participación en la distribución del ingreso: en 1963 percibía el 1.60 % del ingreso; en 1968, el 1.21 %, y para 1977 ese 10 % (en este año 1'100,000 familias o 6.05 millones de personas aproximadamente) percibía el 1.08 % del ingreso total" (Blanco 1981: 316).

⁽²⁷⁾ Un estudio elaborado por la Unión de Bancos Suizos dado a conocer por la CTM, reveló los resultados de una encuesta aplicada en las 48 ciudades más grandes del planeta. El estudio mostró que los trabajadores del Distrito Federal, Manila, Filipinas; Lagos, Nigeria; Jakarta, Indonesia y El Cairo, Egipto perciben los salarios más bajos (*La Jornada*, 31 de julio de 1993). Por otra parte, según datos del INEGI, los salarios de la industria manufacturera en México eran de 3.17 dólares la hora en diciembre de 1992, mientras que en Estados Unidos alcanzaron los 11.53, en septiembre del mismo año; y en Francia fueron de 8.40 (*El Financiero*, 25 de agosto de 1993).

participación de los salarios en el PIB, bajó de 40.3% en 1976 a 25.9% en 1987 (Guillén 1990, Pérez Haro y Romero 1990). Por otro, el gasto en desarrollo social disminuyó, entre 1982 y 1988, un 46.2%, aunque en 1991 ya había recuperado un 20% (IV Informe de Gobierno, 1992). En particular, el gasto en salud descendió alrededor de un 30% entre 1982 y 1988 (Pérez Haro y Romero 1990). Estos rubros tienen gran incidencia en el bienestar social y su descenso ha repercutido en un empobrecimiento de los trabajadores.

La inflación ha sido otro factor, que al igual que durante los años cuarenta, ha contribuido a deteriorar el nivel de bienestar de los asalariados. Aunque el fenómeno hizo su aparición desde los primeros años de la década de 1970, a partir de 1982 y hasta 1987 alcanzó tasas muy elevadas. En la medida que el crecimiento de los precios siempre fue superior al de los salarios (véase cuadro núm. 2.4), los trabajadores podían comprar cada vez menos artículos con sus remuneraciones.

Cuadro núm. 2.4

Variaciones porcentuales de los precios al consumidor y del salario mínimo de diciembre a diciembre

	1977	1980	1982	1985	1988
(1) Precios al consumidor	20.7	29.8	98.8	63.7	51.7
(2) Salario mínimo	10.3	17.5	73.8	54.0	31.9
(1)-(2)	10.4	12.3	25.0	9.7	19.8

Fuente: Indicadores Económicos del Banco de México, tomado de Guillén 1990.

El costo de la canasta básica es otro indicador del deterioro que han sufrido los salarios. En 1982 la Coordinación General del Plan Nacional de Zonas Deprimidas y Grupos Marginados (Coplamar) elaboró una Canasta Normativa de Satisfactores Esenciales, integrada por 306 productos o servicios no suxtuarios. En ese entonces su costo representaba 1.6 salarios mínimos. En 1993, la CTM afirmaba que esa misma canasta tenía un costo de 4.8 minisalarios (La Jornada, 20 de septiembre de 1993).

Una reducción del poder adquisitivo de los salarios de esta magnitud, ha obligado a amplios sectores de la población a reorientar el consumo, y ha modificado las condiciones de alimentación y de consumo. En las zonas pobres urbanas la población limitó gastos que aparecían como superfluos, e incluso sacrificó la calidad y cantidad de sus alimentos para cubrir gastos fijos como la renta y el transporte (Pérez Haro y Romero 1990, Pronasol). El deterioro que han sufrido las condiciones de vida se hace patente en la caída que ha experimentado el consumo de carne y granos básicos. Entre 1980 y 1988 disminuyó el consumo de maíz en un 42%, el del arroz en un 60%, el del frijol en un 45% y el del trigo en 19% (Pronasol). En enero de 1993, en la ciudad de México, el kilogramo de carne costaba 1.5 salario mínimo, y el mercado de este producto había sufrido una contracción de más del 50% en los últimos cinco años (El Financiero, 4 de enero de 1993). A la disminución en el consumo hay que añadir los efectos que sobre él tiene la inequidad en el reparto de los ingresos. Así, datos de Pronasol indican que el 30% de la población más pobre del país consume alrededor del 13% de los productos alimenticios, mientras que el 10% más rico consume el 21% (Pronasol).

Las pérdidas de los asalariados se agravaron con las disposiciones que muchas empresas tomaron en aras de la reestructuración, y que se concretizaron en medidas como la eliminación de prestaciones económicas y de cláusulas de los contratos colectivos que permitan la injerencia de los sindicatos en las decisiones del trabajo (De la Garza 1990). El resultado ha sido que los obreros no sólo han visto deteriorarse sus condiciones materiales de vida, sino también sus condiciones de trabajo.

Aunque los salarios promedio en la industria han sido más elevados que el mínimo general, la distancia entre ambos se ha acortado. En 1978, el salario promedio de la industria manufacturera era 2.1 veces mayor que el promedio nacional de los mínimos generales, para 1987 ya sólo era 1.5 veces mayor (Arroyo 1993, Bortz 1985). De acuerdo con el censo de 1990, el 65% de las personas que laboraban en la industria manufacturera, recibían menos de dos salarios mínimos. Por su parte, la Cámara Nacional de la Industria de Transformación (Canacintra) señalaba que a principios de 1993 las percepciones del personal ocupado por la industria manufacturera en la ciudad de México oscilaban entre dos y tres salarios mínimos (EI

Financiero, 8 de febrero de 1993). No obstante las reservas con que hay que tomar estas declaraciones, incluso este monto en los ingresos no significa una mejoría considerable en las condiciones de vida, pues como vimos atrás, para pagar la canasta básica elaborada en 1982 se requerían 4.8 minisalarios.

Ahora bien, la caída simultánea del empleo y del salario real que tuvo lugar durante estos años, ha tenido repercusiones muy graves en el mercado interno, el que ha sufrido una drástica contracción. Sin embargo, en la medida que la producción se había orientado al mercado internacional, el consumo de los asalariados perdió la importancia que tuvo durante las décadas anteriores para el desarrollo industrial. En este contexto, el deterioro de los salarios era una condición que permitía abaratar los costos de producción, pues daba mayor competitividad internacional a las exportaciones y atraía inversión extranjera. El salario de los trabajadores perdía su papel de componente de la demanda, y se convertía en un mero costo de producción que había que abatir. Por otra parte, las condiciones de reproducción de la fuerza de trabajo se subordinaron a la lucha contra la inflación, a la reestructuración industrial y a la atracción de la inversión extranjera (Arroyo 1993, Guillén 1990).

Sin embargo, la reducción de la demanda efectiva interna afectó a aquellas empresas que trabajaban para el mercado interno y que no consiguieron reorientar su producción. Fueron muchos los establecimientos que, como consecuencia del abatimiento del poder adquisitivo del salario, cerraron sus puertas o disminuyeron su producción. Al generalizarse la reducción de los salarios al conjunto de la economía, se perjudicó a un amplio sector de los capitalistas.

La respuesta organizada de los obreros en defensa de sus condiciones de vida ha sido obtaculizada por la combinación de diferentes factores. Enumeraremos brevemente los más importantes. Las características estructurales del movimiento obrero organizado que, a pesar de haber agotado sus formas tradicionales de negociación, lograron subordinar a los obreros al proyecto de modernización. En este sometimiento, se incluyó desde 1983 la represión y el desmantelamiento de las organizaciones que han intentado encabezar movilizaciones en torno a demandas como el aumento salarial, la injerencia sindical en aplicación de los programas de

flexibilización o evitar los reajustes.⁽²⁸⁾ Otro elemento que ha contribuido a disminuir la capacidad de los trabajadores de negociar mejores condiciones de vida y de trabajo, ha sido la contracción del empleo. La respuesta a las demandas ha sido el despido de los demandantes, y la escasez de empleos ha llevado a muchos obreros a aceptar los cambios en las condiciones de trabajo y la reducción salarial.

b. La situación de los trabajadores petroleros

Vale la pena detenerse en la situación particular de los trabajadores petroleros, pues en este gremio las cosas se han desarrollado de manera distinta. Cabe recordar que a partir de 1973, las exportaciones petroleras experimentaron un gran dinamismo, y las condiciones de reproducción de los petroleros cobraron especial relevancia en virtud de las características del sindicato petrolero, del número de agremiados y de la fuerza que significaban.⁽²⁹⁾ El apoyo de los representantes de los trabajadores era una condición fundamental para el desarrollo del proyecto petrolero, y Pemex contó con el respaldo del STPRM en su política de expansión. El apoyo de los líderes se sustentaba en elementos de naturaleza muy distinta. Por una parte, tuvo gran peso la tradición de apoyo incondicional que el STPRM había brindado al Estado en momentos decisivos, así como el nacionalismo que es uno de los rasgos distintivos de este sector de la clase obrera. Por otra parte, y tal vez de mayor importancia, fueron las ventajas económicas y políticas que obtuvieron los dirigentes sindicales.

Las ventajas económicas beneficiaron principalmente a los dirigentes, pero también los trabajadores petroleros obtuvieron mejoras. Los contratos colectivos firmados durante este

⁽²⁸⁾ Los ejemplos abundan. Baste recordar la suerte que corrió el SUTIN en 1983, el conflicto en la empresa Volkswagen y con los textiles del ramo del algodón. En 1992, la Ford ha sido escenario de diversas luchas en distintas fechas. Cabe señalar que no todos los sindicatos han optado por las mismas modalidades de lucha y negociación. El abanico comprende posiciones desde el enfrentamiento frontal hasta la aceptación incondicional de los nuevos mecanismos de control a cambio de beneficios para las dirigencias sindicales, pasando por la aceptación de las nuevas condiciones a cambio de cierta injerencia en su instrumentación.

⁽²⁹⁾ La industria petrolera presenta una de las tasas más altas de sindicalización. Durante el periodo 1970-1978 presentó una variación de 88 a 93.8% (Alonso y López 1986).

período consiguieron aumentos salariales y mejoras en sus prestaciones y condiciones laborales. Los salarios en el STPRM, durante el período 1971-1976, tuvieron un incremento porcentual del 33.2%, en tanto que el del salario mínimo nominal, para el mismo período, en el Distrito Federal fue de apenas 18.4%. Durante los años 1977-1982 el aumento para el STPRM fue de 27%, mientras que el salario mínimo nominal en el Distrito Federal fue de 22.4% (Alonso y López 1986).

En cuanto a las mejoras en las prestaciones y en las condiciones laborales, comprendieron medidas como la implantación de la semana de 40 horas; hubo una importante mejoría en los servicios médicos que se plasmó en la construcción de hospitales, clínicas y laboratorios, en el incremento al tiempo de ausencia de los trabajadores por enfermedad, y se brindaron más servicios de salud a los dependientes económicos. Además, la construcción de viviendas para los trabajadores petroleros fue un hecho constante a lo largo de toda la década de los setentas (Alonso y López 1986 y Quintal 1986).

Esta bonanza no benefició de manera homogénea al conjunto de trabajadores petroleros. Factores como la heterogeneidad de actividades que se realizaban en Pemex y las distintas zonas geográficas donde se ubicaban los centros de trabajo, incidieron y marcaron diferencias en las remuneraciones de los petroleros. Además, las condiciones de trabajo de los petroleros mostraban diferencias sustantivas entre los trabajadores de planta y los transitorios. Aunque los primeros resultaron beneficiados por casi todas las ventajas que supone trabajar en la industria petrolera, incluso en este grupo hubo desigualdades de acuerdo con el nivel y la categoría que ocupaba cada obrero.⁽³⁰⁾ No obstante, las condiciones de vida de los petroleros mejoraron durante este período, y ello coadyuvó a que los líderes tuvieran un mayor control sobre los trabajadores, control que se sumó al que detentaban con anterioridad, gracias a prácticas como la venta de plazas y contratos.

⁽³⁰⁾ En 1982 la tercera parte de los salarios pagados por Pemex era absorbida por el 55.1% los trabajadores que ocupaban los niveles uno al doce, los más bajos del escalafón (Alonso y López 1986).

Además del control sobre los trabajadores, los dirigentes sindicales obtuvieron beneficios de otra naturaleza. Uno de los más importantes se derivó del convenio firmado entre empresa y sindicato el 27 de julio de 1977. En este convenio se concesionó al STPRM, por 6 años y sin mediar licitación alguna, el 40% de la perforación terrestre. Además, Pemex se comprometía a crear o convertir en permanentes una cantidad considerable de puestos de trabajo, que serían ocupados por personal del sindicato. A cambio, la empresa podía movilizar libremente a cientos de trabajadores especializados de acuerdo con las necesidades de desarrollo de la compañía y se le facultaba para contratar los servicios de perforación de compañías privadas, cuestión que no ocurría desde 1970 (Alonso y López 1986, Morales et al 1988).

En 1980 se firmó otro convenio que establecía que la dirección de Pemex podía determinar a su voluntad qué contratos concedería tanto a los particulares como al STPRM. Entre 1976 y 1982, Pemex otorgó contratos a las sociedades civiles de la organización sindical. Estas obras se consideraban como si fueran ejecutadas por administración directa de Pemex y en consecuencia no eran sometidas al proceso de licitación que señala la propia ley respecto a los contratos de obra que concertan las dependencias y entidades de la administración pública federal con contratistas. Como resultado, el STPRM se convirtió en el contratista favorito de Pemex (Alonso y López 1986).

Estos no son todos los beneficios económicos que obtuvo el sindicato. El CCT también establecía que el STPRM recibiría una comisión del 2% sobre el monto de las obras contratadas por Pemex con terceros, y sobre el costo de la transportación de los productos petroleros.

Los ingresos que recibió el STPRM durante estos años le permitieron tener no sólo empresas dedicadas a la perforación terrestre o a transportar el petróleo. Gracias a los recursos que le llegaban por la vía de los distintos convenios, a los préstamos y donativos de la empresa y del Estado y al trabajo gratuito de los trabajadores petroleros y sus familias, tuvo lugar una ampliación de las actividades económicas del sindicato. Esta se logró a través de una cadena de empresas sindicales que abarcaban granjas agropecuarias, tiendas de consumo y fábricas de ropa,

entre otras. Estas actividades recibieron el nombre de Programa de Obras Revolucionarias, Sociales y Políticas (Alonso y López 1986).

Los distintos convenios que se firmaron durante este período, así como las actividades económicas que desarrollaban las distintas empresas del sindicato, permitieron consolidar y ampliar el poderío económico del grupo que ejercía el control del sindicato, y se sumó al dominio que tenían sobre el conjunto de los trabajadores petroleros.

A partir de 1982 hubo un esfuerzo por frenar los abusos que caracterizaron a la administración de Pemex durante el período 1977-1981, pero esta intención encontró límites precisos en la propia estructura de la empresa y en la relación que existía con el sindicato. Al respecto resulta elocuente el resultado de la negociación del CCT que tuvo lugar en 1983, año en que la industria petrolera y el país, enfrentaban un panorama lleno de dificultades. En esta fecha el STPRM consiguió un incremento general del 44% en salarios y prestaciones. Pero, al igual que durante los años setentas, sus líderes obtuvieron las mejores prestaciones. Así, creció en un 10% la participación en las obras de construcción, ampliación y desmantelamiento de plantas de refinación y petroquímica; se manejaron 3,000 millones de pesos al año en despesas que otorgó Pemex a sus trabajadores y que serían distribuidas por las tiendas de consumo del sindicato. Además, aumentaron los permisos a funcionarios sindicales, los gastos de representación, los viáticos y la ayuda para eventos sociales (Proceso, núm. 353, 8 agosto de 1983). Las crecientes dificultades financieras de la paraestatal no impidieron que los líderes conservaran su posición privilegiada, que sus negocios continuaran prosperando y que mantuvieran un control férreo sobre los trabajadores petroleros de las maneras habituales: contratismo, venta de plazas, amenazas.

Pero una vez que quedó al frente del STPRM Sebastián Guzmán Cabrera, las condiciones de vida y de trabajo de los petroleros sufrieron cambios profundos. Las modificaciones al CCT de 1991 incluyeron la supresión del reparto de utilidades, a cambio de ocho días de salario promedio durante el año del ejercicio fiscal. Se estipuló el pago de intereses por los créditos hipotecarios, se redujeron de 55 a 45 días el descanso prenatal antes del parto. Por otra parte,

la cobertura de vacantes temporales y definitivas quedó sujeta a criterio del patrón. Se formuló una nueva reglamentación en materia de escalafones que dejaba toda la decisión en manos de la empresa y en la que se antepone la aptitud a la antigüedad. Pemex quedó en absoluta libertad para modernizar las instalaciones y contratar personal con terceras empresas, y se suprimió la obligación de liquidar al STPRM el 2% del costo total de los contratos de obra y servicios con terceros, que se pagaba desde la época del auge petrolero. A cambio, la dirigencia sindical logró para sí el incremento en los viáticos y los gastos de representación; y los integrantes del comité ejecutivo recibieron una ayuda para transporte consistente en 100 millones de pesos al mes. Además, en este contrato se anexó un capítulo relativo a la productividad, pero los trabajadores desconocían en qué términos estaba planteado (*La Jornada*, 8 de agosto de 1991).

A pesar de los cambios desfavorables en las condiciones de trabajo, y tal vez debido al temor que tenían de ser despedidos quienes aún conservaban su empleo, los líderes mantenían el control sobre los trabajadores petroleros. Sin embargo, la inconformidad brotó entre los miles de trabajadores cesados de todas las instalaciones de la empresa. El descontento creció y como resultado surgió la Coordinadora de Despedidos de Pemex que inicialmente organizó dos marchas que salieron procedentes de Tabasco y Veracruz rumbo a la ciudad de México. Se denominó la "Marcha por la dignidad de los trabajadores". Su objetivo era la reinstalación de los despedidos, transitorios en su mayoría, o el pago de indemnizaciones apegadas al CCT, así como el apoyo del gobierno para crear nuevas fuentes de trabajo (*La Jornada*, 27 de abril de 1992 y *Excélsior*, 28 de abril de 1992). Las marchas estaban formadas por trabajadores procedentes de diversos puntos de Chiapas, Quintana Roo, Campeche, Tabasco, Veracruz y Tamaulipas. La empresa trató de impedir el arribo de la marcha a la ciudad de México, y para lograrlo funcionarios de la empresa entablaron negociaciones con los manifestantes en distintos puntos del trayecto, pero en ningún momento llegaron a algún acuerdo. A su arribo en la ciudad de México, se les unieron despedidos procedentes de Guanajuato, Hidalgo y de la misma ciudad de México. Semanas después salieron otras marchas también procedentes de Tabasco y Veracruz, de donde venían contingentes de campesinos y pescadores cuyas actividades habían sido afectadas por las obras que Pemex había realizado en sus ejidos. Se añadieron las demandas de indemnización a viudas de trabajadores transitorios fallecidos, y a petroleros que hubiesen

sufrido riesgos de trabajo. También se unieron trabajadores que habían laborado con empresas contratistas, que prestaban sus servicios a Pemex.

Los trabajadores denunciaron que no todos los despidos que llevaba a cabo la paraestatal se debían al exceso de personal, o a la desaparición de la materia de trabajo. Sobre este segundo motivo, señalaban que muchas de las tareas que ellos realizaban se habían concesionado a compañías privadas, nacionales y extranjeras. Estas empresas contrataban a otros trabajadores para realizar esas mismas labores a cambio de salarios más bajos, y sin ninguna de las prestaciones que gozaban los petroleros. Argumentaban que la experiencia y calificación de los petroleros podría contribuir a resolver muchos de los problemas que enfrentaba Pemex, tales como la revisión de la red de ductos, o para desmontar las instalaciones de la Refinería "18 de marzo".⁽³¹⁾

Este período estuvo plagado de incidentes violentos en las distintas secciones petroleras del interior del país.⁽³²⁾ En la ciudad de México, los distintos grupos de petroleros desarrollaron acciones buscando que las autoridades atendieran sus demandas. Instalaron un campamento en el Zócalo y un plantón frente a la Torre de Pemex, realizaron marchas semidesnudos por las calles de la ciudad, llevaron a cabo crucifixiones frente a la Cámara de

⁽³¹⁾ A raíz de la explosión que tuvo lugar en Guadalajara el 22 de abril de 1992 se realizó una inspección de la red de ductos de Pemex. Esa inspección se concesionó a la empresa extranjera Bechtel (La Jornada, 7 de mayo de 1992).

⁽³²⁾ En Nanchital, Ver. trabajadores afectados por el ajuste laboral de Pemex tomaron las instalaciones de la sección 11 del sindicato, para exigir la devolución de sus cuotas sindicales y de las primas de seguro de vida. Durante los hechos los guardias de seguridad del sindicato trataron de detener la acción suscitando una balacera (La Jornada, 3 de julio de 1992). Seis días después volvieron a tomar las instalaciones de la sección sindical (La Jornada, 9 de julio de 1993). En Campeche el gobernador del estado fue insultado por manifestantes obreros, pescadores y campesinos al salir de una reunión con dirigentes de los inconformes en el palacio municipal de esta localidad. Ese mismo día en Agua Dulce, Ver., despedidos de Pemex bloquearon durante seis horas los accesos a la superintendencia regional de la empresa para exigir el pago de indemnizaciones de acuerdo con el tiempo laborado (La Jornada, 12 de septiembre de 1992). En Las Choapas, Ver. los despedidos bloquearon las instalaciones sindicales para exigir una auditoría sobre el estado de las propiedades y los bienes del gremio, así como la devolución de las cuotas sindicales, del seguro de vida y de vivienda (La Jornada, 29 de septiembre de 1992).

Diputados y tres despedidos estuvieron en huelga de hambre durante catorce días.⁽³³⁾ En la realización de estos actos de protesta fueron objeto de actos represivos.⁽³⁴⁾

Las negociaciones de los integrantes de las distintas marchas se dieron por separado. Después de más de dos meses de marchas, campamentos, mitines y plantones en la ciudad de México y en distintas partes del país, se llegó a acuerdos con los diferentes grupos. En términos generales, se acordó la liquidación conforme al CCT de los trabajadores transitorios despedidos, y se respetaron los derechos de los trabajadores de planta.⁽³⁵⁾ Los acuerdos beneficiaron a alrededor de 15 mil trabajadores y ejidatarios. Lo que no se logró fue la reinstalación de los obreros, ni detener los despidos.⁽³⁶⁾

El conflicto con los ex-petroleros no concluyó en septiembre de 1992. En julio de 1993, de nueva cuenta había campamentos de inconformes en el Zócalo de la ciudad de México. Las demandas ya no incluían la reinstalación, y los demandantes eran más escasos. Abundaron los

⁽³³⁾ La prensa capitalina documentó ampliamente los incidentes y las acciones que realizaron los integrantes de las marchas petroleras.

⁽³⁴⁾ Fuera del local del STPRM los trabajadores que llevaban a cabo un plantón fueron golpeados y rociados con polvo extinguidor (La Jornada, 25 de junio de 1992). Los despedidos que instalaron su campamento en el Zócalo se quejaban que, noche a noche, instalaban bocinas y desde la medianoche se transmitía, a todo volumen, la señal de la estación donde se da la hora cada minuto. Las bocinas se retiraban a las seis de la mañana (La Jornada, 9 de agosto de 1992).

⁽³⁵⁾ La heterogeneidad de los integrantes de las marchas se reflejaba en una multiplicidad de problemas que demandaban solución. En el caso de los transitorios, por ejemplo, en un primer momento Pemex se negó a reconocer el derecho a liquidación de los obreros que habían dejado de laborar en los años anteriores a 1990. Finalmente, se aceptó entregar una gratificación, como caso excepcional, a aquellos que se encontraban en las listas que se habían entregado hasta el 15 de julio de 1992. Esta gratificación se recibiría de acuerdo con el tiempo en que prestaron los servicios. Asimismo se dio respuesta a las demandas de las viudas, de los trabajadores que habían sufrido riesgos de trabajo, y los que habían laborado en empresas contratistas. También se atendieron las demandas de los pescadores y campesinos (La Jornada, 7 de septiembre de 1992).

⁽³⁶⁾ En enero de 1993 el secretario general de la sección 36 del STPRM informó que las autoridades de Petróleos Mexicanos despedirían en forma paulatina a unos 491 trabajadores en Reynosa, Tamps., como parte de los programas de modernización y la reestructuración interna que realiza la paraestatal (La Jornada, 21 de enero de 1993). En marzo, Pemex dió a conocer otro ajuste en su plantilla laboral, que afectaría a más de mil obreros que laboraban en campos petroleros de la región sur de Veracruz (La Jornada, 30 de marzo de 1993). En mayo fueron despedidos o jubilados 200 trabajadores del complejo petroquímico de Cosoleacaque, Ver. al paralizarse dos plantas: una de amoníaco y otra de acrilonitrilo (La Jornada, 28 de mayo de 1993).

incidentes violentos, y las negociaciones con la empresa y el sindicato también fueron difíciles. A mediados de agosto, Pemex publicó en diversos periódicos las listas de los inconformes y sus demandas. En cada caso señalaba si procedían las peticiones o no. El número de personas cuya demanda procedía era muy reducido.

La negociación del CCT en 1993, trajo nuevas sorpresas para los que aún podían decir que formaban parte de la planta laboral de Pemex. En previsión de las demandas que podrían surgir a causa de futuros recortes de personal, se eliminaron todas las cláusulas que originaron las acciones legales y movilizaciones contra la empresa, en especial las que se referían a la vivienda y las liquidaciones. El nuevo CCT facilita la reducción de puestos, pues la cláusula que obligaba a la empresa a exponer "razones fundadas para la reducción de puestos y supresión de departamentos", actualmente establece que "para la reducción de puestos y supresión de departamentos, se establece como facultad del patrón la adecuación de su organización y la simplificación de medidas de trabajo". A cambio los obreros recibieron aumentos mínimos en sus prestaciones económicas (La Jornada, 8 de agosto de 1993).⁽³⁷⁾

La reorganización de la empresa, los despidos masivos, las nuevas condiciones de trabajo son medidas que la paraestatal ha instrumentado en su búsqueda por elevar la eficiencia y la productividad, para evitar los antiguos vicios y corrupción que encarecían todas las actividades que llevaba a cabo, pero también han logrado que la empresa resulte más atractiva a los inversionistas privados y extranjeros. En un momento en que se ha reprivatizado prácticamente toda la industria paraestatal, con estas medidas se ha buscado eliminar aquello que podría constituir un serio obstáculo a la inversión privada y extranjera en algunas áreas de la industria petrolera. Por otra parte, la reestructuración de Pemex ha evitado lo que cualquier empresa capitalista eficiente hace para mantener su competitividad y seguir siendo rentable: la inversión

⁽³⁷⁾ En el nuevo CCT la paraestatal fue eximida de financiar el programa institucional de vivienda, el pago de ayuda para renta; tampoco tendrá que realizar en el futuro ninguna aportación financiera destinada a cubrir operaciones de compra, construcción o ampliación de vivienda. Los consultorios médicos de redujeron por "la falta de derechohabientes". Algunos de los aumentos que recibieron los petroleros fueron de 10.25 a 11.50 nuevos pesos la cuota por comida; y la ayuda para gastos funerarios, de 4,000 a 4,500 (La Jornada, 8 de agosto de 1993).

en nuevas tecnologías, en nuevos proyectos de exploración que permitan aumentar las reservas, y el mantenimiento a las plantas que posee.

Los cambios y ajustes en la industria petrolera y de transformación tienen muchas semejanzas. El espíritu bajo el cual han sido instrumentados es el mismo, y sus objetivos también, pues responden al mismo modelo de desarrollo industrial. Por esta razón no sorprende que compartan también los problemas que entrañan, y uno de los más graves en términos sociales y que es el que nos interesa destacar en este trabajo es la numerosa pérdida de empleos que han traído consigo.

D. Un balance

Desde una perspectiva que privilegia el problema de la desocupación obrera, los resultados que arroja la revisión de las características de la industrialización, la evolución del empleo y los cambios en las condiciones de reproducción de la fuerza de trabajo desde 1935 hasta 1992, resulta evidente que a partir de 1982, cada uno de los aspectos analizados sufre transformaciones sustanciales.

Hasta 1982 el desarrollo industrial, las condiciones de empleo y de vida de los trabajadores fueron desiguales, y como resultado se conformó un sector obrero con características muy heterogéneas, que conoció algunos momentos de deterioro en sus niveles de vida y otros de recuperación. No obstante, a lo largo del período que va de 1935 hasta 1982 alguno de los elementos analizados, o los tres, se encontraban en una fase de crecimiento.

A pesar de que los costos del crecimiento fueron pagados por los sectores de trabajadores, incluso ellos alcanzaron algunos de los beneficios que estaba generando la industrialización que vivía el país. La mejoría del poder adquisitivo del salario y la expansión del empleo remunerado crearon condiciones tendientes a favorecer la estabilidad en el empleo entre quienes trabajaban en la industria. Aunque el problema de la desocupación estuvo presente

en la sociedad mexicana de esos años, las condiciones generales facilitaban la reubicación de los trabajadores desocupados en otras empresas, y acortaban los periodos de cesantía. Estas circunstancias entrañaban formas muy diferentes de vivir la cesantía, y ofrecían perspectivas distintas de solución al problema a las que prevalecen en la actualidad.

En 1982 el proyecto de desarrollo que se había instrumentado durante las décadas anteriores llegó a su límite, y se instauraron medidas tendientes a incorporar al país a la dinámica dominante a nivel mundial. La participación de México estribaba en su capacidad para producir y exportar a bajo costo, por un lado, bienes destinados al consumo de los asalariados de los países centrales, y por otro, insumos que serían utilizados en los procesos productivos de las plantas instaladas en ellos. De esta manera, se lograba abaratar los costos de reproducción de la fuerza de trabajo de estas naciones sin afectar su consumo y se disminuía el costo final de la producción capitalista mundial (Emmerich 1991).

Según el objetivo de la integración mundial las medidas instrumentadas en México han tenido éxito, y el país ha obtenido un lugar en la nueva división internacional del trabajo. Los costos de estos logros han sido pagados por amplios sectores de la sociedad, que comprenden a algunos empresarios, los sectores medios, los obreros y los campesinos.

Los obreros, en particular, han resultado severamente afectados. Con objeto de garantizar el bajo costo de las exportaciones, se han introducido normas de alto rendimiento que actúan de manera simultánea a la disminución de los salarios. Los cambios han sido tantos y han tenido lugar en tan poco tiempo que muchas empresas han tenido que cerrar sus puertas, y en consecuencia numerosos obreros han sido despedidos como resultado de la reducción en la producción, del cierre temporal o definitivo de sus fuentes de empleo y de la instrumentación de nuevas formas de producción.

La desocupación es cada vez más frecuente, y si a la demanda de trabajo de aquellos que perdieron su empleo se suma la que existe por parte de los que se incorporan por primera vez al mercado de trabajo, nos encontramos ante un panorama en el que el desempleo se agrava cada

vez más. La caída del empleo, en la experiencia obrera, se manifiesta en periodos prolongados de cesantía, en la imposibilidad de hacer valer la calificación, y en la necesidad de aceptar trabajos peor remunerados que los anteriores.

La disminución del poder adquisitivo del salario y la reorientación de la producción han afectado la norma de consumo obrero. La combinación de desocupación y deterioro salarial crea nuevas circunstancias en las que las familias obreras son objeto de mayor presión, y requieren de intensificar el trabajo si pretenden mantener su nivel de consumo.

En conjunto, estos cambios hablan de modificaciones muy profundas, tanto en lo que concierne a las condiciones de producción como a las de reproducción, y permiten plantear que la relación salarial, ha entrado a una nueva etapa de su desarrollo. En este nuevo contexto, la desocupación tiene un significado distinto, y las formas de enfrentarla también son diferentes.

En la segunda parte dejaremos de lado los indicadores macroeconómicos, y analizaremos cómo la instrumentación de estas medidas afectó a los obreros entrevistados.

SEGUNDA PARTE

CAPITULO III. EL CONTEXTO DE LA INVESTIGACION Y LOS OBREROS DESOCUPADOS

En este capítulo se presenta una breve caracterización del desarrollo de la industria en el Area Metropolitana de la ciudad de México (AMCM), lugar donde se realizó la investigación. También se expone la forma como se instrumentó la investigación: criterios de selección de informantes, contenido de la entrevistas y las características sociodemográficas más sobresalientes de las familias entrevistadas.

A. El Area Metropolitana de la Ciudad de México

La investigación se realizó en el AMCM. Hasta hace algunos años, esta zona conurbada había sido privilegiada por las inversiones industriales. En la década de 1930, la ciudad de México concentraba parte importante de la industria nacional, y cuando se inició el proceso de sustitución de importaciones, ofrecía una infraestructura urbana favorable para el desarrollo de la actividad industrial, mano de obra abundante y un amplio mercado. Los capitalistas no dudaron en aprovechar estas ventajas, y la capital del país se convirtió en uno de los sitios preferidos para el desarrollo de la industria.

El crecimiento que experimentó la Ciudad de México no se repitió en ninguna otra zona urbana de la nación. Su industria creció a una tasa del 8.0 entre 1930 y 1950. Durante los años cincuenta aumentó a 9.8 sólo en el Distrito Federal, la misma que experimentó el centro del país, a diferencia de la del norte que fue de poco menos de la mitad: 4.7 (Reynolds 1973).⁽¹⁾

⁽¹⁾ A partir de 1950, la industria se instaló también en los municipios limítrofes con la ciudad, pertenecientes al estado de México. Como resultado se conformó una sola zona urbana e industrial, que hoy se conoce como el Area Metropolitana de la Ciudad de México (AMCM), y que está constituida por la Ciudad de México y diez municipios conurbados del Estado de México: Atizapán de Zaragoza, Coacalco, Cuautitlán, Chimalhuacán, Ecatepe, Naucalpan, Nezahualcóyotl, La Paz, Tlalnepantla y Tultitlán. La concentración industrial en el AMCM, la convirtió en el centro industrial más importante del país.

Sin embargo, la concentración en el AMCM de las actividades económicas, políticas y culturales del país, en los años setenta, ya había generado grandes problemas urbanos. En consonancia se planteaba la necesidad de estimular el desarrollo de otras regiones. Como respuesta a esta problemática se instrumentaron políticas tendientes a apoyar el traslado y la instalación de nuevas empresas en otras ciudades.

A este proceso de desconcentración se sumó la crisis, y más tarde, la reestructuración de las actividades económicas y la reorientación de la producción industrial al mercado externo. La planta industrial del AMCM estaba conformada, en su gran mayoría, por empresas que se habían instalado durante el auge del proceso de sustitución de importaciones y, por consiguiente, eran muy vulnerables a los riesgos que entrañaban las nuevas condiciones de existencia y crecimiento de la industria. El resultado ha sido un proceso de desindustrialización, ocasionado por la falta de nuevas inversiones en la industria, el cierre de muchas empresas, y el traslado de algunas plantas a otras regiones donde se ofrecen mayores facilidades a las inversiones.⁽²⁾

Este proceso ha tenido serias repercusiones en el empleo, de manera tal que entre 1975 y 1989 se revirtió la tendencia que había predominado durante las décadas anteriores. Los ritmos de crecimiento del empleo y los ingresos en la industria del AMCM fueron modestos en comparación con los observados a nivel nacional. En contraste, las actividades manufactureras en estados como Aguascalientes, Baja California, Chihuahua, Tamaulipas, Coahuila, Guanajuato y Querétaro mostraron, en estos mismos años, un avance muy importante y tenían ante sí perspectivas de un desarrollo considerablemente más favorable. En muchos de estos estados, el crecimiento del empleo industrial se debió a la industria maquiladora (Rendón y Salas 1991). Así, la instalación de la planta manufacturera, no ha favorecido de la misma manera y en el mismo momento a las distintas zonas del país, y en esta localización y relocalización de la actividad industrial, el AMCM ha sufrido pérdidas muy importantes en los últimos quince años.

⁽²⁾ El traslado de establecimientos industriales a otras ciudades no ha concluido. Empresas como General Motors, Colgate y Modelo aún contemplan la posibilidad de salir de la ciudad de México (*La Jornada*, 30 de agosto de 1992).

No obstante la desindustrialización que la aqueja, el AMCM continúa siendo uno de los puntos neurálgicos de la actividad industrial, y sus establecimientos todavía reflejan la heterogeneidad que caracteriza a la industria nacional. Su importancia a nivel nacional radica no sólo en el número de empresas y el volumen de producción, sino también en la cantidad de empleo que generan. Según datos del XI Censo General de Población, 1'111,220 personas, el 24.7% de la PEA ocupada en el AMCM, laboran en la industria manufacturera, y representan el mismo porcentaje del total de la población empleada en este sector a nivel nacional.⁽³⁾ Por su parte, Canacindra ha señalado que la industria instalada en el AMCM genera el 27% del PIB nacional manufacturero. La distribución del personal ocupado de acuerdo al tamaño de los establecimientos es la siguiente: el 13.1% labora en microindustrias, el 28.5% en pequeñas empresas, 16.6% en las medianas y 41.6% en las grandes. Aunque las empresas instaladas en la AMCM pertenecen a las diferentes ramas industriales, las que generan mayor número de empleos son la industria de productos metálicos, la textil, la de alimentos y la industria editorial e imprenta. Estas cuatro ramas aportan el 70% del empleo industrial en la región (El Financiero, 8 de febrero de 1993). La importancia de las empresas del AMCM tampoco es despreciable, ahí se encuentran diez de las empresas más grandes de América Latina: Pemex, CFE, Telmex, General Motors, Ford, Cifra, Chrysler, Pepsico, Carso, Gigante (El Financiero, 21 de septiembre de 1993).

Para desarrollar una investigación en un asentamiento urbano con la complejidad y extensión del AMCM era necesario delimitar, desde un principio, el universo donde se realizaría el trabajo.

⁽³⁾ En 1993, según datos del INEGI, la PEA de la Ciudad de México se estima en más de 3.1 millones de personas y representa el 40% del total de su población. La importancia de la actividad económica descansa casi por igual en el comercio, los servicios y la industria. El Departamento de Fomento Económico del DDF señala que el 25% de los empleos es de burócratas, el 20% pertenece al comercio y otro 20% a la industria manufacturera, los servicios financieros y sociales generan el 16% de los puestos, mientras que áreas como comunicaciones, transportes y la industria de construcción participan con el 12% (El Financiero, 10 de mayo de 1993).

B. Las zonas de trabajo y los grupos entrevistados

Para determinar las zonas donde se desarrollaría la investigación, se partió del planteamiento de que tanto las características urbanas del AMCM, como las de la planta industrial imprimían especificidades a las carreras laborales de los obreros, a sus formas de vida y a las alternativas que les ofrecían durante los períodos de desocupación. Por esta razón se decidió, en un primer momento, seleccionar a los obreros a partir de la zona donde estaba ubicada la vivienda, sin importar las empresas o la ramas industriales donde habían laborado. Se eligieron dos zonas de residencia obrera con características distintas.

La primera de las zonas elegidas fue la Unidad Habitacional Piloto del INFONAVIT, localizada en la delegación Coyoacán, cuya construcción se concluyó en 1976. De acuerdo con los criterios que el INFONAVIT establecía en aquellos años para asignar las viviendas, éstas se otorgaban a trabajadores con empleo fijo y con ingresos que se ubicaban entre 1.5 y 5 veces el salario mínimo, es decir a personas que contaban con un trabajo y un salario asegurados.

Las viviendas se sortearon entre obreros de 143 empresas que reunían ambos requisitos. El mayor número de personas beneficiadas trabajaba en ramas como la farmacéutica, la de bebidas y la de alimentos. En 1983 habitaban en la unidad 960 familias, que habían llegado procedentes de distintas partes de la ciudad durante 1976 y 1977 (Fernández G. Saravia y Graniel Parra 1988).

La segunda zona era un pueblo, Tizapán, que fue alcanzado por el crecimiento de la ciudad de México, y que actualmente forma parte de la delegación Alvaro Obregón. En las inmediaciones de esta zona, desde fines del siglo XIX y hasta 1960, estuvieron asentadas varias fábricas textiles de gran importancia en las primeras décadas de este siglo. Dichas empresas, constituyeron la fuente de trabajo más importante para los habitantes de Tizapán, hasta que cerraron sus puertas.

Actualmente, en la zona viven personas cuyos padres y abuelos habitaron ahí, pero también gente que ha llegado procedente de otros lugares. Aunque las ocupaciones de sus pobladores también se han diversificado, muchos de ellos continúan laborando en empresas manufactureras. A pesar de que el trabajo industrial nunca ha sido la única actividad que han realizado los habitantes de Tizapán, sí ha ocupado un lugar importante en sus vidas desde hace más de cien años, y por ello, es que consideramos a Tizapán como un asentamiento tradicionalmente obrero.

C. El trabajo de campo y los casos entrevistados

Una vez definidas las zonas de trabajo, el siguiente paso fue la selección de las familias con las que se iba a trabajar. Para ello se retomaron los planteamientos y las preguntas que guiaban la investigación, y la definición que se había establecido sobre lo que eran los obreros desocupados. El resultado fue que se fijaron los siguientes criterios, que deberían reunir los grupos familiares que serían entrevistados:

- vivir en alguna de las dos zonas seleccionadas;
- alguno de los cónyuges debía haber estado empleado en empresas pertenecientes a la industria de transformación durante más de la mitad de su vida laboral;
- el obrero debía haber estado cesante por lo menos durante un período de dos meses en los últimos seis años. En todas las familias entrevistadas, con excepción de dos casos, siempre hubo algún trabajador desocupado mientras se realizaban las entrevistas.

Para localizar a las familias, se utilizó un recurso empleado con éxito en otras investigaciones desarrolladas entre obreros: revisar el padrón de inscripción de la escuela primaria de cada una de las zonas de residencia. Este registro consigna la ocupación del padre y en ocasiones también la de la madre. La revisión permitió recuperar una lista con los nombres y direcciones de personas susceptibles de ser entrevistadas. En estas listas se realizó una selección aleatoria. Entre las familias elegidas que cubrían los requisitos establecidos previamente se realizaron las entrevistas. Cabe señalar que dos familias se negaron a colaborar, pero seis de los grupos que aceptaron participar en las entrevistas estaban organizados como

unidades domésticas extensas. De manera que se entrevistó, en total, a los integrantes de dieciséis familias nucleares distintas. Nueve de ellas residían en la Unidad Piloto, las siete restantes en Tizapán.

El trabajo de campo en la Unidad Piloto y Tizapán se realizó durante 1990. En 1991, a raíz del cierre de la Refinería "18 de marzo", la investigación se amplió y se incorporó un grupo de petroleros. La importancia de incluir a estos obreros radicaba, por una parte, en que la clausura de la fuente de trabajo dejó repentinamente sin empleo a un numeroso grupo de asalariados. Por otro lado, la participación laboral en Pemex tenía características particulares en cuanto a la forma de ingreso a la empresa, las carreras laborales que desarrollaban los obreros, y el monto de los salarios que recibían. Un tercer elemento, eran los rasgos de la relación que se establecía entre el sindicato y los trabajadores. Estos factores convertían la experiencia de los petroleros en algo muy diferente, sin parangón con la de otros trabajadores de la industria manufacturera.

Al incluir a los petroleros se modificaron los planteamientos iniciales, y cobró mayor importancia el análisis de las diferencias que existían entre ambos grupos obreros en cuanto a las experiencias laborales previas y las expectativas de empleo a futuro. Por esta razón, se dejaron de lado las diferencias que provenían del lugar de residencia, y se privilegió el análisis que destacara las características del primer grupo de obreros, al que se denominó como manufactureros y las de los petroleros.

El trabajo de campo entre los petroleros se realizó durante los meses de abril a octubre de 1991. En un primer momento se planteó la necesidad de conocer las prácticas laborales y sindicales más comunes en Petróleos Mexicanos, y en particular en la Refinería "18 de marzo". Esta información se obtuvo mediante entrevistas realizadas a tres dirigentes del Movimiento Democrático Petrolero. Además, se revisó el CCT, en particular los capítulos relativos al ingreso, la jubilación y la liquidación, así como los estatutos del STPRM.

Este acercamiento permitió entender las experiencias laborales de los obreros que posteriormente se entrevistaron, así como las razones por las cuales muchos obreros quedaron inconformes con el monto de su indemnización, y demandaron a la empresa y al sindicato ante la Junta Federal de Conciliación y Arbitraje.

Más tarde se iniciaron las entrevistas a los obreros afectados por el cierre y a sus familias. Hubo factores que dificultaron la selección de las familias petroleras. La clausura definitiva de la fuente de trabajo fue uno de ellos. Una vez que los obreros cobraron las liquidaciones, eran muy pocas las posibilidades de establecer contacto con ellos si no se conocía con anterioridad donde vivían. Otro elemento eran las características de las prácticas que prevalecían en el sindicato. Los trabajadores que eran más cercanos a los dirigentes sindicales, que gozaban o habían gozado de algunos privilegios, se negaron a ser entrevistados. Otros, que nunca habían tenido privilegios, estaban amedrentados y tampoco quisieron hablar sobre su experiencia. Incluso, el trabajo de campo se vio suspendido durante poco más de un mes, a causa de la represión y las amenazas de que fueron objeto algunos de los obreros que demandaron a la empresa y al sindicato ante la Junta Federal de Conciliación y Arbitraje. Represión y amenazas tuvieron como resultado que algunas de las familias con las que ya se había empezado a trabajar, se negaran a continuar por temor a las represalias.

A pesar de estos contratiempos, hubo grupos familiares que estuvieron dispuestos a colaborar con las entrevistas. El requisito que se estableció para seleccionar a las familias petroleras, fue que el obrero hubiera sido liquidado. Estábamos excluyendo deliberadamente a todos los obreros jubilados, porque la jubilación representa un ingreso que la familia recibe con regularidad y, aunque el monto es bajo, modifica las condiciones en que se vive la desocupación.

El contacto con los petroleros se estableció de dos maneras. La más exitosa fue mediante la recomendación de las personas que encabezaban a los obreros que estaban demandando. Después, se pidió a las familias que estaban colaborando que, a su vez, nos pusieran en contacto con algunos compañeros o familiares que también hubieran sido despedidos. Fue de esa manera

como establecimos relación con tres familias cuyos miembros eran muy cercanos a los funcionarios sindicales, e incluso habfan ocupado algún cargo sindical de menor importancia.

En total se entrevistaron veinticuatro familias, dieciseis de ellas vivían organizadas en unidades domésticas extensas.

D. El contenido de las entrevistas.

La investigación podía desarrollarse de dos maneras. Una de ellas consistía en aplicar un cuestionario. La segunda opción se basaba en la realización de entrevistas abiertas y dirigidas, y en la observación directa. Cada una de estas vías presentaba ventajas y desventajas. El cuestionario permitía abarcar una población mayor, pero ofrecía posibilidades muy limitadas para profundizar sobre ciertos aspectos del problema. Realizar estudios de caso exigía permanecer mucho tiempo con los informantes y entrevistar en repetidas ocasiones a los distintos miembros de una familia. La presencia reiterada en el hogar permitía conocer cuáles eran las relaciones y la dinámica que se establecía entre los miembros, y contribuía a crear un ambiente de confianza que facilitaba que la gente hablara de sus experiencias y de cómo las percibía.

Por otra parte, sabíamos que la elección de una u otra vía de desarrollo del trabajo tendrfa consecuencias sobre los resultados finales. Sin embargo, en el momento de decidir la manera como se realizaría el trabajo, se privilegiaron las características del problema a investigar. Nuestro objetivo no era mostrar las tendencias de la desocupación a nivel nacional, ni siquiera de la ciudad de México. El énfasis del proyecto estaba puesto en el acercamiento a los cambios en las formas de organización familiar, y a la dinámica de las relaciones entre los miembros. Lo que interesaba era mostrar cómo vivían los obreros la modernización del país, cómo estaban siendo afectados, cuáles eran las consecuencias en las distintas áreas de su vida. Se buscaba conocer y analizar el impacto de los cambios macroestructurales a nivel microsocia. Este acercamiento sólo se podía lograr mediante la realización de entrevistas y la observación directa. Nuestro problema estaba conformado por un conjunto de hechos de la vida social que eran accesibles a la observación, pero que la gran mayoría de ellos no eran medibles. Es viable

preguntar en un cuestionario acerca de las condiciones materiales de vida, o del tiempo que se dedica al trabajo, pero una herramienta de esta naturaleza no permite abordar aspectos como la división del trabajo entre los miembros de la familia, o las percepciones que las personas tienen sobre las actividades que desarrollan. Sin embargo, era imposible reconstruir la dinámica y los vínculos entre estos aspectos, trabajando con un número elevado de grupos familiares. De manera que al escoger esta vía de investigación, nos veíamos obligados a restringir el número de familias que se entrevistaría. A cambio tendríamos la oportunidad de profundizar sobre los problemas planteados (Balán et al. 1973, McKee y Bell 1985, Morris 1985 y Sennett y Cobb 1973).

A fin de conocer de manera fidedigna el impacto de la desocupación entre los miembros de la familia y los cambios en las relaciones, era preciso realizar entrevistas individuales y colectivas con todos sus integrantes. De esta forma tendríamos un panorama que incluiría las distintas apreciaciones que sobre la cesantía podían tener las diferentes personas involucradas, bien fueran los obreros desocupados, sus cónyuges o sus hijos. Las entrevistas colectivas permitían conocer la percepción que la familia tenía como grupo de los cambios, pero las individuales nos permitían acercarnos a la manera en que los hombres y las mujeres, los padres, los hermanos y los hijos, los adultos, los jóvenes y los niños eran afectados. Así, podíamos conocer de manera más profunda sus impresiones sobre los cambios que estaba sufriendo su vida y la de las personas con las que vivían. Con objeto de tener un control sobre las apreciaciones individuales, se contrastaba lo que decían las personas cuando estaban solas, con lo que surgía de la observación directa, y con lo que se planteaba en las entrevistas colectivas (Levi et al. 1981).

La primera entrevista que se realizó con cada familia fue dirigida. En las subsecuentes, los informantes narraban lo que deseaban. Durante la primera entrevista se abordaron los siguientes aspectos:

- las características sociodemográficas de las familias, es decir número de miembros, sexo de cada uno, edad, escolaridad y parentesco que existía entre ellos;

- la historia de la familia, cómo y cuando se formó el núcleo familiar, y dónde habían vivido hasta el momento de las entrevistas;
- la historia laboral de cada uno de los miembros de la familia, a fin de establecer la importancia que había tenido el trabajo industrial, los motivos por los cuales habían abandonado cada uno de sus empleos, el número de veces que habían estado desocupados, la duración de cada período, y el monto de la indemnización recibida en cada caso;
- el monto y el destino de la indemnización. Esta información con frecuencia estaba vinculada con las estrategias que instrumentaban para generar ingresos;
- los cambios en la actividad de cada uno de los miembros del grupo familiar durante los períodos de desocupación. Estas preguntas fueron de gran importancia porque permitían conocer cómo se obtenían los recursos con los que se reproducía la familia, pero, además eran una manera de advertir los cambios que habían sufrido las actividades cotidianas de sus integrantes. Al modificarse las actividades, en muchos casos, también se transformaba la organización familiar y los roles que tradicionalmente ejercía cada miembro;
- el monto de los ingresos que recibía la familia, y la organización del presupuesto durante los períodos de desocupación.

El material recuperado durante las entrevistas se presenta en los siguientes capítulos. Se ha analizado el conjunto de familias, y se presentan los aspectos que resultan más recurrentes y significativos.

E. Características de las familias entrevistadas.

Como ya se mencionó atrás, se entrevistaron cuarenta familias durante el trabajo de campo, que estaban conformadas por ciento treinta y cinco personas en total: treinta y nueve varones adultos, cuarenta y dos mujeres adultas y cincuenta y cuatro niños.⁽⁴⁾

⁽⁴⁾ A partir de los dieciséis años se consideraron adultos. Se fijó esta edad porque a partir de ella la Ley Federal del Trabajo ya no estipula condiciones especiales en la contratación, y se les reconoce capacidad plena para celebrar por sí mismos contratos de trabajo (Ley Federal del Trabajo).

Sin embargo, hasta aquí hemos venido hablando de familia sin precisar a qué nos referimos cuando utilizamos este término. Hombres y mujeres de todos los sectores sociales utilizan cotidianamente esta palabra para referirse lo mismo al conjunto de parientes, que a los padres y hermanos, o al cónyuge y los hijos. Su uso es tan cotidiano y tan común, que es necesario acotar el contenido que le daremos a lo largo de este trabajo.

El término familia remite a las relaciones de parentesco que son normadas por prácticas sociales establecidas (Laslett 1993, Oliveira y Salles 1989). Los estudios hechos desde una perspectiva antropológica en sociedades complejas insisten en diferenciar entre la familia nuclear, entendida como la pareja, los cónyuges y sus hijos o uno de los padres y los hijos, y el resto de parientes, que puede comprender las relaciones ascendentes, descendentes y laterales. Estas conforman lo que se denomina familia consanguínea (Linton 1986, Zonabend 1988).

Las relaciones de parentesco que estructuran la familia se concretizan en formas de organización de sus integrantes, y con frecuencia estas formas implican la coresidencia. Sin embargo, el grupo de gente que vive bajo un mismo techo y comparte bienes y servicios, se denomina unidad doméstica. Bajo esta denominación se incluyen todos los miembros de un hogar que pueden o no ser parientes (Buchler 1982, Laslett 1993, Zonabend 1988).

Para analizar las diversas formas cómo la desocupación afecta a los individuos y sus familias se tomó como unidad de análisis a los miembros de las familias nucleares que comparten la vivienda. Para referirnos a ellos utilizaremos la palabra **familia** a lo largo del trabajo.

No obstante la desocupación, el deterioro del salario y la escasez de vivienda ha obligado a muchas de estas familias a compartir el techo con otros miembros de la familia consanguínea, y esta circunstancia lleva a formas de interacción y colaboración muy estrecha entre esta gente. Cuando se haga alusión a las relaciones que se establecen entre las distintas familias nucleares que viven bajo un mismo techo se utilizará el término **unidad doméstica extensa**.

Las personas entrevistadas mantenían relación con otros miembros de su familia consanguínea aunque no fueran corresidentes, y a estas personas las denominaremos **parientes**.

Por otra parte, en los estudios sobre familia se ha establecido que el ciclo doméstico consta de tres etapas. La primera, que se denomina de formación, son los primeros años de existencia de la familia, cuando hay un incremento de sus miembros, pero los únicos trabajadores reales y/o potenciales son los padres. La segunda se denomina de consolidación o equilibrio. Esta se inicia cuando los hijos empiezan a participar en las actividades productivas. La tercera etapa es la de reemplazo: se inicia cuando los hijos salen de la unidad doméstica para formar sus propias unidades domésticas (De Teresa 1992).

En el ciclo doméstico hay momentos en que en una familia es posible encontrar los rasgos de dos etapas (González de la Rocha 1988). Como las características de las familias cambian sustancialmente durante las distintas etapas, en el análisis de diferencian las condiciones en que la misma familia vivió cada período de desocupación.

Con objeto de facilitar el análisis se estableció arbitrariamente una fecha para ubicar el momento del ciclo en que se encontraba cada una de las familias entrevistadas: Los grupos familiares que actualmente se encuentran en la etapa de formación son aquellos en que los cónyuges se unieron después de 1976, y se formaron en un contexto que se caracterizó por el endurecimiento de las condiciones laborales en la industria y por el deterioro de los salarios. En este caso se encontraban veintitrés familias, cinco de ellas estaban encabezadas por mujeres.⁽⁵⁾ Estas familias, que aún estaban creciendo, tenían 3.7 miembros en promedio.

Las familias que se encontraban en la etapa de equilibrio, se formaron entre 1960 y 1976. Estos grupos familiares se conformaron durante los años de expansión industrial en los que aumentó el poder adquisitivo de los salarios. Había diez familias en esta etapa, que contaban con

⁽⁵⁾ En dos de las familias entrevistadas que estaban encabezadas por una mujer, el varón vivía con su mujer e hijos, pero tenía varios años sin trabajar ni recibir ningún tipo de ingreso. Estos grupos familiares también se consideraron como hogares encabezados por mujeres.

4.9 miembros en promedio. En tres de ellas estaba una mujer al frente. Todas habían concluido su ciclo reproductivo, pero aún había niños.

Finalmente había siete familias en la etapa de reemplazo. Estas se conformaron antes de 1960, y la etapa de consolidación la vivieron durante la época de expansión industrial. Estos grupos tenían 2.5 miembros en promedio. Cabe señalar que las familias entrevistadas que se encontraban en esta fase, formaban parte de unidades domésticas extensas.

Cuadro núm. 3.1

Distribución de las familias de los obreros manufactureros y petroleros según la etapa en que se encuentran

	Expansión	Equilibrio	Reemplazo	Total
Manufactureros	8	5	3	16
Petroleros	15	5	4	24
Total	23	10	7	40

A continuación se presenta una breve descripción de los rasgos sociodemográficos de las familias entrevistadas.

F. Los rasgos sociodemográficos de los obreros entrevistados

Se establecieron tres categorías en los grupos de edad de los obreros entrevistados. El primero comprendía a las personas que tenían entre 16 y 26 años, y son los que denominamos obreros jóvenes a lo largo del trabajo. En el segundo se ubicaron las que tenían entre 27 y 50 años. A estas personas les llamamos obreros maduros. Finalmente, están los viejos. Todas las divisiones fueron hechas, en términos del trabajo industrial. Aunque no existe un criterio preciso que permita establecer cuándo un obrero deja de ser joven y empieza a ser maduro, consideramos que las personas que habían iniciado su carrera laboral justo antes de que se declarara la crisis de 1982, o durante esa coyuntura eran los obreros jóvenes.

Por otra parte, cabe destacar que tanto entre los petroleros como los manufactureros era mayor el número de adultos que de niños, aunque en el segundo grupo, los menores tenían un porcentaje muy bajo, ya que representaban el 29%.⁽⁶⁾

Cuadro núm. 3.2
Edades de las personas entrevistadas

	menos 16	16-26	27-50	más de 50	Total
Manufactureros	16	19	13	6	54
Petroleros	38	16	22	5	81
Total	54	35	35	11	135

Cuadro núm. 3.3

Distribución por sexo según el grupo de edad de los obreros manufactureros

	16-26	27-50	más 50	Total
Hombres	11	6	3	20
Mujeres	8	7	3	18
Total	19	13	6	38

⁽⁶⁾ De acuerdo con los resultados del XI Censo General de Población, el 38% de la población tiene menos de quince años (INEGI 1992a).

Cuadro núm. 3.4

Distribución por sexo según el grupo de edad de los petroleros

	16-26	27-50	más 50	Total
Hombres	9	9	1	19
Mujeres	7	13	4	24
Total	16	22	5	43

Las mujeres que encabezan sus hogares se encuentran en el rango que abarca de los 27 a los 50 años de edad. La mitad de ellas laboraba en Pemex y fueron despedidas cuando cerraron la Refinería. Dos de estas mujeres estaban al frente de sus familias porque eran viudas, tres habían sido abandonadas, una era madre soltera y los maridos de las dos restantes no habían vuelto a trabajar.

Cuadro núm. 3.5

Escolaridad según el grupo de edad de los obreros manufactureros

	16-26	27-50	más 50	Total
Primaria incompleta	--	3	6	9
Primaria	--	9	--	9
Secundaria	6	--	--	6
Técnica/preparatoria	9	1	--	10
Universidad	4	--	--	4
Total	19	13	6	38

Cuadro núm. 3.6

Escolaridad según el grupo de edad de los petroleros

	16-26	27-50	más 50	Total
Analfabeto	--	--	2	2
Primaria incompleta	--	--	3	3
Primaria	--	4	--	4
Secundaria	10	8	--	18
Técnica/preparatoria	5	6	--	11
Universidad	1	4	--	5
Total	16	22	5	43

El acceso a la escolaridad ha sufrido un cambio notable a lo largo de este siglo. En esta modificación han intervenido de manera fundamental dos factores: por una parte, el político debido sobre todo a la importancia que los gobiernos posrevolucionarios le otorgaron a la educación; pero también ha estado íntimamente vinculado con el modelo de desarrollo económico que experimentó el país. La relación salarial dominante permitió que, en sectores muy grandes de la población, los niños dejaran de trabajar y asistieran diariamente a la escuela.

El cambio se aprecia en la escolaridad por rango de edad en ambos grupos. Sin embargo, es notorio que el salario de los petroleros les permitió ingresar a la universidad antes que a los manufactureros. Por otra parte, sólo uno de los hijos de los obreros manufactureros concluyó los estudios profesionales.

Entre las familias manufactureras, en el rango de edad que comprende de los dieciséis a los veintiseis años, hay nueve personas adultas que han laborado en la industria, cuatro de ellas (todas mujeres) nunca han trabajado y las seis restantes han estado empleadas en empresas pertenecientes al sector comercio o servicios. En el grupo de personas que tienen entre veintisiete y cincuenta años, nueve de ellas trabajaron en la industria como obreras, dos nunca han trabajado, y las dos restantes han laborado en los servicios.

Cuando se llevaron a cabo las entrevistas la situación laboral de los manufactureros era la siguiente: tres estaban jubilados, trece decían que no trabajaban ni buscaban trabajo, ocho laboraban en los servicios, catorce eran obreros. De éstos últimos, todos, excepto dos, atravesaban por un período de desocupación. Los desocupados y los que no trabajaban realizaban distintas actividades por cuenta propia, orientadas a generar algún ingreso.

En el grupo de los petroleros una persona estaba jubilada, catorce consideraban que no trabajaban ni buscaban trabajo, cinco estaban empleados en la industria, seis en los servicios y los diecisiete restantes estaban desocupados. Estos últimos al igual que los obreros manufactureros realizaban actividades por cuenta propia.

Cuadro núm. 3.7

Lugar de origen de los obreros manufactureros según el grupo de edad

	16-26	27-50	más 50	Total
Ciudad de México	19	9	3	31
Zona Urbana	--	4	2	6
Zona Rural	--	--	1	1
Total	19	13	6	38

Cuadro núm. 3.8

Lugar de origen de los petroleros según grupo edad

	16-26	27-50	más 50	Total
Ciudad de México	16	22	1	39
Zona urbana	--	--	3	3
Zona rural	--	--	1	1
Total	16	22	5	43

El predominio de los nativos de la ciudad de México, visto en relación con la ocupación principal de sus padres, habla de un sector obrero y urbano para el cual el trabajo industrial no es de ninguna manera una experiencia reciente.

Cuadro núm. 3.9

Ocupación de los padres de los obreros manufactureros según el grupo de edad

	16-26	27-50	más 50	Total
Industria	15	5	2	22
Agricultura	--	3	2	5
Cuenta propia	2	1	--	3
Otras actividades	2	3	1	6
Sin información	--	1	1	2
Total	19	13	6	38

Cuadro núm. 3.10

Ocupación de los padres de los obreros petroleros según el grupo de edad

	16-26	27-50	más 50	Total
Industria	2	16	--	18
Pemex	11	5	--	16
Agricultura	--	--	1	1
Cuenta propia	1	--	1	3
Otras actividades	2	1	1	3
Sin información	--	--	2	2
Total	16	22	5	43

La ocupación de los padres de los manufactureros muestra una tendencia a contraer matrimonio con hijos de obreros. Esta homogamia que entre los jóvenes es muy acentuada,

contribuye a unificar las experiencias pasadas y las expectativas futuras de los cónyuges, y a conformarlos como un grupo social bastante cohesionado.

Entre los petroleros, esta homogamia se encontraba apoyada por los Estatutos del STPRM, que establecían el derecho de los trabajadores a recomendar a los parientes para ocupar las vacantes provisionales y a heredarles sus plazas cuando morían o se jubilaban.⁽⁷⁾ Esta práctica favoreció la existencia de familias formadas por padres, hijos, hermanos, sobrinos y nietos que laboraban todos en Pemex. A estos grupos familiares los hemos denominado **familia petrolera**. Aunque la mitad de las familias entrevistadas se encontraban en esta situación (12 casos), también se trabajó con personas que habían comprado los contratos, y que no tenían ningún pariente laborando en Petróleos Mexicanos.

La selección de las zonas de estudio y la incorporación del grupo de trabajadores petroleros ciertamente incidieron en el perfil de los obreros que entrevistamos. Nos encontramos ante un grupo obrero urbano, con tradición familiar en el trabajo industrial y que posee, en su mayoría, una calificación o especialización obrera. Estas personas, con excepción de los jóvenes que iniciaron su carrera laboral después de 1982, gozaron de gran estabilidad laboral. Sus antigüedades en la empresa, en el momento en que fueron despedidos, oscilaban entre los 6 y los 15 años. Eran trabajadores que formaban parte del sector obrero que más beneficios obtuvo de las políticas de bienestar que instrumentó el Estado durante los años setentas. Se trata por ello de un sector obrero cuya trayectoria ocupacional y nivel de vida han estado vinculados a la suerte de la industria nacional.

⁽⁷⁾ El artículo 60 en la fracción XII de los Estatutos del STPRM vigentes hasta 1992 decía: "Los trabajadores de planta, miembros del Sindicato, con antigüedad sindical mayor de 10 años, podrán solicitar se inscriba en la Sección, Delegación o Subdelegación correspondiente, a un hijo, hija, hermano, hermana, hijo adoptivo, previa comprobación legal del parentesco, para que labore transitoriamente en la industria, ya sea en un puesto sindicalizado tradicional o en algún puesto profesional" (Estatutos 1985).

CAPITULO IV. LA PERDIDA DEL EMPLEO

El contrato que se establece entre compradores y vendedores de fuerza de trabajo permite que cualquiera de las partes concluya la relación laboral. Para los obreros, esta condición significa la posibilidad de renunciar, para los capitalistas, la de despedir a sus trabajadores. Sin embargo, la desigualdad que existe entre los capitalistas y los asalariados también se manifiesta en formas y condiciones diferentes de finalización de la relación laboral para unos y otros. Así pues, en los despidos predominan los aspectos laborales, mientras que en las renunciaciones tienen más peso los criterios vinculados a las condiciones personales y familiares. Veamos los contextos en que los patrones despiden a sus obreros.

A. Los motivos de los patrones

El despido es una práctica que conduce a la inestabilidad laboral característica de la sociedad capitalista. Además, permite a los patrones tener un control individual sobre cada uno de los trabajadores y les garantiza su docilidad, por el temor que genera el ser fácilmente sustituible por los cientos de personas que buscan un empleo. Pero el despido también afecta la acción colectiva, porque obstaculiza la organización de los obreros, los dispersa y los lleva a posponer los objetivos colectivos en aras de los individuales (Conesa Ruiz y Monroy Gómez 1985).

El despido, al igual que la desocupación, es una experiencia ineludible para los vendedores de fuerza de trabajo, y forma parte de la historia laboral de casi todos los obreros. De hecho, entre las personas entrevistadas, sólo tres -que eran mujeres y renunciaron para casarse- nunca habían vivido una experiencia de despido.

Ahora bien, los motivos que se esgrimen y las prácticas que permiten los despidos están relacionados con las condiciones que precisa la acumulación capitalista en cada etapa. Las

características y la cantidad de mano de obra que se requiere difieren de una fase a otra, y esta necesidad de regular la fuerza de trabajo ha estado asociada, en diferentes etapas, a determinadas formas de despido (véase cuadro A.X). A continuación veremos cuáles fueron estas modalidades en el grupo obrero y las condiciones en que se instrumentaron.

a. Las contrataciones temporales

El trabajo eventual siempre ha existido en la industria, pero en los últimos años ha aumentado considerablemente. Esta modalidad de trabajo se desarrolla bajo el siguiente esquema: el obrero consigue un contrato por tiempo determinado, que puede ser desde un día hasta tres meses. Es muy frecuente que se le coloque en puestos que no requieren de ninguna o muy poca calificación o especialización. Al concluir el período, el obrero sale de la empresa y otra persona entra a realizar la misma operación, en las mismas circunstancias. Cada vez que finaliza un contrato, el obrero tiene ante sí dos opciones: esperar que se presente la oportunidad de firmar un nuevo contrato o buscar otro trabajo. Ahora bien, el término de un contrato temporal de acuerdo con lo estipulado por la Ley Federal del Trabajo no es un despido, y por ese motivo no representa ninguna responsabilidad para el patrón. Para los obreros, sin embargo, tiene las mismas consecuencias que un cese. Por esa razón lo hemos considerado como una de las modalidades del despido.

Entre los obreros entrevistados, todos habían sido trabajadores temporales.⁽¹⁾ Sin embargo, para los que tenían muchos años empleados en la industria, esta experiencia había sido más frecuente al inicio de la carrera laboral. Al cabo de un tiempo, habían obtenido contratos de planta y alcanzado cierta estabilidad en el empleo. La mayoría de los jóvenes, por el contrario, era la única forma de contratación que conocían.

⁽¹⁾ El trabajo eventual es muy común en las medianas y grandes empresas. Entre los obreros manufactureros entrevistados se encontró este tipo de contratación en las ramas del papel, química y textil. Pries (1992) señala que a finales del año 1990 casi el 50% de los obreros de una planta automotriz, instalada en la ciudad de Puebla, estaban contratados desde uno hasta tres meses.

El trabajo eventual tiene consecuencias muy graves para los obreros. Por una parte, les impide crear derechos laborales tales como antigüedad, derecho a pago de vacaciones, aguinaldo, indemnización. Por otro, las tareas que desempeñan no les facilita el aprendizaje de una calificación obrera que posteriormente les permita mejoras en sus condiciones de trabajo y de vida. Además, los temporales son los más afectados cuando se realizan recortes de personal.⁽²⁾

Por el contrario, para las empresas estas contrataciones siempre han tenido grandes ventajas que se han hecho aún más evidentes en el contexto actual. El único compromiso de los capitalistas hacia el trabajador es el pago del salario, con el consiguiente abaratamiento en el costo de la fuerza de trabajo. De esta forma, consiguen uno de los objetivos más importantes en la actualidad: reducir los costos de producción. La utilización de obreros eventuales tiene otra cualidad. Permite flexibilizar la planta laboral, porque los patrones pueden disponer únicamente del número de trabajadores indispensables para la producción, y aumentar o disminuir la cantidad de mano de obra de acuerdo con los requerimientos del proceso productivo. Este mecanismo de contratación evita a la empresa el pago de las indemnizaciones que resultarían si la reducción de la planta laboral se realizara mediante despidos.⁽³⁾

Las contrataciones temporales han sido un recurso muy útil para enfrentar las actuales condiciones de competencia nacional e internacional, pues permiten que las empresas dispongan de fuerza de trabajo en la cantidad y con las características que se requiere en cada momento para el mejor flujo de la producción, y no se crean compromisos laborales que podrían ser costosos en el mediano plazo.

⁽²⁾ Al informar sobre los recortes que tendrían lugar en la planta de Cuautitlán, de la empresa Ford Motor Company, el dirigente sindical señaló que entre los despedidos se incluiría fundamentalmente a los eventuales (La Jornada, 27 de mayo de 1993).

⁽³⁾ Un ejemplo de la flexibilidad que permiten los eventuales apareció en una noticia publicada en la prensa. La empresa Zenith había anunciado en la ciudad de Chicago que despediría a cientos de trabajadores temporales de sus ensambladoras de televisión en México. Los recortes de personal mexicano se realizarían en el invierno y culminarían en la siguiente primavera. La empresa contrata cientos de trabajadores en verano y otoño, para cumplir con la línea de producción que fija la empresa (La Jornada, 29 de octubre de 1992).

- Los transitorios

En la industria petrolera, la contratación de trabajadores temporales también ha sido una muy común desde la expropiación petrolera (véase cuadro núm. 15), y los trabajadores contratados bajo esta modalidad se han denominado **transitorios**. Estos obreros -que ingresaban a la empresa recomendados por un pariente cercano o después de haber pagado cierta cantidad de dinero a los líderes sindicales-, se contrataban para cubrir vacaciones, incapacidades, licencias o ausencias del personal de planta.⁽⁴⁾

Al igual que en la industria manufacturera, la duración de los contratos difería en cada caso. Podían ser de un día, para cubrir los puestos de los obreros que no se habían presentado a trabajar, una semana, quince días o varios meses.⁽⁵⁾ Según las declaraciones de los obreros entrevistados, en la duración del contrato asignado era determinante la relación del transitorio con los delegados sindicales, su disposición a "hacerles favores" o "darles regalos", pero también la suerte. Los testimonios al respecto coinciden: "Cuando estaba de transitorio me pegaba para que me dieran trabajo. Me granjeaba, iba con el que daba los contratos, con el del sindicato, le lavaba el carro". "Una vez duré más de un mes sin contrato. Iba todos los días y nada. Un día me salí un rato a comer unos tacos. Cuando volví, me enteré que en ese rato habían dado contratos a todos los que estaban ahí. Yo quería llorar de la desesperación". De cualquier manera, a pesar de la disposición de la gran mayoría de los transitorios, por lo general, los mejores contratos quedaban en manos de los parientes cercanos o compadres de los líderes, y sólo eventualmente alguien menos cercano conseguía un buen contrato: por varios meses o con una categoría laboral mejor remunerada.

⁽⁴⁾ El Contrato Colectivo de Trabajo firmado entre PEMEX y el STPRM hasta 1991, señalaba que la empresa contrataría a los trabajadores que el sindicato propusiera. Por otra parte, los Estatutos del sindicato establecían, hasta enero de 1992 cuando fueron modificados, que los trabajadores petroleros de planta podían proponer a sus parientes cercanos para cubrir sus plazas durante las vacaciones o incapacidades.

⁽⁵⁾ Los contratos para cubrir las ausencias no son exclusivos de PEMEX. En las entrevistas realizadas con obreros manufactureros se encontró este tipo de contrataciones, en particular en empresas muy grandes, donde la ausencia de determinados trabajadores podía afectar el ritmo de la producción.

El número de transitorios siempre superó las necesidades de la empresa, y a raíz del programa de expansión de Pemex, aumentó la participación relativa de los trabajadores transitorios. Por este motivo, los eventuales siempre corrían el riesgo de que transcurrieran semanas o meses, entre la firma de un contrato y otro (véase cuadro núm. 15).

Cuadro núm. 1
Número de trabajadores en la industria petrolera
(1938-1987)

Año	Planta	%	Transitorio	%	Total
1938	14,786	84.0	2,814	16.0	17,600
1940	17,464	79.6	4,476	20.4	21,940
1946	18,576	63.6	10,612	36.4	29,188
1950	22,117	65.0	11,987	35.0	34,104
1955	26,537	61.0	16,815	39.0	43,352
1960	30,018	64.0	16,739	36.0	46,757
1965	34,315	63.6	19,658	36.4	53,973
1970	43,728	61.0	28,150	39.0	71,878
1975	50,301	58.0	36,451	42.0	86,752
1980	63,976	47.6	70,205	52.4	134,205
1984	81,902	46.7	93,523	53.3	175,425
1987	85,808	52.0	79,720	48.0	165,528

Fuente: De 1938 hasta 1965 E.H.M. 1990. El período 1970 a 1984, Alonso y López 1986. El año 1987 Novelo 1988.

Por otra parte, las características de la contratación del trabajo transitorio colocaban a estos trabajadores en circunstancias muy desfavorables. Eran muy vulnerables a las prácticas corruptas de la empresa y del sindicato por su necesidad de obtener un contrato. Muchos lo compraban y, además, prestaban servicios o hacían regalos a los líderes sindicales. Una vez contratados, debían trabajar gratuitamente en las empresas del STPRM. Por otro lado, el CCT

establecía que al quedar vacante una plaza se daría un movimiento escalafonario. Los transitorios ocupaban el último lugar en el escalafón, motivo por el cual se les asignaban las tareas más pesadas y peor pagadas.⁽⁶⁾

La incertidumbre de los transitorios terminaba cuando obtenían la plaza. Había dos formas de conseguirla: cuando se jubilaba o fallecía el trabajador que los había recomendado, momento en el que el transitorio podía ocupar su plaza, o mediante el recurso de interponer una demanda contra la empresa, por la planta, ante la Junta de Conciliación y Arbitraje. Ambos mecanismos requerían de tiempo, de modo que la inestabilidad laboral de los transitorios se prolongaba durante varios años.

Cuando la empresa inició el programa de ajuste, este sector fue el más perjudicado. En los recortes de personal, los transitorios han sido los primeros en ser despedidos, y su número se ha reducido notablemente. En 1989, el STPRM tenía 110 mil sindicalizados de base y alrededor de 100 mil eventuales. A fines de 1991, la planta laboral se había reducido a 80 mil obreros con plaza y 20 mil transitorios (La Jornada, 10 de noviembre de 1991). Ahora bien, la aplicación de medidas orientadas a la reestructuración de Pemex, ha tenido el efecto contrario que en las empresas privadas. En éstas ha aumentado el número de eventuales, mientras que en Pemex su disminución ha sido considerable. Este comportamiento aparentemente contradictorio, respecto al del resto de empresas que conforman la planta industrial del país, se explica por la forma en que se desarrolló la paraestatal durante los años setentas y ochentas. Primero, el

⁽⁶⁾ La cláusula 5 del CCT decía: "El patrón está obligado a cubrir las vacantes temporales cuando lo requiera la ejecución normal de las labores, para cuyo caso dichas vacantes se llenarán moviéndose los escalafones según sus reglas y los últimos puestos serán cubiertos de acuerdo con el reglamento respectivo con el personal que proporcione el sindicato" (CCT 1989: 22).

crecimiento de la planta de trabajadores, después la concesión de muchas áreas de trabajo a empresas privadas y la intensificación en el uso de la fuerza de trabajo, fueron eventos que ocasionaron que la empresa tuviera contratados más obreros de los que requería. Las nuevas condiciones exigían tal reducción, y de acuerdo con las características del CCT, para la empresa ha resultado más económico liquidar a los transitorios y conservar al personal de planta.

b. Los reajustes

Los reajustes de personal han sido una consecuencia del desarrollo y la expansión de la actividad industrial. La modificación de las condiciones técnicas de producción, la ampliación o contracción de los mercados de las distintas ramas industriales, los cambios en el destino de la producción han sido circunstancias que han vuelto superfluos ciertos sectores de trabajadores. En particular, el nuevo modelo de desarrollo ha exigido la optimización de los recursos, y para ello se ha incorporado cada vez menos mano de obra a los procesos productivos. Esto ha significado que muchos de los obreros contratados han resultado superfluos a las empresas. Los problemas de exceso de fuerza de trabajo, independientemente de cuál sea su origen, se han resuelto mediante reajustes.

Son tan diversas las circunstancias que reducen las necesidades de mano de obra, que los recortes de personal se han convertido en una experiencia familiar para los obreros. Todos los trabajadores entrevistados habían sido objeto o por lo menos habían presenciado algún reajuste en la empresa donde laboraban. En sus relatos, los reajustes se realizaban bajo un mismo

esquema, y comprendían varias etapas. En un primer momento, la empresa jubilaba a los obreros más viejos. El argumento que se esgrimía era la disminución de su rendimiento, que les impedía cubrir las cuotas de producción. Después eran despedidos los obreros de reciente ingreso a la empresa, motivo por el cual su liquidación no resultaba muy onerosa. Había ocasiones en que las innovaciones técnicas o la desaparición de algún área de producción resultaban en el despido de trabajadores calificados, con antigüedad. Los reajustes se han justificado de maneras muy diversas: modernización de la maquinaria, las menos de las veces, y muy a menudo, la contracción del mercado y problemas de organización de la empresa.⁽⁷⁾

Las experiencias de reajustes eran más comunes entre los obreros maduros y los viejos. Sus historias laborales abarcaban un período muy prolongado y habían trabajado en ramas industriales muy diversas, lo que les permitió vivir los momentos de expansión y crisis que experimentaron esas ramas a lo largo de cuarenta años. Por su parte, los obreros jóvenes no habían sido objeto de ningún reajuste, en virtud de que laboraban en la industria con contratos temporales. Esta forma de contratación volvía innecesarias estas medidas.

⁽⁷⁾ La prensa documenta de manera muy abundante los casos de reajustes. En noviembre de 1992, el 90% de las empresas que cotizaban en la Bolsa Mexicana de Valores habían llevado a cabo, desde el primer trimestre de ese año, una continua reducción de su planta laboral. Los ajustes más drásticos habían tenido lugar en Teléfonos de México, Celanese Mexicana, Cydsa, Aeroméxico y el Grupo Industrial San Cristóbal (*El Financiero*, 9 de noviembre de 1992). Pero no sólo las grandes empresas han tomado esas medidas, los trabajadores de los ingenios azucareros enfrentaron recortes de personal durante ese mismo año (*La Jornada*, 17 de agosto de 1992); Garcí Crespo liquidó a 104 obreros bajo el argumento de que la empresa había dejado de ser rentable, porque los costos de producción se habían multiplicado considerablemente y las ganancias se mantenían rezagadas (*La Jornada*, 8 de agosto de 1992). En Pemex, la explicación de los reajustes no ha sido muy diferente. Guzmán Cabrera admitió que habían sido despedidos 30,000 trabajadores, que tenían base definitiva. La justificación fue: "teníamos plantas de tecnología atrasada, sistemas de trabajo anticuados" (*La Jornada*, 6 de abril de 1993).

c. El cierre de la fuente de trabajo

La clausura de una empresa deja cesantes a cientos o miles de trabajadores repentinamente. La competencia que se establece entre los productores capitalistas por el mercado, los cambios que permanentemente sufren las condiciones de producción impiden que todos los capitalistas tengan garantizada la ganancia, y los más ineficientes son desplazados del mercado. La competencia y el cambio constante que caracterizan a la dinámica de acumulación, se concretizan en eventos como la incapacidad de algunas fábricas de incorporar nuevas tecnologías, o la obsolescencia de ciertos productos, que son desplazados del mercado y deben dejar de elaborarse. El resultado es que los establecimientos deben declararse en quiebra o cerrar sus puertas.⁽⁸⁾ Hay otros motivos por los que se clausuran las empresas, por ejemplo para evitar la sindicalización de los trabajadores,⁽⁹⁾ o como se argumentó en el caso de la Refinería "18 de Marzo", "para proteger la salud y responder al consenso social" (El Universal, 19 de marzo de 1991).

⁽⁸⁾ Son muchos los casos que ilustran esta situación. Hasta enero de 1992 habían cerrado 1,057 fábricas de telas en el país, los empresarios atribuían la crisis a "la exagerada importación de telas y prendas de vestir, lo cual ha desplomado la producción y las ventas en más de 50 por ciento" (Excelsior, 16 de enero de 1992). En mayo del mismo año se inició la liquidación de los obreros pertenecientes a la planta uno de Tubos de Acero de México, S.A. (TAMSA). El cierre fue provocado por la reducción de la demanda de tubos de acero sin costura en el mercado mundial, así como por la competencia de los productos japoneses que siguen una política agresiva de precios. Fue "la primera vez en la historia moderna de México que una empresa industrial cierra una importante planta en respuesta a la coyuntura adversa del mercado mundial" (La Jornada Laboral, 28 de mayo de 1992: 8). Entre 1991 y 1992 cerraron 13 fábricas de la industria química y petroquímica. Esquim, en CIVAC; Tetraetilo de México, en el sur de Veracruz y Sulfato de Viesca son algunas de ellas (La Jornada, 21 de julio de 1992). La empresa Aceros Especiales de Tlaxcala se declaró en quiebra en abril de 1992, y liquidó a los 400 obreros que empleaba (Excelsior, 29 de abril de 1992).

⁽⁹⁾ Sánchez, en Bazán et al. (1988), analiza este tipo de prácticas que son muy comunes entre los empresarios del calzado en la ciudad de Leon, Gto.

Algunos de los obreros entrevistados habían vivido dos experiencias de este tipo. La de un obrero que laboraba en una empresa textil situada al sur de la ciudad, que fue cerrada en los primeros años de la década de 1960. La segunda tuvo lugar treinta años después, a raíz del cierre de la Refinería "18 de Marzo". Aquí centraremos nuestra atención en la experiencia de los petroleros.

- La Refinería "18 de marzo"

El 18 de marzo de 1991, durante la ceremonia de celebración del aniversario de la expropiación petrolera, el presidente Carlos Salinas de Gortari ordenó la clausura definitiva de la Refinería "18 de Marzo". Los días anteriores a esta fecha, la ciudad de México había padecido los índices de contaminación más altos de su historia. Con esta decisión, el presidente hacía patente su intención de hacer frente al grave problema que afectaba al conjunto de la población del AMCM.

La medida tomó por sorpresa a los trabajadores de la Refinería. Ese día, la mayoría se encontraban en el parque deportivo de la colonia Petrolera, asistiendo al festival que tenía lugar para conmemorar el aniversario de la expropiación petrolera. Un obrero relataba: "Todavía ese día, el 18, fuimos a un evento en la Petrolera. Venía de ahí cuando me llamó un muchacho que es vecino: -¿Qué pasó? ¿Con que ya cerraron la refinería? -Estás loco, ¿cómo la van a cerrar? Eso nunca se cierra. No le hice caso. Cuando llegué a la casa me habló por teléfono mi compadre, y me dió la noticia. No lo podía creer, me quedé pensando en nada, no me explicaba

el motivo de por qué la habían cerrado, si era una fuente de trabajo para miles de trabajadores. Yo pensaba ¿qué vamos a hacer tanta gente?". Otro obrero contaba: "Nosotros andábamos en el festival de la Petrolera donde siempre había juegos. Fuimos a ver los juegos y andábamos contentísimos. Yo estaba viendo el futbol, cuando oí que un señor decía: ¿Qué crees? Acaban de decir en las noticias que cerraron la Refinería. No lo creí hasta que llegamos a la casa, y en la noche se estuvo diciendo en la televisión".

Sin embargo, desde meses atrás había indicios de que iba a haber recortes de personal. En algunas áreas de trabajo se habían reducido los turnos y escaseaban los contratos para los transitorios. Corrían rumores acerca de la posible jubilación de los obreros más viejos y con mayor antigüedad, y se hablaba del recorte de los transitorios con pocos años en Pemex. Incluso, algunos trabajadores recordaban que, en diciembre de 1990, el Secretario General de la sección 35 había anunciado que: "venfan tiempos muy difíciles para la sección 35, y que tenían 35 mil millones de pesos, que se iban a utilizar para comprar empresas o fábricas, para que ahí se fueran los que salieran despedidos". No obstante, nadie pensaba en la posibilidad de una clausura definitiva.

Las características de la Refinería y las condiciones en que fue cerrada, obligaron a Pemex a tomar medidas especiales para liquidar a los trabajadores. El CCT vigente en el momento del cierre, en su cláusula 22, señalaba que "antes de separar del servicio a cualquier trabajador, el patrón, si fuere posible, lo reacomodará previo acuerdo con el sindicato..." (CCT 1989: 33). Aunque los líderes sindicales mencionaron esta posibilidad a la prensa, en la práctica

sólo unos cuantos consiguieron reubicarse en la refinería de Tula. No sobra decir que eran personas muy cercanas a los funcionarios del sindicato.

Por otro lado, la empresa acordó jubilar en condiciones especiales a 2,496 trabajadores de planta (La Jornada, 4 de mayo de 1992).⁽¹⁰⁾ Los obreros que tenían diez años de antigüedad, y que no cumplían con el requisito de tener por lo menos 55 años de edad, se jubilaron con el 50% del salario percibido durante el último año laborado.⁽¹¹⁾

Sin embargo, muchos no alcanzaron jubilación y fueron despedidos.⁽¹²⁾ El elevado número de trabajadores que se liquidaron y las características del trabajo transitorio -numerosos contratos temporales, cada uno con distinta duración, categoría salario y turno-, fueron factores que dificultaron el cálculo de los montos de la indemnización que le correspondía a cada trabajador. Además, la corrupción existente en la empresa y en el sindicato propiciaron

⁽¹⁰⁾ La cláusula 22 del CCT contempla que el patrón "podrá convenir su jubilación en condiciones especiales, o sea sin llenarse los requisitos establecidos en la Cláusula 148 de este contrato..." (CCT 1989:33).

⁽¹¹⁾ El capítulo XVI del CCT se refiere a las jubilaciones. En él se señalan tres tipos de jubilaciones: por vejez, por incapacidad permanente derivada de riesgo de trabajo, y por incapacidad permanente para el trabajo derivada de riesgo no profesional.

El inciso I de la cláusula 148 que se refiere a las jubilaciones por vejez establece: "Los trabajadores que acrediten 25 años de servicios y 55 años de edad, tendrán derecho a una pensión pagadera catorcenalmente que se calculará tomando como base el 80% del promedio de salarios ordinarios que hayan disfrutado en puestos permanentes en el último año de servicios y en proporción al tiempo laborado en cada uno de dichos puestos <...> . Si se acreditan 30 años o más de servicios, la base para fijar la pensión será el salario del puesto de planta que tenga asignado el trabajador al ser jubilado, siempre que también acredite el interesado tener 55 años de edad como mínimo" (CCT 1989: 177).

⁽¹²⁾ La empresa señaló que entre obreros transitorios y de planta laboraban en la Refinería poco más de 5,000 personas; los petroleros aseguraban que eran más de 7,000.

arbitrariedades, tratos especiales y la violación del CCT, cuando se procedió a la liquidación o jubilación de todos los trabajadores que laboraban en la Refinería.

Por su parte, los trabajadores reaccionaron con sorpresa en un primer momento. "Cuando fuimos a la Refinería al otro día, había mucha gente, y no sabíamos que hacer". Sin embargo, la clausura generó un enorme descontento entre los petroleros afectados, y las arbitrariedades en el momento de determinar el monto de las liquidaciones, lo aumentaron. La respuesta no se hizo esperar. Hubo algunas movilizaciones en los alrededores de la planta, y muchos trabajadores se organizaron para demandar a la empresa ante las autoridades laborales. Pretendían la reinstalación en alguna otra de las plantas de Pemex o, por lo menos, el reconocimiento de la antigüedad real, y el pago de la liquidación de acuerdo a ella y a los puestos ocupados por cada trabajador. "Nos fuimos organizando, hicimos denuncias de lo que estaba pasando. Lo único que recibimos de los representantes sindicales fueron puras amenazas, sobre todo los compañeros que encabezábamos el movimiento de transitorios, de los que no quedamos conformes con estas liquidaciones". "Principalmente puros transitorios somos los que estamos demandando. Hay trabajadores transitorios con menos de cinco años, pero otros tienen mucho. A un compañero que era transitorio desde 1966, Pemex le reconoció nada más 17 años, y el pagó 11'000,000 de pesos, casi 25 años de transitorios y 11'000,000".

El sindicato no encabezó ninguna protesta, ni trató de impedir el cierre de la fuente de trabajo, tampoco luchó para evitar la liquidación de un número considerable de los trabajadores que conformaban la sección 35. Hubo dos asambleas después del 18 de marzo. En la primera,

"Romero Dechamps la convocó para manifestar que él iba a negociar que todos saliéramos bien, al 100%, que todos saliéramos beneficiados. Muchos compañeros le creyeron, pensaron que sí iba a negociar. <.. > Después convocó a una nueva asamblea y anunció como se iban a liquidar o a jubilar los trabajadores. Sólo leyó el convenio administrativo-sindical que se hizo". No sólo eso, las declaraciones de los líderes apoyaron incondicionalmente el cierre de la Refinería, porque anteponía "el beneficio de la nación al sacrificio de unos cuantos" (Excelsior, 21 de marzo de 1991). El secretario general del STPRM opinó que la clausura era una "tragedia individual" para los que trabajaban en ella (Proceso, núm. 751, 25 de marzo de 1991). Muy ilustrativo de la posición del sindicato fue el desplegado que apareció publicado en diferentes diarios el 19 de marzo de 1991. Estaba dirigido al presidente Salinas de Gortari y lo firmaba el STPRM. En él se señala que: "La preservación de la salud de los habitantes del valle de México es para los trabajadores petroleros, un valor de la más alta jerarquía. No podemos, como petroleros y como mexicanos, sino sumarnos a esa medida de beneficio colectivo aunque ello signifique el cierre de una fuente de trabajo". El desplegado concluye con el siguiente párrafo: "Saber que contribuimos a preservar la salud y el bienestar del corazón de nuestra patria, nos compensa de los problemas que vamos a afrontar y que con su política justiciera y que promueve el desarrollo del país estamos seguros vamos a resolver" (El Universal, 19 de marzo de 1991).

Tal actitud generó irritación entre los petroleros, y algunos también demandaron al STPRM. Pedían el reembolso de las cuotas sindicales, en tanto que el sindicato ni siquiera los había defendido cuando el cierre de la planta. Asimismo, exigían la venta de los bienes de la sección 35, a la que pertenecían los trabajadores de la refinería "18 de marzo" y los de la

"Miguel Hidalgo" de Tula. Argumentaban que al cerrarse la primera, la sección había perdido a cerca de la mitad de sus afiliados y ya no se requerían esas instalaciones. Los petroleros pedían que el dinero que resultara de la venta de estos bienes, se repartiera entre los liquidados y jubilados de la sección.

Los obreros despedidos coincidían en señalar que la contaminación había sido sólo un pretexto para clausurar la empresa. Prueba de ello era que se habían cerrado áreas de trabajo que no contaminaban, como los talleres de fabricación. Sin embargo, las versiones sobre los motivos del cierre eran numerosas y contradictorias: que la refinería ya había sido vendida a los japoneses; que se iba a dismantelar porque el último mantenimiento había sido muy rápido y por lo tanto estaba mal hecho; que ese mantenimiento estaba mal hecho porque había sido efectuado por personal que laboraba en la refinería de Salamanca y en la de Poza Rica.

Otros grupos de trabajadores insistían que el cierre de la Refinería estaba vinculado al proceso de negociación del TLC con Estados Unidos y Canadá. El petróleo había sido un renglón muy conflictivo en la negociación, y estos petroleros consideraban que la clausura facilitaba la posibilidad de que la industria petroquímica, que es la más contaminante, se estableciera en México, y la refinación se realizara en la plantas de Estados Unidos. Independientemente de los motivos reales que ocasionaron el cierre de la planta, lo cierto es que marcó el inicio, en Pemex, de la aplicación de medidas de reajuste en lo tocante a la mano de obra.

d. Los motivos sindicales

El control que el Estado ha ejercido sobre el movimiento sindical en México, ha permitido el despido de los líderes de cualquier movimiento que atente contra los intereses de las empresas o de las mismas organizaciones sindicales. Así, los despidos por motivos sindicales forman parte de la experiencia de los obreros mexicanos desde hace décadas, y no son más que una manifestación de las formas en que se han reprimido los intentos obreros de organización y reivindicación de sus demandas. A su vez, estos despidos suelen ser los más conocidos por la difusión que les hacen los sindicatos, los medios de comunicación y los mismos afectados.

Las experiencias vividas por los obreros entrevistados tuvieron lugar en distintos momentos del período que va de 1958 a 1988, y se presentaron bajo distintas modalidades. Hubo quien fue despedido después de un huelga que no se ganó, "cuando terminó la huelga nos liquidaron a todos, eso fue lo que ganamos"; otra fue la experiencia de un ex-miembro del comité ejecutivo del sindicato, que se convirtió en el "chivo expiatorio" de la política instrumentada durante su gestión al frente de la organización obrera. Entre los petroleros se consignaron despidos por motivos sindicales de dos tipos. Los primeros fueron los obreros que salieron de la empresa a raíz de su participación en el movimiento que tuvo lugar en 1958. Estas personas lograron más tarde su reinstalación en la empresa. Los segundos tenían ciertas peculiaridades derivadas, por un lado, de la naturaleza existente entre empresa y sindicato, y por otro, de las características de este último. Las víctimas solían ser los obreros que se oponían a la política desarrollada por el sindicato y a las prácticas imperantes en la organización sindical.

Así, la empresa en alianza con el sindicato aprovechaba cualquier pretexto para despedir a los trabajadores rebeldes o inconformes.

A partir de 1982, los despidos por motivos sindicales se presentaron con otras características. La crisis y las necesidades de incorporación a la dinámica de la economía mundial colocaron a muchas empresas en una situación económica muy precaria, que les impedía aceptar las demandas relativas a mejores condiciones de trabajo o aumentos salariales. Para algunas, la situación era tan difícil que provocaron huelgas para declararse en quiebra, detener la producción, o negociar la liquidación de una parte de la planta de trabajadores. Aunque no todas las industrias han sido perjudicadas por las nuevas condiciones de producción, algunas han aprovechado los conflictos de orden sindical para instrumentar las nuevas modalidades de trabajo y despedir a los obreros que se oponen a ellas. Por su parte, los obreros enfrentaban un brutal deterioro de los salarios, que llevó a muchos sindicatos a movilizarse por mejoras salariales.⁽¹³⁾ En este conflicto de intereses, los obreros han llevado la peor parte.

⁽¹³⁾ Los obreros de La Favorita, fábrica en la que se producen vajillas de loza, protagonizaron varias huelgas, después de las cuales la empresa ofreció a los trabajadores la administración de la planta durante un año, o la venta de la misma a fin de poderlos liquidar (Sánchez 1989). En 1985, en Isabel, empresa perteneciente al Grupo Industrial Zapata, y dedicada a la elaboración de envases de aluminio, tuvo lugar una prolongada lucha sindical que concluyó con el despido de todos los obreros (Nieto 1991). Un conflicto más reciente fue la que afectó a los trabajadores de la Compañía Industrial de Orizaba (CIDOSA). Este se inició el 8 de julio de 1992 con la huelga de los obreros textiles por la revisión del contrato ley. En septiembre un número importante de empresas firmó el contrato, pero CIDOSA se negó a otorgar el aumento acordado y en cambio propuso un recorte de personal. En declaraciones a la prensa los representantes de los trabajadores señalaban que "el conflicto es financiero no laboral" (La Jornada, 10 de enero de 1993). Un año después, en julio de 1993, se levantó la huelga, y su resultado fue la liquidación de los 834 obreros que laboraban en ella (La Jornada, 31 de julio de 1993). Otro conflicto que tuvo gran difusión en la prensa y que les costó el empleo a más de 500 trabajadores fue el que tuvo lugar en la empresa Volkswagen durante los meses de julio y agosto de 1992.

e. Las arbitrariedades

Los patrones muchas veces ejercen la facultad de finalizar el contrato laboral de manera arbitraria. Esto es más común en los pequeños talleres, en los que las relaciones laborales no se apegan a lo que establece la ley. En muchos de ellos los salarios son muy bajos, los obreros carecen de seguridad social y sólo se les da lo mínimo indispensable para efectuar su trabajo. Con frecuencia el proceso de producción se realiza en condiciones que exponen a los obreros a accidentes, o conllevan riesgos para la salud. Algunos obreros, que laboraron en establecimientos de este tipo, fueron despedidos porque solicitaron a título personal uniformes, equipo de seguridad o zapatos especiales.⁽¹⁴⁾

B. Los motivos personales

Sin embargo, los obreros no sólo han perdido sus empleos por razones imputables a los empresarios; también ejercieron el derecho de abandonar sus empleos. Una mirada más detenida a los motivos que estaban detrás de las renunciaciones permitió identificar la intervención de factores relacionados con cuestiones personales, pero también con las condiciones en que se desarrollaba el trabajo industrial.

⁽¹⁴⁾ En junio de 1993 fueron despedidos seis trabajadores de la empresa Lightning, que fabrica insumos en maquinaria ligera para la industria farmacéutica. El motivo de los ceses fue que los trabajadores reclamaron el pago de utilidades (*La Jornada*, 15 de junio de 1993).

a. Las condiciones cotidianas de trabajo

La heterogeneidad de la planta industrial entraña condiciones de trabajo muy diversas, que se diferencian no sólo entre una rama y otra, sino entre empresas pertenecientes a la misma rama. Las diferencias pueden ser ocasionadas por factores como el tamaño de los establecimientos, las condiciones técnicas de producción, la existencia o no de sindicato, y sus características cuando lo hay.

Las condiciones bajo las que se desarrolla el trabajo cotidiano en la empresa, han llevado a algunos obreros a renunciar. Las experiencias de los obreros jóvenes y los viejos eran distintas. Algunos de los jóvenes, que estaban iniciando su carrera laboral, señalaban que se les habían negado prestaciones que les correspondían por ley, o que se les pagaba menos que a otros compañeros por realizar la misma tarea. Cuando demandaron una retribución igual, se les negó alegando que eran más jóvenes que los otros. Los obreros respondieron de manera distinta a tal situación. Unos cobraron su último sueldo y abandonaron el empleo: "mejor ni volví, eso de cobrar menos porque uno es dizque chico no aguanta". Otros, que estaban adquiriendo una calificación en el empleo, se mantuvieron en ese trabajo hasta que consideraron que habían aprendido lo suficiente para conseguir otro trabajo mejor remunerado: "me quedé un rato porque estaba aprendiendo a manejar la máquina, pero cuando ví que ya le sabía bien, me fui". En estos casos fue la conjunción de diversas variables la que permitió que estas personas renunciaran ante condiciones laborales que consideraban injustas: vivían con sus padres, aún no formaban su propia familia, y su salario no era el único ingreso del grupo familiar.

No obstante, no sólo los jóvenes habían renunciado alguna vez. También lo hicieron obreros de más edad. Sin embargo, su situación era muy diferente y sus renunciadas tuvieron otras características. Tres de ellos -uno laboraba en una fábrica textil, otro en una fundición y el tercero en una empresa que fabricaba artículos eléctricos- habían trabajado siempre en la misma empresa. Sus antigüedades, en los tres casos, superaban los veinte años, eran obreros calificados, gozaban del reconocimiento, tanto de los patrones como de sus compañeros, recibían un salario alto, y los tres estaban cercanos a los cincuenta años de edad. Estas características permiten pensar que una renuncia no era conveniente para ninguna de estas personas, y a pesar de ello, los tres renunciaron. Dos abandonaron el empleo sin que mediara ningún conflicto, el tercero aprovechó que se iba a liquidar a un compañero que manejaba una máquina semejante a la suya, para proponer que lo indemnizaran a él. Este obrero contó con el apoyo de su esposa para tomar esta decisión. Los tres dieron la misma razón a su renuncia: estaban hartos, no querían seguir trabajando en ese lugar haciendo lo mismo día tras día, siempre estaban nerviosos y vivían con el reloj en la mano. Uno de ellos decía: "Nunca volvería a trabajar en una fábrica. Llegaba en la noche a la casa y me dolía todo, la espalda, la cabeza". La esposa de otro contaba: "Siempre estaba enojado, nomás llegaba a puro gritar y regañar. Cuando se salió yo dije para mí, qué bueno". Incluso ahora se preguntan cómo resistieron tantos años en ese empleo. Ninguno de los tres trató de volver a trabajar como obrero.

No obstante que estas personas ejecutaban tareas que exigían una calificación, sus labores les resultaban tediosas y cansadas, y el salario tampoco era elevado después de tantos años de antigüedad. Estas circunstancias los llevaron a buscar otras formas de obtener ingresos. Sus

renuncias son una evidencia de las implicaciones y los costos que entraña el trabajo industrial para quienes lo ejecutan.

b. Las cuestiones de género

En la literatura que trata sobre la participación femenina en el mercado de trabajo se ha señalado que la actividad remunerada de las mujeres está condicionada por la etapa en que se encuentra la unidad doméstica a la que pertenecen. Es decir, las mujeres casadas que tienen hijos pequeños, cuyas familias se encuentran en la etapa de expansión, difícilmente trabajan fuera del hogar, porque para realizar esta actividad requerirían pagar a otra persona para que efectuara las tareas domésticas y cuidara a los niños (García y de Oliveira 1991, González de la Rocha 1988). Además, muchas mujeres desean ocuparse de las tareas que tradicionalmente se les han asignado: cuidar a sus hijos, atender a sus maridos y cuidar su casa.

Entre las familias que se encontraban en la etapa de consolidación, las mujeres habían renunciado a sus trabajos cuando contrajeron matrimonio o cuando nació el primer hijo. Sus maridos tenían un empleo estable, podían cumplir su papel de proveedores y deseaban que sus esposas se dedicaran a atender a la familia. Los argumentos que les daban a sus mujeres eran de la siguiente naturaleza: "No vamos a comer de lo que tu ganas, ¿verdad? Entonces deja eso y atiéndeme a mí, a tus hijos y a tu casa". "¿Para qué quieres salir a trabajar? Tu lo que quieres es dejarme". Con estas presiones conseguían que sus esposas renunciaran a sus trabajos.

Sin embargo, a partir de 1982, la inestabilidad en el empleo, la feminización del trabajo industrial y el deterioro de los salarios han impedido que muchas mujeres abandonen el mercado de trabajo, en particular, las que formaron su familia después de esta fecha. Las nuevas circunstancias las han obligado a continuar trabajando, aunque ellas prefirieran permanecer en el hogar, cuidando a sus hijos.

La pérdida que ha sufrido el poder adquisitivo del salario ha aumentado la importancia que tenían los ingresos de las mujeres para la reproducción de la familia. No obstante en la mayoría de los hogares estos ingresos se consideraban complementarios, y el trabajo de las mujeres comodín. Así, algunas de las jóvenes solteras renunciaban a su trabajo para suplir en el hogar a la madre que salía a trabajar, y las casadas renunciaban cuando sus maridos conseguían un trabajo estable y mejor remunerado. De esta manera, su participación en el mercado de trabajo estaba supeditada a la interrelación que se establecía entre las características de la familia: el número y edades de los hijos, el número de miembros de la familia que laboraba y el monto de sus ingresos; y las del trabajo que realizaban fuera de ella: el horario de la jornada y el salario que ganaban.

De esta manera, las necesidades de las empresas son determinantes en la estabilidad laboral que pueden gozar los obreros, pero las expectativas personales de quienes buscan empleo en la industria, sus requerimientos respecto a los salarios, horarios y condiciones de trabajo, y la composición del parentesco y el tamaño de sus hogares, son elementos que también intervienen en la permanencia o movilidad de la mano de obra en el empleo.

CAPITULO V. EL IMPACTO SOBRE LOS NIVELES DE VIDA Y LOS RECURSOS PARA ENFRENTAR EL DESEMPLEO.

La desocupación tiene consecuencias inevitables en la economía familiar. Como resultado las familias utilizan diversos recursos para enfrentarla. Este capítulo está dedicado al análisis de las características del consumo obrero y los cambios que sufre durante los períodos de desocupación. También se analizan algunos de los recursos que poseen las familias para hacer frente a la cesantía.

A. Las características del consumo obrero

El salario es un ingreso seguro, que se recibe regularmente y que ofrece la posibilidad de contar semanalmente con una determinada cantidad de dinero. Su monto determina las condiciones materiales en que se reproduce la fuerza de trabajo, es decir, se concretiza en las características de la vivienda que habitan los obreros, el tipo de canasta que consumen, los niveles de educación que alcanzan sus hijos, y los recursos para la salud de que disponen. Sin embargo, el salario sólo pretende cubrir las necesidades inmediatas, lo indispensable para que la fuerza de trabajo se incorpore al proceso de producción cada día. Al limitarse a la satisfacción de sólo algunos requerimientos se deriva una de las características del salario más importantes en todas las épocas, incluso en aquellas en que aumenta su poder adquisitivo: su precariedad.

Los cambios que ha experimentado el poder adquisitivo del salario obrero se han plasmado en la ampliación o restricción del consumo de este sector social, pero nunca ha ofrecido solvencia ni ha sido la base a partir de la cual los trabajadores pudieran realizar otro tipo de actividades para ganarse la vida. El monto del salario siempre ha dejado pendiente la satisfacción de algunas necesidades y las familias obreras se han visto obligadas a restringir sus gastos, pero su regularidad les ha permitido organizar sus presupuestos. Entre las familias entrevistadas, el salario industrial era la principal fuente de ingresos, y una práctica que todas

compartían era la de priorizar la satisfacción de las necesidades que son impostergables, como la alimentación y algunos gastos derivados del mantenimiento de la vivienda, como el pago de la electricidad, el gas y el agua; y diferían otras. De manera que el salario fue la base de la reproducción de estas familias, pero su insuficiencia las colocó en una situación económica deficitaria.⁽¹⁾

De ese modo estos grupos familiares no podían reservar dinero con el fin de prevenir eventuales épocas de desempleo o para la vejez. Sus escasos ahorros se dirigían a la adquisición de bienes que no podían ser comprados con el salario semanal. Cuando la participación en tandas o cajas de ahorro les permitía disponer de algún dinero, lo destinaban a la reposición o adquisición de mobiliario, electrodomésticos e incluso automóviles. Así, desde los años sesenta, cuando una parte importante de la producción industrial se destinó al consumo de los sectores sociales con menos recursos, el obrero entre otros, los trabajadores utilizaron sus ingresos para adquirir los bienes duraderos y no duraderos que les ofrecía el mercado.

Además de los límites que imponía el monto del salario y el destino de la producción, en las características del consumo de los obreros intervenían factores de otra naturaleza. El trabajo industrial reúne ciertas características que ya se han mencionado, como la inestabilidad que expone permanentemente al obrero a la eventualidad del despido e impone límites muy precisos a las posibilidades de ascenso social. El contacto cotidiano con estos elementos conforman una actitud, en la que el futuro no merece mayores sacrificios, y el poco dinero que se gana se gasta inmediatamente. Las familias manufactureras consideraban que el monto de lo que podían reservar era tan pequeño que resultaba ridículo sacrificar un nivel de vida de por sí lleno de privaciones, para prevenir un problema que no sabían cuándo, ni en qué condiciones tendrían que enfrentar. Por otra parte, sabían que sus ahorros nunca les permitirían independizarse. Los grupos familiares petroleros, por su parte, tenían ante sí un panorama

⁽¹⁾ Los resultados de una encuesta levantada entre obreros de Azcapotzalco en 1984 mostraron que el 49% de las familias entrevistadas vivían sólo del salario de un obrero (Bazán, Lucía Obreros urbanos en la ciudad de México: Una investigación en Azcapotzalco, mecanuscrito, CIESAS, 1992). En general las familias recién formadas, que disponen de menos trabajadores, cuentan con un solo ingreso con el que deben cubrir sus gastos.

distinto. Los obreros de planta consideraban que estaban asegurados, porque era prácticamente imposible que los despidieran, y la vejez no les preocupaba porque contaban con la jubilación. Para los transitorios el futuro inmediato se presentaba más incierto por las características de su contratación, que les impedía una regularidad en los ingresos y dificultaba la organización del presupuesto, pero sabían que en el mediano plazo obtendrían una plaza y dejarían de preocuparse. "A veces me daban un contrato de 60 días y yo guardaba lo más que se podía. Cuando no había contrato a veces duraba un mes, veinte días, quince días, entonces yo tenía que ver los problemas que había en la casa, solventarlos con el dinero que yo tenía guardado. No se logró guardar mucho porque le fallaba a uno el contrato. Si hubiera sido permanente, diario, diario, sí se hubiera hecho uno de algo propio, pero la mayoría de los transitorios no pudimos hacer nada porque nos fallaba mucho el trabajo". De manera que por una razón u otra todas las familias entrevistadas empleaban todos sus ingresos en mejorar su consumo cotidiano.⁽²⁾

La comparación de las condiciones de las viviendas de los petroleros y los manufactureros ilustran esta actitud. Los trabajadores de Pemex percibían ingresos superiores a los de los obreros manufactureros. Incluso para los trabajadores transitorios resultaba ventajoso laborar en la paraestatal, aunque en ocasiones transcurrían semanas entre el término de un contrato y el inicio del siguiente. El mobiliario que poseían ambos grupos no mostraba grandes diferencias en cuanto a la calidad. En general, los muebles eran muy usados y consistían en una recámara, dos o tres literas de acuerdo al número de hijos, el comedor y la sala, también tenían estufa y refrigerador. Sin embargo, las casas de los petroleros eran más grandes y todos tenían teléfono. El consumo cotidiano también mostraba las diferencias en los ingresos de ambos grupos: alimentos, vestido y actividades recreativas. En estas últimas las diferencias eran enormes, baste un ejemplo: todos los petroleros entrevistados habían ido por lo menos una vez a la playa con toda la familia, pero pocos manufactureros la conocían. Además, estas personas utilizaban tarjetas de crédito, que contribuían a orientar el consumo hacia determinados establecimientos y productos, a los que los obreros manufactureros no tenían acceso.

⁽²⁾ Hoggart (1990) plantea que las condiciones de vida de los obreros los obligan a vivir y disfrutar sin pensar en el mañana, a satisfacer las necesidades diarias, sin tener metas futuras.

Al masificar su producción, la industria logró que grandes sectores de la población tuvieran acceso a los bienes que fabricaba, pero la heterogeneidad de sus establecimientos fue un elemento que impidió que todos los trabajadores del sector manufacturero ampliaran sus posibilidades de consumo en la misma proporción. La importancia del petróleo durante los años setenta y las características del sindicato petrolero, fueron elementos que contribuyeron a que los trabajadores de Pemex resultaran más beneficiados.

Estas eran algunas de las características del consumo y de la organización del presupuesto de las familias entrevistadas durante las épocas en que el obrero estaba empleado. Y aunque en algunos casos había otros ingresos, que provenían del empleo de otros miembros o de la realización de actividades por cuenta propia, el consumo familiar era solventado principalmente con el salario industrial. Cuando perdían ese ingreso, el gasto se modificaba considerablemente.

B. El deterioro de los niveles de vida

La primera consecuencia de la desocupación era el deterioro de los niveles del consumo familiar. Las medidas orientadas a hacer frente a esta situación se tomaban en un contexto específico, y a pesar de que las condiciones materiales marcaban límites muy precisos, cada grupo familiar tenía prioridades que se ponían en juego en estas circunstancias (Phal y Wallace 1987). Sin embargo, se encontraron ciertos patrones comunes a todas las familias entrevistadas. Lo primero que suprimían eran todas las compras que podían posponerse, por ejemplo, la adquisición de ropa y las diversiones. También se sacrificaba la calidad de lo que se consumía para gastar menos dinero, por ejemplo, cuando era necesario renovar el calzado no compraban zapato de piel, sino de hule.

El deterioro que ha sufrido el poder adquisitivo del salario durante la última década ya había afectado la calidad de los alimentos que consumían los obreros, pero la desocupación agravaba aún más esta situación. Al faltar el salario la dieta también se modificaba inmediatamente. En un primer momento los cambios eran de calidad, pues suspendían el de por sí escaso consumo de carne y fruta, y aunque aparentemente la comida no escaseaba, sí

disminufan los ingredientes nutricionales. "Hace mucho que no compro fruta, fue lo primero que dejé de comprar. Siempre tenía fruta de temporada, como ahorita que mango, que las uvas, pero ya no alcanza", "comemos carne nada más cuando hay algún festejo, si ya de por sí, antes la comíamos nada más dos veces por semana". Más tarde, cuando el periodo de desocupación se prolongaba y escaseaba el dinero, los alimentos se restringían al huevo, frijol, tortilla, pasta, arroz y papa, y dejaban de utilizar aceite para cocinar los alimentos. Para los petroleros, los cambios en la alimentación fueron más drásticos, porque sus ingresos les permitían consumir diariamente carne y fruta. Cuando fueron liquidados, les resultó imposible mantener el consumo de esos alimentos. Ahora bien, esta pérdida de la calidad y la cantidad de los alimentos que consumían era muy grave para estos obreros en términos nutricionales, pero también en cuanto al deterioro del nivel de vida que significaba, porque uno de los indicadores de bienestar más importantes para ellos radicaba en comer bien, es decir, consumir carne todos los días si era posible, desayunar o cenar con pan, y beber refrescos o cerveza durante la comida.

Además del cambio de alimentación, las familias redujeron el uso de productos como el jabón. Cuestiones tan cotidianas en la vida de esas familias como la llegada del recibo de la electricidad o del agua, se convertían en motivo de angustia para las amas de casa. Sin embargo, los peores momentos eran cuando la situación se había agravado tanto que no había nada que comer, ni tampoco dinero con que comprar algún alimento.

Las diferencias que se presentaban en los cambios en el consumo en los hogares entrevistados se debían a las características de la familia o a las condiciones en que el obrero había perdido el empleo. Así, en las familias donde se había perdido el único ingreso o donde no hubo indemnización, el deterioro se daba con mayor rapidez que en los grupos familiares que contaban con otros ingresos o en los que el obrero había recibido una suma considerable como indemnización.

En las familias en las que el obrero había recibido indemnización, el consumo no se deterioró durante las dos o tres primeras semanas de desocupación. Si el desocupado se volvía a emplear en un par de semanas, tras hacer los ajustes necesarios para adecuarse a las nuevas

condiciones laborales, los nuevos horarios de trabajo y el nuevo salario, la vida familiar retomaba en gran medida su ritmo acostumbrado, sin verse obligada a realizar ajustes severos en las actividades de los miembros de la familia, ni en su consumo.

Sin embargo, cuando los obreros no conseguían trabajo rápidamente, y se agotaba el dinero del último salario y la indemnización, la familia enfrentaba una etapa de rápido deterioro. La regularidad del salario les permitía adquirir en el mercado muchos de los bienes y servicios necesarios para la reproducción, pero la desocupación los obligó a utilizar todos sus recursos para cubrir su consumo. Una de las estrategias que desarrollaban para allegarse recursos era acudir al empeño o la venta de algunos artículos, como aparatos de música, relojes, electrodomésticos y herramienta, que habían adquirido durante las épocas en las que contaban con un ingreso semanal seguro.⁽³⁾ La esposa de un obrero comentaba: "Vendimos una esclava de oro, los binoculares y la herramienta para pagar el pesero. Comíamos de lo que íbamos vendiendo y de lo poquito que sacaba del carro". La esposa de otro obrero decía: "Tratamos de vender el estéreo pero no pudimos, lo dábamos en lo que nos había costado, no queríamos ganar pero tampoco perder. Entonces lo llevamos al Monte junto con una herramienta. Un taladro no lo pudimos recuperar, todavía el otro día se dió una vuelta y ahí está, pero le piden 60 mil por él. A nosotros nos dieron 30 mil".

El deterioro en los niveles de consumo llevaba aparejados cambios en las actividades que se desarrollaban cotidianamente en cada hogar, porque una de las características de la actividad doméstica del grupo familiar es que proporciona el gasto de trabajo que se requiere para el proceso de consumo (Aglietta 1979).⁽⁴⁾ Al disminuir los ingresos como consecuencia de la cesantía, se modificaban la cantidad y calidad de trabajo requeridos para mantener los niveles de consumo acostumbrados. En la medida en que la organización del gasto y la realización del

⁽³⁾ El director de Nacional Monte de Piedad informó que durante 1992 se habían incrementado en 41% las operaciones, mientras que el refrendo aumentó en un 34.2% respecto de 1991. El 6% de las personas que empeñaron sus bienes no los pudieron rescatar (La Jornada, 9 de enero de 1993).

⁽⁴⁾ Varios autores han analizado las formas en que el trabajo doméstico transforma el salario en los medios que permiten la reproducción de las familias obreras (de Barbieri 1984, Estrada 1988, González de la Rocha 1986).

trabajo doméstico estaba bajo la responsabilidad de las mujeres, la escasez de dinero repercutía sobre las actividades que efectuaban. Así, la compra de los artículos de consumo inmediato era más complicada y requería de mayor tiempo, porque era preciso buscar los precios más bajos. Para ello se veían obligadas a recorrer distintos establecimientos comerciales, en cada uno de los cuales se compraban determinadas mercancías. Como no había posibilidades de comprar ropa nueva, debían reparar la vieja y confeccionar en casa lo que debía reponerse. "Los uniformes de la escuela yo se los hice, medio malhechos pero yo los hice. La tela la compré en el centro. Me decidí, porque ví que un pantalón para mi niño que va en segundo costaba 18,000 pesos el puro pantalón. Fui a la Parisina y ví el metro doble ancho que costaba 7,000, y de un metro me saifé el pantalón. Compré tres metros y fueron 21,000 y de ahí me salieron tres pantalones y dos faldas para la niña. Y digo pues estuvo bien, porque yo nunca en mi vida había hecho un pantalón". La elaboración de los alimentos implicaba más trabajo e imaginación ya que hay que buscar la manera de que la comida pareciera variada, diferente cada día, a pesar de que consumían los mismos alimentos. "Antes siquiera podía decir voy y compro un kilo de bisteces, ahora compro calabazas y así les voy variando, o hago tortas de papa, sopes o enchiladas verdes, y así me voy sacando la semana". Así, la disminución de los ingresos ocasionada por la desocupación requería de la intensificación del trabajo doméstico, el que generalmente era responsabilidad de alguna o algunas de las mujeres de la familia.

C. Los recursos

En términos generales, ésta es la forma como cambiaron las condiciones de vida de las familias entrevistadas durante los períodos de desocupación. Sin embargo, estas personas disponían de recursos muy diversos, cuya utilización les ayudó a paliar el deterioro en el consumo y a resolver parcialmente algunos de los problemas que se presentaban. De acuerdo con la opinión de las familias, los siguientes recursos fueron los más importantes:

a. El salario indirecto

El salario no reconoce todas las necesidades que socialmente se hacen necesarias para la reproducción de la fuerza de trabajo. Pero el Estado, mediante subsidios y el suministro directo de valores de uso como transporte, vivienda, escuelas, hospitales públicos permite la satisfacción socializada de estas necesidades (Aglietta 1979, Topalov 1979). En México, el salario indirecto nunca ha tenido las mismas características que en los países centrales. No obstante, ha sido un factor que ha contribuido a mejorar las condiciones de vida de algunos sectores obreros, en particular, aquellos vinculados a las centrales sindicales oficiales y a los grandes sindicatos nacionales de industria (De la Garza 1989). Los beneficios se han obtenido de manera paulatina, y han cambiado desde 1935 hasta nuestros días, lo que obliga a ponderar su importancia a lo largo de dicho período. Algunos de esos beneficios datan de los años cuarenta como el IMSS; incluso, el derecho a la educación gratuita es anterior. Otros, que se instauraron durante los años setenta, fueron resultado de la masificación de la producción industrial y del aumento en la capacidad de consumo obrero, como el Infonavit o el Fonacot.

Durante los períodos de desocupación las distintas modalidades del salario indirecto tuvieron gran importancia. Entre las familias que tenían niños en edad escolar, las condiciones en que se impartía la educación pública facilitaban que los menores continuaran asistiendo a la escuela. Tampoco se suspendía el consumo de leche, gracias a que LICONSA la distribuía a un precio muy económico.

Ninguna de las familias podía atender los problemas de salud en el IMSS, porque esta institución sólo da servicio a las personas dadas de alta por los patrones, es decir, a quienes tienen un empleo. Sin embargo, acudían a las clínicas y hospitales de la Secretaría de Salud, para la atención de las enfermedades, los partos y a utilizar los servicios de la medicina preventiva.⁽⁵⁾

⁽⁵⁾ Como una excepción, se concedió a los trabajadores de la Refinería "18 de marzo" el derecho a seguir utilizando el servicio médico de la paraestatal durante seis meses después del cierre. Cuando se iniciaron las demandas contra Pemex, la empresa amenazó con retirar ese servicio a los que demandaran. Algunos petroleros

Por otra parte, más de la mitad de las personas entrevistadas habitaba en casas propias, que las habían adquirido mediante los programas estatales de dotación de vivienda para los trabajadores.⁽⁶⁾

La infraestructura urbana y las características de las colonias y unidades habitacionales donde vivían estos obreros les permitían continuar participando en actividades sociales, así como atender las necesidades mínimas de salud y vivienda durante los periodos de cesantía.

b. La indemnización.

Si bien en México no existe seguro de desempleo, la Ley Federal del Trabajo establece que los patrones están obligados a indemnizar a los trabajadores a quienes se les rescindió el contrato. El monto de la liquidación depende de la antigüedad del despedido y del puesto que ocupaba.⁽⁷⁾

desistieron, porque prefirieron conservar el servicio durante ese lapso.

⁽⁶⁾ Todos los obreros entrevistados vivían en zonas urbanizadas que contaban con todos los servicios, como luz, agua, drenaje, pavimento y vías de comunicación; además, en las inmediaciones había escuelas, centros de salud, instalaciones deportivas, mercado. Para muchos de ellos su participación en el trabajo industrial fue el medio que les permitió adquirir viviendas en colonias con estas características. Había otro vínculo entre las características de estas zonas de vivienda obrera y la participación en el trabajo industrial. El costo monetario que suponía habitar en ellas, y el pago de la mensualidad podían ser solventados por el salario proveniente de la industria. Bazán (1991) analiza la relación entre las características urbanas y los niveles de ingreso obreros en la delegación Azcapotzalco, y encuentra que a pesar de que el salario obrero no contempla la adquisición de la vivienda es a partir de él que los obreros pueden ser propietarios de una casa. Por otra parte, las viviendas obreras contaban con mejor infraestructura respecto a las características generales de las viviendas en las zona que estudia esa investigadora.

⁽⁷⁾ La Ley federal de Trabajo en el artículo 50 establece: "Las indemnizaciones <...> consistirán:

- I. Si la relación de trabajo fuere por tiempo determinado menor de un año, en una cantidad igual al importe de los salarios de la mitad del tiempo de servicios prestados; si excediera de un año, en una cantidad igual al importe de los salarios de seis meses por el primer año y de veinte días por cada uno de los años siguientes en que hubiese prestado sus servicios;
- II. Si la relación de trabajo fuere por tiempo indeterminado, la indemnización consistirá en veinte días de salario por cada uno de los años de servicios prestados;
- III. Además de las indemnizaciones a que se refieren las fracciones anteriores, en el importe de tres meses de salario y en el de los salarios vencidos desde la fecha del despido hasta que se paguen las indemnizaciones (Ley Federal del Trabajo 1980: 50).

Las posibilidades de los obreros entrevistados de utilizar la indemnización estaban asociadas a sus perspectivas de empleo y al poder adquisitivo del salario. Los obreros que fueron despedidos y liquidados antes de 1982, nunca duraron más de dos meses sin empleo, lo que hizo innecesario que utilizaran una parte considerable del dinero recibido en la manutención de la familia, y les permitió adquirir ciertos bienes. Algunos de los usos que dieron al dinero fueron los siguientes: abrir un negocio de refacciones eléctricas para automóviles, que aún existe y es administrado por los hijos del obrero; varias personas compraron terrenos o construyeron un cuarto, otro regularizó el intestado de la casa paterna. En esas experiencias, el despido no significó un deterioro de las condiciones de vida, puesto que la familia no sólo no perdió bienes, sino que los aumentó. La indemnización fue el medio que les permitió la adquisición de propiedades que de otra manera no habrían podido comprar.

El nuevo modelo de desarrollo industrial trajo consigo diferencias sustanciales en las condiciones en que los obreros eran cesados y en las posibilidades de uso de la indemnización. Las familias entrevistadas son ejemplos elocuentes de la forma como las nuevas políticas se han traducido en condiciones de vida y cómo han transformado las posibilidades de solución a problemas como la desocupación. Todos los obreros habían sido despedidos por lo menos una vez y ninguno había logrado conseguir otro empleo antes de cuatro meses, incluso uno de ellos duró más de un año sin trabajo. Al prolongarse los periodos de desocupación se limitaban también las posibilidades de utilizar la indemnización, porque era el único recurso monetario del que disponía la familia para su manutención.

En este aspecto, el actual contexto laboral también ha implicado diferencias entre los jóvenes y las personas maduras. Los obreros jóvenes, que habían sido contratados como trabajadores temporales, no recibían indemnización al término de sus contratos. Por su parte, cuando los obreros maduros eran despedidos, su carrera laboral y su antigüedad les permitían cobrar indemnizaciones considerables. Este dinero garantizaba la posibilidad de costear los gastos de manutención de la familia durante periodos más prolongados. En particular, durante los años en que la inflación alcanzó porcentajes muy elevados, y las tasas de interés también aumentaron, algunas familias pudieron cubrir sus gastos durante varios meses utilizando sólo los

intereses que les generaba el dinero de la liquidación. Una vez que el obrero obtuvo un nuevo empleo, la indemnización se invirtió en la compra de bienes muy distintos: un predio, refrigerador, aparato de música, una sala, un automóvil.

Entre los petroleros sucedió algo semejante. El monto de la indemnización dependió de la antigüedad acumulada y de los puestos ocupados. Muchos trabajadores cobraron cuatro millones pero algunos cuarenta.⁽⁸⁾ Estas cantidades tan distintas ofrecían posibilidades también muy diferentes de enfrentar la desocupación. Los petroleros que recibieron sumas inferiores ni siquiera pudieron mantener el consumo que habían acostumbrado; algunos utilizaron una parte importante de la liquidación para pagar los adeudos de sus tarjetas de crédito.

c. La calificación.

La indemnización no era el único recurso que provenía de la participación en el trabajo industrial y que los obreros utilizaban en los momentos de cesantía. En particular, los obreros más viejos, que contaban con mayor experiencia laboral, podían utilizar los conocimientos y destrezas adquiridos en la fábrica. Esto resulta muy evidente en el caso de los soldadores, mecánicos o electricistas, pero incluso los obreros especializados o descalificados, cuya participación en el proceso productivo era más limitada, habían aprendido mucho sobre los principios de funcionamiento de la maquinaria, a partir del contacto cotidiano con las máquinas.

Sobre la experiencia de los petroleros cabe señalar que las características de la contratación de los transitorios les permitía laborar en las diferentes áreas de trabajo, y participar en procesos muy diversos, que iban desde la jardinería o albañilería, hasta la capacidad de manejar las máquinas con las que se realizaban los análisis químicos de los elementos que intervenían en la producción. Aunque muchas de las habilidades que desarrollaban en el trabajo con frecuencia sólo eran útiles en la industria petrolera, sucedía lo mismo que entre los obreros

⁽⁸⁾ Ya se mencionó atrás que muchos trabajadores quedaron inconformes con las liquidaciones, y afirmaban que algunos obreros habían resultado beneficiados gracias a su cercanía con los líderes sindicales.

manufactureros: el contacto cotidiano con las máquinas y con personas poseedoras de los oficios obreros más diversos, se convertía en conocimientos y destrezas.

Muchas de estas habilidades eran susceptibles de ser aplicadas cotidianamente en el hogar, y en las épocas de cesantía se convertían en una fuente de ingresos. Así, algunos obreros que disponían de la herramienta adecuada reparaban aparatos electrodomésticos como planchas o licuadoras, arreglaban automóviles, fabricaban muebles de madera o de metal, o hacían instalaciones eléctricas. En estos casos, la calificación jugaba un papel muy importante, porque permitía al obrero acceder a una ocupación muy diferente a la venta ambulante, por ejemplo.⁽⁹⁾ "Yo dije bueno, si se me acabó la chamba ahí le voy a buscar por otro lado, y la verdad me tengo que mover. Tengo bastantes conocimientos para no estar siempre atendido a algo"

d. Canales informales de crédito

Ya se mencionó antes que el monto del salario industrial dificulta el ahorro. Sin embargo, es muy común la participación de los obreros en organizaciones que les permiten ahorrar pequeñas cantidades de dinero y recibir préstamos. Estas organizaciones son las tandas y las cajas de ahorro.⁽¹⁰⁾

⁽⁹⁾ Nieto (1992) señala la importancia que tuvieron la calificación y las características del pasado ocupacional de los obreros de una empresa durante un movimiento de huelga. A medida que la huelga se prolongaba, ellos empezaron a realizar trabajos entre las personas que vivían en las cercanías de la fábrica o de sus domicilios, y con esos ingresos contribuían al sostenimiento de las familias de los obreros huelguistas.

⁽¹⁰⁾ Una tanda consiste en un grupo predeterminado de personas que semanal, quincenal o mensualmente aporta una cantidad de dinero establecida de antemano. Por turno, cada uno de los participantes recibe el dinero que se recauda en cada ocasión. Quienes reciben el dinero en las primeras fechas están en los hechos recibiendo un préstamo, los que lo reciben en las últimas están ahorrando. La tanda tiene varias ventajas para los obreros: permite ahorrar pequeñas cantidades, diez o veinte pesos semanales; tiene una duración determinada, desde un par de meses hasta un año; cada quien recibe lo que le corresponde, y cuando concluye no se debe dinero a nadie. Las condiciones en que se desarrolla la tanda se establecen por consenso, es decir, hay acuerdo sobre la cantidad de dinero que se va a dar, el tiempo que va a durar y el momento en que le va a corresponder a cada uno de los participantes recibir el dinero. Este último aspecto suele ser resuelto mediante una rifa de las fechas.

Todos los obreros entrevistados participaban en tandas, que se organizaban entre los vecinos, los compañeros de trabajo y los parientes. Cuando la tanda se había iniciado antes de que perdieran el empleo, continuaban pagándola con la indemnización. Mientras tenían trabajo, planeaban utilizar el dinero para comprar "cosas que les hacían falta", pero al encontrarse sin ingresos, pagaron cuentas pendientes, al tendero o a algún pariente, y les dió "un respiro" durante dos o tres semanas.

Aunque la solicitud de préstamos en cajas de ahorros durante las épocas de desocupación se encontró de manera muy aislada, creemos que vale la pena mencionarla dado lo frecuente que es la participación de los obreros mexicanos en los canales informales de crédito, y el destino que tuvieron los recursos obtenidos de ellas.⁽¹¹⁾ Sólo dos obreros, ambos petroleros, recurrieron a la caja de ahorro de la que eran miembros para obtener un préstamo. El dinero no se pidió para costear los gastos cotidianos durante la desocupación, sino para invertirlo en proyectos que les permitieran generar el dinero que requerían para la manutención de su familia, y para los que no contaban con recursos propios suficientes para llevarlos a cabo. Uno de ellos utilizó el dinero para costear el viaje a Estados Unidos. Su intención era trabajar allá. El otro invirtió el dinero de la indemnización y el del préstamo en la compra de un taxi.

e. Las relaciones con otras personas

Otro recurso de las familias obreras son las relaciones que han establecido a lo largo de su vida, con otras personas. Estas relaciones cambian con el paso del tiempo, pero suelen ser muy importantes durante las coyunturas críticas (Boswell 1969). A través de ellas, las familias reciben apoyo y recursos para afrontar las necesidades más urgentes, y las convierten en un elemento crucial para evitar el deterioro total de su situación.

⁽¹¹⁾ Investigaciones realizadas en Jiutepec, Mor. y en León, Gto., documentan la existencia e importancia que tienen este tipo de organizaciones en la economía obrera (Estrada, en Bazán et al. 1988, Arias y Bazán 1977).

Las personas que les ofrecían esta ayuda eran, principalmente, miembros de la familia consanguínea -padres, hermanos, tíos-, y con menos frecuencia los antiguos compañeros de trabajo, los compadres y los vecinos. La relación con estas personas por lo general era recíproca, pero a unos y otros se les solicitaba ayuda de diferente naturaleza.

La cooperación de los vecinos y los antiguos compañeros tenía un elemento en común: no se daba por la vía del dinero. Se manifestaba en una gran diversidad de formas de prestar ayuda para resolver los problemas inmediatos. Así, cuando la familia se dedicaba a la venta de alimentos en la vía pública, colaboraban en la compra de los ingredientes, en la preparación de la comida y ayudaban a instalar el puesto. Una obrera que vendía sopes en la calle decía: "Los muchachos que viven al otro lado me ayudan a poner y a quitar la lona todos los días". Si la venta era de dulces, abarrotes o ropa, los vecinos se abastecían con ellos. A un obrero le prestaban el taxi durante el turno que no lo trabajaba el dueño. Entre las mujeres era común que cuando las visitaban les llevaran frijol, arroz, azúcar o aceite. "Nos trajeron la despensa, nosotros no queríamos aceptar porque sabemos que a ellos tampoco les sobra, pero nos dijeron: hoy es por ustedes, mañana va a ser por nosotros". Las mujeres también recibían ayuda con el cuidado de los niños cuando debían salir a trabajar y todavía no se organizaban con la madre o las hermanas. Estas relaciones eran muy importantes para obtener un nuevo empleo, ya que a través de su propio trabajo sabían dónde había vacantes y avisaban y recomendaban al compañero desocupado.

Tal vez en la asistencia que brindan los amigos y vecinos no interviene el dinero para evitar futuros conflictos o un cambio en la relación. Entre los petroleros, algunos prestaban dinero a sus compañeros, pero les cobraban intereses. El que pidió el dinero aceptó pagar porque era la única opción que tenía. La relación se complicaba porque el que pagaba intereses no sentía ninguna prisa por pagar su deuda, aunque ya le había sido requerido el dinero en un par de ocasiones, y además, señalaba que la relación de amistad había cambiado, ya no se veían igual que antes.

La ayuda que brindaban los miembros de la familia consanguínea era mucho más amplia, y constituía una fuente fundamental de recursos económicos y de trabajo para satisfacer las necesidades más impostergables de la familia. "El es mi tío, pero me crié con él desde niño, con él corro siempre que me falla el dinero o cualquier cosa". Los parientes ofrecían la posibilidad de compartir la vivienda, cuando los obreros no tenían casa propia y no podían pagar la renta, "viven con nosotros desde que él se quedó sin trabajo, ya no pudieron seguir rentando"; cuidaban a los niños, y redistribuían los recursos para satisfacer las necesidades de la familia consanguínea: la ropa para vestir a los miembros de la familia desocupada cuando hacía falta, "mis hermanos les compran la ropa a los niños", la atención médica cuando había enfermos "ni modo que lo dejáramos sin ir al doctor, y si ya había ido al doctor pues había que comprar las medicinas, porque si no ¿de qué servía?". Muchos ofrecían todo el dinero que les era posible, lo mismo para financiar 'negocios', que para los gastos cotidianos de alimentación, las medicinas de los niños enfermos o el pago de los servicios, "mi hermana que vive en Chicago me manda que los 20 o los 30 dólares. No es mucho porque ellos tampoco tienen mucho, pero cuando no se tiene otra cosa, bien que sirven aunque sea para comer unos días". Otros compraban los útiles escolares y los uniformes cuando era el inicio de clases. "Cuando no tienen a uno acuden". Los que compartían el techo, compartían también los alimentos. "Hago una olla grande de sopa y otra de frijoles, compro dos kilos de tortillas y de ahí comemos todos".

Esta contribución era muy importante desde diferentes aspectos. Por una parte, ayudaba a paliar el deterioro en los niveles de consumo, impedía que se suspendiera la realización de actividades tan importantes como la asistencia de los niños a la escuela, y permitía la atención oportuna de los enfermos. Con lo que estas relaciones brindaban, se lograba un arreglo de tiempo, espacios y recursos que impedía la desorganización de la vida cotidiana de las familias de los obreros desocupados.

Sin embargo, la ayuda que brindaban los parientes, vecinos y compañeros de trabajo tenía otro aspecto positivo, que no era tan evidente, pero que era tan importante como el anterior. Al utilizar estas relaciones, al solicitar y recibir ayuda fortalecían sus lazos con estas personas. Al aceptar la asistencia, podían y debían mantener los vínculos con esas personas: sus vecinos,

parientes y antiguos compañeros de trabajo. Esta ayuda, estos lazos, permitan a las familias, y en particular a los obreros desocupados, evitar el aislamiento, que es una de las consecuencias más graves de la desocupación.

Los recursos que hemos enumerado pueden agruparse de la siguiente manera: por un lado, los que provienen de la acción del Estado y los que se derivan de la legislación laboral. Por otro, los que son resultado de las costumbres y formas de organización propias de este sector social, que se convierten en recursos invaluableles que permiten sortear y resolver situaciones de crisis.

Sin embargo, el acceso a los distintos medios difería de una familia a otra, así como las necesidades. Al combinarse recursos y necesidades diferentes, se conformaban contextos y maneras diversas de vivir la misma experiencia. A pesar de la heterogeneidad de experiencias es posible rescatar algunos elementos que eran comunes a ciertas familias en virtud de la etapa del ciclo doméstico en que se encontraban. Así, las familias que se encontraban en la etapa de equilibrio, por lo general, disponían de más recursos económicos: indemnización y vivienda. También contaban con la ayuda de los compadres y vecinos, pero pocas veces podían apoyarse muy ampliamente en sus parientes. Sus hijos eran jóvenes y enfrentaban las mismas dificultades pero con menos recursos y los padres eran muy viejos, y con frecuencia ellos debían brindarles ayuda.

Por su parte, los jóvenes pocas veces recibían indemnización, y cuando la recibían era muy escasa, y tampoco tenían vivienda propia. Además, aún no habían consolidado relaciones importantes con los compadres o los vecinos, y sus antiguos amigos de la escuela enfrentaban problemas muy semejantes a los suyos. Su inestabilidad laboral había impedido profundizar una relación de amistad con los compañeros de trabajo. Para ellos, el apoyo más importante lo recibían de los padres y otros parientes. La ayuda familiar era el recurso más valioso que poseían, el que les permitía resolver los problemas de vivienda, alimentación, vestido y salud.

CAPITULO VI. LAS FORMAS DE ALLEGARSE RECURSOS

En este capítulo se analizan las estrategias que desarrollaron las familias para generar recursos durante las épocas de cesantía. Estas estrategias se basaban en la utilización de los recursos humanos y materiales que disponían, y adoptaban básicamente dos modalidades: la incorporación a un empleo remunerado, y la realización de actividades por cuenta propia.

A. La búsqueda de empleo

La búsqueda de un nuevo empleo era una actividad que los obreros entrevistados realizaban casi desde el momento en que quedaban desocupados, y para ello recurrían a mecanismos formales e informales. Los segundos eran más eficaces y, por lo mismo los más utilizados, y se basaban en sus relaciones con otras personas. Así, pedían información a sus parientes, vecinos y amigos sobre algún trabajo. El éxito de este mecanismo radicaba en que las personas que tenían un empleo estable sabían si había vacantes en la empresa donde trabajaban o en alguna de las fábricas vecinas, además de que podían recomendar al obrero y facilitar su ingreso. Entre los transitorios de Pemex, por ejemplo, estas relaciones constituían el mecanismo de ingreso más rápido y económico a la empresa.

Cuando fallaban las relaciones personales, los obreros utilizaban los mecanismos formales, como los anuncios en la prensa y las bolsas de trabajo en las delegaciones del Distrito Federal. Estas vías se dejaban como última opción, porque consideraban que, por lo general, los empleos que se ofrecían por estos medios solían ser mal pagados.

La búsqueda de empleo y las posibilidades de reincorporación a la industria estaban condicionadas por factores de índole social e individual. Los primeros se manifestaban en las políticas de contratación de las empresas, que buscaban que la mano de obra respondiera a las necesidades de la producción y a sus perspectivas de desarrollo. Estas políticas se concretaban

en requerimientos específicos a la fuerza de trabajo, respecto a la edad, sexo, escolaridad y, en menor medida, calificación.

Las empresas siempre han establecido rangos de edad, dentro de los cuales debe ubicarse el personal que contratan. Como los requerimientos de fuerza de trabajo se han modificado como resultado de los cambios que han sufrido las diferentes ramas industriales, las exigencias respecto a la edad de los obreros, también han sufrido variaciones. De modo que quienes no caben dentro de las categorías establecidas, no tienen ninguna oportunidad de emplearse.

A partir de 1982, los varones jóvenes y las mujeres eran los que tenían menos dificultades para recontratarse, pues poseían características que los convertían en fuerza de trabajo idónea para participar en las nuevas modalidades de los procesos de producción. No obstante, sus condiciones laborales -forma de contratación, puesto que ocupaban y salario-, distaban mucho de ser las mejores.

Por su parte, los obreros maduros tenían serios problemas para reincorporarse a la industria. Las políticas de reajuste que se han instrumentado en este sector, han envejecido prematuramente a la mano de obra. Y aunque los trabajadores se consideraban aptos física e intelectualmente para desempeñar muchas tareas, en las empresas se les consideraba viejos para el trabajo industrial. La imposibilidad de contratarse de nueva cuenta generaba indignación y frustración entre ellos. "Cuando veo a Fidel Velázquez en la tele me da coraje, él sí que está viejo y bien que ni lo jubilan ni lo dejan sin trabajo".

La escolaridad era otro factor que aumentaba los problemas de los obreros maduros que insistían en laborar en la industria. Este factor se ha convertido en un requisito al que se da cada vez más importancia cuando se contrata personal, y para muchos obreros fue la condición que impidió que reingresaran a la manufactura.

Por su parte, la calificación juega un papel diferente en cada caso. Antes de la crisis y los reajustes, la calificación garantizaba el reingreso a la industria y salarios superiores al

promedio, pero después de 1982 las nuevas formas de organización de la producción cambiaron esta situación. Así, para algunos obreros, que conocían la totalidad del proceso de producción de la empresa donde trabajaban, y su conocimiento de las máquinas les permitía no sólo manejarlas sino incluso de repararlas, estas nociones obraron en su contra. Su calificación era un motivo de orgullo para ellos y les resultaba difícil aceptar un trabajo que implicara su demérito. "¿Cómo voy a cargar rollos de tela en el almacén si yo manejaba cinco telares en la otra fábrica?". No obstante, no todas las ramas ni todas las empresas iniciaron los procesos de reestructuración al mismo tiempo y de igual forma. Además, las empresas tampoco han podido prescindir de todos los conocimientos que poseen los obreros, de modo que algunos que se volvieron a emplear, lo lograron gracias a su calificación. Así, las destrezas y conocimientos relativos al trabajo industrial podían ser un impedimento, pues evitaban que aceptaran cualquier trabajo, pero a los que conseguían hacerla valer les garantizaba mejores condiciones en el empleo.⁽¹⁾

Sin embargo, en las dificultades para obtener un empleo también intervenían las prioridades y expectativas de los obreros, que eran las que orientaban, en un primer momento, el tipo de trabajo que buscaban y el monto salarial que solicitaban. Las expectativas eran diferentes de acuerdo a la edad de los obreros. Todos los jóvenes, tanto petroleros como manufactureros, buscaban reincorporarse a la industria. Y tras este intento había varias razones. Por un lado, sus trayectorias laborales eran cortas y por lo mismo las indemnizaciones exiguas, lo que limitaba sus posibilidades para efectuar trabajos bien remunerados por su cuenta, como se verá más adelante. Además, cuando el obrero estaba casado y tenía hijos, la opción más viable para proveerlos de los medios de vida necesarios, era emplearse. "Los que tenemos familia y tenemos que pagar renta, estamos muy apurados y somos los que estamos buscando trabajo en fábricas". Otra razón por la que privilegiaban el trabajo asalariado era porque les

⁽¹⁾ Los rasgos del desarrollo industrial obligaron a los trabajadores a especializarse cada vez más en el conocimiento del funcionamiento y en el manejo de máquinas específicas. De su familiaridad con determinada máquina dependía el monto de sus ingresos. Sin embargo, al alejarse de este trabajo que podían desempeñar a la perfección se convertían de repente en obreros no calificados (Piore y Sabel 1990).

permitía utilizar los servicios médicos del IMSS, prestación muy necesaria cuando los niños son pequeños y la familia está creciendo.

Las razones por las que los obreros maduros intentaban recontractarse eran otras. Sus familias siempre habían vivido del salario industrial, y la organización del gasto cotidiano se basaba en la periodicidad con que lo recibían. Para ellos, dedicarse a un trabajo por cuenta propia suponía adaptarse a una forma de organización del presupuesto familiar, del tiempo y del trabajo de todos los miembros de la familia, ajena por completo a su experiencia. "Es mucho muy difícil habituarse. Después de tener un salario, digamos que no bueno, pero sí más o menos. Podía uno salir adelante de sus problemas que se fueran presentando: gastos escolares, de vestido, de alimentos. Un salario decoroso para solventar las necesidades que uno tenía". Para estos obreros el trabajo asalariado tenía, además, un valor subjetivo. Era la forma de empleo que deseaban, la que les resultaba propia, y en la que se condensaba su historia personal y familiar. Ellos eran hijos de obreros y, a su vez, habían sido obreros desde que empezaron a trabajar. Era el medio que les había permitido alimentarse, vestirse, adquirir una vivienda y enviar a sus hijos a la escuela. Era una labor honrada, que se realizaba en un ámbito que conocían -la fábrica, con sus códigos, problemas y formas de resolverlos-, y que compartían con otros obreros. "Cómo quiere que le haga si lo único que he hecho es trabajar en la fábrica, pero dicen que ya estoy viejo".

Para los jóvenes, en especial los que tenían mayor escolaridad, el trabajo fabril no tenía esta connotación. Su escolaridad y las expectativas de sus padres les habían hecho abrigar esperanzas de que podrían abandonar la producción; sin embargo, esto no había sido posible y la única opción de empleo que había estado a su alcance había sido la industria. Por otra parte, sus experiencias laborales previas y la discontinuidad de sus carreras ocupacionales, en poco o nada habían contribuido a la valoración del trabajo industrial que encontramos entre los obreros maduros.

Algunos de los obreros maduros ya no habían buscado trabajo en la producción industrial. Se sentían cansados y habían preferido emplearse en el sector terciario, o en la industria, pero laborando en el área de oficinas, en la intendencia o como choferes.

Cabe hacer mención de una situación que afectó a los petroleros que buscaron empleo en la industria. Ellos se toparon, además de las dificultades descritas, con algunos inconvenientes que se derivaban de su experiencia de trabajo específica en Petróleos Mexicanos.⁽²⁾ Entre ellos estaba el referente a la calificación. Estos obreros poseían una gama muy amplia de habilidades y conocimientos relativos al trabajo en la industria petrolera, pero sus destrezas no podían ser aplicadas a otros procesos de producción "Puedes ser muy técnico, muy capaz, pero ni te contratan. Tú no puedes ir a un cargo de esos <que requiere de mucha calificación>, en una empresa de mucha importancia, donde tuvieras aparatos, ahí contratan ingenieros. Tú, como obrero especialista, no te puedes contratar, podrás tener muchos conocimientos de todo eso, pero una empresa privada prefiere al profesionista que al otro. No le conviene <..> ¡Ah! Yo creo que no hay chamba para nosotros".

Haber trabajado en Pemex fue el motivo por el que a algunos se les negó la oportunidad de trabajar en la industria manufacturera. Las condiciones laborales imperantes en la paraestatal, la corrupción que prevalecía tanto en la empresa como en el sindicato y el poder que tuvo la organización sindical durante más de dos décadas, fueron elementos que contribuyeron a desprestigiar a los petroleros. "En algunas empresas no nos dan trabajo porque somos de Pemex. Dicen que somos unos flojos, que somos tomadores, que somos incumplidores <sic>, que somos mujeriegos, que somos de lo peor que se puede imaginar". "Me ha pasado varias veces, y unas compañeras dicen lo mismo. Llegas y te dicen: enseñe su carta de donde haya trabajado. Ffjese que ya se ocupó el puesto. Como que al petrolero no lo quieren, no sé qué pasó pero ya le niegan el trabajo. Yo no vuelvo a decir que trabajaba en Petróleos".

Un tercer elemento que influyó en las dificultades de los petroleros para ingresar a la industria manufacturera fue el monto de los salarios en este sector, que significaba una reducción respecto a los ingresos que recibían en Pemex. Por esta razón, preferían agotar otras opciones antes de aceptar un descenso considerable en su paga. "Si antes <cuando trabajaba en Pemex> ,

⁽²⁾ Cuando concluyó el trabajo de campo en noviembre de 1991, ocho meses después del cierre de la Refinería "18 de marzo", la mitad de los petroleros entrevistados aún no había buscado trabajo, pero tampoco entraba dentro de sus planes hacerlo.

a duras penas alcanzaba con un salario más o menos, yo no le llamaría alto, pero sí decoroso para solventar las necesidades que uno tenía, con lo que ofrecen en otros lados, menos". "Si me meto en una fábrica, el mínimo. ¿Cómo vamos a completar con eso?".

De esta manera, las peculiaridades de los procesos de producción que se llevaban a cabo en la Refinería, el monto de los salarios que ganaban los petroleros, y las prácticas laborales existentes en la empresa, fueron elementos que tuvieron como resultado que sólo dos de las personas entrevistadas se emplearan en la industria. El resto ingresó a trabajar a dependencias gubernamentales: en la aduana, la policía o en alguna delegación.

Una de las personas entrevistadas fue recontratada por Pemex. Esta oportunidad se presentó sólo a los que tenían lazos muy estrechos con los funcionarios sindicales, y se le reubicó en la refinería "Miguel Hidalgo" de Tula.

B. Las actividades por cuenta propia

Ahora bien, no todos los obreros entrevistados habían tratado de encontrar otro empleo remunerado, ni todos deseaban reingresar a la industria. Para algunos, el desgaste físico que acarreaban las condiciones de trabajo, la desprofesionalización de las tareas, la inestabilidad laboral y el deterioro del salario fueron elementos que tuvieron un impacto negativo en su percepción de la actividad obrera, y los orillaron a buscar formas alternativas de obtener ingresos. Otros se vieron obligados a hacer lo mismo al prolongarse el período de desocupación. Un tercer grupo incurrió en ellas en un intento por ser independientes, y dejar de trabajar bajo las órdenes de un patrón.

Estas estrategias se concretaban en distintas actividades por cuenta propia, que eran realizadas como iniciativas individuales, por personas que poseían destrezas y recursos muy distintos. La diversidad de los recursos, tanto económicos como humanos, tenía como resultado tareas muy heterogéneas, de las que obtenían ingresos muy diferentes, que a su vez derivaban en formas distintas de satisfacción de las necesidades. Así, hablar de actividades por cuenta

propia es referirse a una gama de ocupaciones muy amplia, que permitan niveles de consumo muy distintos. Otro de sus rasgos era que se iniciaban y se abandonaban con mucha facilidad. Esta intermitencia se debía a que con frecuencia se realizaban para resolver situaciones extraordinarias -como alguna celebración especial-, de crisis -la enfermedad o la desocupación de la persona que mantenía a la familia-, o para invertir en proyectos a mediano plazo de adquisición de bienes. "Pero luego ya me aburrí, de por sí siempre está regado con los niños. Imagínese con el peluche siempre ahí, el amontonadero de bolsas, de retacitos, llegó un momento en que él me dijo: ya no vendas, ya no hagas". No obstante su heterogeneidad, estas actividades compartían un rasgo, y era que quienes las desempeñaban no establecían ningún tipo de relación laboral. Cada persona era su propio patrón, todos trabajaban por su cuenta.

El trabajo por cuenta propia ha sido una de las formas que en distintas épocas ha permitido que los miembros de diferentes sectores sociales solucionen los problemas que trae consigo la escasez de empleos, el deterioro del poder adquisitivo del salario y la insuficiencia de servicios urbanos. Como consecuencia de los programas de ajuste económico, en la actualidad ha aumentado considerablemente el número de personas cuyos medios de vida provienen de la realización de estrategias de esta naturaleza.⁽³⁾ Aunque hasta los años setenta, se consideraba que sólo se desarrollaban en los países periféricos, el fenómeno ya no es exclusivo de estas naciones. También ha hecho su aparición en los países centrales, ocasionado, al igual que en los países subdesarrollados, por las nuevas políticas de desarrollo, y se ha convertido en el medio que ha permitido a muchas personas allegarse los recursos indispensables para satisfacer sus necesidades (Mingione 1987, Gerry 1987).

Otro rasgo de estas ocupaciones que vale la pena mencionar es que casi todas permiten o necesitan de la participación de los distintos miembros del grupo familiar: hombres y mujeres,

⁽³⁾ Portes y Benton (1987) estiman que en México, la tasa de "trabajadores informales" era el 40% de la PEA para 1980. De acuerdo a la OIT, entre 1980 y 1990 se duplicó el número de trabajadores en el sector informal en América Latina, al pasar de 16 a 32 millones. El mismo organismo afirma que el 36% de la PEA en México, 6 millones 840 mil personas, labora actualmente en este sector (La Jornada, 20 de octubre de 1992).

niños, adultos y ancianos.⁽⁴⁾ La forma de colaboración de cada uno de los miembros depende, por una parte, del tipo de actividad que se desarrolla, pero también de la división del trabajo que previamente se había establecido en cada hogar.

Entre los obreros entrevistados, las iniciativas para realizar alguna actividad por cuenta propia se tomaban cuando la familia aún tenía algo del dinero de la indemnización; cuando requerían más dinero recurrían a préstamos o se asociaban con amigos o parientes.

A pesar de la proliferación de estas actividades, el tránsito hacia esta nueva forma de ganarse la vida no había resultado sencillo para los obreros entrevistados. Las dificultades se manifestaban en una actitud ambivalente hacia el trabajo por cuenta propia. Por una parte, su experiencia laboral estaba muy alejada de esta forma de ganarse la vida, y tenían grandes problemas para tomar la decisión de cuál era la mejor manera de incursionar en ellas. "Al principio sí resentí mucho porque no hallaba yo qué chirriones hacer". Una esposa de un petrolero decía de su marido: "Como que se le cierra el mundo, no sabe vender". Pero, por otra parte, el desarrollo de estas actividades no era una práctica desconocida para estas familias. Eran un recurso utilizado cuando habían requerido ingresos extras, cuando el salario era insuficiente o durante otros períodos de cesantía. "Mi mamá siempre se dedicó al hogar, pero también desde que tengo uso de razón ella vendía de todo, porque lo que le daba mi papá no le alcanzaba". "A mi mamá siempre le gustó el comercio, vendía de todo: carpetas, fruta o verdura, muñequitos de porcelana. Vendía entre sus amistades o se iba al mercado. Si no le funcionaba algo vendía otra cosa".

Esta capacidad de "inventar" formas de ganar dinero, y de diseñar estrategias que permiten cubrir las necesidades con el salario y con ingresos provenientes del mercado, es

⁽⁴⁾ La Junta de Asistencia Privada estima que 12 millones de menores de edad laboran en el sector informal, un millón de ellos en el Distrito Federal. Un estudio realizado por la Unión Nueva Tenochtitlán entre mil niños dedicados al ambulante en la ciudad de México revela que 126 son obligados a trabajar bajo amenazas y golpes; 236 trabajan para el sostenimiento básico de la familia; 361 para sus necesidades complementarias, y 250 para cubrir su manutención (*La Jornada*, 3 de agosto de 1993).

resultado de una experiencia repetida a través de varias generaciones, y puede ser considerada una tradición de trabajo familiar, que no es exclusiva de los obreros urbanos. Es una práctica extensiva a los sectores populares de los que forman parte los obreros.⁽⁹⁾

No obstante que las actividades por cuenta propia habían formado parte de las estrategias de reproducción de las diferentes familias, su importancia se modificaba de manera sustantiva durante los periodos de desocupación, pues el dinero que obtenían de su realización se convertía en el único ingreso que recibían. Una consecuencia muy visible del cambio en su importancia, era la manera en que aumentaba el tiempo de trabajo que se les invertía, y la participación de más miembros de la familia en su desarrollo.

Las actividades que llevaban a cabo los obreros entrevistados estaban dirigidas a la producción de bienes, al comercio y a ofrecer servicios. Su elección se sustentaba en la interrelación de factores como el tipo de recursos que se precisaban para realizarlas, la experiencia laboral previa de los desocupados y las características de la familia en cuestión. Así, eran más determinantes el número de miembros de la familia y sus edades, que el contexto económico y social en que se iniciaban. La importancia de este contexto radicaba en que, en un primer momento, la falta de empleo fue la que los orilló a desarrollar estas estrategias; pero más tarde, cuando ya se había iniciado la empresa su éxito o fracaso y las posibilidades de satisfacción de las necesidades que ofrecían estaban vinculadas a condiciones como el monto de los salarios y el costo de los medios de reproducción.

Las actividades que desarrollaban estas personas se agruparon en cinco categorías: elaboración de mercancías, venta ambulante de alimentos, venta de servicios y mercancías, migración y las microempresas (véase cuadro núm. 6.1). Esta división se sustentó en las características del trabajo (en cuanto al número de miembros de la familia que participan en su realización, sus edades y sexo) e inversión que se requería, y en los recursos que generaban.

⁽⁹⁾ Arias (1988a y 1988b), Estrada (1988), González de la Rocha y Escobar (1988) documentan distintos tipos de trabajo por cuenta propia, en distintos contextos urbanos y rurales, y en diferentes sectores sociales.

Cuadro núm. 6.1

Actividades por cuenta propia que realizaban los petroleros y los manufactureros

Actividad por cuenta propia	Manufactureros	Petroleros
Elaboración de mercancías	3	2
Venta ambulante alimentos	2	5
Venta servicios y mercancías	6	9
Migración	--	2
Microempresas ⁽⁶⁾	1	6

a. La fabricación de bienes

Algunos obreros decidieron producir mercancías para obtener los ingresos que requerían. Sin embargo, para su fabricación necesitaban utilizar determinadas máquinas y herramientas, de modo que los que poseían maquinaria o podían invertir en su adquisición fueron los que optaron por esta vía. Así, había carpinteros que tenían una sierra, un taladro y una pulidora, y con ellos fabricaban muebles sobre pedido. Algunas mujeres tenían una máquina de coser, y con ella confeccionaban bolsas, pañaleras o prendas de vestir. Otras bordaban manteles, o tejían carpetas y colchas.

Sólo se encontró un caso de maquila domiciliaria.⁽⁷⁾ Este tipo de trabajo siempre ha existido al lado del empleo industrial, y muy frecuentemente ha tomado la forma de un proceso subordinado que alimenta a los procesos productivos de medianas y grandes industrias (Alonso 1988, Arias 1988a, 1988b, Escobar y González de la Rocha 1988). De manera hipotética se

⁽⁶⁾ Aquí están agrupados los obreros cuyas actividades se desarrollan en el inciso d y f de este apartado.

⁽⁷⁾ Aunque la maquila domiciliaria encierra una relación laboral semejante a la del trabajo asalariado, se decidió incluirla en este apartado porque comparte ciertos rasgos con el trabajo por cuenta propia: el trabajador establece el ritmo de trabajo, hay participación de diversos miembros de la familia, carecen de prestaciones y de seguridad social, y el suministro de trabajo puede ser muy irregular. Además, la obrera que la realizaba no veía ninguna diferencia entre lo que ella hacía, y la venta de sopes o bordar manteles para luego venderlos.

podría plantear que su presencia tan escasa, se debe a las características de las carreras laborales del grupo obrero entrevistado, cuyas trayectorias ocupacionales se habían desarrollado en empresas grandes y medianas. Estas empresas les ofrecían prestaciones y salarios que hacían poco atractivo un trabajo que implicaba la misma o mayor intensidad que el trabajo en la industria. Además el pago que recibían era muy bajo y tampoco se les ofrecían prestaciones.

Como la fabricación de estos productos requería de habilidades adquiridas previamente, el trabajo era desempeñado principalmente por la persona que las poseía: el obrero que tenía conocimientos de carpintería, la mujer que manejaba la máquina de coser o la que sabía bordar. Sin embargo, para su elaboración también eran indispensables tareas que no precisaban de ninguna destreza particular, como el deshebrado o pegado de botones en el caso de la costura, o pulir la superficie de la madera con lija en el caso de la carpintería. Estas labores eran ejecutadas por los niños u otras mujeres de la familia.

Las mercancías se vendían entre sus vecinos y parientes, de modo que de nuevo sus relaciones eran un sustento muy importante de la actividad por cuenta propia que realizaban. Estas personas compraban las mercancías para consumirlas ellos mismos o para venderlas a su vez.

b. La venta ambulante de alimentos

La venta ambulante de comida se presentó bajo una gama casi tan amplia como el número de personas que la vendían: tacos, tamales, hamburguesas, pozole, verdura, flanes y gelatinas, fresas con crema, plátanos fritos, yoghurt y sopes. En esta categoría se incluyó también la venta de dulces, actividad que sólo requería instalar en la puerta de la casa una pequeña mesa en la que se exhibía la mercancía. Las familias de los obreros que habían recibido las indemnizaciones más bajas eran las que instrumentaban esta forma de generar ingresos.

La característica más importante de este tipo de "negocio", como le llamaban quienes lo llevaban a cabo, era que requería una inversión mínima: comprar una pequeña hornilla y un cilindro con gas para instalar el puesto. Si no contaban con dinero suficiente para adquirirla, la sustituían fácilmente con un brasero y una bolsa de carbón. Los demás implementos eran también simples y baratos, disponibles en todos los hogares, pues los utensilios en los que cocinaban eran los del uso diario de la familia, y usaban su mesa y sus sillas. Además, era necesario invertir diariamente un poco de dinero con el que compraban los ingredientes necesarios para la preparación de los alimentos destinados a la venta.

En la realización de estas actividades había una clara división del trabajo en las familias: las mujeres compraban los ingredientes, preparaban los alimentos y atendían a los clientes; los niños y los ancianos se hacían cargo de los puestos de dulces instalados afuera de las casas; la contribución de los hombres era colocar y retirar el puesto cada día (trasladar y colocar la lona, la mesa, las sillas, la tina con los refrescos, el hielo), y acompañar a las mujeres mientras ellas atendían a los clientes. La única excepción eran dos hombres muy jóvenes, ambos petroleros, que atendían un puesto de hamburguesas. El desarrollo de esta actividad era una estrategia femenina, que realizaban algunas de las obreras despedidas y las esposas de los trabajadores cesantes.

Los ingresos de estas personas eran superiores al salario mínimo, más altos incluso que lo que ganaban en la fábrica. La ventaja que ellos encontraban era que nunca tenían pérdidas, pues cuando la venta no era buena, la familia comía lo que había sobrado y nunca se desperdiciaba nada. "Empecé a vender sopes y tacos, a veces no sacaba yo ni el dinero, pero me metía y nos los comíamos, no se echaba a perder nada". Sin embargo, si consideramos el tiempo que invertían en estas actividades, el negocio no era tan bueno como ellos aseguraban. La elaboración y venta de comida exigía mucho tiempo y mucho trabajo, porque su realización no se restringía a las horas de venta -entre cuatro y seis-, antes debían comprar los ingredientes y preparar los alimentos. El tiempo que invertían en estas actividades superaba con mucho la jornada de ocho horas, y requería del trabajo de varios miembros de la familia. En sus cálculos los obreros no consideraban estos factores -tiempo invertido y el número de personas que

participaban en estas actividades-, que reducían sus ingresos, respecto a los que percibían cuando tenían un empleo industrial. Para los petroleros la pérdida era aún mayor, en virtud de los salarios y las prestaciones que recibían cuando laboraban en la paraestatal.⁽⁸⁾

c. La venta de mercancías y servicios

Otras personas se dedicaban a ofrecer servicios como la reparación de calzado, automóviles o artículos eléctricos, trabajos de soldadura, videofilmación de eventos o fiestas, y la renta, en un parque público, de vehículos de pilas a los niños. También había quienes se dedicaban a la venta de artículos como joyería de chapa de oro, ropa, tenis, sábanas, toallas, colchas, y "fayuca" traída de Estados Unidos. Este segundo grupo era el más numeroso.

Sólo se podían dedicar a la venta de mercancías las personas que contaban con dinero suficiente para adquirir los productos. Por su parte, las que ofrecían servicios necesitaban de una infraestructura para realizarlas: el equipo de soldadura, las cámaras de video, la herramienta para realizar las reparaciones o las motos. Estas personas, al igual que los que fabricaban mercancías, debían tener, además, las habilidades necesarias para desarrollar el trabajo. Este requisito limitaba las posibilidades de incorporar indistintamente a cualquier miembro de la familia, de modo que en la mayoría de los casos eran desempeñadas por los obreros despedidos, y sólo ocasionalmente les ayudaban sus cónyuges o hijos. La participación de los niños era escasa, y no se consideraba como trabajo sino como un aprendizaje. De manera que su éxito o fracaso recaía, en gran medida, en las calificaciones de quienes las ejecutaban.

⁽⁸⁾ Para la segunda mitad de los años 70's la situación socioeconómica de los subempleados en el AMCM era la siguiente: el ingreso del 40% de estos empleados no rebasaba la mitad del salario mínimo y casi un 65% obtenía menos de las tres cuartas partes del mismo. Frente a esta situación los manufactureros, pero más aún los petroleros tenían condiciones de reproducción privilegiadas, incluso entre los transitorios y los que ocupaban las categorías laborales más bajas (Alonso y López 1986). Actualmente, con el deterioro que han sufrido los salarios industriales, se han igualado con los ingresos de los trabajadores por cuenta propia, ya que se estima que, en la ciudad de México, los comerciantes ambulantes ganan en promedio 1.6 veces el salario mínimo (La Jornada, 22 de mayo de 1993). Este monto es semejante al que perciben quienes laboran en la industria; sin embargo, los obreros tienen, además, acceso a los servicios de salud que brinda el IMSS.

Cuando empezaban a ofrecer sus servicios o mercancías, estos obreros enfrentaban el problema de que no tenían una clientela. Así, el trabajo se presentaba de manera intermitente y suponía momentos de trabajo muy intensos, seguidos de otros de inactividad completa. Al ser discontinua la actividad, la familia vivía momentos en que contaba con dinero suficiente para cubrir todas sus necesidades, pero en otros ni siquiera podía costear los alimentos. Esta situación obligaba a estas personas a reorganizar sus gastos bajo una lógica que les resultaba desconocida y, sobre todo al principio, les exigía ajustes en las actividades y el consumo diario. No obstante esta inestabilidad, el monto promedio de sus ingresos era siempre mayor que los que percibían quienes se dedican a la venta de alimentos y semejante a lo que ganaban en la fábrica.

La venta de artículos como colchas, sábanas, electrodomésticos y ropa suponía un riesgo, pues se llevaba a cabo entre los vecinos y el pago no era de contado, sino en dos o tres semanas o quincenas. El vendedor nunca sabía si cobraría la totalidad del precio del producto, pero debía trabajar en estas condiciones pues de lo contrario perdía muchos clientes. "Siempre se corren riesgos. A veces los clientes piden dos pagos, si acepto a lo mejor el segundo pago nunca lo veo, si no acepto pierdo un cliente". Para ellos, la mercancía que no se vendía representaba una pérdida.

Las mujeres y los niños tenían formas particulares de ofrecer servicios. No era raro que cuando los períodos de desocupación se prolongaban, las mujeres casadas que ya tenían hijos buscaran una colocación como empleadas domésticas. Trabajaban por día, o lavaban y planchaban ajeno, y conservaban esta ocupación hasta que el cónyuge se volvía a emplear, o cuando el trabajo por cuenta propia les permitía obtener ingresos con regularidad.

Aunque la mayoría de los niños permanecía en el hogar y se encargaban de la venta de dulces o ayudaban a la preparación de los alimentos, había algunos que salían a cargar bolsas al mercado, le hacían mandados a las vecinas o boleaban zapatos. Una parte de sus ganancias la entregaban a la madre.

Cabe hacer una referencia particular al caso de las familias encabezadas por mujeres. En ellas, como se dijo antes, no siempre estaba ausente el varón, pero su desocupación permanente lo relegaba a un papel secundario en la dinámica familiar. Estas mujeres se habían empleado para mantener a sus hijos, pero desarrollaban de manera simultánea otras actividades para reunir ingresos suficientes. Estas circunstancias les facilitaban el éxito de las actividades por cuenta propia y lograban una estabilidad en los ingresos más rápidamente, pues eran sólo una ampliación de una ocupación que ya venían desempeñando. Este fue uno de los motivos por el que ninguna de estas mujeres cuando perdieron su empleo se dedicaron a la venta de comida ambulante. Por otra parte, como la responsabilidad de la manutención de la familia recaía sólo sobre ellas, su participación en el trabajo industrial había sido ininterrumpida y por lo mismo sus liquidaciones alcanzaban montos que les permitían dedicarse a este tipo de actividades por cuenta propia.

d. Los microempresarios

Había otras actividades que necesitaban de una inversión mucho mayor, y en consecuencia sólo un grupo muy reducido de personas había podido incursionar en ellas. Los petroleros que cobraron mayores indemnizaciones compraron los taxis o microbuses. Otro caso fue el de un obrero que laboraba en una empresa textil que se declaró en quiebra durante los primeros años de la década de 1960; con el dinero de su liquidación abrió un establecimiento en el que vendía refacciones eléctricas para automóviles, que actualmente administra uno de sus hijos.

Para estas personas, el trabajo independiente había sido una alternativa exitosa. Su éxito se basaba en que poseían dinero suficiente para iniciar su empresa, y garantizar la viabilidad del proyecto. El dinero que obtenían de estas actividades les permitía mantener el consumo que acostumbraban durante las épocas de empleo. Sin embargo, conseguir ese ingreso les exigía trabajar más de ocho horas para que el dinero que ganaban cubriera los gastos del negocio - gasolina y mantenimiento del vehículo en el caso del taxi y los microbuses; el pago de la renta

y la electricidad en el establecimiento comercial-, y los de la familia. Así, al igual que en otras estrategias, prolongaban la jornada laboral, con el consiguiente desgaste del trabajador.

Por sus características, estas actividades no permitían la participación de todos los integrantes de la familia, en especial quedaban excluidas de ellas los niños y las mujeres.

e. La migración internacional

Se detectaron otro tipo de iniciativas, que si bien son muy comunes en México, no lo eran entre este sector de trabajadores. Nos referimos a la migración al extranjero. Dos petroleros calificados salieron a trabajar fuera del país. Uno migró a Estados Unidos, el otro a Alaska. Ambos lo hicieron de forma temporal, y su objetivo era ahorrar dinero suficiente para comprar un taxi y dedicarse a trabajarlo a su regreso a México. Para ellos, emplearse en el extranjero representaba la oportunidad de adquirir medios de trabajo, que les permitieran recuperar lo que el cierre de la refinería volvió imposible: ingresos superiores a los que recibían la mayoría de los obreros industriales y comprar una casa.

f. Una iniciativa obrera

Algunos trabajadores petroleros tomaron una iniciativa que merece una mención especial por su originalidad. Cuando un grupo de aproximadamente treinta petroleros se percataron de la imposibilidad de conseguir un trabajo estable y bien remunerado, decidieron reunirse y crear una empresa. Este proyecto pretendía sortear los dos problemas más graves que habían enfrentado los trabajadores desde que cerraron la Refinería "18 de marzo". El primero era el estigma del que ya se habló antes, que les había impedido encontrar empleo en la industria. Al agruparse como empresa evitaban tener que dar sus referencias personales para obtener trabajo. El segundo era transformar algo que era inútil en ese momento, sus destrezas y conocimientos, en el medio para ganarse la vida. El objetivo de la empresa era dar mantenimiento a equipos industriales. En el grupo participaban tanto obreros generales que no estaban calificados como

personas que poseían una gama de calificaciones tan diferentes como pailería, mecánica, electricidad, soldadura.

La empresa funcionaba de la siguiente manera: cuando contrataban sus servicios, por lo menos dos personas realizaban el trabajo: el obrero que tenía la calificación requerida, y un obrero general. El dinero que ganaban se repartía entre ambos, correspondiéndole un porcentaje mayor al trabajador calificado. La idea que estaba detrás de esta forma de organización era brindar una oportunidad de calificarse a los que eran obreros generales. Aunque la empresa aún no estaba consolidada cuando se desarrollaron las entrevistas, y su éxito no estaba garantizado, la experiencia recuperaba mucha de la tradición obrera más clásica: las formas de calificar a la fuerza de trabajo, la defensa del oficio y la calificación, y la organización colectiva para enfrentar una situación adversa.

C. Las condiciones para el desarrollo de las actividades por cuenta propia y sus consecuencias.

Una vez que las familias lograban generar recursos mediante la obtención de un empleo remunerado, con las actividades por cuenta propia, o mediante la combinación de ambas, entraban a una etapa que se caracterizaba por la estabilización, y en algunos casos por el repunte de sus niveles de vida.

Sin embargo, antes de alcanzar esa fase, las familias debían tomar muchas decisiones, en las que intervenían factores económicos que estaban fuera de su control, y realizar ajustes en sus actividades y formas de organización, que no pocas veces involucraban elementos subjetivos. Así, para estos obreros, la elección y el desarrollo de cualquiera de las opciones que se les presentaban conformaban un entramado de relaciones y condiciones de la naturaleza más diversa, del que dependía el éxito o el fracaso de las iniciativas.

Un factor externo de gran peso, era que a pesar de que los obreros contaban con recursos económicos muy limitados para desarrollar el trabajo por cuenta propia, debían competir en el

mercado con los servicios o mercancías que ofrecían otras personas que se encontraban en sus mismas circunstancias, y con los que ofrecían otras empresas capitalistas, ante las que se encontraban en franca desventaja. En estas circunstancias, ellos utilizaban al máximo el único recurso que poseían para conservar su lugar en el mercado: la fuerza de trabajo. Y aunque algunas actividades permitían la colaboración de ciertos miembros de la familia y restringían la de otros, en todos los casos las tareas se desarrollaban gracias a la intensificación en el uso de la fuerza de trabajo, por la vía de la prolongación de la jornada de trabajo, o por la de la incorporación de la mano de obra disponible.

El uso de toda la fuerza de trabajo aprovechable llevaba a la diversificación de las actividades de la familia. Uno de sus resultados, era que todos los integrantes se dedicaban a diferentes tareas en un intento por aumentar las ganancias. Así, los ingresos provenientes del mercado llegaban al hogar gracias al trabajo de hombres, mujeres y niños.

Esta diversificación del trabajo por cuenta propia daba pie al establecimiento de una división del trabajo familiar, de acuerdo a la edad y sexo de sus miembros. Aquellas actividades que permitían o exigían permanecer en la casa eran desempeñadas, sobre todo por las mujeres y en menor medida por los niños. Las mujeres vendían la "fayuca" o la comida afuera de su casa, ayudadas por los hijos más pequeños. Las tareas que requerían ausentarse con frecuencia del hogar, como ir "al otro lado a comprar la fayuca", manejar un taxi, o reparar una instalación eléctrica, eran desempeñadas por los varones. Las ocupaciones por cuenta propia se llevaban a cabo respetando, e incluso aprovechando, los roles que tradicionalmente se han asignado a cada uno de los sexos, pero también de acuerdo a la edad.

Sin embargo, había otra razón, menos evidente que el deseo de aumentar los ingresos, que contribuía de manera importante a configurar esta diversificación de las actividades por cuenta propia: los obreros buscaban opciones distintas a las del resto de los miembros de su familia, y trataban de diferenciar su actividad de la que desarrollaban su esposa e hijos. Esta era la manera como los hombres buscaban conservar su status dentro de la familia, pues su ocupación conllevaba la aplicación de una calificación o un conocimiento que los otros no poseían, y/o le permitía ganar más dinero.

Otro aspecto que hay que destacar son los factores que intervienen en la decisión de abandonar o continuar con las actividades por cuenta propia. Sin duda, el monto de las ganancias que obtenían por su trabajo era un factor decisivo cuando decidían regresar a la industria. Pero sus ingresos eran resultado de la interrelación entre la cantidad de recursos económicos que poseía cada obrero y el tipo de actividad que realizaba.

Los jóvenes las iniciaban como un intento de ser independientes. Tras él lo más atractivo era la idea de ya no trabajar bajo las órdenes de un patrón. Pero en su contra obraban dos elementos: contaban con pocos recursos, que les limitaban sus posibilidades de recibir ingresos satisfactorios por desempeñarlas, y la intensidad del trabajo que les exigía. Ambas circunstancias les impedían verlas como una alternativa permanente para ganarse la vida, y finalmente retornaban al trabajo asalariado.

Otros obreros tenían expectativas distintas. Para algunos de los obreros maduros, hijos de obreros, laborar significaba salir de la casa, cobrar un salario, que la empresa los inscribiera en el IMSS. Dentro de esta concepción de lo que era el trabajo, las actividades por cuenta propia difícilmente cabían dentro de esta categoría. Para estas personas el trabajo por cuenta propia era una estrategia temporal, mientras podían volver a la industria. Un petrolero señalaba: "Es imposible vivir de eso <de la venta de diversos artículos>, tiene uno que trabajar de veras <contratarse con un patrón y cobrar un salario>". Y al dedicarse a la realización de esas actividades vivían una tensión entre la necesidad de generar recursos para subsistir, y su experiencia laboral previa como vendedores de fuerza de trabajo. No obstante, para estos obreros no era fácil reincorporarse a la industria, y muchas veces estas actividades, a pesar haber sido iniciadas como una labor provisional dentro de la vida de la familia, se convertían en una estrategia definitiva a partir de la cual conseguían sus condiciones de reproducción.

El contexto urbano en que se realizaban estos trabajos era otro elemento que contribuía a su desarrollo. El AMCM, con su diversidad de actividades, su elevado número de habitantes y su gran extensión, constituye un inmenso mercado que demanda productos y servicios muy diversos. Las costumbres y formas de vida y de trabajo, el tamaño de la ciudad, los horarios

laborales y la necesidad de consumir alimentos en la vía pública, han creado la demanda de puestos de comida rápida y económica ubicados cerca de los lugares de trabajo; la insuficiencia del transporte público es la razón por la que han proliferado las "combis", los "peseros" y los microbuses; los particulares contratan los servicios de personas calificadas para la reparación de tuberías, la instalación eléctrica o la fabricación de muebles. Estos son ejemplos de cómo la organización de la ciudad y los estilos de vida predominantes forman parte del trasfondo que permite a los obreros vivir de estas actividades. Además, en las zonas donde habitan los obreros, la población es muy diversificada: hay obreros, pequeños comerciantes, empleados, maestros, y estas personas están acostumbradas a utilizar los servicios y adquirir los productos que venden sus vecinos. Este contexto facilita el tránsito hacia una actividad por cuenta propia. Habrá competencia, pero también hay un ambiente y vecinos acostumbrados a este tipo de trabajos. Así, el mercado potencial, aunado a las cada vez más escasas oportunidades de empleo para amplios sectores de la población, es el caldo de cultivo en el que prolifera la realización de las más diversas actividades para generar ingresos por cuenta propia.

No obstante estas ventajas, la escasez de empleos y el deterioro del poder adquisitivo de los salarios han ocasionado un crecimiento desmesurado de las actividades por cuenta propia en el AMCM, que se manifiesta en una competencia cada vez mayor entre quienes trabajan por su cuenta. Estas circunstancias han impuesto límites muy estrictos a las posibilidades de mejorar los niveles de vida, y estas familias no han podido recuperar todo lo que en términos económicos perdieron cuando el obrero quedó desocupado.

Finalmente, hay que destacar la importancia que adquieren estas formas de generar medios de vida, en la conformación de la experiencia presente y futura de los obreros. Las condiciones en que se realizan, las aptitudes que facilitan tener "éxito", el tipo de disciplina que exige, los niveles de consumo que permiten, son componentes que convergen hacia una experiencia que difiere profundamente de la que se desprende de la participación en el trabajo industrial, y apunta hacia un nuevo perfil de trabajador. Del mismo modo, esa nueva experiencia está apuntando hacia los problemas que enfrentará una sociedad en la que una de sus características más relevantes será la falta de empleos.

CAPITULO VII. LA DINAMICA ENTRE LOS MIEMBROS DE LA FAMILIA

Hasta aquí hemos visto cómo la desocupación modifica el consumo de las familias obreras y cómo los obliga a desarrollar diferentes actividades para satisfacer sus necesidades materiales. Pero la falta de empleo también afecta las relaciones que los distintos integrantes del grupo familiar establecen entre sí y con otras personas.

El impacto que tiene la desocupación cambia de acuerdo con la posición que ocupa el obrero cesante en la familia. Así, la cesantía de un hijo soltero, que está iniciando su carrera laboral, puede ocasionar pocos desajustes en el hogar, pero cuando el desocupado es el jefe económico, los cambios son más graves. Como esta persona aporta el ingreso más importante, su cesantía afecta de manera muy profunda la vida diaria de cada uno de los miembros de la familia. Por ello, este capítulo se limita al análisis del impacto que la desocupación del jefe económico tiene en las relaciones y actividades del resto del grupo familiar.

Ahora bien, para entender de qué manera y por qué se trastoca la organización de la vida de los obreros cuando se enfrenta una situación de cesantía, es preciso considerar, por una parte, las relaciones que existen entre el trabajo y la vida familiar (Rapoport y Rapoport 1980), y por otra, la división interna del trabajo doméstico y la asignación de roles entre los miembros de la familia.

A. La rutina diaria

Todas las personas estructuran su vida diaria en torno a la realización de distintas actividades, que dependen de su condición social, su edad y su sexo. Estas tareas que se realizan cada día, a determinada hora, y que tienen un objetivo inmediato y concreto, se convierten en una rutina que llena el tiempo y ordena la vida diaria de las personas. Sin embargo, la definición de las actividades que conforman esta rutina está condicionada por prácticas sociales, que han

establecido patrones de comportamiento que sustentan, entre otras cosas, las diferencias entre los roles y actividades de los hombres y las mujeres, o entre los niños, los jóvenes, los adultos y los ancianos. A partir de estas normas, en muchos hogares se establecen las actividades que son apropiadas para cada uno de sus miembros (Vera y Young (1993).

En los hogares obreros, aunque no es exclusivo de ellos, la organización de las labores cotidianas descansa en una división interna del trabajo. Como parte de ella, se espera que las mujeres ocupen su tiempo en la creación de las condiciones materiales que permitan satisfacer las necesidades de todos los miembros de la familia. De esa manera, las mujeres han convertido a esta tarea en uno de sus intereses más importantes. Como el hogar es su centro de actividad, muchas veces las actividades que realizan en su casa para generar ingresos se confunden con el trabajo doméstico, y ni siquiera ellas mismas las consideran un trabajo, con un status similar al empleo remunerado. "Trabajar, lo que se dice trabajar, ella nunca ha trabajado".

Por el contrario, se espera que la vida diaria de los varones se estructure, fundamentalmente, en torno al trabajo remunerado, que se realiza con objeto de obtener recursos materiales necesarios para crear las condiciones de reproducción del grupo familiar. Los obreros pasan la mayor parte del tiempo fuera del hogar, y en la fábrica establecen relaciones con otras personas. Estas relaciones que son ajenas a su familia, pero no al trabajo, se cultivan fuera del hogar. Para ellos, la casa es el espacio familiar, y ahí se reúnen con su esposa e hijos, pero también con otros parientes. Sólo en contadas ocasiones, cuando hay celebraciones importantes, llevan al hogar a los amigos.

Hombres y mujeres tienen percepciones muy diferentes de lo que son las actividades que se llevan a cabo dentro y fuera del hogar. Los usos que dan al hogar también difieren sustancialmente. Estas diferencias se deben en parte a las distintas condiciones bajo las cuales se realiza el trabajo industrial y el doméstico. La actividad fabril se desarrolla en un lugar cuyo interior no conocen los otros miembros de la familia, en el que sólo entran los que laboran ahí. En el desarrollo de su trabajo no pueden decidir los horarios, ni el ritmo de trabajo, ni la actividad que desempeñan. Además, la remuneración confirma que es un trabajo.

En el hogar, por el contrario, las distintas tareas no se desempeñan de una manera preestablecida. Cada actividad se puede realizar sin que haya una forma o un orden predeterminado, aunque los horarios de los que laboran fuera de él suelen condicionar la realización de muchas actividades familiares, como los horarios de descanso, de preparación de las comidas, de realización de la compra o del aseo de la casa.

La asignación de tareas y responsabilidades entre los distintos miembros de un grupo familiar, y las condiciones en que cada uno las ejecuta, conforman un entramado de relaciones y crean expectativas entre esas personas. Pero cuando la familia atraviesa por una etapa en la que los individuos no pueden cumplir el rol que tienen asignado, como sucede durante la desocupación, se trastoca la organización tradicional y se generan sentimientos de frustración, de inconformidad y de ira entre los afectados.

B. Los efectos de la desocupación sobre los distintos miembros de la familia

a. Los obreros desocupados

La forma en que los obreros viven la desocupación es muy diferente a la del resto de los miembros de sus familias. Para ellos, la cesantía trae consigo una serie de pérdidas en términos personales. Pierden su actividad cotidiana, su salario y la relación diaria con los compañeros de trabajo; dejan de formar parte del grupo obrero de la empresa, no pueden participar en las distintas actividades que se llevan a cabo en ella y quedan fuera de la organización sindical. Para los obreros, cuya vida laboral había transcurrido en la fábrica, la desocupación los marginaba de todo lo que conformaba su mundo laboral y los privaba del espacio donde transcurría su vida cotidiana. Los desocupados enfrentaban un gran aislamiento que les resultaba muy difícil superar. "X no sale de la casa, aunque cuando trabajaba sí tenía amigos, ahora ya no se lleva con ellos. Los trata de lejos, nada más por un ratito".

La cesantía también trastoca el sentido y la percepción del tiempo. El trabajo fabril constituye el eje organizador de la vida de los obreros, y les exige permanecer muchas horas en la fábrica haciendo las tareas que tenían asignadas. Esta actividad tiene un doble efecto: por una parte, les da una ocupación durante las horas en que trabajan, y por otra, los obliga a organizar el desarrollo del resto de sus actividades diarias de acuerdo al horario de trabajo. Cuando pierden el empleo, se encuentran con que tienen ante sí días enteros por delante sin nada que hacer, que no deben ir a ningún lugar, y la forma en que estaba organizada su vida cotidiana se ve repentinamente alterada. "Le voy a ser sincero. Me veo hasta el último programa de la tele en la noche, hasta que amanece, al cabo no tengo hora para levantarme".

Las pérdidas no terminan aquí. Otro elemento muy importante es el que se refiere a la relación que establecen con el trabajo industrial. Esta relación es ambivalente, y si bien para la mayoría de los obreros esta actividad es cansada y monótona y en ese sentido puede caracterizarse como frustrante, tiene su contraparte, pues también les brinda satisfacciones. Uno

de los satisfactores más importantes es que les otorga un status, les concede un lugar especial dentro de la familia y el grupo social en el que se desenvuelven.

En estrecha relación con lo anterior está el hecho de que en la sociedad capitalista se considera que todos los hombres son iguales, y que el rendimiento en el trabajo es el medio que permite a las personas diferenciarse entre sí y alcanzar cada vez mejores niveles de vida. De esta manera, el trabajo da razón de ser a los individuos, los convierte en alguien. Los obreros compartían esta percepción, y les brindaba la conciencia de que ganaban el sustento realizando algo digno, de lo cual no se avergonzaban. A medida que se prolongaba el período de desocupación, los individuos perdían la autoestima que fomentaba esta conciencia. Para los jefes económicos, la situación era más grave, pues socialmente se esperaba que garantizaran el sustento de la familia. La cesantía los incapacitaba para responder a esta responsabilidad, y su situación se tornaba angustiante y vergonzosa ante la sociedad, e incluso ante los miembros de su familia a quienes con anterioridad había proporcionado los medios de vida. "A mí me ha enfermado no tener trabajo. Desde que cerraron la refinería casi siempre tengo que estar acostada, me duele esto, me duele lo otro. Yo digo voy a conseguir un trabajo, para que se me quite todo esto. Consiguiendo un trabajo me voy a sentir mejor". "Me empiezo a preocupar, no me puedo dormir pensando que no hay chamba, que hay que pagar la luz. Yo siempre le había dado su gasto a mi mujer y ahora no puedo".

Cuando los obreros tenían un empleo estable, podían intervenir en las actividades que realizaban los demás miembros de la familia, en especial las mujeres. Sobre ellos recaía la decisión definitiva acerca de si su esposa o hijas trabajaban o dejaban de hacerlo, si continuaban con las actividades por cuenta propia o las suspendían. Con la desocupación, los obreros también perdían este espacio de poder que les permitía determinar lo que sucedería con las actividades que llevaban a cabo los otros.

La pérdida de la autoestima se veía agravada, en algunos casos, cuando después de buscar trabajo infructuosamente perdía sentido seguir haciéndolo. No pocas veces la impotencia

del obrero se convertía en una apatía que le impedía hacer algo para tratar de ganar algún dinero.⁽¹⁾

Estas personas se sentían inútiles y no podían hacer mucho para remediarlo, no tenían dinero y tampoco podían conseguirlo. Sus relaciones se empezaban a limitar al trato con su mujer e hijos, y llegaba un momento en que la casa y sus familias les resultaban intolerables, y era entonces cuando empezaban a salir a la calle, desde la mañana hasta la noche. A veces salían sin un proyecto predeterminado, sólo por salir, "por cambiar de aire", en otras ocasiones buscaban a amigos, parientes o compadres para pasar unas horas, por lo general bebiendo, invitados por sus amigos.

La desocupación también afectaba a los proyectos personales y familiares de cada obrero. Estos proyectos se habían formado a lo largo de su vida, en el contacto con otras personas y el medio que poseían para realizarlos era el trabajo. El lugar que ocupaban en la sociedad impedía que fueran muy ambiciosos, pues pocos esperaban algo más que darles a sus hijos mayor escolaridad que la que ellos tuvieron, así como tener una casa propia. Los petroleros, que tenían mejores condiciones laborales, deseaban, una vez obtenida la planta, conseguir una vivienda y alcanzar la jubilación que les garantizaría una vejez sin preocupaciones económicas. Incluso los petroleros jóvenes, que creían tener mejores condiciones, aspiraban a estudiar una carrera y laborar en las oficinas de Pemex, "en la Torre". "Lo principal fue la gran desilusión que yo tuve de mi planta, mi vejez, todo eso estaba yo tirando ahí: mi planta, mi vejez, mi casa. Pensaba: ya quedando de planta, mi casita, pero luego fue eso <el cierre>. Dije ¿ora qué hago?"

Las mujeres que eran jefas económicas vivían los períodos de desocupación de una manera muy distinta a los hombres. Aunque también les significaba la pérdida de relaciones personales y disminución de los ingresos, no enfrentaban el problema del tiempo, por ejemplo.

⁽¹⁾ Vimos atrás que los obreros maduros no podían darle al trabajo fabril el mismo status que a las actividades por cuenta propia, pues para ellos un trabajo implicaba un horario, un espacio concreto, una tarea preestablecida y un salario. Las actividades que no estaban reguladas por estos condicionantes difícilmente eran consideradas trabajo.

Ellas cambiaban su trabajo en la industria por las distintas actividades que siempre hay que hacer en el hogar; de manera que el tiempo lo estructuraban rápidamente en torno al trabajo doméstico y a las actividades por cuenta propia.

Por lo que se refiere al consumo que suele ser afectado durante los períodos de cesantía, todas las mujeres que no tenían cónyuge y con hijos pequeños vivían en la casa de sus padres, y gracias a ello podían satisfacer sus necesidades de alimentos, vivienda y vestido. Las que no compartían la vivienda más que con sus hijos, éstos trabajaban, y sus ingresos les permitían sortear el problema.

Otro elemento que por lo general obraba contra las mujeres, pero que durante los períodos de desocupación se volvía a su favor, era la convicción de que no era su "responsabilidad" salir a trabajar para mantener a la familia. Las que lo hacían, estaban realizando acciones que iban más allá de lo que era dable esperar de ellas, y este motivo las eximía de responsabilidad cuando estaban desocupadas. Las condiciones materiales en que vivían, la actividad doméstica que llevaban a cabo y esta percepción del trabajo femenino, se conjugaban y les permitían vivir la desocupación desde una perspectiva menos conflictiva. Así, la desvalorización que sufría cotidianamente su trabajo, durante los períodos de desocupación permitía que las mujeres no se sintieran desvalorizadas en términos personales, como sucedía en el caso de los hombres.

b. Las mujeres

Cuando los obreros varones perdían el empleo, sus mujeres resentían de una manera muy particular la desocupación. A medida que pasaba el tiempo y sus cónyuges no conseguían otro trabajo, veían amenazadas las expectativas respecto al bienestar familiar, así como los proyectos que habían elaborado en torno al futuro de sus hijos. Ambos motivos las impulsaban a desarrollar actividades por cuenta propia, que implicaban más trabajo para ellas, y también a incorporarse al trabajo asalariado a fin de garantizar un ingreso estable para la familia. Esta

última estrategia era desarrollada principalmente por las mujeres jóvenes cuyos hogares se encontraban en la etapa de formación.

Los inicios de la vida en común de una pareja obrera nunca han sido fáciles. Las historias de todas las familias entrevistadas señalaban, reiteradamente, que los primeros años de matrimonio se caracterizaban por la inestabilidad laboral de los obreros, y por el retroceso en el consumo con respecto al que tenían antes de formar su propia familia. Sin embargo, las condiciones sociales imperantes aumentan o reducen las dificultades que enfrentan las parejas, así como su duración. Actualmente, las escasas oportunidades que tienen los obreros de obtener un empleo permanente y bien remunerado, han obligado a ambos cónyuges a buscar ingresos. Por otra parte, la expansión que ha tenido el número de puestos industriales para la fuerza de trabajo femenina, ha facilitado que todas las mujeres que se entrevistaron y cuyas familias se encontraban en la etapa de formación optaran por el empleo industrial, cosa que les permitía tener un ingreso semanal seguro. De esta manera, la reorientación que se ha instrumentado en la industria ha impedido que las mujeres abandonen sus puestos de trabajo cuando contraen matrimonio, o cuando nace el primer hijo, y ha obligado a ambos cónyuges a laborar en la industria, aunque rara vez estén ocupados simultáneamente. Así, las mujeres compartían la responsabilidad económica de la familia con sus maridos, y cuando éstos estaban desocupados, la carga recaía completamente sobre ellas.

La experiencia de las mujeres cuya familia se encontraba en la fase de equilibrio fue diferente y tenía semejanzas con la de las familias ubicadas en la etapa de reemplazo. Cuando estas mujeres formaron sus hogares, también atravesaron por etapas de inestabilidad ocasionadas por la desocupación del obrero. Sin embargo, aunque todas habían tenido experiencias laborales en los años previos al matrimonio, en esos momentos la obtención de un empleo reumerado no había sido una opción viable y argumentaban que los hijos eran la razón para no buscar un

empleo en la industria.⁽²⁾ "¿Qué podía hacer yo? Mis niños estaban chiquitos, ora sí que estaba atendida nada más a lo que hubiera".

La estrategia de estas mujeres durante esos períodos consistió en desarrollar actividades por cuenta propia, para cuya realización fue muy importante la ayuda de los padres de ambos cónyuges. Esta forma de hacer frente a la desocupación era viable, debido a que los períodos de cesantía no eran prolongados, pues la industria estaba en un momento en el que los salarios aumentaban, había cada vez más acceso a nuevos bienes de consumo y el salario indirecto cubría nuevos rubros. Estos elementos conformaban un ambiente económico y social que, por un lado, brindaba a los obreros la posibilidad de conseguir rápidamente trabajo, y por otra, creaba condiciones que contribuían a que muchas mujeres pudieran permanecer en el hogar.

Las carreras laborales de sus cónyuges lo corroboran. Sus primeras experiencias de trabajo en la industria fueron cortas, con dificultad duraban más de seis meses en el mismo trabajo, pero los períodos de desocupación tampoco eran muy prolongados. Cuando esas familias se formaron enfrentaron una situación económica difícil, aunque el obrero estuviera empleado. Pero más tarde, cuando ingresaron a empresas industriales en las que ocuparon puestos especializados o calificados, lograron tener una estabilidad laboral que les permitió alcanzar antigüedades hasta de veinte años. Estas condiciones permitieron que las mujeres permanecieran en el hogar, ocupadas en el cuidado de los hijos, incluso durante los primeros años de su matrimonio.

⁽²⁾ Cabe señalar que en décadas anteriores el mercado de trabajo femenino no tenía las características que tiene actualmente. En 1950, las mujeres representaban sólo el 13.6% de la PEA, y su punto más alto lo alcanzó en 1980 donde representaron el 27% (ver Anexo núm.9). La evolución del empleo femenino permite entender por qué fue tan reducida la participación de las mujeres de avanzada edad en el trabajo remunerado cuando formaron sus hogares. Sin embargo, durante los años setentas, la utilización de mano de obra femenina en las manufacturas tuvo un crecimiento muy acelerado. Uno de los elementos que contribuyó a su aumento fue la industria maquiladora, que contrataba preferentemente mujeres jóvenes y solteras (Fernández Kelly 1984). En 1982, en Guadalajara, en empresas con características distintas a la industria maquiladora se encontró una situación semejante (González de la Rocha 1986). Estos criterios limitaban las posibilidades que tenían las mujeres entrevistadas, de conseguir un empleo en la industria.

Las últimas experiencias de desocupación que vivieron estas familias fueron enfrentadas de la misma manera que en años anteriores, pero ahora por otros motivos. La edad de las mujeres y el tiempo que permanecieron en el hogar sin tener un trabajo remunerado, hizo prácticamente imposible su inserción como asalariadas. Además, sus hijos tenían edad suficiente para emplearse, de manera que fueron ellos quienes salieron a buscar trabajo.

Las mujeres ancianas jugaban un papel muy importante en las familias obreras, y durante los períodos de desocupación su intervención era decisiva. Todas vivían en unidades domésticas extensas, y su edad, los años que habían dedicado al hogar, y ser propietarias de la vivienda, les conferían una autoridad que nadie se atrevía a cuestionar y que las convertía en el centro de la vida familiar.

Aunque las formas de organización de las unidades domésticas extensas variaban de una a otra, en todas el objetivo era maximizar los recursos. Esta meta se volvía crucial cuando alguno de los miembros de la unidad extensa perdía su empleo. Las mujeres viejas realizaban los cambios que permitían que las familias afectadas cubrieran las necesidades impostergables, y a menudo era gracias a su intervención que lograban mantenerse unidas. Ellas concentraban los ingresos provenientes de las distintas familias que integraban la unidad extensa, y redistribuían los recursos del grupo doméstico extenso entre todos sus miembros, mediante estas acciones garantizaban la subsistencia de las familias desocupadas. Este papel de receptoras y redistribuidoras de los recursos provenientes del mercado o del trabajo asalariado, era el que les permitía mantener unidos a los hijos. "Mire, a mí cada hijo me da un poquito, y de lo que junto le doy a mí nuera para que les compre zapatos a los niños, ahora que tienen el problema del trabajo".

En los hogares encabezados por mujeres, cuando ellas se convirtieron en el sostén de la familia también desarrollaron, en un primer momento, actividades que esporádicamente les permitían obtener algunos ingresos, pero más tarde buscaron un trabajo estable e ingresaron a

la industria.⁽³⁾ Las que tenían hijos pequeños vivían en unidades domésticas extensas; de esta manera satisfacían sus necesidades de alimentos, vivienda y vestido durante los períodos de desocupación y contaban con la ayuda de la madre para el cuidado de los niños cuando salían a trabajar. Las que no compartían la vivienda con otros familiares tenían hijos que trabajaban y esos ingresos les permitían hacer frente a sus gastos. Estos jóvenes iniciaron su vida laboral antes que aquellos cuyos padres vivían juntos y el padre había gozado de estabilidad en el empleo. Aunque algunos de ellos sólo entregaban una parte de su salario para el mantenimiento del grupo familiar durante los períodos de desocupación de la madre, rápidamente habían dejado de ser una carga para su familia.

c. Los hijos

Los cambios que sufrió la actividad cotidiana de los hijos, durante el período de desocupación del jefe económico, estaban relacionados con la edad y en menor medida con el sexo. Cuando eran niños y su madre estaba desocupada, eran descargados de las labores domésticas que cotidianamente realizaban durante su ausencia, tales como comprar el mandado o lavar los trastes, pero dedicaban una parte de su tiempo libre a colaborar en la realización de las actividades por cuenta propia. Esto último también sucedía cuando el padre perdía el empleo.

Ninguno de los hijos de las familias jóvenes y maduras había dejado de asistir a la escuela primaria a causa de la desocupación de alguno de sus padres.⁽⁴⁾ Cuando los hijos tenían más de catorce años se les apremiaba para que consiguieran un empleo remunerado. Sin embargo, la insistencia no se ejercía de la misma manera sobre todos los hijos. Los más presionados eran los varones, en particular los que no eran buenos estudiantes, y los que ya

⁽³⁾ De acuerdo con la CEPAL, entre 1980 y 1990, en las áreas urbanas de Argentina, Colombia, Uruguay y Venezuela aumentaron considerablemente los hogares encabezados por mujeres sin cónyuge (*El Financiero*, 10 de agosto de 1993). En México, se estima que el 14.1% de los hogares son jefaturados por una mujer (*La Jornada*, 13 de mayo de 1993).

⁽⁴⁾ Sin embargo, entre los obreros entrevistados y sus cónyuges, sí hubo cuatro casos en los que abandonaron la escuela antes de concluir la primaria por esta razón.

habían terminado la secundaria. Los padres argumentaban que podían adecuar los horarios escolares con los de un empleo, y procuraban que fueran ellos quienes salieran a trabajar.

Los hijos e hijas que no buscaban un trabajo fuera del hogar cooperaban en las actividades por cuenta propia que realizaba la familia. En las formas de cooperación de los hijos había una diferenciación entre los sexos. Las mujeres ayudaban a preparar los alimentos que se vendían, y también apoyaban la venta de las distintas mercancías. Los varones acompañaban a los padres a comprar la mercancía, de manera que ellos la cargaban y la trasladaban al hogar. Si la actividad que desarrollaban implicaba cierta calificación, los hijos varones acompañaban a su padre, para ayudarlo y aprender el oficio. Sin embargo, en la organización y realización de estas tareas buscaban no interferir con los horarios escolares, para que no suspendieran la asistencia a la escuela, de modo que colaboraban durante su tiempo libre. Esta participación no impedía que estos jóvenes realizaran una parte importante de sus actividades recreativas, tales como salir a jugar fútbol, ir con los amigos al cine o simplemente salir a la calle a platicar.

Así pues, la desocupación tenía diferentes consecuencias entre los hijos: para algunos la cesantía del padre había significado el inicio de la vida laboral, pero para otros fue sólo un período en el que debieron cooperar más en el trabajo que se llevaba a cabo en la casa, y disponían de menos tiempo para salir con los amigos.

C. Los cambios en la dinámica familiar

Estos ajustes en la organización de la vida cotidiana de las personas desencadenaban transformaciones en las relaciones entre los miembros de la familia nuclear, y en los vínculos que se establecían con la familia consanguínea, en particular, con los miembros de la unidad doméstica extensa.

Los cambios ocurridos creaban conflictos y pasaban por una intensa negociación. Los conflictos se manifestaban en situaciones cotidianas, que iban asociadas a la incapacidad del desocupado de hacer frente a los gastos de la familia: los alimentos, por ejemplo, a menudo

provocaban discusiones, por su escasez, la poca variación de la dieta; incluso la posibilidad de desperdiciarlos podía convertirse en motivo de pleitos y discusiones entre las distintas personas que convivían bajo un mismo techo; la solicitud, por parte de los hijos, de dinero para la escuela o el vestido, y la imposibilidad de satisfacer esta demanda desembocaba en algunos casos en manifestaciones violentas, con ira, gritos, amenazas e incluso golpes.⁽⁵⁾

Las negociaciones establecían las prioridades de la familia. Con frecuencia, mostraban la contraposición existente entre los intereses de los individuos y los del grupo familiar. Su importancia era crucial cuando se tomaban decisiones que afectarían la vida y las actividades de todos los integrantes de la familia; determinar a dónde se iba a mudar la familia, reasignar el trabajo doméstico, definir cuándo se dejaba de buscar empleo y se iniciaba un trabajo independiente, o viceversa. No pocas veces las negociaciones iban acompañadas de enfrentamientos que eran protagonizados principalmente por los cónyuges.

No se encontró una relación directa entre el alcoholismo y la desocupación. Los obreros que tenían problemas con la bebida antes de perder su empleo, continuaron bebiendo. Aunque escaseaba el dinero para pagar el alcohol, les sobraba el tiempo y los motivos para recurrir a esta práctica. Los que no bebían tampoco lo hicieron durante esos períodos. En los casos en que hubo violencia física contra las mujeres y los hijos, al igual que en el caso del alcoholismo, el problema ya se había presentado antes de la desocupación. Es decir, ese tipo de conductas no aparecieron por primera vez con motivo de la desocupación sino que ya estaban presentes, aunque durante estos períodos se agudizaron.

El tipo de conflictos y los resultados de la negociación estaban muy influenciados por factores como el monto de los recursos económicos que poseían, las historias laborales de los obreros, el número y las edades de los integrantes de la familia conyugal y las características de la familia consanguínea de cada uno de los cónyuges, como veremos a continuación.

⁽⁵⁾ La Procuraduría General de Justicia del Distrito Federal (PGJDF) señaló que el 84% de los casos de las mujeres que denuncian que fueron golpeadas por sus compañeros, éstos lo hicieron cuando estaban desempleados (La Jornada, 28 de marzo de 1993).

a. La dinámica en las familias en la etapa de formación

La infancia de los hombres y las mujeres cuyas familias se encontraban en la etapa de formación había transcurrido durante el período en que los obreros mexicanos alcanzaron las mejores condiciones de reproducción, cuando el empleo industrial estaba en expansión y la industria era objeto de múltiples apoyos. Ese ambiente económico y social les permitió asistir más años a la escuela, recibir los beneficios del sistema de salud y mejorar sus condiciones materiales de vida. Sus familias tenían casa propia y en ella habitaban sólo los padres y los hermanos. Tenían televisión, radio, estufa de gas, lavadora y a veces hasta refrigerador. El guardaropa era diverso, lo mismo que la dieta diaria. Las condiciones de vida de sus padres habían mejorado respecto de las de sus abuelos, y ellos, a su vez, habían pensado que también lo podrían hacer.

Sin embargo, cuando estos hombres y mujeres formaron sus familias, el panorama económico y social había sufrido cambios muy profundos. Había menos empleos y las condiciones de reproducción eran cada vez más precarias, de modo que se vieron obligados a cancelar sus proyectos e instrumentar estrategias que combinaban la utilización de recursos tradicionales, con iniciativas opuestas a las normas sociales y culturales que habían aprendido en el hogar, la iglesia, la escuela, y entre sus familiares y vecinos. Así, había un fuerte contraste entre los valores que les habían sido enseñados en la escuela y en su casa -si eran responsables y trabajadores tendrían un empleo que les permitiría mantener a su familia y mejorar sus condiciones de vida-, y la imposibilidad de tener un trabajo estable y satisfacer sus necesidades mínimas,⁽⁶⁾ que tenía como resultado una gran disparidad entre las condiciones en las que ellos crecieron, y las que podían ofrecer a su cónyuge e hijos.

La inestabilidad en el empleo había impedido que estas parejas adquirieran una

⁽⁶⁾ La familia es un espacio privilegiado que contribuye a inculcar en los individuos los proyectos de promoción y ascenso social (Schwartz 1990)

infraestructura doméstica. Carecían de muebles, utensilios de cocina y aparatos electrodomésticos, su única propiedad era su ropa. Sus hijos eran pequeños y sus requerimientos de vestido, calzado y servicios de salud eran numerosos, y la imposibilidad para satisfacer estas necesidades creaba tensiones entre los cónyuges.

La desocupación también trastocaba valores culturales muy arraigados. Los modelos que tipificaban las relaciones hombre/mujer en la pareja, que conferían una conducta previsible a cada uno, sobre la que descansaba la estabilidad familiar, se volvían inoperantes. La intermitencia de sus empleos y el deterioro salarial, hicieron indispensable el trabajo remunerado de ambos cónyuges para poder satisfacer las necesidades básicas. Como la manutención de estos hogares corría a cargo del cónyuge que tuviera empleo, y ninguno tenía un trabajo estable, no había una jefatura económica claramente definida.

Como resultado de la feminización de la fuerza de trabajo que ha caracterizado al empleo industrial en los últimos años, las mujeres conseguían un empleo asalariado más rápido que sus cónyuges. Al no haber trabajo para sus maridos ellas se empleaban, pues sus salarios eran indispensables para la subsistencia de la familia. Para ellas, trabajar significaba una ruptura con una tradición que establecía que debían dedicarse al cuidado de los hijos, y negaban que el trabajo les brindara alguna gratificación personal, pero debían salir a trabajar la jornada completa fuera del hogar.⁽⁷⁾ Su inserción en el mercado de trabajo no tenía una valoración positiva en términos personales, pues ni la actividad que realizaban ni el pago que recibían compensaba los costos subjetivos que tenía su salida del hogar. En su percepción, pesaban más los valores tradicionales sobre lo que era una buena madre y ama de casa, y afirmaban que les resultaba más gratificante atender a los hijos y cuidar el hogar, tareas que además, eran su responsabilidad.

⁽⁷⁾ García y de Oliveira (1992) proponen cuatro tipos de significados que tiene el trabajo remunerado para las mujeres en los sectores populares urbanos: "1) el trabajo percibido como útil y satisfactorio; b) el trabajo considerado como actividad secundaria; c) el trabajo evaluado como necesario para el bienestar y la educación de los hijos; y d) el trabajo definido como actividad indispensable para la sobrevivencia familiar" (pág. 223). La percepción de estas mujeres se ubicaba en los incisos c y d.

Por otra parte, el poder adquisitivo de los salarios y la inestabilidad en el empleo impedían que estas mujeres vieran su participación en el trabajo como el medio a través del cual mejorarían su nivel de vida, por ejemplo mediante la compra de una casa o de muebles. Sus ingresos sólo les permitían satisfacer las necesidades básicas del grupo familiar: alimentos, vestido, salud. Estas circunstancias reforzaban los valores tradicionales sobre el papel de la mujer y desvalorizaban el trabajo remunerado. Por ello emplearse era un "sacrificio".

La desocupación también traía cambios muy violentos para los hombres. Los que no habían recibido indemnización no podían realizar una actividad independiente que les permitiera ganar dinero suficiente para mantener a la familia. Tampoco tenían dinero para presentarse en los lugares de sociabilidad masculina, como las cantinas, billares, ni siquiera para participar en el equipo de fútbol de la colonia, por lo que se encontraban reclusos en el hogar, en un espacio que tradicionalmente ha sido femenino. Cuando salían, afectaban los reducidos ingresos de la familia y se generaban conflictos entre los cónyuges por este motivo. Por otra parte, les molestaba que sus esposas trabajaran fuera del hogar, pues evidenciaba que ellos no podían cumplir su papel de proveedores, ni reproducir el modelo de organización familiar en el que habían crecido. Los que sí desarrollaban una actividad por cuenta propia -tres de los petroleros-, tenían más posibilidades de continuar su vida social con los amigos, pero sus ingresos eran muy bajos y sus mujeres también debían trabajar, y había momentos en que era más importante el salario femenino para la manutención de la familia, no tanto por su monto como por su regularidad. Así, aunque estos hombres enfrentaban una situación menos frustrante, de cualquier manera representaba un retroceso respecto a las condiciones en que vivían cuando laboraban en Pemex y afectaba la división doméstica del trabajo.

Estas circunstancias suscitaban conflictos frecuentes entre los cónyuges, pues no podían cambiar tan fácil ni tan rápidamente los patrones de comportamiento que socialmente habían aprendido a lo largo de su vida. Este proceso de cambio estaba lleno de contradicciones. Las esposas pedían mayor participación masculina en el trabajo doméstico, pues el obrero desocupado era incapaz de mantener a su familia y ellas asumían esa responsabilidad; por ello esperaban y también exigían que el hombre colaborara en las tareas domésticas. Algunos varones

que habían atravesado por una etapa prolongada de desocupación, accedían a realizar ciertas labores domésticas, pero las llevaban a cabo sólo cuando sus esposas no estaban en la casa. Como carecían de entrenamiento para desempeñarlas, las mujeres se quejaban que debían realizar las tareas que ellos no habían hecho porque no sabían hacerlo, o no les había alcanzado el tiempo. La participación masculina en el trabajo doméstico era irregular, y lo eludían cuando podían. "Cuando ella no está barro o echo una lavadora, pero si mi compadre está afuera trabajando, mejor me voy con él". Esta situación generaba muchos conflictos entre los cónyuges. Si no participaban la mujer reclamaba, pero cuando lo hacían su trabajo tampoco la dejaba satisfecha. Algunas incluso rehacían el trabajo que habían realizado sus cónyuges. "Es rete malhecho, no sabe tender las camas, y siempre tengo que llegar a tenderlas yo otra vuelta". Así, en las épocas de desocupación masculina se daba una situación paradójica, porque el hombre disponía de más tiempo, pero la escasez de recursos se traducían en más trabajo y responsabilidades para las mujeres, quienes vivían un cambio de roles "a medias".

Algunos obreros estuvieron varios meses sin empleo, y sin realizar ninguna actividad remunerada, y solían pasar el tiempo viendo televisión en la casa o leyendo revistas. Como toda la responsabilidad recaía sobre la mujer, desaparecían los intercambios de prestaciones mutuas que caracterizan al matrimonio. La respuesta de esas mujeres a esta situación era la negativa a realizar cualquier actividad que estuviera dirigida a satisfacer las necesidades del varón. Al cesante no se le lavaba la ropa, no se cocinaba para él y alguna se negó a dormir en la misma cama.

Era cierto que los hombres no hacían lo mismo que las mujeres en el hogar, ni de la misma manera, pero la insistencia de ellas en la ineptitud masculina para las tareas domésticas mostraba una contradicción: el deseo de que ellos hicieran "algo" por la familia, pero también un gran interés por conservar ese espacio de poder femenino que ha sido el hogar. Para no renunciar a las ventajas que les confería su papel de amas de casa, con frecuencia desarrollaban todo el trabajo doméstico, y con su actitud orillaban al cónyuge a no ofrecer ningún tipo de ayuda. El trabajo que efectuaban estas mujeres era excesivo, pero la dirección del hogar continuaba en sus manos.

Esta contradicción se manifestaba también en la administración de los recursos económicos de la familia. Las mujeres han sido, tradicionalmente, las administradoras de los recursos de la familia, y en estas familias lo eran. Este papel tenía ventajas y desventajas. Por una parte, cuando el marido estaba empleado les entregaba una parte de su salario, y desde ese momento los recursos de la familia quedaban en sus manos y asumían las dificultades financieras que se presentarían. Sin embargo, cuando los hombres estaban desocupados y ellas salían a trabajar, conservaban la administración del dinero y se negaban a darle al marido para sus gastos personales.⁽⁶⁾

Las nuevas condiciones de vida y de trabajo han tenido repercusiones en otros aspectos de la vida familiar de estos hombres y mujeres. La vivienda era uno de ellos, pues la familia nuclear no podía pagar el alquiler de una casa o un cuarto, y debían establecer su residencia en casa de alguno de los padres. Aunque esta forma de organización doméstica no era una experiencia ajena a estas personas, pues sus padres habían compartido la vivienda con algunos parientes durante los primeros años de su matrimonio, significaba un retroceso en las condiciones materiales de vida y una pérdida de independencia, que resultaba penosa para estas personas. Los arreglos para determinar el lugar dónde vivir implicaban intensas negociaciones entre ambos cónyuges, en las que intervenían factores objetivos, como la disponibilidad de espacio en cada una de las casas y el monto de los ingresos del hombre y de la mujer; y subjetivos, como las características de los cónyuges y de sus respectivas familias. Cada persona trataba que la familia habitara en la casa de sus propios padres, y de esta tensión surgían arreglos diferentes: los cónyuges llegaban a un acuerdo y se establecían de manera definitiva en casa de los padres de uno de ellos, por lo general, con los de la mujer. Otras parejas se establecían en una unidad doméstica extensa o en otra, de acuerdo a quién era el empleado. Cuando el varón tenía empleo, presionaba a la mujer y mudaba a la familia a casa de sus padres, pero cuando estaba desocupado y la mujer se empleaba, entonces se trasladaban a la vivienda de la familia de ella. De manera que estas personas iban y venían constantemente, dada la

⁽⁶⁾ Se ha constatado que en las familias obreras las mujeres aportan el total de sus ingresos para el presupuesto familiar, mientras que los hombres reservan una parte del salario para sus gastos personales (Sheridan 1991).

brevedad de los periodos de empleo de uno y otra. En otros casos, los cónyuges vivían juntos durante cierto período, pero luego se separaban porque ninguno deseaba habitar en la casa de la familia del otro. Esta separación no implicaba una ruptura, pues se veían los fines de semana, y compartían algunos gastos. No obstante la variedad de arreglos, antes de llegar a cualquiera de ellos implicaba un período previo de conflictos y tensiones entre los cónyuges.

La cooperación de los parientes les permitía resolver el problema de la vivienda, pero también muchas otras necesidades. Por ejemplo, la intervención de la abuela o de las tías en el cuidado de los niños era indispensable cuando la madre debía salir a trabajar. La colaboración no sólo provenía de las personas que compartían la vivienda, otros parientes también ayudaban dando dinero con el que se pagaban alimentos, gastos médicos y escolares.

Sin embargo, las relaciones entre la familia del cesante y el resto de los miembros de la unidad doméstica extensa eran ambivalentes. La cooperación de estos últimos era invaluable, pero los conflictos también estaban presentes. Las mujeres recibían mucho apoyo de sus padres y tenían gran libertad de movimientos dentro de la casa y fuera de ella, lo que les facilitaba salir a trabajar, pero debían tolerar sus intromisiones respecto a la cesantía del cónyuge. Estos jóvenes eran acusados de flojos e irresponsables, adjetivos que las mujeres hacían suyos, después que habían transcurrido varios meses sin que su marido consiguiera trabajo. A ellas se las presionaba para que lo dejaran o lo obligaran a trabajar. Tenían la certeza de que el hombre no trabajaba porque su esposa lo hacía y que ellas eran las responsables de la desocupación masculina. "Cuando vamos a la fábrica en el pesero, mi papá me dice que X no trabaja porque yo estoy trabajando, que me salga para que él tome su responsabilidad". "Nosotros los tenemos aquí para ayudarles a que se hagan de sus cosas, pero él no más se la pasa ahí, sin hacer nada. ¿Cómo quiere que no nos de coraje?". El resultado era una interacción con los miembros de la unidad doméstica extensa, en la cual el apoyo y la protección que se brindaba en los momentos difíciles iba acompañada de restricciones que se imponían a las parejas cesantes, en las intromisiones en sus asuntos personales, de manera que "...lo que aparece como lazos de apoyo en un momento pueden aparecer como cadenas opresivas en otro" (Sennett & Cobb, 1972: 107).

Estas críticas, intromisiones y restricciones eran una respuesta de los parientes que los apoyaban, a una situación que consideraban anómala. Las familias jóvenes carecían de independencia económica y de un espacio propio, pero sobre todo de un empleo estable, su situación y su comportamiento no era el que se había establecido, lo que justificaba las conductas agresivas.

Vivir en este ambiente no era nada fácil para ninguna de estas personas. Los hombres terminaban por encerrarse en el cuarto en el que dormían con su familia y de ahí salían directamente a la calle. La convivencia con los demás miembros de la unidad doméstica se reducía al mínimo. Esta circunstancia fue la que hizo que algunas parejas optaran por vivir cada uno con su propia familia.

b. La situación de las familias en la etapa de equilibrio

La experiencia de desocupación reciente de las familias que se encontraban en esta fase eran muy distintas a la de los jóvenes; la diferencia radicaba fundamentalmente en la historia laboral del obrero.

La vida laboral de estos obreros había transcurrido casi en su totalidad en la misma empresa, de manera que acumulaban antigüedades muy altas y sus carreras se caracterizaban por una gran estabilidad en el empleo.⁽⁹⁾ Esta permanencia en la empresa les permitió demostrar que tenían un fuerte sentido de responsabilidad hacia su trabajo, virtud que fue reconocida por su familia, sus amigos, vecinos, compañeros de trabajo e incluso por sus patrones. Además, esta estabilidad hizo posible la adquisición de una especialización o calificación, que también fue reconocida por la empresa donde trabajaron y que les confería un status. Ellos conocían su máquina mejor que los mecánicos y podían componerla y descomponerla a su antojo. Esta

⁽⁹⁾ Las antigüedades de los obreros manufactureros en el momento en que fueron despedidos eran de 8, 13, 18, y 22 años. Las de los petroleros eran más reducidas -entre seis y ocho años en todos los casos-, y por ello no habían podido alcanzar la jubilación con el 50%.

experiencia acumulada a lo largo de su vida de trabajo conformaba un contexto muy distinto al que enfrentaban las familias jóvenes durante los períodos de cesantía.

Así, cuando estos obreros perdían su empleo recibían una indemnización, y gracias a su antigüedad su monto no era nada despreciable. Con este dinero el obrero continuaba siendo el proveedor económico de la familia, por lo menos durante el primer período.

La estabilidad laboral que disfrutaron durante más de una década, les permitió crear una infraestructura doméstica. Ellos eran propietarios, entre otras cosas, de su vivienda. Las vías de adquisición eran el Infonavit, la herencia, o la compra del terreno y más tarde la construcción de la casa. La propiedad de la casa tenía gran importancia pues les permitía solucionar uno de los problemas más graves que aqueja a los trabajadores mexicanos, el de la escasez de vivienda; por otro lado, les daba una estabilidad y arraigo, y finalmente les permitía apoyar a la familia consanguínea, como veremos más adelante.

La estabilidad laboral y el aumento del poder adquisitivo del salario experimentado desde 1964, que acompañó a la formación de estas familias, permitieron el arraigo de un modelo de biografía femenina en el que estas mujeres abandonaban su empleo asalariado cuando se casaban o cuando nacía el primer hijo, y se dedicaban al hogar. Otra consecuencia de las condiciones de reproducción vigentes durante ese período, fue que permitieron que el matrimonio adquiriera bienes que aligeraban el trabajo de las mujeres y que el consumo adquiriera gran importancia en su vida diaria.

Estas condiciones, que en la experiencia de los miembros de las familias en formación han producido frustración, entre los maduros han tenido otros efectos. Aunque la desocupación y el deterioro de los salarios también han tenido un fuerte impacto, lo acumulado por la familia a lo largo de su historia, y los montos de las indemnizaciones permitieron que los cambios fueran graduales, y por lo mismo, que la relación entre los cónyuges no fuera afectada tan violentamente. Las mujeres no enfrentaron inmediatamente una situación de precariedad, lo que les permitió modificar de manera más lenta los patrones de consumo familiar y desarrollar

paulatinamente las actividades orientadas a generar ingresos. Los artículos que poseían - televisiones, aparatos de música, cámaras- eran recursos que podían empeñar y que les ayudaron a solucionar los problemas económicos urgentes. En la medida en que ni sus actividades, ni su nivel de consumo se veían alterados abruptamente, la actitud de las mujeres hacia su cónyuge tampoco se modificaba drásticamente. Además, al asumir completamente un papel de esposas y madres desde el inicio del matrimonio, permitió que los roles asignados a cada cónyuge se mantuvieran sin cambio durante un lapso bastante prolongado, a pesar de la desocupación del varón. El esposo conservaba el status que tenía cuando estaba empleado, y no se cuestionaba su responsabilidad. "Mire, él me sigue dando mi semana, así que yo no le puedo reclamar nada". Esta situación indudablemente significaba más trabajo para las mujeres, pues asumían por completo su rol de amas de casa y, además, empezaban a desarrollar de forma sistemática actividades por cuenta propia.

A estas parejas les producía indignación que se argumentara la edad del obrero para negarle un nuevo empleo. Por otra parte, si el obrero había podido trabajar y conservar su empleo durante diez, quince o más años no era posible acusarlo de falta de capacidad o de responsabilidad. Tanto el obrero como su esposa consideraban que la desocupación del varón no era responsabilidad directa de éste, sino resultado de circunstancias sociales que ellos no podían controlar. De modo que era su propia experiencia laboral lo que les permitía entender que su situación era resultado del contexto social en que vivían.

Por otra parte, como ya se señaló atrás, ni los hombres ni las mujeres entrevistados le daban el mismo status a las actividades por cuenta propia y al empleo remunerado. La percepción sobre cada una de las formas de generar ingresos contribuía a mantener casi sin cambios las jerarquías y los roles en estas familias. Las mujeres se convertían en las proveedoras económicas de la familia, pero su actividad no cambiaba la importancia que ellos daban al trabajo industrial, de manera que el obrero conservaba sus privilegios en la familia.

Uno de estos obreros no volvió a conseguir empleo, y su familia perdió la capacidad de seguir alimentando el reconocimiento y el respeto. Cuando los recursos económicos provenientes

de la indemnización se agotaron y la manutención de la familia recayó de forma permanente sobre la mujer y los hijos mayores, su familia lo consideró flojo e irresponsable. El había mantenido a los suyos durante muchos años, pero el hecho perdió importancia. Los hijos, en particular aquellos que se hicieron cargo del sostenimiento de la familia, eran los que más le reclamaban. El obrero perdió autoridad sobre ellos, así como las consideraciones que su esposa le brindaba.

Estas familias se encontraban en una situación ventajosa respecto a las familias en formación, y sus ventajas les conferían un papel central en la reproducción de la familia consanguínea. Dijimos atrás que estos obreros eran propietarios de su casa, lo que les evitaba, por un lado, los problemas derivados de la escasez de vivienda que aquejaba a las familias jóvenes, y por otro, esta propiedad les permitía alojar a uno o varios de sus hijos casados. Estos jóvenes estaban apenas formando sus familias, a menudo no tenían empleo, y sus padres los apoyaban brindándoles techo y alimentos. Así, los jefes de las familias en la etapa de equilibrio eran los proveedores más importantes y estables, y cuando tampoco tenían ingresos, la unidad doméstica sufría un grave deterioro en su consumo, el que decaía en calidad, cantidad y diversidad. Esto generaba tensiones entre las distintas familias, sin embargo, el peso de la historia familiar, por un lado, y el hecho de ser la opción más viable que tenían para solucionar los problemas, por otro, era lo que coadyuvaba a mantener cohesionado al grupo doméstico, a pesar de todos los conflictos. La infraestructura doméstica, material y de relaciones personales, que poseían las familias en la etapa de equilibrio las convertía en el sostén de otras familias que carecían de ella, y les acarrea mayores responsabilidades que complicaban la forma de resolver sus necesidades económicas, la organización de su vida diaria y la distribución de los espacios.

Todas las familias que se encontraban en esta etapa, excepto una, desarrollaron alguna actividad por cuenta propia cuando el período de desocupación se prolongó. La realización de este tipo de trabajo tuvo graves consecuencias en su organización familiar cotidiana. Para las mujeres era difícil acostumbrarse a que algunos días había ingresos considerables, y luego transcurría más de una semana y no volvían a recibir dinero. Administrar su hogar en estas

condiciones implicaba una lógica muy distinta a la que funcionaba cuando el salario llegaba semanalmente; debían aprender a reservar dinero para utilizarlo cuando el trabajo era escaso o cuando había gastos extraordinarios, como alguna enfermedad. Las actividades por cuenta propia exigían una organización del gasto familiar radicalmente distinta a la que predominaba cuando vivían del salario industrial, que se sustentaba en la periodicidad del ingreso semanal.

Ahora bien, los obreros carecían de recursos y experiencia para hacer frente a los problemas que acarrecaba la irregularidad del trabajo por cuenta propia. Para ellos, la adaptación a sus nuevas tareas suponía un esfuerzo que les dificultaba idear la forma de resolver los obstáculos que se les presentaban, e impedía que alcanzaran la estabilidad económica a la que estaban acostumbrados.

Se detectó un patrón de conducta similar en las hijas de todos los obreros maduros que se entrevistaron, excepto en un caso. Estos obreros tenían hijas que se habían casado cuando estaban desocupados. A raíz de su matrimonio estas jóvenes abandonaron, en un primer momento, la casa paterna, pero más tarde se vieron obligadas a volver, como resultado de un período de cesantía del cónyuge, o porque no se sentían cómodas en casa de su suegra y lograron convencer al esposo de ir a vivir con su familia. No poseemos elementos para analizar más detalladamente lo que significa este hecho. Sin embargo, es importante señalarlo y esbozar algunas hipótesis. Una posible explicación es la existencia de un ambiente tenso y precario que las llevó a tratar de salir del hogar. Esta conducta puede explicarse también por un deterioro de la autoridad paterna durante los períodos de desocupación, y ante esta situación buscaron en otra persona, el marido, lo que perdieron a raíz de la desocupación del padre. Las razones de esta conducta no es posible determinarlas con precisión en este trabajo, sin embargo el hecho queda apuntado.

c. Las familias en la etapa de reemplazo

En las familias que se encontraban en la etapa de reemplazo, la pérdida del empleo por parte del jefe tomaba características específicas. Un primer elemento, era que estos obreros no

eran despedidos sino jubilados. La jubilación les garantizaba una entrada segura por el resto de su vida. Sin embargo, el monto de su pensión era muy inferior al salario que recibían mientras trabajaban, de manera que tenían ante sí dos opciones: reducir su nivel de vida o buscar otra fuente de ingresos que les permitiera completar sus gastos. Ninguna de estas dos opciones era fácil de instrumentar. Por una parte, reducir los gastos no siempre era viable, en la medida en que los niveles de vida de los trabajadores mexicanos no son de ninguna manera altos. Por otra, no era fácil para un obrero de 60 años o más encontrar otro empleo, y los que obtenían no estaban bien remunerados.

Al igual que los obreros maduros, estas personas vivían en casas propias, y compartían el techo con algunos de sus hijos. Sin embargo, esta circunstancia tenía implicaciones diferentes. La vivienda era propiedad del obrero jubilado, pero los gastos que se derivaban de su mantenimiento eran cubiertos por los hijos que habitaban en ella.

En muchas familias existía una responsabilidad implícita de los hijos que los comprometía a velar por el bienestar de los padres, reconocían que merecían que se cuidara de ellos y que era justo darles una retribución por los esfuerzos que habían realizado a lo largo de su vida en beneficio de sus hijos. Esta relación entre padres viejos e hijos adultos no es exclusiva de los obreros; sin embargo, en este grupo, se convertía en la garantía de que las parejas ancianas podrían satisfacer muchas de sus necesidades.

Los obreros jubilados no sufrían las pérdidas sociales y de status que padecían los obreros desocupados, pues eran merecedores del respeto de los suyos. La vejez podría acarrearles problemas equiparables o peores a los de los cesantes, pero no tenían relación con su actitud individual, sino con la forma en que la sociedad trata a los viejos. A diferencia de la desocupación, la vejez no tenía una carga negativa para estos obreros. En este sentido, los jubilados eran personas a las que socialmente se le reconocía su vida de trabajo y se les concedía el derecho a no trabajar, aunque no se les otorgaran los medios para poder hacerlo.

d. Las familias petroleras

Cabe hacer mención a las especificidades que tiene la dinámica entre los miembros de las familias petroleras. Como se vió antes, las cláusulas del CCT y los Estatutos permitían y fomentaban que los trabajadores con planta recomendaran a sus parientes como trabajadores transitorios, o para ocupar la plaza que el trabajador fallecido o jubilado dejaba vacante (Estatutos 1985 y CCT 1989). Esta reglamentación desencadenaba un proceso en el que el padre recomendaba a sus hijos. Cuando ellos obtenían la planta, recomendaban a su vez a sus hermanos menores y a sus propios hijos, de manera que a menudo había miembros de las distintas generaciones de una familia laborando en Pemex.

Al cerrar la fuente de trabajo, varios integrantes de estas familias quedaron desocupados. Aunque estas personas no siempre vivían bajo el mismo techo, un número importante de los parientes se encontraban en una situación similar a la suya, y limitaba mucho sus posibilidades de recibir ayuda de parte de ellos.⁽¹⁰⁾ "Los hijos de la gente que vive por aquí se quedaron sin trabajo. Nosotros no, porque mi esposo ya se jubiló. Los afectados son los hijos, yernos".

Sin embargo, la contraparte de esta situación estaba en la existencia de obreros jubilados en casi todas las familias petroleras. Los petroleros, una vez que obtenían la planta, tenían garantizada la estabilidad laboral y un ingreso seguro, pues al alcanzar la edad y la antigüedad estipulada en el CCT se jubilaban, y recibían el salario que habían devengado durante el último año de labores.⁽¹¹⁾ Aunque este ingreso se deterioraba con el paso del tiempo, era una garantía

⁽¹⁰⁾ No todos los integrantes de las familias petroleras quedaron desocupados cuando cerró la Refinería "18 de marzo". Muchos petroleros que vivían en el AMCM, laboraban en la refinería "Miguel Hidalgo" de Tula. La cercanía física de este establecimiento posibilita que sus trabajadores se trasladen diariamente desde la Ciudad de México hasta el centro de trabajo. Por esta razón, en algunas familias había obreros que continuaban laborando normalmente en Pemex.

⁽¹¹⁾ La cláusula 148 del CCT vigente en el momento del cierre de la refinería establece para las jubilaciones por vejez: "Los trabajadores que acrediten 25 años de servicios y 55 de edad, tendrán derecho a una pensión pagadera catorcenalmente que se calculará tomando como base el 80% del promedio de salarios ordinarios que hayan disfrutado en puestos permanentes en el último año de servicios y en proporción al tiempo laborado en cada uno de dichos puestos, salvo que su último puesto de planta lo haya adquirido 60 días antes a la fecha de su

de estabilidad económica para los petroleros jubilados y sus familias. A raíz del cierre de la Refinería, el papel de este ingreso y el lugar de los trabajadores jubilados cambió radicalmente en sus familias. Su pensión los convirtió en el soporte económico de la familia una vez que el dinero proveniente de las liquidaciones había sido gastado, cuando las actividades por cuenta propia no marchaban bien y cuando los ex-petroleros no podían conseguir otro empleo. A diferencia de lo que sucedía entre las otras familias entrevistadas, en las que el peso de la manutención de los hijos desocupados y de los padres pensionados recaía sobre las familias que estaban en la etapa de equilibrio, entre los petroleros la pensión que recibían los jubilados permitió que los hijos que fueron despedidos hicieran frente a sus necesidades más urgentes. Este tipo de ayuda del padre que ya era viejo, le daba un lugar aún más especial del que ya ocupaba en la estructura familiar.

A diferencia de lo que se podría pensar, el tener parientes aún empleados en la empresa dificultó las cosas en la dinámica interna de muchas familias. Las características de la dirección sindical y de la participación de los trabajadores en esta organización, limitaron las posibilidades de los obreros despedidos para negociar su liquidación y entablar demandas ante la Junta Federal de Conciliación y Arbitraje.⁽¹²⁾ La dirección sindical ejerció presión sobre los parientes que laboraban en Tula. Las amenazas del sindicato ocasionaron que los que aún tenían empleo presionaran a los despedidos para que desistieran de sus demandas y se les responsabilizara de las eventuales represalias de que pudieran ser objeto. Se tiene la evidencia de una familia que se dividió por este motivo. Los hermanos que laboraban en Tula dejaron de frecuentar la casa

jubilación, en cuyo caso se tomará como base el salario ordinario de este último puesto para establecer su pensión jubilatoria; por cada año más de servicios prestados después de cumplidos los 25, la pensión jubilatoria se incrementará en un cuatro por ciento hasta llegar al cien por ciento como máximo. Si se acreditan treinta años o más de servicios, la base para fijar la pensión será el salario del puesto de planta que tenga asignado el trabajador al ser jubilado, siempre que también acredite el interesado tener cincuenta y cinco años de edad como mínimo. Si se acreditan treinta y cinco años o más de servicios sin límite de edad, se tomará como base para fijar la pensión, el salario del puesto de planta que tenga en el momento de obtener su jubilación. En este último caso y en el de treinta años o más con 55 o más de edad, previo acuerdo con el sindicato, el patrón tendrá la facultad de jubilar al trabajador y éste la obligación de aceptar su jubilación" (CCT 1989: 177).

⁽¹²⁾ Los trabajadores de la refinería de Tula y los de la "18 de marzo" pertenecían a la misma sección del sindicato: la 35.

paterna y cortaron toda relación con los que habían sido despedidos, porque interpusieron demandas contra la empresa y el sindicato.

Un elemento que marca una diferencia sustantiva en la experiencia de la desocupación de los petroleros, es que en tanto que se clausuró la fuente de trabajo no cargaban individualmente con la responsabilidad de su cesantía. Tal vez muchos de ellos no se preguntaban acerca de los motivos reales del cierre, pero sus parientes no los acusaban de flojos o irresponsables, como les sucedía a algunos de los manufactureros desocupados. A partir de que el presidente decidió cerrar la Refinería, la inconformidad y la impotencia unió a estas familias. "Mi esposa se enoja, dice que no es justo, que tanto tiempo trabajando ahí, que no va a ser fácil que yo consiga otro trabajo o que me acostumbre, dice que por qué nos hizo ésto el presidente".

CAPITULO VIII. CUATRO EXPERIENCIAS DE DESOCUPACION

En los capítulos anteriores se han descrito las diversas circunstancias por las que los obreros pierden su empleo, cómo se afecta su consumo durante los períodos de desocupación, los recursos con que cuentan para salir adelante, los canales que utilizan para buscar otro empleo y las estrategias que desarrollan para generar los recursos necesarios para el sostenimiento de la familia. También se ha señalado cómo los cambios que ha traído consigo el desempleo han afectado las formas de organización que prevalecían en esas familias, y la manera cómo han cambiado las relaciones que los miembros establecen entre sí. A lo largo del trabajo se ha reiterado que las experiencias no son homogéneas, y que las características sociodemográficas de cada familia influyen determinantemente en los recursos con que cuentan y sus posibilidades de salir adelante.

En este capítulo se presentan las experiencias de cuatro familias. Las tres primeras pretenden mostrar más claramente la problemática que la desocupación genera en el grupo familiar según la etapa en que se encuentre. El cuarto caso es el de una familia petrolera. En este se destacan los mecanismos que los convirtieron en una familia compuesta por trabajadores petroleros y los elementos relacionados con las experiencias laborales que han tenido impacto durante el período de desempleo.

A. Una familia en la etapa de formación.

Mónica y Pedro nacieron en la ciudad de México y son hijos de obreros. El padre de Mónica es un obrero textil, un estampador. Su madre antes de casarse trabajó primero como empleada doméstica, y después como obrera en una fábrica de pasadores. Cuando se casó dejó de trabajar. Mónica es la tercera de cinco hijos, y llegó a vivir a la unidad habitacional cuando tenía seis años. Antes la familia vivía en la colonia Obrera, en el centro de la ciudad.

A los dieciseis años, cuando terminó el segundo año de secundaria, Mónica suspendió sus estudios. Estuvo en su casa unos meses, pero luego su padre le consiguió trabajo como eventual en la fábrica donde él trabajaba. En ese tiempo su padre laboraba en una empresa química. Ahí estampaba las etiquetas de los productos que ahí fabricaban. La tarea que Mónica realizaba era alimentar la banda que pegaba las etiquetas en los frascos. En ese tiempo Mónica se casó con Pedro, y a los 17 años estaba embarazada.

El padre de Pedro trabajó en una empresa papelera. Después se dedicó a la compra y venta de objetos usados. Su madre cosía por encargo en su casa. También vivían en la unidad habitacional, y ahí conoció a Mónica. Pedro sólo estudió la primaria. Cuando dejó la escuela se puso a ayudarlo a su padre, que en ese entonces ya se dedicaba a la compra y venta de cosas usadas. Como lo que ganaban era insuficiente para los dos, Pedro entró a trabajar en un laboratorio químico. Su trabajo consistía en cortar las bolsas de champú. Ahí trabajaba cuando se casó con Mónica. El tenía 19 años.

Como ambos tenían empleo pudieron rentar un cuarto, pero cuando tenían tres meses de casados decidieron a Pedro. Los ingresos de Mónica no eran suficientes para pagar la renta, los alimentos y todos los gastos que tenían, de manera que se fueron a vivir a la casa de los padres de ella, donde también vivía otra hermana con su cónyuge y su hijo, además de dos hermanos solteros.

Las cosas no eran fáciles. El embarazo de Mónica avanzaba, pero ella no podía dejar de trabajar pues necesitaba el dinero que ganaba para mantenerse y comprar las cosas que el bebé iba a necesitar. Además, cuando llegó la fecha del parto las cosas se complicaron aún más. Mónica no tenía derecho a los servicios del IMSS, pues era eventual, de modo que tuvo que atenderse en el Hospital de la Mujer, y lo que fue más grave: tuvo que dejar su trabajo pues no tenía derecho a incapacidad.

Por su parte Pedro seguía sin trabajo. A veces conseguía algún trabajo que le duraba tres o cuatro días, pero nada más. Los padres de Mónica estaban cada vez más molestos, porque los tenían que mantener pues ninguno de los dos tenía trabajo.

Ante esta situación Mónica habló con su madre y le pidió que le cuidara a la niña, que ya tenía cinco meses, y volvió a la fábrica. Para ella fue muy difícil separarse de su hija, pero le daba tranquilidad saber que su madre se hacía cargo de ella. Mónica trabajaba un turno de ocho de la mañana a cinco de la tarde, con una hora para comer. Salsa de su casa antes de las siete de la mañana y regresaba después de las seis de la tarde. Llegaba a lavar los pañales y la ropa, a preparar biberones, a cocinar y a cuidar a su hija.

Pedro lo único que conseguía eran trabajos que duraban una semana, a veces de peón en alguna obra. Su relación con su esposa era cada vez más tensa. Mónica dejó de lavarle y plancharle la ropa. Si hacía comida para ella y la niña Pedro podía comer, pero si ella no cocinaba no comía o debía pedirle a su suegra. Dormían en la estancia del departamento, de modo que cada vez que se peleaban, lo que ocurría con frecuencia, los familiares de Mónica intervenían en el conflicto. Ellos consideraban que Pedro era flojo y que Mónica lo hacía aún más irresponsable. Como ella trabajaba, él no tenía de qué preocuparse; argumentaban que los dejaban vivir en la casa para que empezaran a comprar sus cosas y después pudieran irse, pero ni compraban nada, ni ayudaban al gasto, y Pedro no hacía nada.

Mónica y Pedro vivieron en esta situación durante seis meses más, al cabo de los cuales Pedro consiguió trabajo en otro laboratorio. Cuando cobró su primer salario, se llevó a Mónica a vivir a casa de su familia. A Mónica se le había terminado el contrato, y no tuvo más remedio que mudarse. Ella estaba esperando entrar a trabajar de nuevo para poder volver a vivir en casa de sus padres. En casa de su suegra no la dejaban salir, le decían lo que tenía que hacer, y constantemente intervenían en su forma de educar su hija. Cuando la niña cumplió dos años, todavía no habían podido comprar nada, y ya se habían ido y venido de casa de los padres de uno a los del otro, tres veces.

Las condiciones en que Mónica y Pedro han vivido durante los años que llevan de casados, han significado un cambio radical respecto a su modo de vida anterior. Cuando ellos eran niños sus padres lograron una de sus metas más importantes: tener una casa propia, y ahí se mudaron los cónyuges con sus hijos. El trabajo de sus padres, les permitió ir a la escuela, y si no estudiaron durante más años fue porque no quisieron.

Cuando ellos ingresaron al mercado de trabajo industrial, las condiciones del empleo había sufrido un cambio radical. Nunca han podido tener la estabilidad laboral que gozaron sus padres, Mónica se ha visto obligada a trabajar para cubrir los gastos más importantes, y no han podido poner una casa. Este contexto ha socavado las bases que sustentaban la relación entre hombre y mujer y con los hijos, de manera que han tenido que modificar su relación como pareja, y sus lazos con sus respectivas familias. Este cambio ha sido muy difícil, ha sido obligado, y no ha respondido al proyecto personal de ninguno de los dos.

B. Una familia en la etapa de equilibrio.

Juan es hijo de un obrero textil y nació en Tizapán. Aunque el padre era obrero, la familia tenía vacas y Juan las tenía que cuidar: alimentarlas, darles de beber, limpiar el establo. La realización de estas tareas con frecuencia le impedía asistir a la escuela. Cuando tenía trece años y aún asistía a la escuela, empezó a ir al taller mecánico de su padrino los sábados y los domingos. Una vez que concluyó la primaria, abandonó los estudios y empezó a laborar de tiempo completo en el taller. Fue entonces cuando aprendió a trabajar: aprendió la disciplina de los horarios laborales, a sujetarse a las órdenes de su superior, y adquirió las primeras nociones de mecánica, es decir inició su proceso de calificación.

Ya tenía más de un año trabajando tiempo completo en el taller cuando supo que en una herrería buscaban un ayudante. Juan ganaba muy poco en el taller de manera que se presentó a solicitar trabajo en la herrería, y lo contrataron. En ese empleo duró cerca de un año. De ahí, a los diecisiete años, pasó a la fábrica. Era una empresa textil en la que hacían cinturón militar y telas de nylon estampadas. En ese lugar trabajó durante veintisiete años. Empezó de ayudante, hasta que tuvo bajo su cuidado seis telares automáticos. Juan conocía tan bien sus máquinas que cuando se descomponían, él mismo las arreglaba.

Juan ya trabajaba en la fábrica textil cuando se juntó con Lola. Lola era huérfana y había crecido al lado de su abuela materna y de su tía, en Xochimilco. Cuando tenía 16 años su tía se fue a vivir a Tizapán, y se la llevó con ella. A los diecisiete años conoció a Juan, y se fue

con él. Durante los primeros años de matrimonio vivían en un cuarto que construyeron en el solar en el que los padres de Juan tenían su casa. Tuvieron siete hijos. Poco a poco, con el aguinaldo y el reparto de utilidades que Juan cobraba cada año, compraron los muebles de la casa, televisión, aparato de música, estufa, lavadora y refrigerador. También arreglaron el cuarto en el que vivían en un solar propiedad de los padres de Juan. Más tarde construyeron otro cuarto, para que ahí durmieran sus hijos varones. Cuando murieron los padres de Juan, ellos heredaron la casa y el terreno donde estaba construída.

Todos sus hijos estudiaron primaria y secundaria, y tres de ellos asistieron a la universidad, aunque sólo una se tituló. Cuando sus hijos eran aún niños, Lola bordaba manteles y los vendía. Ese dinero nunca sobraba, y lo utilizaban para cubrir los gastos de la escuela, o comprar ropa y zapatos.

En 1983, la empresa empezó a tener dificultades. Al inicio del año tenía ochenta y cinco trabajadores, pero en septiembre sólo quedaban veinticinco. Después de esa reducción de personal había dos personas que realizaban la misma tarea: Juan y otro obrero. La empresa decidió liquidar a la otra persona. Juan estaba muy cansado del trabajo en la fábrica, y habló con el patrón y propuso que lo liquidaran a él. El patrón no quería, pues Juan tenía mucha antigüedad y su indemnización iba a resultar muy cara, pero finalmente aceptó.

Durante las primeras tres semanas, Juan sentía como si estuviera de vacaciones. Tenía dinero y se estaba recuperando del agotamiento físico y nervioso que le había provocado el trabajo en la fábrica. El no quería volver a trabajar como obrero, y Lola estaba de acuerdo con él. Por este motivo pensaron que el dinero de la indemnización sería suficiente para abrir un negocio y vivir de los ingresos que de él obtuvieran. Después de pensar en varias alternativas se decidieron por una pollería. El Pedregal de Santo Domingo les pareció un buen lugar para abrirla, y Juan inició la búsqueda de un local. Mientras su hijo mayor empezó a ir con un pariente que tenía una pollería para aprender los secretos del negocio: dónde comprar la mercancía, y cómo partir el pollo.

Sin embargo, encontrar un local resultó más difícil de lo que imaginaban: los que tenían una buena ubicación eran muy caros, los más baratos estaban muy escondidos. Mientras decidían qué hacer y dónde establecer el negocio, trancurrieron cinco meses. La indemnización disminuía, pues aunque Lola hacía tamales y sus hijos los vendían los sábados y los domingos afuera de la iglesia, lo que ganaban no era suficiente, y se veían obligados a completar sus gastos con el dinero de la indemnización. Con mucha presión sobre ellos, decidieron arriesgarse y rentar lo que ellos consideraron que era un buen local. Compraron el refrigerador, las tijeras y los cuchillos que se necesitaban para partir el pollo. Se llevaron la mesa de la casa, y con eso inauguraron su pollería. Querían comprar un automóvil para ir a comprar el pollo, pero el dinero no les alcanzó. Juan compraba el pollo, y cuando regresaba entre él y su hijo mayor atendían a los clientes. Lola siguió en su casa haciendo tamales, y sus hijos menores siguieron llevándolos a vender.

Dos meses después de inaugurada la pollería, tuvieron que cerrarla, pues sus ventas difícilmente les dejaban para pagar la renta y la electricidad. Estaban como al principio pero sin el dinero de la indemnización y con un refrigerador que no necesitaban. Con la clausura del negocio Juan y su hijo mayor, se había quedado sin ninguna actividad que les permitiera generar ingresos para la familia. La mayor de sus hijas se había casado embarazada durante esos meses, y sus ingresos habían disminuído aún más pues ella ya no aportaba nada al presupuesto familiar. La otra hija estaba en la universidad estudiando enfermería, pero sus horarios no le permitían combinar trabajo y estudios. Los dos hijos menores estaban en la secundaria, y los otros dos estaban en la preparatoria.

Esta fue la época más difícil para la familia. Lola decía que si Juan estaba nervioso cuando estaba en la fábrica, ahora estaba peor. No se le podía ni hablar, de todo se enojaba. Ella también estaba muy preocupada, pues aunque afortunadamente todavía no les faltaba qué comer, veía que iba a ser necesario que los muchachos dejaran de estudiar y se pusieran a trabajar en lo que fuera.

Antes de presionar a los hijos para que buscaran un empleo, empeñaron todo lo que podían empeñar, y pidieron prestado a quién les podía prestar. No obstante llegó un momento en que Juan y Lola decidieron que sus dos hijos que estaban en la preparatoria eran los que tenían más facilidades para ayudar a la familia, por su edad, la escolaridad que tenían, y sus horarios de asistencia a la escuela. Los muchachos empezaron a buscar trabajo. Uno de ellos dejó la escuela y no volvió a estudiar.

Un año después de haber sido liquidado, Juan todavía no conseguía trabajo; Lola seguía haciendo tamales para vender dos veces por semana; una de las hijas se había casado; tres hijos habían conseguido trabajos de ayudantes, dos de ellos habían dejado la escuela. Uno lo hizo sólo temporalmente. De las cosas que habían empeñado, recuperaron el refrigerador que vendieron más tarde, pero habían perdido la herramienta y el aparato de música. Consideraban que afortunadamente nadie se había enfermado, pues no habrían tenido dinero para pagar al médico y las medicinas.

En 1985, quince meses después de haber sido liquidado, Juan consiguió trabajo como conserje en una empresa de publicidad, gracias a la recomendación de unos amigos. Ganaba menos que en la fábrica, pero tenía su salario semanal y estaba inscrito en el IMSS. En ese momento, eso era suficiente para él.

C. Una familia en la etapa de reemplazo.

Don Regino nació Culhuacán en 1919. Su padre era campesino y sembraba en los terrenos en los que hoy está construída la unidad habitacional donde viven. Sembraba maíz, frijol y calabaza, y don Regino le ayudaba. Con él aprendió a arrear a los animales, a sembrar, a quitar las hierbas y recoger el maíz. Don Regino sólo estudió hasta segundo de primaria, a él no le gustaba la escuela y la dejó porque sentía que no le servía de nada para salir adelante.

Su primer trabajo asalariado fue como peón en la construcción de la calzada Tasqueña. Tenía 18 años. Después trabajó en la lavandería de unos baños públicos. De ese empleo se

cambió a una panadería, y ahí aprendió a leer, escribir y a sumar, restar, multiplicar y dividir. Se salió cuando tenía 25 años, y volvió a ayudarlo a su padre en la milpa, pero como no completaban entró a una fundición. Al igual que sus cinco hermanos se convirtió en obrero. Su primer puesto en la fábrica fue como ayudante en la máquina de moldeo, después fue preparador de piezas de ferrocarril. En esa empresa trabajó desde 1953 hasta 1968.

En ese período se casó con doña Carmen. Ella nació en la ciudad de San Luis Potosí. Su padre era militar, pero cuando su madre dejó a su padre se la trajo a vivir a la ciudad de México. Don Regino y doña Carmen tuvieron cinco hijos. Los cuatro varones asistieron a la universidad, pero sólo uno se tituló. La mujer estudió computación. Todos los hijos están casados. El hijo mayor trabaja en Teléfonos de México, otro falleció y gracias a él don Regino y su esposa tienen la pensión del IMSS. El tercer hijo es vendedor, y el cuarto trabaja en Sabritas, sus padres viven con él. Su hija trabajó en Protección y Vialidad hasta que nació su primer hijo.

Don Regino salió de la fundición en un reajuste. Con el dinero de la indemnización se compró la televisión, y el resto se lo fueron gastando poco a poco. Él no quiso volver a trabajar en una fundición porque el trabajo era muy pesado. Cuando volvía a su casa sentía que la cabeza le iba a estallar, que le reventaban los pulmones, le dolían los brazos y las piernas. Además, él ya no era joven y no había ido a la escuela, por lo que no lo iban a contratar en cualquier fábrica. Por estos motivos prefirió entrar a trabajar en un taller donde fabricaban calzado. Un cuñado lo recomendó. Ahí aprendió a hacer zapatos. Sin embargo, en el taller no siempre había trabajo, ganaba poco y cada vez se sentía más cansado. Por otro lado, sus hijos, que ya trabajaban, veían que ya no podía seguir trabajando en el taller, y entre todos le compraron un banco de acabar y una máquina para cepillar y rebajar. Con este equipo don Regino rentó un terreno en Culhuacán, construyó un pequeño cuarto y ahí instaló su taller de reparación de calzado. Poco a poco se fue dando a conocer, y los vecinos le llevaban calzado para que lo reparara.

Actualmente, don Regino y doña Carmen cubren sus gastos con el dinero que reciben por la pensión y del poco trabajo de reparación de calzado que realiza. Viven con uno de sus hijos, y por ese motivo sus gastos son muy reducidos. Sólo en contadas ocasiones su hijo les pide que cooperen.

En la experiencia de don Regino la industria le brindó una estabilidad laboral y económica que no le brindaron sus experiencias laborales previas. Durante la época en que trabajó en la industria fue el período en el cual se formó la familia se formó y sus hijos pudieron asistir a la escuela y concluir no sólo el ciclo de la educación básica, sino llegar hasta los estudios profesionales.

D. La familia petrolera.

Luis fue el primero de una familia de petroleros que trabajó en Pemex. Lo jubilaron en 1983, después de veintisiete años de laborar en la empresa. El nació en la ciudad de México, y vivió en la colonia Argentina muy cerca de la Refinería "18 de marzo", hasta que se cambió a la colonia Ampliación Petrolera.

El sólo sabe leer y escribir su nombre. Su primer trabajo, a los 14 años fue en un taller donde fabricaban estructuras metálicas que se utilizaban en la construcción de cines, teatros y mercados. Ahí trabajaba cuando conoció a Rosa.

Rosa nació en el estado de México, pero cuando era niña la familia se mudó a la ciudad de México. Rosa nunca fue a la escuela, y nunca aprendió a leer ni escribir. Desde muy pequeña trabajó como empleada doméstica. A eso se dedicaba, cuando en 1947, a los quince años se juntó con Luis, que tenía diecisiete. Ese mismo año nació su primer hija, que murió. Un año después nació su segundo hijo, y en 1970 nació el doceavo.

Cuando nació su cuarto hijo, Luis seguía trabajando en el taller. Le pagaban muy mal, y la familia tenía que vivir en casa de los padres de Luis, en una habitación, pero ni así les alcanzaba el dinero. Rosa lavaba y planchaba ajeno, cuando la tuna estaba barata compraba una barra de hielo y un costal de esa fruta, las limpiaba y pelaba, y ponía un puesto afuera de la Refinería.

A mediados de la década de los cincuenta, un amigo de Luis le consiguió un contrato de transitorio en Pemex. Al principio sus contratos eran de cinco días, de dos semanas, a veces un día suelto. Para garantizar su contratación, Luis iba con el que daba los contratos y le lavaba el carro, también participaba en las campañas del sindicato. A pesar de sus esfuerzos, a veces duraba más de una semana sin conseguir contrato, y la familia comía gracias a la madre de Luis. Rosa ayudaba a su suegra en todo lo que podía para corresponder el apoyo que recibían, y asegurar que lo seguirían recibiendo.

Así estuvieron durante los trece años que Luis fue transitorio. Finalmente demandó a Pemex porque le habían dado la planta a un trabajador que tenía menos antigüedad que él como transitorio. Ganó la demanda y obtuvo su planta.

El primer puesto que ocupó Luis ya como trabajador de planta, fue de vigilante. Cuando se jubiló ya era pailero. No pudo ascender a especialista porque no tenía estudios.

Una vez que Luis obtuvo su planta en Pemex, Rosa dejó de vender y de lavar y planchar ajeno. El salario de Luis era suficiente para cubrir los gastos de alimentos, vestido y escuela de la familia. Ellos seguían viviendo en casa de la mamá de Luis en un cuarto, pero en 1970 se cambiaron a una casa que consiguieron por medio de la empresa y del sindicato, en la Ampliación Petrolera, una colonia de petroleros muy cercana a la Refinería "18 de marzo", y al Hospital de Pemex. De manera que una vez que Luis obtuvo su planta, la familia experimentó una mejoría notable en sus condiciones de vida.

La escolaridad de los hijos muestra la estabilidad económica que fue alcanzando la familia: los tres mayores sólo estudiaron la primaria. La mayor de las mujeres estudió la primaria y luego comercio. Todos los demás estudiaron preparatoria, y algunos se inscribieron en la universidad. Otra de las hijas estudió enfermería. Cuando cerraron la Refinería, uno de los hijos menores estaba en la universidad.

Una vez que Luis obtuvo la planta, recomendó a su hijo mayor que tenía dieciocho años, como transitorio. Este muchacho entró barriendo el taller, y después de seis años de transitorio consiguió la planta. A él lo mandaron a Tula, y allá a su vez metió a dos de sus hermanos como transitorios. Cuando cerraron la Refinería, recomendaba a su hijo mayor.

A medida que los hermanos iban consiguiendo la planta en Pemex, recomendaban a los hermanos menores, que tenían edad de entrar a trabajar a la industria petrolera. Cuando jubilaron a Luis, uno de los hijos que aún no tenía planta, se quedó con la del padre. Esta fue la manera como se fue conformando una familia de petroleros. En 1991, cuando cerraron la Refinería, diez de once hermanos vivos trabajaban en la empresa. Seis laboraban en Tula, cuatro en la "18 de marzo". Seis tenían planta, cuatro eran transitorios. Luis y Rosa se consideraban petroleros, y estaban orgullosos de que sus hijos lo fueran.

Uno de los rasgos de los petroleros es la endogamia, y esta familia no es la excepción, pues de los ocho hijos que están casados, todos lo hicieron con hijos de petroleros. Todos conocieron a sus cónyuges en la colonia o en las actividades que organizaba el sindicato.

Cuando cerraron la Refinería, a dos de sus hijos los jubilaron con el 50% de su salario, a los otros dos los liquidaron. Los liquidados vivían en la casa de Luis y Rosa, pero como no tenían mucha antigüedad recibieron poco dinero de indemnización, el que utilizaron en pagar sus tarjetas de crédito. En la casa también vivía otra de sus hijas y el hijo de ésta última. Ella había conservado su trabajo, pues laboraba en Tula. Desde la clausura de la "18 de marzo" la familia cubría sus gastos con el dinero proveniente del sueldo de la hija y de la jubilación de Luis.

Para esta familia la desocupación los afectó de distintas formas. Indudablemente la reducción de sus ingresos trajo un deterioro en la calidad de los alimentos que consumían y restringió su consumo. Para los despedidos la búsqueda de otro empleo resultó más difícil de lo que esperaban. Su primera intención fue emplearse en alguna fábrica. En Pemex uno era ayudante en la caja y el otro pailero. A pesar de lo diferente de sus actividades, ninguno de los dos tenía aún trabajo en septiembre de 1991. Decían que en cuanto los empleadores sabían que eran petroleros les decían que la plaza estaba ocupada. Mientras, elaboraban yogurth y su hermana lo vendía entre los trabajadores de la refinería de Tula. Con las ganancias pagaban algunos de sus gastos.

Los hermanos jubilados tampoco tuvieron éxito en la búsqueda de empleo. Uno de ellos tenía una cámara de video y se dedicó a filmar fiestas y celebraciones. Sin embargo, no tenía clientela y el trabajo era muy esporádico, pero lo que recibía por su jubilación le permitía cubrir los gastos más apremiantes. El segundo que era pailero en la Refinería, logró emplearse en una empresa de autopartes. El cambio fue muy difícil, pues el salario era inferior y el ritmo de trabajo mucho más intenso que en Pemex.

Pero ésto no fue todo. Como los despedidos demandaron a la empresa y al sindicato, éste último presionó a los hermanos que aún trabajaban en Tula, para que los obligaran a desistir de sus demandas. De lo contrario iba a ser necesario jubilarlos, liquidarlos o movilizarlos a otros centros de trabajo, se les dijo. Al ver en peligro su empleo, intentaron que los liquidados retiraran sus demandas. Como éstos se negaron, cortaron la relación con la familia, dejaron de ir a ver a los padres, no sin antes señalar que si los despedían los responsables iban a ser los hermanos que insistían en mantener sus demandas. En consecuencia, como los hermanos trabajaban en plantas diferentes y no corrieron la misma suerte, la familia resultó dividida.

Para la familia de Luis y Rosa la planta en Pemex significó una gran mejoría en sus condiciones de vida y la certeza de tener un futuro asegurado para ellos y sus hijos. El cierre de la Refinería y el despido de cuatro de los integrantes de la familia acabó con su seguridad. Tuvieron que enfrentar el deterioro de sus condiciones de vida, la división de la familia, la

pérdida de la seguridad que les daba saber que a medida que sus hijos obtuvieran su planta tendrían garantizado un mínimo de bienestar, tendrían casa propia, servicio médico y una vejez asegurada gracias a la jubilación. La desocupación y la inestabilidad laboral que hasta entonces era un problema temporal para los transitorios, y que amenazaba de forma más permanente a los obreros que laboraban en otras ramas, se convirtió en una experiencia cotidiana para ellos.

CONCLUSIONES

La última década se ha caracterizado por un cambio muy profundo en las condiciones en que se desarrolla la relación laboral en la industria. Las transformaciones en las condiciones de trabajo, la reducción de los salarios y la intermitencia que caracterizan al empleo industrial han modificado sustancialmente el perfil obrero; las diferencias entre éstos y el creciente número de trabajadores por cuenta propia son cada vez más tenues e incluso ser obrero en estas condiciones implica, casi siempre, contar con el apoyo de un trabajo por cuenta propia para completar los ingresos o suplirlos durante los frecuentes periodos de desocupación.

Esta es una de las consecuencias más graves del reajuste en la planta industrial. Hace diez años, en 1984, realizamos una investigación entre obreros industriales de la delegación de Azcapotzalco. Aunque la economía del país ya transitaba por un periodo difícil, las familias obreras todavía podían vivir, sin mucha dificultad, del salario industrial; la estabilidad de la planta obrera era en ese momento muy grande; ésta propiciaba la adquisición y el desarrollo de habilidades que calificaban a los obreros y les aseguraban su empleo.⁽¹⁾ Es pues muy notable que en menos de 10 años las características de los asalariados se hayan transformado de manera tan radical.

Durante cincuenta años de desarrollo industrial, se conformó un perfil obrero que respondía a las necesidades de la industria en México. En el momento en que se instrumentan los cambios en la planta industrial, las características de este perfil se desfasan y resultan obsoletas respecto a los nuevos requerimientos de esta planta. De esta manera, los obreros que la industria había forjado a lo largo de cinco décadas, dejaron de ser adecuados para el nuevo

⁽¹⁾ El promedio de antigüedad de los obreros estudiados en 1984 era de 11.8 años y sólo un 10% tenía un año o menos en el último empleo; el 75% tenía un trabajo calificado; sólo el 15% de la planta obrera estaba conformada por mujeres (Estrada 1990); el 50% de las familias vivían sólo con el salario industrial (Bazán et. al., 1988); el 50% aproximado tenía vivienda propia (Bazán, 1991); y sólo el 15% de las familias estaban organizadas en unidades domésticas extensas.

trabajo; la estabilidad en la empresa, la calificación, el predominio de los puestos de trabajo ocupados por hombres, que eran características de las carreras laborales de un sector obrero del AMCM (Estrada 1990), no eran ya los atributos que requerían en las empresas instaladas en el Valle de México. En consecuencia, los obreros que las conformaban vieron restringidas sus posibilidades de mantenerse en el trabajo industrial. La experiencia que habían adquirido fue la que los expulsó del trabajo industrial que ahora requiere un obrero nuevo.

En la incorporación de las mujeres al trabajo industrial se evidencia de manera palpable este nuevo perfil. Durante cincuenta años, las mujeres participaban durante períodos cortos en la actividad fabril, y su trabajo era un comodín que la familia podía utilizar para tener un salario adicional en situaciones emergentes o para atender las necesidades del hogar. Actualmente, son las que más probabilidades tienen de encontrar empleo. Aunque resulte redundante, hay que señalar que esto es así, porque su forma de incorporación al trabajo, intermitente, sin calificación, sin crear antigüedad, con salarios reducidos, es la que ahora priva en los requerimientos de la nueva organización industrial. Por otra parte, dada la inestabilidad del trabajo masculino, el trabajo femenino no es más un comodín, sino una necesidad familiar.

Estos no son los únicos signos de la reorganización que han experimentado los procesos productivos. La flexibilización de estos no sólo ha modificado los requerimientos de mano de obra, sino también el volumen del empleo. En este sentido, las primeras víctimas de la reestructuración han sido los obreros que laboraban en los procesos que se han reestructurado, y que han sido desplazados por las nuevas tecnologías y formas de organización de la producción. El incremento del número de desocupados no sólo tiene que ver con la recesión que vive la economía mundial, sino también es resultado de los nuevos procesos técnicos.

Las empresas también requieren disminuir sus gastos para aumentar sus ganancias, y lo hacen bajo el argumento de que es necesaria la eficiencia para mantenerse en un mercado en el que cada vez hay más competencia. En la búsqueda de este objetivo se intensifica el ritmo de la producción, se reducen los salarios, y la competitividad que han logrado muchas empresas en el mercado internacional, ha sido posible gracias a ello. Además, el consumo obrero ha dejado

de ser un elemento primordial en el proceso de acumulación; como resultado, se han afectado las condiciones de reproducción de los trabajadores, tanto en el consumo como en el deterioro general de sus condiciones de vida.

La reestructuración no se ha instrumentado de la misma forma en todas las empresas, pero los cambios que ha traído consigo han afectado al conjunto de los obreros, incluso a aquellos sectores que gozaban de condiciones laborales privilegiadas. Este es el caso de los petroleros. Las medidas que se han tomado con objeto de reestructurar Pemex, han reducido de forma considerable las ventajas que gozaban estos trabajadores. Aunque continúan teniendo particularidades que se derivan de las características del trabajo que efectúan y de la organización sindical a la que pertenecen, sus condiciones de trabajo y de vida han sufrido un grave deterioro, y se asemejan cada vez más a la forma en que viven otros sectores obreros.

A. Los mecanismos que permiten la reproducción de la fuerza de trabajo

El empobrecimiento de la población, la disminución del volumen del empleo con el consiguiente aumento de la desocupación, y la falta de mecanismos o instituciones sociales que provean a los cesantes de los recursos básicos para su subsistencia son las características del contexto actual, y han obligado a miles de personas a desarrollar iniciativas individuales cuyo objetivo es generar ingresos.

La existencia de un sector de la población que no participa en el trabajo asalariado, y que obtiene sus medios de vida gracias al desarrollo de actividades por cuenta propia no es reciente. Sin embargo, el crecimiento o disminución de este sector está íntimamente vinculado por un lado, a la dinámica global del empleo, y por otro, a las condiciones sociales en que se reproduce la fuerza de trabajo. Como mecanismo para generar medios de subsistencia, su aumento en los últimos años ha estado asociado a la reducción del empleo remunerado, pero también a la pérdida del poder adquisitivo de los salarios y al deterioro general que han sufrido las condiciones de vida de casi la totalidad de la población.

Uno de los rasgos de las actividades por cuenta propia es su diversidad. Como se vio atrás, en el caso de los obreros entrevistados la diversidad puede ser explicada a partir de las características de la carrera laboral que previamente habían desarrollado estas personas. Factores como la calificación y el monto de la indemnización permiten el desarrollo de actividades que permiten obtener ingresos más altos. La decisión relativa a la forma bajo la que se desarrolla el trabajo por cuenta propia está influida por la experiencia laboral previa, los recursos que se poseen, pero también por las formas de vida y el tipo de consumo que les permitía el salario cuando estaban empleados. Por este motivo, las condiciones laborales que habían gozado los manufactureros y los petroleros tenían efectos después de haber concluido la relación laboral. Las actividades que realizan casi todos los petroleros ejemplifican esta situación, pues sus ingresos cuando laboraban en Pemex, les permitían el consumo de más mercancías y el desarrollo de otra forma de vida. Estas experiencias les han permitido instrumentar actividades que por lo general, no son desarrolladas por los obreros, sino más bien por los sectores medios.

No obstante las diferentes modalidades de trabajo por cuenta propia, quienes viven de estas actividades comparten una característica, y es que no establecen una relación laboral, a diferencia de quienes sí tienen un empleo remunerado. Sin embargo, el ingreso que obtienen es bajo y sólo les permiten garantizar la reproducción del grupo familiar. Esta situación es común a todos los entrevistados, lo mismo aquellos que prolongan la jornada de trabajo y utilizan intensivamente toda la mano de obra disponible en sus familias, que quienes para desarrollar su trabajo no requerían de la ayuda o participación de otras personas.

Hemos planteado que la proliferación de las actividades por cuenta propia como estrategias para lograr la reproducción de las familias es resultado de la reducción del volumen de empleo y la reducción de los salarios. Sin embargo, también habría que analizar los vínculos que existen entre dichas actividades y la dinámica del desarrollo de la sociedad. Ya se señaló atrás que estas formas de trabajo sólo permiten la subsistencia de quienes las desarrollan, por ello son formas de reproducción no capitalistas, pero los bienes y servicios que venden deben competir en el mercado con los servicios y productos que ofrecen las empresas capitalistas. Así, aunque la dinámica capitalista excluye a grandes sectores de la población del trabajo

remunerado, en su búsqueda de medios de vida estas personas también se encuentran bajo la influencia del capital, pues se ven involucradas no en la producción sino en otras etapas del ciclo de reproducción del capital: la distribución y el consumo.

El trabajo independiente lleva en su seno una contradicción. Es resultado de iniciativas individuales, su "éxito" aparentemente radica en las aptitudes y en la dedicación de quienes las realizan, además, como es una actividad que se desarrolla al margen de las instituciones públicas, las contingencias que surgen durante su desarrollo deben ser asumidas individualmente. Las personas no cuentan con ningún apoyo institucional para resolver eventos de su vida diaria, como las enfermedades o el fracaso de sus iniciativas para generar recursos económicos, a diferencia de los obreros que todavía cuentan con algunas prestaciones derivadas de su participación laboral, que les permiten solucionar los problemas de salud, y tienen garantizado un ingreso estable. Pero paradójicamente este individualismo requiere del apoyo colectivo, que también es una condición para el éxito de la actividad emprendida, pues descansa en el trabajo de los miembros de la familia y de la unidad doméstica, así como en el apoyo de la red social. Sólo de manera aparente estas estrategias de reproducción son individuales, pues no serían viables sin el apoyo que brindan formas de organización colectiva, como la familia.

La importancia del individualismo como actitud necesaria para salir adelante no sólo se manifiesta entre los que trabajan por su cuenta. Desde la perspectiva de los obreros que aún conservan su empleo, las nuevas formas de producción también estimulan el individualismo de los trabajadores en la fábrica, pues las actitudes que se requieren para el desarrollo de su labor son el rendimiento personal y la disposición a adecuarse a las necesidades de la empresa.

Por otra parte, este modelo de desarrollo busca descargar a las empresas y al Estado la responsabilidad de garantizar a la población condiciones mínimas de bienestar. Al reducir las prestaciones que las empresas otorgaban a sus trabajadores y al disminuir el gasto social, los trabajadores que pierden estos beneficios sufren otro descenso en sus condiciones de vida, y deben cubrir esas necesidades con sus propios recursos, y de nueva cuenta se vuelve crucial el apoyo de otras personas.

Así, en las distintas formas bajo las cuales los hombres y mujeres trabajan actualmente, se manifiesta una tensión entre lo individual y lo colectivo, en las que se busca el predominio de los individuos. Sin embargo, los individuos sólo pueden alcanzar sus metas con el apoyo colectivo.

La dinámica actual del empleo ha conformado una estructura mixta en la que coexisten el empleo asalariado, el trabajo por cuenta propia y la desocupación. Estas formas desembocan en distintas maneras de sostén material de la fuerza de trabajo, cuyo rasgo común es el retroceso de las condiciones de vida (Offe y Berger 1992). Si consideramos que el trabajo por cuenta propia es resultado de la dinámica de empleo, esta actividad debe ser entendida no como una estrategia aislada que instrumentan distintos grupos familiares para hacer frente a la desocupación o para garantizar su reproducción, sino como parte integrante de las actuales condiciones en que se desarrolla la relación salarial.

B. Los cambios en la organización familiar

Hasta aquí hemos visto la relación que existe entre el desarrollo capitalista, los cambios en la dinámica del empleo y el desarrollo de actividades por cuenta propia. Sin embargo, la desocupación y las formas como se generan los ingresos afectan todos los ámbitos de la vida de las personas, y tienen efectos sobre las familias. Los más evidentes son los cambios en las condiciones de reproducción y el consumo, pero también atañen a sus formas de organización.

Las actividades por cuenta propia, a diferencia del trabajo fabril, por lo general se realizan en el ámbito doméstico. Esta localización facilita su desempeño, pues la familia obrera cuenta con una estructura muy flexible que le permite adecuar su organización interna a los cambios que se requieren para garantizar la reproducción del grupo familiar. Cuenta con fuerza de trabajo no asalariada, cuyas actividades se orientan hacia la creación de las condiciones que permiten la reproducción de todos sus integrantes (Bennholdt-Thomsen 1981), que puede incorporarse al trabajo por cuenta propia, aunque las tareas que deba desempeñar sean completamente ajenas a la experiencia de quien la realiza. Su flexibilidad también favorece la

maximización del trabajo doméstico, y la intensificación y la prolongación de las jornadas de trabajo. El resultado es que la familia puede obtener sus medios de subsistencia, mantenerse en el mercado y satisfacer las mismas necesidades con menos recursos monetarios o, en el peor de los casos, conseguir la reproducción del grupo familiar, aunque se deterioren los niveles de consumo.

La estructura de la familia es la que facilita la realización del trabajo por cuenta propia, sin embargo, al desarrollarse el proceso de trabajo en el hogar es necesaria una redistribución del trabajo, que trae consigo cambios en la organización familiar. No obstante estas condiciones de trabajo, que involucran a la mayor parte de los miembros de la familia en la responsabilidad de generar los recursos, no han favorecido una reasignación de los roles que tradicionalmente desempeñan los hombres y las mujeres, y cuando esto sucede es de manera temporal.

Sin embargo, todo apunta a transformaciones muy importantes en el seno de la organización familiar de estas personas. El cambio del trabajo asalariado hacia la modalidad de trabajo por cuenta propia es un elemento, pero no son menos importantes los nuevos requerimientos de mano de obra que han aumentado la demanda de fuerza de trabajo femenina y que han marginado a los hombres del trabajo industrial. Las mujeres se han convertido en las contribuyentes más estables, y por ello se ha transformado el papel de su trabajo en la economía familiar (Safa 1993). No obstante este cambio, las mujeres no consideran positiva la experiencia del empleo remunerado, y el resultado ha sido una revaloración de los roles que tradicionalmente se han asignado a las mujeres: el cuidado de los niños y el hogar.

Los hombres, a pesar de que carecen de empleo remunerado, no desean asumir las responsabilidades que consideran "femeninas", y su participación en el trabajo doméstico es más resultado de su disponibilidad de tiempo y de la escasez de recursos, que de la renegociación de la división doméstica del trabajo y la reasignación de los roles (Gershuni y Miles 1985).

En este reafianzamiento de los patrones tradicionales de comportamiento de los hombres y las mujeres intervienen elementos de naturaleza muy distinta. Por un lado, las características

del trabajo industrial que realizan las mujeres (trabajo monótono, descalificado, salarios bajos, inestabilidad laboral), son un obstáculo que les impide percibir la actividad remunerada como una opción de desarrollo personal y familiar. Por otro, las mujeres se resisten a renunciar a su ámbito de poder tradicional: el hogar.

El papel de las mujeres como madres queda salvaguardado en todas las experiencias y abarca todas las generaciones. Este papel permite que las mujeres acepten incorporarse al empleo remunerado; y asuman el aumento del trabajo doméstico que traen consigo la desocupación y el desarrollo de actividades por cuenta propia. Además, este rol ha sido crucial en la reorganización que están experimentando estas familias, porque es la mujer como madre, la que establece las condiciones bajo las que conviven diferentes familias.

Sin embargo, la insistencia de las mujeres en defender sus espacios y roles tradicionales difícilmente puede ser entendida si no se contempla la parte que corresponde a los varones. Los hombres apoyan y se sujetan a este orden de relaciones con sus cónyuges, aunque a menudo su apoyo está rodeado de conflictos e incluso de violencia. Ellas defienden el hogar, ese espacio femenino en el que las iniciativas o decisiones masculinas atentan contra las de las mujeres. Hombres y mujeres defienden la exclusividad en ciertos espacios y el acceso a determinados signos de identidad (Schwartz 1990); y en este esfuerzo mantienen la desigualdad de sus relaciones.

Generar ingresos a través del trabajo asalariado, o de actividades por cuenta propia tiene efectos distintos en el papel que las mujeres juegan en la familia. El trabajo asalariado les da mayores derechos en el hogar que las actividades por cuenta propia, pues las características de estas últimas las hacen parecer una extensión del trabajo doméstico. Las mujeres jóvenes han realizado la primera forma de trabajo, las mujeres maduras la segunda. Por su parte, los cónyuges maduros han tenido estabilidad laboral, mientras que los jóvenes han carecido de ella. Ambas circunstancias se interrelacionan y el resultado es que las mujeres jóvenes tienen más posibilidades de desafiar la división sexual del trabajo y los privilegios masculinos en el hogar (Vera y Young < 1993 >).

Estas posibilidades de reasignar las responsabilidades domésticas entre hombres y mujeres están mediatizadas por la naturaleza de las redes sociales con que contaba cada uno de los cónyuges. En este sentido, una división doméstica del trabajo muy rígida suele ser resultado de la existencia de una amplia red de parientes que ayude a la familia durante los períodos de cesantía, y que con su colaboración contribuyen a mantener a la mujer en su posición tradicional, aunque sea la proveedora económica del grupo familiar (Bott 1980). De esa manera, la familia es capaz de asimilar las nuevas relaciones de trabajo de sus integrantes y de mantenerlos en el lugar que ideológicamente les corresponde. Este mecanismo significa mayor carga de trabajo para las mujeres, pero también les permite continuar siendo una pieza clave para la reproducción del grupo familiar.

En estrecha relación con el papel de la familia consanguínea en la reproducción de los grupos conyugales están los cambios en las formas de organización familiar que resultan de la inestabilidad laboral, de la prolongación de los períodos de desocupación y del deterioro de los salarios. Ante la escasez, la familia consanguínea se convierte en el recurso que poseen las nucleares para hacer frente a sus necesidades. Como resultado de esta necesidad de apoyo entre grupos familiares están reapareciendo y proliferando las unidades domésticas extensas, una vieja forma de organización familiar.

Hasta aquí hemos planteado que los cambios en las nuevas modalidades del trabajo industrial y la nueva dinámica del empleo han tenido efectos contradictorios en las familias: han ocasionado modificaciones en sus formas de organización y, al mismo tiempo, han contribuído a revalorar los roles que tradicionalmente se han asignado a los hombres y las mujeres. Estas contradicciones se resuelven en la dinámica familiar, pues aunque la familia no sólo juega un papel económico, cuando éste es el dominante no sólo se someten otros aspectos de las relaciones entre los miembros, como es en el caso de la división doméstica del trabajo, sino que también los intereses individuales se subordinan a los familiares.

Como parte de esta problemática se plantea el problema referente a los vínculos que existen entre las características de la relación salarial y la organización familiar. Cuando la

desocupación masiva y el deterioro de los salarios son las condiciones dominantes, la familia adquiere un papel preponderante. A partir de los recursos económicos y humanos que disponen, se desarrollan las actividades que permiten la obtención de los medios de subsistencia, de manera que gracias a ella es posible la reproducción de los grupos familiares durante los períodos de desocupación. No obstante su dinamismo y flexibilidad, la familia y el trabajo por cuenta propia tienen límites muy estrechos que no siempre pueden impedir el deterioro de los niveles de vida de sus integrantes, ni sustraerlos de las consecuencias del reajuste.

El nuevo contexto económico ha traído consigo formas distintas de organización familiar, que implican transformaciones en las actividades económicas que se desarrollan en su seno, en los roles y en las actividades de sus miembros. Este cambio está originado por las condiciones salariales y laborales, pero también juegan un papel de gran importancia los patrones culturales de organización familiar y las experiencias individuales. De manera que en las modificaciones que está sufriendo la familia se entrelazan factores estructurales que están fuera del control de estas personas, con elementos que provienen de su experiencia pasada, que forman parte de su bagaje cultural, y ambos están dando lugar a cambios en su forma de vida.

Entre las familias que conforman cada unidad doméstica extensa hay diferencias que se hacen evidentes cuando se analiza el consumo y el acceso a la escolaridad de sus integrantes. Esto muestra una situación en la que sólo se colectiviza lo que es estrictamente indispensable, y en la que los sujetos creen que su trabajo y los recursos que provienen de él, pueden ofrecer a su familia perspectivas a futuro distintas de las que tienen ante sí los miembros de otras familias con las que comparten la vivienda. El proyecto que sustenta la organización de las unidades extensas está referido sólo al presente, sólo busca resolver los problemas que se enfrentan en el momento. No hay un proyecto colectivo explícito a mediano plazo, de manera que se puede afirmar que estas familias no son nucleares porque materialmente les ha sido imposible constituirse como tales.

La reconfiguración que está sufriendo la clase obrera es resultado de la interacción de factores que están relacionados con los cambios que tienen lugar en el espacio productivo, la experiencia de trabajo industrial, el desarrollo de actividades por cuenta propia, la desocupación y las modificaciones en las condiciones de reproducción de la fuerza de trabajo. De esta manera, el nuevo perfil obrero es resultado de la reorganización que han sido objeto los procesos de producción, de la flexibilización de los CCT, de los nuevos requerimientos hacia la fuerza de trabajo en cuanto a edad, calificación y sexo, de la contracción de la oferta de empleo industrial; pero también de los cambios en la forma de consumo obrero, derivados de la orientación de la producción industrial, del deterioro del poder adquisitivo del salario, de la desocupación y de la necesidad de desarrollar estrategias orientadas a generar los recursos necesarios para la reproducción del grupo familiar. Estas condiciones conforman un entramado que ha modificado sus formas de vida, sus actitudes, sus percepciones y sus expectativas; en la reconfiguración de este sector obrero entran en juego la naturaleza de las transformaciones que ha experimentado la relación salarial, pero también elementos que son atribuibles a los asalariados como miembros de un sector de la clase obrera, y otros que son específicos de cada grupo familiar.

Esta situación por la que atraviesa el sector obrero, en la que un gran número de ellos ha debido transitar intermitentemente entre el trabajo asalariado y el trabajo por cuenta propia, a reajustar sus actividades cotidianas y sus formas de organización doméstica y a modificar su consumo, no es, de ninguna manera, privativa de este grupo social. La economía mundial está configurando un nuevo tipo de sociedad en la que el poder, las decisiones sobre la economía y la riqueza misma están concentrándose en un grupo cada vez más reducido. Los sectores mayoritarios de la sociedad han perdido importancia como destinatarios de los bienes y servicios que este grupo produce, de tal manera que el consumo se está modificando: cada vez más menos gente puede adquirir los bienes que produce la industria y tiene que abastecerse y buscar sus medios de vida a través de las redes de pares, de las actividades por cuenta propia, de los productos manufacturados por sectores marginales. Este proceso implica una reducción y un cambio muy drástico en las formas de consumo y un gran deterioro en los niveles de vida de la población. Aunque este problema no es nuevo se presenta bajo modalidades no vistas hasta ahora, de modo que tenemos ante nosotros el reto de avanzar en la teoría, a fin de que nuestra

contribución no sean sólo descripciones de los efectos que los procesos sociales tienen en la vida de las personas, sino que nos permitan entender la complejidad que constituye el entramado en el que transcurre la vida cotidiana de los asalariados.

ANEXO

Cuadro I

Tasas de crecimiento del producto interno bruto total y por sectores

	1930 1940	1940 1950	1950 1960	1960 1970	1970 1980	1980 1990
P.I.B.	3.9	6.0	6.1	7.0	5.7	1.5
Agricultura	4.1	5.8	4.1	3.7	2.7	.8
Minería	-2.2	0.0	2.9	2.2	2.9	2.4
Petróleo	2.0	7.1	7.6	9.5	9.7 ⁽¹⁾	--
Manufactura	4.6	7.1	7.3	8.9	5.6	1.7
Construcción	5.2	10.0	7.3	8.3	5.7	-.6
Electricidad	8.8	5.7	9.3	13.6	8.4	5.2
Sec. Terciario ⁽²⁾	4.3	5.7	6.2	6.8	6.2	1.6

Fuente: 1930 a 1970, Boltvinik, Julio y Enrique Hernández Laos 1981: 461. De 1970 a 1990, IV Informe de Gobierno, 1992, Carlos Salinas de Gortari.

⁽¹⁾ Abarca el período 1970-1978 (cfr. Boltvinik y Hernández Laos 1981: 461).

⁽²⁾ De 1940 a 1970 incluye gobierno, comunicaciones y transportes y servicios. En 1980 y 1990 incluye servicios financieros, seguros y bienes inmuebles, servicios comunales, sociales y personales.

Cuadro II

Producto interno bruto por sector económico 1930-1990
(%)

PIB sector	1930	1940	1950	1960	1970	1980	1982	1990
Agricultura	18.8	19.4	19.2	15.8	11.5	8.2	7.8	7.5
Manufacturas	12.9	15.4	17.1	19.0	22.5	22.1	21.1	22.7
Minería	6.0	3.7	2.1	1.5	1.0	3.2	3.6	3.4
Petróleo	3.2	2.7	3.0	3.4	4.2	--	--	--
Electricidad	0.7	0.8	0.7	1.0	1.8	.9	1.1	1.3
Construcción	2.6	2.5	3.6	4.0	4.5	6.3	6.2	4.9
Comercio	31.5	30.9	31.6	30.8	31.5	27.6	28.2	25.7
Otros ⁽⁹⁴⁾	24.3	24.6	22.7	24.5	23.0	31.7	32.0	34.5
Total	100	100	100	100	100	100	100	100

Fuente: Para los años 1930 a 1970 Solís 1985; de 1980 a 1991 IV Informe de Gobierno, 1992.
Anexo. Carlos Salinas de Gortari.

⁽⁹⁴⁾ De 1940 a 1970 incluye gobierno, comunicaciones y transportes y servicios, en 1976 además de los anteriores, minería. En 1980, 1982 y 1990 incluye servicios financieros, seguros y bienes inmuebles, servicios comunales, sociales y personales.

Cuadro III
Población económicamente activa por grupo de actividad (miles de personas)

Grupo de actividad	1930	1940	1950	1960
PEA total	5,166	5,858	8,272	11,253
Agricultura	3,626	3,831	4,824	6,086
Industria extractiva	51	107	97	141
Industria manufacturera	692	640	972	1,556
Construcción	--	--	224	408
Electricidad	--	--	24	41
Comercio	274	552	684	1,075
Transportes	107	149	210	357
Servicios y otras actividades	206	355	879	1,525
Insuficientemente especificado	209	163	354	81
Desocupados	---	59	73	30

Fuente: 1930 a 1950 *Estadísticas Históricas*, T. I. 1990; 1960 a 1990 respectivos Censos Generales de Población. Resúmenes Generales.

Cuadro III (continúa)

Población económicamente activa por grupo de actividad 1930-1990 (miles de personas)

	1970	1980	1990
PEA total	12,994	22,066	24,063
Agricultura	5,132	5,700	5,300
Industria extractiva	95	400	99
Petróleo	85		161
Industria manufacturera	2,169	2,580	4,493
Construcción	571	1,296	1,595
Electricidad	53	115	155
Comercio	1,196	1,729	3,108
Transporte	368	672	1,046
Servicios y otras actividades	2,554	2,823	6,643
Desocupados	--	124	659
Insuficientemente especificado	747	6,552	804

Fuente: 1930 a 1950 Estadísticas Históricas, T. I. 1990; 1960 a 1990 respectivos Censos Generales de Población. Resúmenes Generales.

Cuadro IV

Población económicamente activa por grupo de actividad 1930-1990 (porcentajes)

Grupo de actividad	1930	1940	1950	1960
PEA total	100	100	100	100
Agricultura	70.1%	65.3%	58.3%	54.0%
Industria extractiva	1.0%	1.8%	1.1%	1.2%
Industria manufacturera	13.3%	10.9%	11.7%	13.8%
Construcción	--	--	2.7%	3.6%
Electricidad	--	--	.2%	.36%
Comercio	5.3%	9.4%	8.2%	9.5%
Transportes	2.1%	2.5%	2.5%	3.2%
Servicios y otras actividades	4.0%	6.1%	10.6%	13.55%
Insuficientemente especificado	4.0%	2.8%	4.3%	.7%
Desocupados	---	1%	.9%	.26%

De 1930 a 1950 elaborado en base a Estadísticas Históricas, T. I. 1990; 1960 a 1990 respectivos Censos Generales de Población. Resúmenes Generales.

Cuadro IV (continúa)
Población económicamente activa por grupo de actividad 1930-1990 (porcentajes)

	1970	1980	1990
PEA total	100	100	100
Agricultura	39.4%	25.8%	22.0%
Industria extractiva	.7	1.8%	.4%
Petróleo	.6%	--	.7%
Industria manufacturera	16.7%	11.7%	18.6%
Construcción	4.4%	5.9%	6.6%
Electricidad	.4%	.5%	.6%
Comercio	9.2%	7.8%	13.0%
Transporte	2.8%	3.0%	4.3%
Servicios y otras actividades	19.6%	12.8%	27.6%
Desocupados	--	0.6%	2.7%
Insuficientemente especificado	5.7%	29.7%	3.2%

Cuadro V

Tasa de participación de la PEA respecto a la población total (miles de personas)

	1930	1940	1950	1960
Población total	16,533	20,143	26,433	36,003
PEA total	5,166	5,858	8,272	11,253
Tasa de participación	31.2%	29%	31.2%	31.2%

Cuadro V (continúa)

Tasa de participación de la PEA respecto a la población total (miles de personas)

	1970	1980	1990
Población total	48,377	66,846	81,249
PEA total	12,994	22,066	24,063
Tasa de participación	26.8%	33.0%	29.6%

Fuente: 1930 a 1950 Estadísticas Históricas, T. I. 1990; 1960 a 1990 respectivos Censos Generales de Población. Resúmenes Generales.

Cuadro VI
Personal ocupado por actividad económica
 (miles de ocupaciones remuneradas, promedio anual)

	1980	1982	1983	1986	1990
Total	20 281	21,482	20,994	21,640	22,583
Agropecuario	5,669	5,636	5,873	5,946	n.d
Minería	209	237	238	257	n.d
Manufacturas	2,441	2,505	2,326	2,404	2,507
Construcción	1,930	2,192	1,770	1,891	2,407
Electricidad	81	89	90	101	113
Comercio	2,940	3,157	3,072	3,107	3,389
Transporte	904	1,036	989	1,034	1,080
Servicios	6,105	6,627	6,633	6,896	7,025

Fuente: IV Informe de Gobierno 1992. Anexo, Carlos Salinas de Gortari.

Cuadro VII
Personal ocupado por actividad económica
 (%)

	1980	1982	1984	1986	1988	1990
Agropecuario	28.0	26.2	27.6	27.4	28.0	n.d
Minería	1.0	1.1	1.1	1.2	1.3	n.d
Manufacturas	12.0	11.7	11.0	11.1	11.0	11.1
Construcción	9.5	10.2	8.8	8.7	8.6	10.6
Electricidad	.4	.4	.4	.5	.5	.5
Comercio	14.5	14.7	14.6	14.4	14.3	15.0
Transporte	4.5	4.8	4.7	4.8	4.7	4.8
Servicios	30.1	30.8	31.7	31.9	31.3	31.1

Fuente: Elaborado en base a información tomada del IV Informe de Gobierno 1992. Anexo, Carlos Salinas de Gortari.

Cuadro VIII
Población Rural y Urbana 1921-1990
 (%)

	Urbana	Rural
1921	31.15	68.85
1930	33.48	66.52
1940	35.09	64.91
1950	42.59	57.41
1960	50.70	49.30
1970	58.70	41.30
1980	66.3	33.7
1990	71.3	28.7

Fuente: Elaborado con datos tomados de Estadísticas Históricas T.I. 1990. Para 1990, XI Censo General de Población 1990.

Cuadro IX
Composición porcentual de la PEA según el sexo
1930-1990

Año	Sexo	PEA
1930	Hombres	95.3
	Mujeres	4.7
1940	Hombres	92.6
	Mujeres	7.4
1950	Hombres	86.4
	Mujeres	13.6
1960	Hombres	82.0
	Mujeres	18.0
1970	Hombres	80.7
	Mujeres	19.3
1980	Hombres	72.2
	Mujeres	27.8
1990	Hombres	76.5
	Mujeres	23.5

Fuente: 1930-1980 elaborado a partir de Cuadro 6.3.2 Estadísticas Históricas T.I. 1990; los datos de 1990, fueron elaborados a partir de información del XI Censo General de Población 1990.

Cuadro X
Población desocupada abierta que ha trabajado por motivo para dejar el empleo
(porcentajes)

Motivo para dejar el empleo	1978	1989	1991
Por cese	12.2	23.0	22.8
Trabajo temporal terminado	47.2	21.4	20.3
Insatisfacción en el trabajo	13.8	32.2	33.2
Personales	25.7	---	---
Insuficientemente especificado	1.1	23.5	23.7
Total	100.0	100.0	100.0

Fuente: Encuesta Continua sobre ocupación 1978, tomado de SPP La población de México, su ocupación y sus niveles de bienestar, 1979; 1989 y 1991 INEGI 1993a.

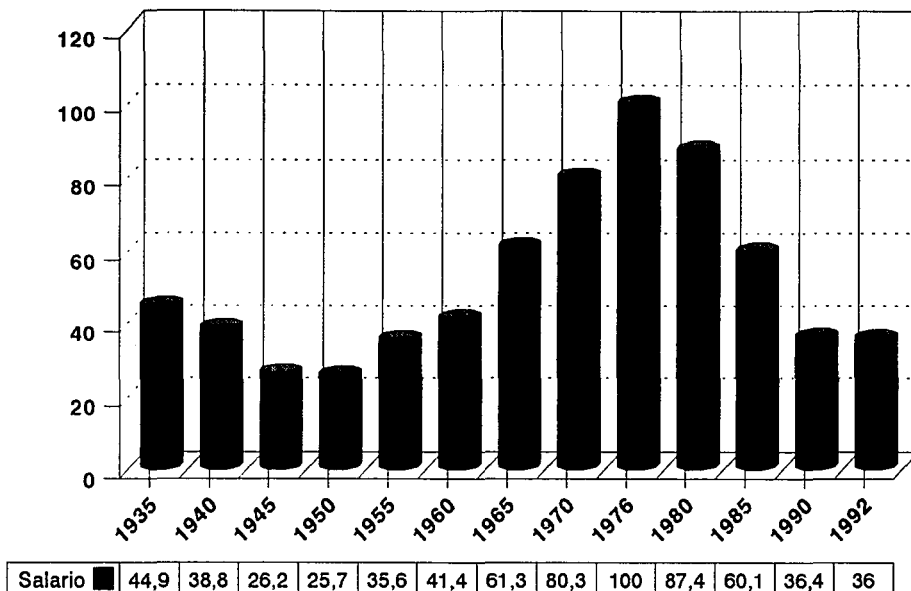
Cuadro XI
Indice del salario real
1976=100

Año	Salario real
1935	44.9
1940	38.8
1945	26.2
1950	25.7
1955	35.6
1960	41.4
1965	61.3
1970	80.3
1976	100.0
1980	87.4
1985	60.1
1990	36.4

Fuente: 1935 a 1985 Garavito 1990: 261; el año de 1990 El Financiero, 19 de febrero de 1993.

Gráfica núm. 1

Indice del salario Real 1935-1992



Fuente: 1935-1985 Garavito 1990;
1990-92 El financiero, 19 de feb. 1993

BIBLIOGRAFIA.

ABOITES, JAIME

- 1989 Industrialización y desarrollo agrícola en México, UAM-Xochimilco/Plaza y Valdés, México.

ABRAMS, CHARLES Y JOHN P. DEAN

- 1986 "La vivienda y la familia", en: Fromm, Erich et al., La familia, Barcelona, Ediciones Península: 247-274.

ADORNO, THEODOR Y MAX HORKHEIMER

- 1971 La sociedad. Lecciones de sociología. Editorial Proteo, Buenos Aires.

AGLIETTA, MICHEL

- 1979 Regulación y crisis del capitalismo, Siglo XXI editores, México.
1983 "El capitalismo mundial en los ochentas", en: Cuadernos Políticos, núm. 37, julio-septiembre, México: 15-45.

ALONSO, ANGELINA Y ROBERTO LOPEZ

- 1986 El Sindicato de Trabajadores Petroleros y sus relaciones con Pemex y el Estado 1970-1985, El Colegio de México, México.

ALONSO, JOSE ANTONIO

- 1988 "Crisis, sismos e industria doméstica", en: Gabayet et al. (comps.) Mujeres y Sociedad. Salario, hogar y acción social en el occidente de México, El Colegio de Jalisco/CIESAS, México: 107-124.

ALVAREZ, ALEJANDRO Y ELENA SANDOVAL

- 1975 "Desarrollo industrial y clase obrera en México", en: Cuadernos Políticos, núm 4, abril-junio, México: 6-24.

ARIAS, PATRICIA

- 1988 "La pequeña empresa en el occidente rural", en: Estudios sociológicos, núm. 17, mayo-agosto, El Colegio de México, México: 405-436.
1988b "El empleo a domicilio en el medio rural: la nueva manufactura", en: Estudios Sociológicos, núm. 18, septiembre-diciembre, El Colegio de México, México: 535-552.

ARIAS, PATRICIA Y LUCIA BAZAN

- 1977 CIVAC. Un proceso de industrialización en una zona campesina, CIS-INAH, México.

ARROIO JUNIOR, RAYMUNDO

- 1981 "El proceso de industrialización y la pauperización del proletariado mexicano: 1940-1950", en: Cordera (selec.) Desarrollo y crisis de la economía mexicana, Fondo de Cultura Económica, México: 101-150.

ARROYO, ALBERTO

- 1993 "La política salarial en el modelo neoliberal: 1976-1992", en: Polis 92. Anuario de Sociología, UAM-Iztapalapa, México: 61-90.

ASSESORATO PER LA CULTURA. MUSEI CIVICI. MUSEI CIVICI TORINO.

- 1978 "Cultura operaia e vita quotidiana in Borgo San Paolo", en: Torino tra le due guerre, Marzo, Torino: 2- 45.

BAIROCH, PAUL

- 1973 El desempleo urbano en los países en desarrollo, Oficina Internacional del Trabajo, Ginebra.

BALAN, JORGE, HARLEY L. BROWNING, ELIZABETH JELIN

- 1973 Migración, estructura ocupacional y movilidad social, Universidad Nacional Autónoma de México, México.

BARBIERI, TERESITA DE

- 1984 Mujeres y vida cotidiana, SEP/80, Fondo de Cultura Económica, México.

BARBOSA, FABIO

- 1992 "La reestructuración de Pemex", en: El Cotidiano, núm. 46, marzo-abril, UAM-Azcapotzalco, México: 20-26.

BASURTO, JORGE

- 1984 Del avilacamachismo al alemanismo (1940-1952), Siglo XXI/IIIS, México.

BAZAN, LUCIA

- 1991 Viviendas para los obreros. Reproducción de clase y condiciones urbanas, CIESAS, México.
1992 Obreros urbanos en la ciudad de México: Una investigación en Azcapotzalco, manuscrito, CIESAS, México.

BAZAN, LUCIA Y MARGARITA ESTRADA

- 1992 "Vivir en el barrio y en el multifamiliar", en: Nueva Antropología, núm. 41, México: 145-158.

BAZAN, LUCIA, MARGARITA ESTRADA, RAUL NIETO, SERGIO SANCHEZ Y MINERVA VILLANUEVA

- 1988 La situación de los obreros del calzado en Leon, Gto., CIESAS, México.

BAZAN, LUCIA, MARGARITA ESTRADA, CECILIA SHERIDAN Y MINERVA VILLANUEVA

1988 "Clase obrera en Azcapotzalco: un acercamiento preliminar", en: Papeles de la Casa Chata, núm. 4, México: 42-40.

BENNHOLDT-THOMSEN, VERONIKA

1981 "Marginalidad en América Latina. Una crítica de la teoría", en: Revista Mexicana de Sociología, No.4, vol.XLIII, UNAM, México: 1505-1546.

BERGER, JOHANNES Y CLAUS OFFE

1992 "El futuro del mercado de trabajo. Notas acerca de la necesidad de complementar un fracasado principio de alocación", en: Offe La sociedad del trabajo. Problemas estructurales y perspectivas de futuro, Alianza Editorial, España: 101-133.

BIALOSTOZKY, CLARA J. DE

s/d Conceptos y definiciones en relación con el Empleo, el Desempleo y el Subempleo, mecanoescrito, Biblioteca Daniel Cosío Villegas.

BLANCO, JOSE

1981 "El desarrollo de la crisis en México, 1970-1976", en: Cordera (selec.) Desarrollo y crisis de la economía mexicana, Fondo de Cultura Económica, México: 297-335.

BOLTVINIK, JULIO Y ENRIQUE HERNÁNDEZ LAOS

1981 "Origen de la crisis industrial: El agotamiento del modelo de sustitución de importaciones. Un análisis preliminar", en: Cordera (selec.) Desarrollo y crisis de la economía mexicana, Fondo de Cultura Económica, México: 456-533.

BORTZ, JEFFREY

1977 "El salario obrero en el Distrito Federal 1939-1975", en: Investigación Económica, núm. 142, México: 129-170.

1985 "El salario industrial: el Distrito Federal, 1981", en: Jeffrey Bortz et al. La estructura de salarios en México, UAM-Azcapotzalco/STPS, México.

BOTT, ELIZABETH

1980 "Familias urbanas: Papeles conyugales y redes sociales", en: Anderson (comp.) Sociología de la familia, Fondo de Cultura Económica, México: 201-214.

BOULGING, KENNETH E.

1980 "Reciprocidad e intercambio: el individuo y la familia en la sociedad", en: André Michel (Coord.) La familia en la sociedad mercantil, Siglo XXI editores, México: 21-34.

- BOSWELL, D.M.
1969 "Personal Crises and the Mobilization of the Social Network", en: Mitchell, Clyde J. (Ed.) Social Networks in Urban Situations. Analyses of Personal Relationships in Central Africa Towns, Manchester University Press, Manchester: 245-298.
- BOYER, ROBERT Y BENJAMIN CORIAT
1985 "Marx, la técnica y la dinámica larga de la acumulación", en: Cuadernos Políticos, núm. 43, abril-junio, México: 4-27.
- BRAVERMAN, HARRY
1975 Trabajo y capital monopolista, Editorial Nuestro Tiempo, México.
- BRUCKNER, PETER
1974 Psicología social del antiautoritarismo, Siglo XXI editores, México.
- BUCHLER, IRA
1982 Estudios de parentesco, Editorial Anagrama, España.
- CARBONARO, ANTONIO Y ARNALDO NESTI
1975 La cultura negata. Caratteri e potenzialità della cultura popolare, Guaraldi, Florencia.
- CARDENAS ENRIQUE
1987 La industrialización mexicana durante la Gran Depresión, El Colegio de México, México.
- CONESA RUIZ, ANA MARIA Y PABLO V. MONROY GOMEZ
1985 "El despido: instrumento de control obrero", en: González Casanova, León y Marván (coords.) El obrero mexicano. El derecho laboral, Siglo XXI, México: 181-223.
- CORDERA, ROLANDO
1979 "Estado y economía en México: La perspectiva histórica", en: Revista Económica de América Latina, núm. 3, UNAM, México: 101-122.
- CORIAT, BENJAMIN
1992 El taller y el cronómetro. Ensayo sobre el taylorismo, el fordismo y la producción en masa, Siglo XXI, México.
- CORREA VILLANUEVA, JOSE LUIS
1986 "La liquidación de Fundidora Monterrey", en: Cuadernos Políticos, No. 47, Julio-septiembre, México: 41-56.

CRUZ BENCOMO, MIGUEL ANGEL

- 1989 "El quinismo, una historia del charrismo petrolero", en: El Cotidiano, núm. 28, marzo-abril, UAM-Azcapotzalco, México: 23-29.

DIRECCION GENERAL DE ESTADISTICA

- 1962 VIII Censo General de Población y Vivienda, 1960. Resumen General, México, 1962.
- 1972 IX Censo General de Población y Vivienda, 1970. Resumen General, México.
- 1980 Encuesta Nacional de Ingresos y Gastos de los Hogares 1977. Primera Observación, Secretaría de Programación y Presupuesto, México.

EMMERICH, GUSTAVO ERNESTO

- 1991 "Industrialización extrovertida en México y América Latina: la experiencia de los años ochenta", en: Polis 91. Anuario de Sociología, UAM-Iztapalapa, Departamento de Sociología, México: 15-33.

EPSTEIN, A. L.

- 1969 "The Network and Urban Social Organization", en: Mitchell, Clyde J. (ed.) Social Networks in Urban Situations. Analyses of Personal Relationships in Central Africa Towns, Manchester University Press, Manchester: 77-116.

ESCOBAR, AGUSTIN Y MERCEDES G. DE LA ROCHA

- 1988 "Microindustria, informalidad y crisis en Guadalajara, 1982-1987", en: Estudios Sociológicos, núm. 18, septiembre-diciembre, El Colegio de México, México: 553-582.
- 1990 "Estado, orden político e informalidad: notas para una discusión", en: Nueva Antropología, núm. 37, abril, México:23-40.

ESCOBAR, AGUSTIN, MERCEDES GONZALEZ DE LA ROCHA Y MARIA DE LA O MARTINEZ CASTELLANOS

- 1990 "Estrategia versus conflicto. Reflexiones para el estudio del grupo doméstico en épocas de crisis", en: de la Peña et al. (comps.) Crisis, conflicto y sobrevivencia. Estudios sobre la sociedad urbana en México, Universidad de Guadalajara/CIESAS, México: 351-368.

ESTRADA I., MARGARITA

- 1988 "Vida cotidiana y reproducción de la fuerza de trabajo", en: Bazán et al. La situación de los obreros del calzado en Leon, Gto., CIESAS, México: 25-64.
- 1990 Heterogeneidad y calificación entre los obreros de Azcapotzalco, CIESAS, México.
- 1992 "Trabajadores transitorios. El largo principio de la carrera laboral en PEMEX", en: Trabajo, núm. 7, SEP/UAM-Iztapalapa/Centro de Análisis del Trabajo, A.C., México: 7-13.

- FERNANDEZ G. SARAVIA, ANA MA. Y MA. DEL ROCIO GRANIEL PARRA
1988 La mujer y la familia obrera en la crisis actual. Tesis FCPS, UNAM, México.
- FERNANDEZ KELLY, MA. PATRICIA
1984 "Mujeres y maquiladoras", en: Cuadernos Políticos, núm. 40: 80-100, abril-junio, México.
- FLANDRIN, JEAN LOUIS
1979 Orígenes de la familia moderna, Editorial Crítica, Barcelona.
- FREYSSSENTET, MICHEL
1980 "¿Es posible una definición única de la cualificación?", en: Sociología del trabajo, núm. 2, Enero: 53- 64.
- FROMM, ERICH
1984 The working class in Weimar Germany. A Psychological and Sociological Study, Harvard University Press, Great Britain.
- GALLIE, DUNCAN
1985 "Directions for the future", en: Roberts, Bryan, Duncan Gallie y Ruth Finnegan (coords.) New approaches to economic life, Manchester, Manchester UP: 512-532.
- GARAVITO, ROSA ALBINA
1990 "Así les fue a los trabajadores", en: Garavito y Bolívar (coords.) México en la década de los ochenta. La modernización en cifras, UAM-Azcapotzalco/El Cotidiano, México: 251-292.
- GARCIA, BRIGIDA, HUMBERTO MUÑOZ Y ORLANDINA DE OLIVEIRA
1984 "La familia obrera y la reproducción de la fuerza de trabajo en la Ciudad de México", en: Casanova, León y Marván (coords.) El obrero mexicano. Demografía y condiciones de vida, Siglo XXI editores, México: 9-42.
1988 Hogares y trabajadores en la ciudad de México, El Colegio de México/IIS-UNAM, México.
- GARCIA, BRIGIDA Y ORLANDINA DE OLIVEIRA
1992 "El significado del trabajo femenino en los sectores populares urbanos", en: Minello (ed.) Ajuste estructural, mercados laborales y TLC, El Colegio de México/El Colegio de la Frontera Norte/Fundación Friedrich Ebert, México: 209-228.

GARZA, ENRIQUE DE LA

- 1988 "Desindustrialización y reconversión en México", en: El Cotidiano, núm. 21, enero-febrero, UAM-Azcapotzalco, México: 2-8.
- 1989a Un paradigma para el análisis de la clase obrera, UAM-Iztapalapa, México.
- 1989b "Paraestatales y corporativismo", en: El Cotidiano, núm. 28, marzo-abril, UAM-Azcapotzalco, México: 3-12.
- 1990 "Reconversión industrial y polarización del aparato productivo", en: Garavito y Bolívar (coords.) México en la década de los ochenta. La modernización en cifras, UAM-Azcapotzalco/El Cotidiano, México: 217-250.

GERRY, CHRIS

- 1987 "The Working Class and Small Enterprises in the UK Recession", en: Redclift y Mingione (eds.) Beyond Employment. Household, Gender and Subsistence, Basil Blackwell, Londres: 288-316.

GERSHUNI, J.I, y I.D. MILES

- 1985 "Towards a new social economics", en: Roberts, Bryan, Duncan Gallie y Ruth Finnegan (coords.) New approaches to economic life, Manchester, Manchester UP: 24-47.

GODARD, FRANCIS

- 1987 "How do ways of life change?", en: Redclift y Mingione (eds.) Beyond Employment. Household, Gender and Subsistence, Basil Blackwell, Londres: 317-337.

GODELIER, MAURICE

- 1977 "Modos de producción, relaciones de parentesco y estructuras demográficas", en: Bloch (comp.) Análisis marxistas y antropología social, Editorial Anagrama, España: 13-41.

GONZALEZ DE LA ROCHA, MERCEDES

- 1986 "Lo público y lo privado: el grupo doméstico frente al mercado de trabajo urbano", en: de la Peña y Escobar (comps.) Cambio regional, mercado de trabajo y vida obrera en Jalisco, El Colegio de Jalisco, México.
- 1988 Los recursos de la pobreza. Familias de bajos ingresos en Guadalajara, El Colegio de Jalisco/CIESAS/SPP, México.

GONZALBO, PILAR

- 1993 Historia de la familia, Instituto Mora/UAM, México.

GRAMSCI, ANTONIO

- 1978 Antología, Siglo XXI, México.

GUILLEN ROMO, HECTOR

1990 El sexenio de crecimiento cero. México, 1982-1988, Ediciones Era, México.

HANSEN, ROGER D.

1971 La política del desarrollo mexicano, Siglo XXI editores, México.

HOBBSAWM, ERIC

1979 "El nivel de vida entre 1790 y 1850", en: Trabajadores. Estudios de historia de la clase obrera, Editorial Crítica, Barcelona: 84-121.

HOGGART, RICHARD

1990 La cultura obrera en la sociedad de masas, Grijalbo, México.

HORKHEIMER, MAX

1976a "Autoridad y familia", en: Teoría crítica, Amorrortu editores, Buenos Aires: 76-151.

1976b "Observaciones sobre la antropología filosófica", en: Teoría crítica, Amorrortu editores, Buenos Aires: 50-75.

1986 "La familia y el autoritarismo", en: Fromm et al. La familia, Península, Barcelona: 177-194.

INSTITUTO NACIONAL DE ESTADISTICA, GEOGRAFIA E INFORMATICA

1985 X Censo General de Población y Vivienda, 1980. Resumen General, México.

1991a Distrito Federal. Resultados definitivos. XI Censo General de Población y Vivienda, 1990, Secretaría de Programación y Presupuesto, Aguascalientes.

1991b Estado de México. Resultados definitivos. XI Censo General de Población y Vivienda, 1990, Secretaría de Programación y Presupuesto, Aguascalientes.

1992a Estados Unidos Mexicanos. Resumen General. XI Censo General de Población y Vivienda, 1990, Aguascalientes.

1992c La Industria Petrolera en México. Edición 1992, Aguascalientes, Ags.

1993 Avance de Información Económica. Industria Maquiladora de Exportación. Septiembre, 1993, Aguascalientes, Ags.

1993a Agenda Estadística. Estados Unidos Mexicanos. Edición 1992, Aguascalientes, Ags.

Encuesta Industrial Mensual, (varios años y meses).

INSTITUTO NACIONAL DE ESTADISTICA, GEOGRAFIA E INFORMATICA/INSTITUTO NACIONAL DE ANTROPOLOGIA E HISTORIA

1990 Estadísticas Históricas, 2 vols., México.

JELIN, ELIZABETH

1974 "Secuencias ocupacionales y cambio estructural: historias de trabajadores por cuenta propia", en: Balán et al. Las historias de vida en ciencias sociales. Teoría y técnica, Ediciones Nueva Visión, Buenos Aires.

- KAPFERER, BRUCE
 1969 "Norms and the Manipulation of Relationships in a Work Context", en: Mitchell, Clyde J. (ed.) Social Networks in Urban Situations. Analyses of Personal Relationships in Central Africa Towns, Manchester University Press, Manchester: 181-244.
- KELVIN, PETER & JOANNA E. JARRET
 1985 Unemployment. Its social psychological effects, Cambridge University Press/ Editions de la Maison des Sciences de l'Homme, Great Britain.
- LANGNESS, L.L.
 1974 "Usos potenciales de la historia de vida en antropología", en: Balán et al. Las historias de vida en ciencias sociales. Teoría y técnica, Ediciones Nueva Visión, Buenos Aires.
- LASLETT, PETER
 1993 "La historia de la familia", en: Gonzalbo (comp.) Historia de la familia, Instituto Mora/UAM, México: 43-70.
- LAUTIER, BRUNO Y RAMON TORTAJADA
 1978 Ecole, force de travail et salariat, Presses Universitaires de Grenoble, Grenoble.
- LEVI, GIOVANA, LISA PASSERINI Y LUCELLA SCARAFFIA
 1981 "Vida cotidiana de un barrio obrero: la aportación de la historia oral", en: Cuicuilco, No. 6, octubre, ENAH, México: 30-35.
- Ley Federal del Trabajo. Editorial Porrúa, S.A., México. 1993.
- LINTON, RALPH
 1980 "La familia en la sociedad urbana-industrial de los Estados Unidos", en: Anderson (comp.) Sociología de la familia, Fondo de Cultura Económica, México: 61-63.
 1986 "Introducción. La historia natural de la familia", en: Fromm et al. La familia, Península, Barcelona: 5-29.
- LIVAS, RAUL
 1987 "Ni pan, ni techo, ni abrigo", en: El Cotidiano, No. 18, julio-agosto, UAM, México: 250-255.
- LOPEZ, ROBERTO
 1987 "Informe económico del segundo bimestre", en: El Cotidiano, No. 18, julio-agosto, UAM, México: 268-271.

- LUXEMBURGO, ROSA
1967 La acumulación del capital, Editorial Grijalbo, México.
- MARX, KARL
1974 El capital, Fondo de Cultura Económica, México.
- McKEE, LORNA Y COLIN BELL
1985 "Marital and family relations in times of male unemployment", en: Roberts, Bryan, Duncan Gallie y Ruth Finnegan (coords.) New approaches to economic life, Manchester, Manchester UP: 387-399.
- MICHEL, ANDRÉE
1974 Sociología de la familia y del matrimonio, Ediciones Península, Barcelona.
- MINGIONE, ENZO
1987 "Social reproduction of the surplus labour force the case of Southern Italy", en: Redclift y Mingione (eds.) Beyond Employment. Household, Gender and Subsistence, Basil Blackwell, Londres: 14-54.
- MITCHELL, J. CLYDE
1969 "The Concept and Use of Social Networks", en: Mitchell, Clyde J. (ed.) Social Networks in Urban Situations. Analyses of Personal Relationships in Central Africa Towns, Manchester University Press, Manchester: 1-50.
- 1980 "Orientaciones teóricas de los estudios urbanos en Africa", en: Banton, Michael (comp.) Antropología social de las sociedades complejas, Madrid, Alianza Editorial: 53-81.
- MOLINA, DANIEL
1989 "Pemex: la reprivatización de facto", en: El Cotidiano, núm. 32, noviembre-diciembre, UAM-Azcapotzalco, México: 27-35.
- MONTIEL, YOLANDA
1991 Proceso de trabajo, acción sindical y nuevas tecnologías en Volkswagen de México, CIESAS, México.
- MORALES, ISIDRO, CECILIA ESCALANTE Y ROSÍO VARGAS
1988 La formación de la política petrolera en México 1970-1986, El Colegio de México, México.
- MORRIS, EARL, ARTHUR D. MURPHY, HENRY SELBY Y MARY WINTER
1990 "La familia urbana mexicana frente a la crisis", en: de la Peña et al. (comps.) Crisis, conflicto y sobrevivencia. Estudios sobre la sociedad urbana en México, Universidad de Guadalajara/CIESAS, México: 369-388.

MORRIS, LYDIA D.

1985 "Renegotiation of the domestic division of labour in the context of male redundancy", en: Roberts, Bryan, Duncan Gallie y Ruth Finnegan (coords.) New approaches to economic life, Manchester, Manchester UP: 400-416.

MUÑOZ, HUMBERTO Y ORLANDINA DE OLIVEIRA

1979 "Algunas controversias sobre la fuerza de trabajo en América Latina", en: Katzman y Reyna (comps.) Fuerza de trabajo y movimientos laborales en América Latina, El Colegio de México, México: 29-50.

NIETO, RAUL

1992 Ciudad, cultura y clase obrera. Una aproximación antropológica, Tesis ENAH, México.

NOVELO, VICTORIA

1991 La difícil democracia de los petroleros. Historia de un proyecto sindical, Ediciones El Caballito/CIESAS, México.

OFFE, CLAUS

1992 "¿Es el trabajo una categoría sociológica clave?", en: Offe (coord.) La sociedad del trabajo. Problemas estructurales y perspectivas de futuro, Alianza Editorial, España: 17-51.

OFFE, CLAUS Y KARL HINRICHS

1992 "Economía social del mercado de trabajo: los desequilibrios de poder primario y secundario", en: Offe (coord.) La sociedad del trabajo. Problemas estructurales y perspectivas de futuro, Alianza Editorial, España: 52- 100.

OLIVEIRA, ORLANDINA DE Y VANIA SALLES

1989 "Acerca del estudio de los grupos domésticos: un enfoque sociodemográfico", en: Oliveira, Pepin Lehalleur y Salles (comps.) Grupos domésticos y reproducción cotidiana, Colegio de México/Miguel Angel Porrúa/Coordinación de Humanidades UNAM, México: 11-36.

PAHL, R.E. Y C.D. WALLACE

1985 "Forms of work and privatisation on the Isle of Sheppey", en: Roberts, Bryan, Duncan Gallie y Ruth Finnegan (coords.) New approaches to economic life, Manchester, Manchester UP: 368-386.

1987 "Household work strategies in economic recession", en: Redclift y Mingione (eds.) Beyond Employment, Household, Gender and Subsistence, Basil Blackwell, Londres: 189-227

PARSONS, TALCOTT

- 1980 "La familia en la sociedad urbana-industrial de los Estados Unidos", en: Anderson (comp.) Sociología de la familia, Fondo de Cultura Económica, México: 43-60
- 1986 "La estructura social de la familia", en: Fromm et al. La familia, Península, Barcelona: 31-65.

PASTRANA, FRANCISCO

- 1990 "Así se comportó la economía nacional", en: Garavito y Bolívar (coords.) México en la década de los ochenta. La modernización en cifras, UAM-Azcapotzalco/El Co tidiano, México: 67-86.

PEREZ HARO, EDUARDO Y MIGUEL ANGEL ROMERO

- 1990 "Básicos y mínimos de bienestar", en: Garavito y Bolívar (coords.) México en la década de los ochenta. La modernización en cifras, UAM-Azcapotzalco/El Co tidiano, México: 293-338.

PERIODICOS

El Financiero
El Universal
Excelsior
La Jornada

PETROLEOS MEXICANOS

- 1984 El Petróleo, Gerencia de Información y Relaciones Públicas de Petróleos Mexicanos, México.

PETROLEOS MEXICANOS Y SINDICATO DE TRABAJADORES PETROLEROS DE LA REPUBLICA MEXICANA

- 1989 Contrato Colectivo de Trabajo, México.

PEÑA, SERGIO DE LA

- 1984 Trabajadores y sociedad en el siglo XX, Siglo XXI/IIS, México.

PÉREZ LINARES, ROSALIA

- 1986 "Vigencia y formas del charrismo en el STPRM", en: Aguilar, Javier (coord.) Los sindicatos nacionales. Petroleros, GV editores, México.

PIORE, MICHAEL J. Y CHARLES F. SABEL

- 1990 La segunda ruptura industrial, Alianza Editorial, Madrid.

PIPITONE, UGO

1986 El capitalismo que cambia. Industria, trabajo y Estado en medio de la crisis, Ediciones Era, México.

PLANT, ROBERT

1981 Industries in trouble, International Labour Office, Geneva.

PORTES, ALEJANDRO Y LAUREN BENTON

1987 "Desarrollo industrial y absorción laboral: una reinterpretación", en: Estudios Sociológicos, núm. 13, enero-abril, México: 111-137.

PRIES, LUDGER

1992 "Del mercado de trabajo y del sector informal. Hacia una sociología del empleo: trabajo asalariado y por propia cuenta en la ciudad de Puebla", en: Minello, Nelson (ed.) Ajuste estructural, mercados laborales y TLC, El Colegio de México/El Colegio de la Frontera Norte/Fundación Friedrich Ebert, México: 129-155.

PROGRAMA NACIONAL DE SOLIDARIDAD (Pronasol)

s/f Combate a la pobreza: lineamientos programáticos, mecanoscrito.

PROST, ANTOINE

1990 "Fronteras y espacios de lo privado", en: Ariès, Philippe y Georges Duby (coords.) Historia de la vida privada, Tomo 9, Aguilar, Altea, Taurus, Alfaguara, S.A. de Ediciones, Argentina: 13-153.

QUINTAL, ELLA FANNY

1986 "Sindicato, empresa y familia: los espacios de la reproducción de la fuerza de trabajo petrolera", en: Nueva Antropología, núm. 29, abril, México: 107-122.

RAPOPORT Y RAPOPORT

1980 "Funciones familiares y funciones de trabajo" en: Anderson (comp.) Sociología de la familia, Fondo de Cultura Económica, México: 249-274.

RENDON, TERESA Y CARLOS SALAS

1991 "La transformación del empleo en los años 80. Una visión de largo plazo", en: El Cotidiano, núm. 42, julio agosto, UAM, México: 17-29

REVISTA Proceso, varios números.

REYNA, JOSE LUIS

- 1981 "El movimiento obrero en el ruizcortinismo: la redefinición del sistema económico y la consolidación política", en: Reyna y Trejo Delarbre De Adolfo Ruiz Cortines a Adolfo López Mateos (1952-1964), Siglo XXI/IIS- UNAM, México: 7-90.

REYNOLDS, CLARK W.

- 1973 La economía mexicana. Su estructura y crecimiento en el siglo XX, Fondo de Cultura Económica, México.

RODRIGUEZ TAPIA, LILIA

- 1989 "Salario mínimo y pobreza extrema", en: El Cotidiano, núm. 30, julio-agosto, UAM, México: 50-54.

ROMERO MIRANDA, MIGUEL ANGEL Y LUIS MENDEZ

- 1990 "La reestructuración de la industria paraestatal", en: Garavito y Bolívar (coords.) México en la década de los ochenta. La modernización en cifras, UAM-Azcapotzalco/El Cotidiano, México: 193-216.

SAFA, HELEN I.

- 1993 The Gender Implications of Export Led Industrialization in the Caribbean Basin, mecanuscrito, University of Florida, Gainesville, Fl.

SALINAS DE GORTARI, CARLOS

- 1992 IV Informe de Gobierno. 1992, Presidencia de la República, México.

SANCHEZ, MIGUEL ANGEL Y TEODORO BARDACKE

- 1992 "Petróleos Mexicanos. La reestructuración forzada", en: Este país, núm. 12, marzo, México: 2-12.

SANCHEZ, SERGIO GPE.

- 1989 El "nuevo" revisionismo en el sindicalismo de izquierda en México, entre 1982 y 1988, Tesis E.N.A.H., Cuicuilco.

SCHWARTZ, OLIVIER

- 1990 Le monde privé des ouvriers. Hommes et femmes du nord, Presses Universitaires de France, Paris.

SECRETARIA DE PROGRAMACION Y PRESUPUESTO

- 1979 La población de México, su ocupación y sus niveles de bienestar, Serie Manuales de información básica de la nación, México.

- SEGALEN, MARTINE
 1988 "La revolución industrial: del proletario al burgués", en: Burguière, Segalen, Zonabend (coords.) Historia de la familia, Tomo 2, Alianza Editorial, Madrid: 387-424.
- SENNETT, RICHARD & JONATHAN COBB
 1973 The Hidden Injuries of Class, Vintage Books, New York.
- SHERIDAN, CECILIA
 1991 Espacios domésticos. Los trabajos de la reproducción, CIESAS, México.
- SINDICATO DE TRABAJADORES PETROLEROS DE LA REPUBLICA MEXICANA
 1985 Acta Constitutiva y Estatutos Generales, México.
- SINDICATO DE TRABAJADORES PETROLEROS DE LA REPUBLICA MEXICANA Y PETROLEOS MEXICANOS
 1989 Contrato Colectivo de Trabajo, México.
- SINGER, PAUL
 1979 "Desarrollo y empleo dentro del pensamiento latino americano", en: Katzman y Reyna (comps.) Fuerza de trabajo y movimientos laborales en América Latina, El Colegio de México, México: 51-67.
- SOLIS, LEOPOLDO
 1985 La realidad económica mexicana: retrovisión y perspectivas, Siglo XXI, México.
- STEARNS, PETER
 1975 Lives of Labour. Work in a Maturing Industrial Society, Croom Helm London, London.
- SUSSMAN Y BURCHINAL
 1980 "La red familiar del parentesco en la sociedad urbana-industrial de los Estados Unidos", en: Anderson (comp.) Sociología de la familia, Fondo de Cultura Económica, México: 95-113.
- SZÉKELY, GABRIEL
 1983 La economía política del petróleo en México 1976-1982, El Colegio de México, México.
- TAVARES, MARIA C.
 1964 "Auge y declinación del proceso de sustitución de importaciones en el Brasil", en: Boletín Económico de América Latina (IX, 11), Naciones Unidas, Nueva York.

TERESA, ANA PAULA DE

- 1989 "Producción de henequén y reproducción del trabajo en Yucatán", en: Alteridades. Anuario de Antropología, UAM Iztapalapa, México: 132-138.
1992 Crisis agrícola y economía campesina. El caso de los productores de henequén en Yucatán, UAM-Iztapalapa/Miguel Angel Porrúa, México.

TERKEL, STUDES

- 1970 Hard Times: An Oral History of the Great Depression, Pantheon Books, Random House, New York.

THOMPSON, LANNY

- 1988 Household and the reproduction of labor in Mexico, 1876-1970, State University of New York, Binghamton. U.M.I., Ann Arbor, Michigan.

TOPALOV, CHRISTIAN

- 1979 La urbanización capitalista, Edicol, México.

URQUIDI, VICTOR

- 1984 "Hacia un mundo sin empleo: más allá del eterno corto plazo", en: Demografía y economía, Vol. XVIII, No. 60, México.

VALLE, MA. DE LOS ANGELES

- 1982 La participación económica infantil-adolescente. (Un nuevo espacio de contratación o una redistribución de tareas al interior del grupo familiar). Avances de investigación No. 2, CREA-CEESTEM, México.

VELASCO, CIRO

- 1981 "El desarrollo industrial de México en la década 1930-1940. Las bases del proceso de industrialización", en: Cordera (selec.) Desarrollo y crisis de la economía mexicana, Fondo de Cultura Económica, México: 45-64.

VIDAL, GREGORIO

- 1985 Crisis, monopolios y sistema político en México, UAM-I, México.

VITELLI, GUILLERMO

- 1981 "México: La lógica del desarrollo capitalista dependiente. Notas para una discusión", en: Cordera (selec.) Desarrollo y crisis de la economía mexicana. Fondo de Cultura Económica, México: 176-213.

YOUNG, GAY Y BEATRIZ VERA

- (1993) Women, work and households in Ciudad Juárez. A report to the Asociación de Maquiladoras. A. C.. Institute for Women's Policy Research, Washington, D.C.

ZAPATA, FRANCISCO

1992 "La crisis del control sindical sobre la dinámica del mercado de trabajo en México", en: Minello (ed.) Ajuste estructural, mercados laborales y TLC, El Colegio de México/El Colegio de la Frontera Norte/Fundación Friedrich Ebert, México: 59-51.

ZARETSKY, ELI

1978 Familia y vida personal en la sociedad capitalista, Editorial Anagrama, Barcelona.

ZUILA, PAOLO

89/90 "Calidad y cultura del trabajo en los años ochenta", en: Sociología del Trabajo, No. 8, Invierno, Siglo XXI de España Editores, S.A.

ZONABEND, FRANÇOISE

1988 "De la familia. Una visión etnológica del parentesco y la familia", en: Burguière, Segalen, Zonabend (coords.) Historia de la familia, Tomo 1, Alianza Editorial, Madrid: 17-79.